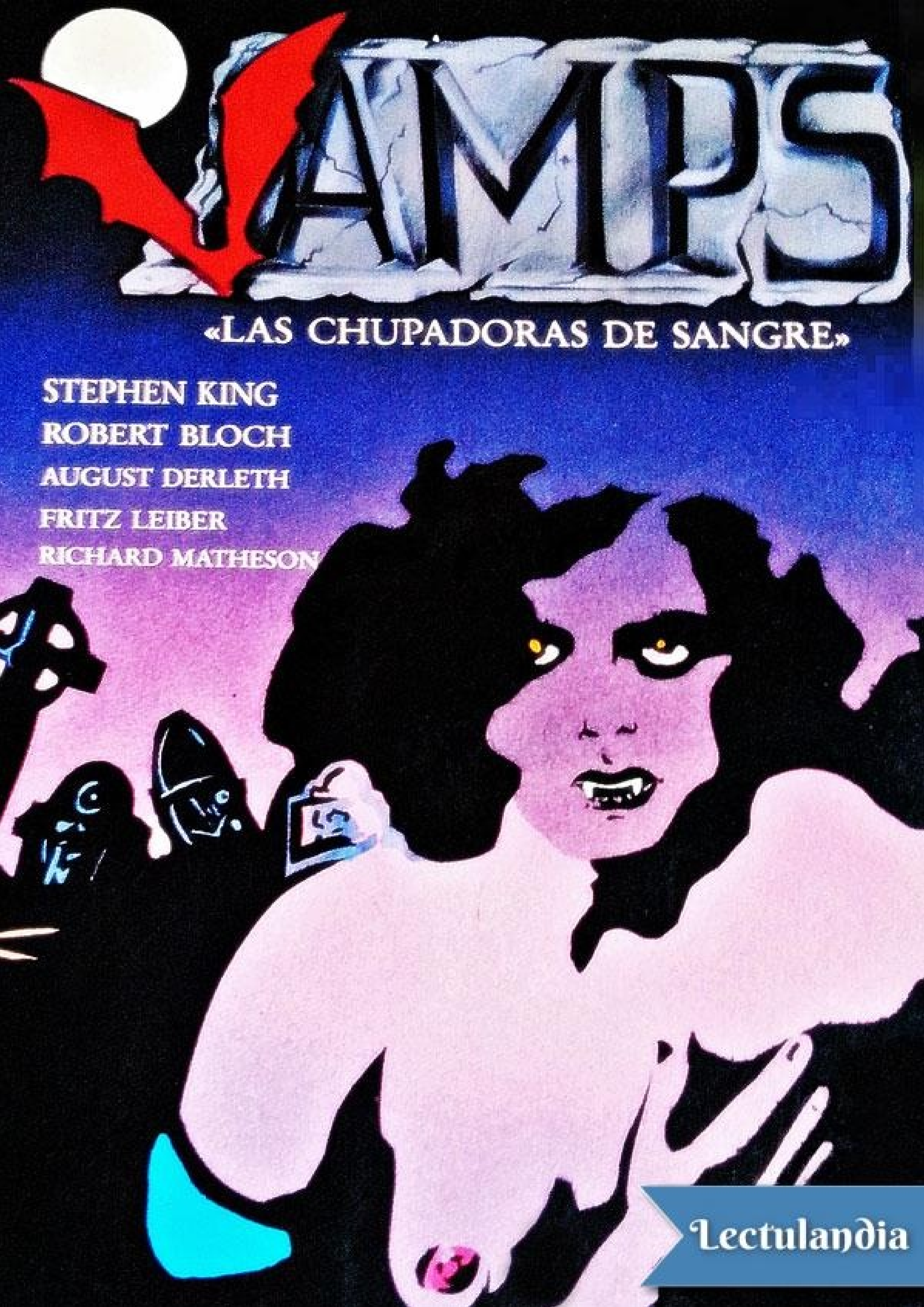

VAMPS
«LAS CHUPADORAS DE SANGRE»
STEPHEN KING
ROBERT BLOCH
AUGUST DERLETH
FRITZ LEIBER
RICHARD MATHESON
Lectulandia

Bajo la mirada cómplice de la Luna, «las damas de la noche», «las chupadoras de sangre» abandonan sus fríos sepulcros, sus estériles aposentos de la nada, y su cuerpo incorrupto, mortalmente bello y subyugante, se yergue en la Vida y se instala de nuevo en la Naturaleza… «La Mujer Vampiro» subsiste gracias a la fuerza vital de los que todavía no han muerto, una fuerza que absorbe a través de su sangre, pues la sangre es vida. Debe chupar el aliento de aquellos que viven, o no podrá respirar. Debe beber su sangre o morirá de hambre… Vaga en la noche alimentándose incesantemente de los vivos, reclutando nuevos miembros con que engrosar las horrendas filas de su estirpe maldita…

Lectulandia

AA. VV.

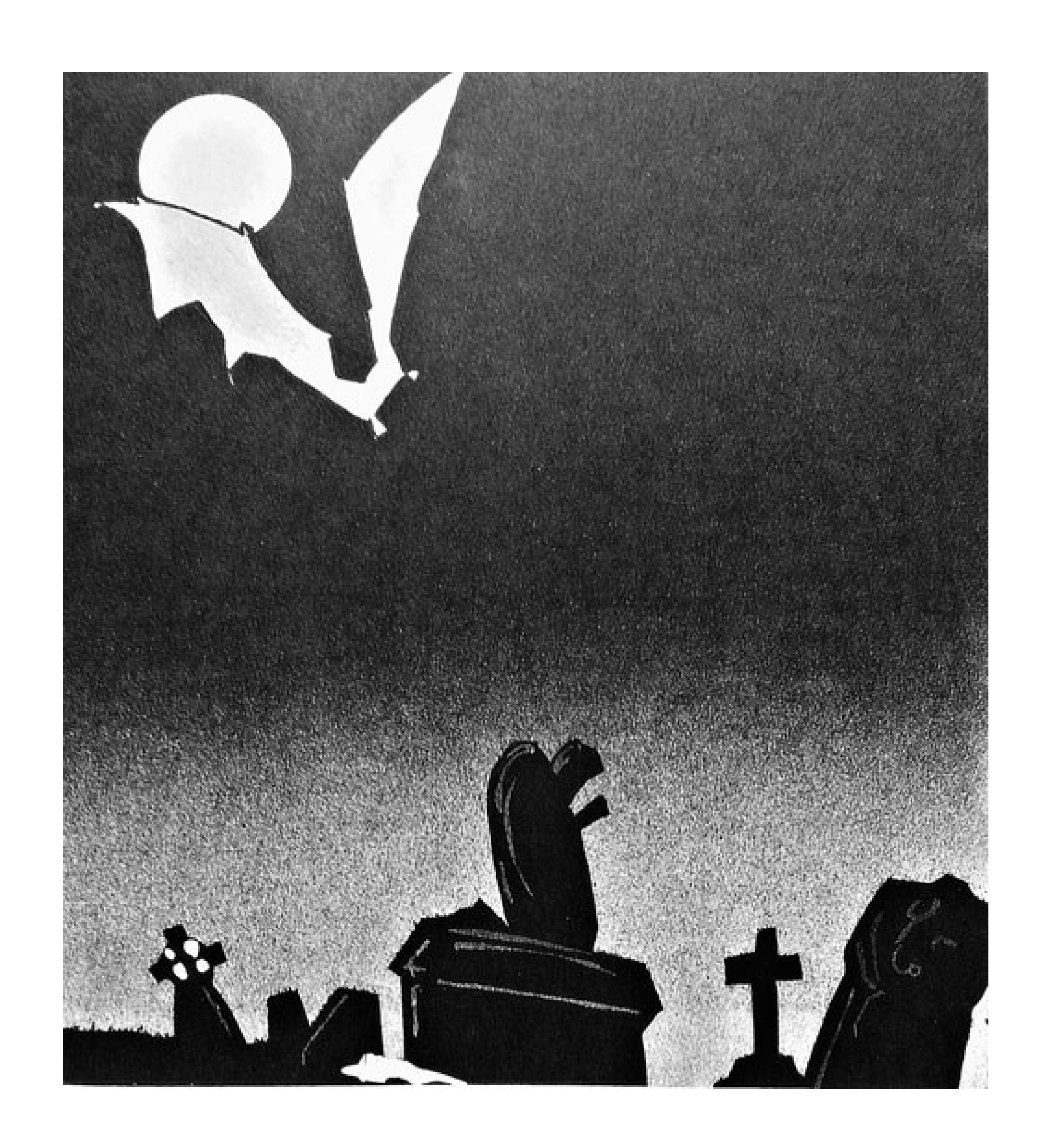
Vamps

Las Chupadoras de Sangre

ePub r1.0
GONZALEZ 31.05.14

Títulos originales de los relatos:
One for the road.- Stephen King, 1977
She only goes out at night.- William Tenn, 1956
Heredity.- David H. Keller, 1947
La morte amoureuse.- Théophile Gautier, 1836
The cloak.- Robert Bloch, 1939
For che blood is the life.- F. Marion Crawford, 1911
The last grave of Lili Warran.- Manly Wade Wellman, 1951
The girl with the hungry eyes.- Fritz Leiber, 1949
Ken's mystery.- Julian Hawthorne, 1883
Restless souls.- Seabury Quinn, 1928
The drifting snow.- August Derleth, 1939
When it was moonlight.- Manly Wade Wellman, 1940
Luella Miller.- Mary Wilkins Freeman, 1902
Dress of white silk.- Richard Matheson, 1951
Red as blood.- Tanith Lee, 1979
Carmilla.- Sheridan Le Fanu, 1871
Recopilados por Martin H. Greenberg & Charles G. Waugh
Traducción: Albert Solé
Diseño de cubierta: Cristina Belmonte

Editor digital: GONZALEZ
Digitalización: peny
ePub base r1.1



VAMPS

Las Chupadoras de Sangre

Introducción

Por qué hay tantas «damas de la noche»

El tema de las vampiras es común y popular en los relatos de terror. Este libro contiene dieciséis ejemplos que abarcan ciento cuarenta y seis años, desde *La muerta enamorada* (1836) a *Roja como la sangre* (1979).

Se cree que el primer relato en que apareció una vampira fue *La novia del sepulcro*, atribuido a J. L. Tieck. Después de haber sido antologizado en 1823, hubo un mínimo de dieciséis ejemplos adicionales producidos por otros escritores del siglo diecinueve como Alejandro Dumas (*La dama pálida*, 1848) y Sir Arthur Conan Doyle (*El parásito*, 1892). Hemos incluido tres de los mejores: el ya mencionado *La muerta enamorada* de Théophile Gautier, *Carmilla* (1872), de Sheridan Le Fanu, que ha sido llevado varias veces al cine y *El misterio de Ken*, un cuento de la víspera de Todos los Santos escrito por Julian Hawthorne (¿1888?)

El siglo veinte ha presenciado la publicación de un número muy superior de relatos en los que aparecen vampiras. El más antiguo de los que hemos seleccionado es *Luella Miller* (1902), un relato de Mary Wilkins Freeman donde se describe a una vampira psíquica. Siete cuentos pertenecen a los años álgidos de *Weird Tales* (1923-1954) y *Unknown* (1939-1943): *Almas en pena*, de Seabury Quinn (1928), *La capa*, de Robert Bloch (1939), *Entre la nieve*, de August Derleth (1939), *Cuando había luz de luna*, de Manly Wade Wellman (1940), *Herencia*, de David H. Keller (1947) y *La última tumba de Lili Warran*, de Manly Wade Wellman (1951). El relato más reciente es *Roja como la sangre*, de Tanith Lee, una revisión de «Blancanieves» a la que la autora le ha dado un considerable mordiente.

Si damos por sentado que los vampiros y las vampiras no existen (y es algo por lo que no apostaría mi vida), hay unas cuantas razones posibles que explican su aceptación y popularidad.

Los animales y los insectos vampíricos existen en el mundo real. Entre los ejemplos están la hembra del mosquito y ciertas variedades de murciélagos y mariposas. Obviamente, esas criaturas le han servido de trampolín a la fértil imaginación humana.

Bruce Wallace (*Omni*, 1979) sugiere que el temor a los vampiros pudo originarse entre los moradores de las cavernas. Durante las primeras etapas de la enfermedad, quienes habían sido mordidos por murciélagos rabiosos irían internándose cada vez más en la oscuridad para escapar a la luz. Durante las últimas etapas emergerían de

ella convertidos en locos agresivos que intentarían morder a los demás. Las nuevas víctimas de sus mordeduras harían que el ciclo volviera a empezar. Saber reconocer a esas criaturas y evitarlas tendría un valor de supervivencia, por lo que es posible que, como resultado de la selección a lo largo de muchos siglos, esas características llegaran a formar parte de la herencia genética humana.

Basil Cooper (*The Vampire in Legend and Fact*, 1973) observa que a lo largo de la historia ciertos individuos profundamente perturbados han obtenido «una morbosa satisfacción física… bebiendo la sangre de los vivos o —lo que todavía resulta más horrible—, de quienes llevaban poco tiempo muertos».

Douglas Hill (*The History of Ghosts, Vampires and Werewolves*, 1970) sugiere que antes de la revolución médica producida durante los últimos cien años el entierro prematuro pudo ser algo bastante frecuente. Cuando la gente moría inexplicablemente a causa de toda una variedad de plagas —entre otras cosas—, los aldeanos supersticiosos podían buscar vampiros desenterrando cadáveres. Los que «hubieran sido enterrados prematuramente despertaban en la tumba y morían intentando salir de ella sin conseguirlo», por lo que habrían sido encontrados en una posición distinta y con «una expresión terrible en sus rostros, y sangre en sus manos y en las uñas de sus dedos».

Los vampiros tienden a lograr sus fines mediante la seducción y la hipnosis, por lo que las hembras de la especie encajan en la tradición judeocristiana de la Eva tentadora.

Los relatos seleccionados en la presente antología poseen una gran capacidad de entretener: están bien escritos y cuentan con un buen argumento, personajes memorables e ideas originales. Algunos iluminan las desigualdades a que las mujeres deben enfrentarse en la vida, algunos permiten presentar mujeres fuertes y capaces de afirmar su voluntad ya sea de forma directa o comparativa, y algunos tratan temas típicos del feminismo de una forma que sorprenderá a quienes no estén familiarizados con ellos.

Charles G. Waugh

Uno para el camino

Eran las diez y cuarto y Herb Tooklander estaba pensando en cerrar cuando el hombre del abrigo caro y el rostro muy pálido entró en el bar de Tookey, que se encuentra en la parte norte de Falmouth. Era el diez de enero, la época en que la mayoría de la gente está aprendiendo a vivir con todas las resoluciones de Año Nuevo que no han tenido la fuerza de cumplir, y fuera soplaba una terrible tormenta del noroeste. Antes de que oscureciera ya habían caído quince centímetros de nieve y desde entonces había seguido nevando con entusiasmo. Habíamos visto pasar dos veces a Billy Larribee encaramado a la máquina quitanieves del pueblo, y en la segunda ocasión Tookey salió corriendo para llevarle una cerveza: mi madre habría dicho que eso era un acto de auténtica caridad cristiana, y bien sabe Dios que en sus tiempos se había tragado sus buenos litros de la cerveza de Tookey. Billy le dijo que habían logrado mantener abierta la carretera, pero que los caminos secundarios estaban cerrados y que probablemente seguirían así hasta que amaneciera. La radio de Portland pronosticaba que caerían treinta centímetros más de nieve, y habría un viento de sesenta kilómetros por hora para irla amontonando en cunetas y recodos.

En el bar sólo estábamos Tookey y yo, escuchando cómo el viento aullaba en los aleros y viendo cómo hacía bailar el fuego en la chimenea.

—Tómate uno para el camino, Booth —dijo Tookey—. Voy a cerrar.

Me sirvió un trago, se sirvió uno para él y entonces vimos abrirse la puerta y el desconocido entró tambaleándose en el bar con nieve en los hombros y en el pelo, tan blanco como si hubiera estado revolcándose en un saco de azúcar. El viento hizo que una capa de nieve tan fina que parecía arena entrara detrás de él.

—¡Cierre la puerta! —rugió Tookey—. ¿Ha nacido en un granero o qué?

Nunca había visto a un hombre más asustado. Me hizo pensar en un caballo que se hubiera pasado la tarde comiendo hierba de fuego. Sus ojos saltones se volvieron hacia Tookey.

—Mi esposa…, mi hija… —dijo, y rodó por el suelo, desmayado.

—¡Jesús bendito! —dijo Tookey—. Booth, ¿quieres cerrar la puerta?

Fui hasta la puerta y la cerré, y tuve que luchar con el viento que quería mantenerla abierta. Tookey había puesto una rodilla en el suelo, sostenía la cabeza del desconocido en sus manos y estaba dándole palmaditas en las mejillas. Me incliné

sobre él y enseguida me di cuenta de que lo había pasado bastante mal. Tenía la cara muy enrojecida, pero aquí y allá se veían manchones grisáceos, y cuando has vivido los inviernos de Maine desde que Woodrow Wilson era presidente, como he hecho yo, sabes que esos manchones grisáceos quieren decir congelación.

—Ha perdido el conocimiento —dijo Tookey—. Tráeme el coñac, ¿quieres?

Fui a buscarlo y volví con él. Tookey le había desabrochado el abrigo. El desconocido parecía encontrarse un poco mejor; tenía los ojos entreabiertos y murmuraba algo en voz tan baja que no había forma de entenderle.

—Echa un poco de coñac en el tapón —dijo Tookey.

—¿Sólo vas a darle un tapón de coñac? —le pregunté.

—Eso es dinamita —dijo Tookey—. No quiero sobrecargar su carburador.

Llené el tapón de coñac y miré a Tookey, quien asintió con la cabeza.

—Adentro.

Se lo eché en la boca. El resultado fue digno de verse. El desconocido se estremeció y empezó a toser. La cara se le puso todavía más roja. Los párpados que habían estado a medio abrir salieron disparados hacia arriba como si fueran un par de persianas. Me alarmé un poco, pero Tookey se limitó a sentarle en el suelo como si fuera un bebé enorme y le dio varias palmadas en la espalda.

El desconocido puso cara de querer vomitar y Tookey le dio más palmadas en la espalda.

—No lo desperdicie —le dijo—. Ese coñac es carísimo.

El desconocido volvió a toser, pero con menos fuerza que antes. Aproveché para echarle una buena mirada. Sí, no cabía duda de que era un tipo de ciudad, y seguramente de algún lugar situado al sur de Boston. Llevaba unos guantes de piel, caros pero delgados. Probablemente en sus manos también habría unas cuantas manchas entre grises y blancas, y tendría suerte si no perdía un dedo o dos. En cuanto a su abrigo, no cabía duda de que era de buena calidad: por lo menos trescientos dólares, si es que entiendo algo de eso. Calzaba unas botitas que apenas si le llegaban a los tobillos; y empecé a preguntarme qué tal les habría ido a los dedos de sus pies.

—Me encuentro mejor —dijo.

—Estupendo —dijo Tookey—. ¿Puede acercarse al fuego?

—Mi esposa y mi hija —dijo el desconocido—. Están ahí fuera…, en la tormenta.

—Por su forma de entrar ya me imaginé que no estarían en casita viendo la televisión —dijo Tookey—. Oiga, no hace falta que se quede sentado en el suelo: puede contárnoslo junto al fuego. Venga, Booth, ayúdame.

El desconocido logró ponerse en pie, pero dejó escapar un leve gemido y sus labios se retorcieron en una mueca de dolor. Volví a pensar en los dedos de sus pies, y me pregunté qué razón tenía Dios para hacer que los idiotas de Nueva York intentaran conducir por el sur de Maine en pleno apogeo de una ventisca del noroeste. Y

también me pregunté si su esposa y su hija irían tan poco protegidas como él…

Le llevamos hasta la chimenea y le hicimos sentarse en una mecedora que solía ser la favorita de la señora Tookey hasta que nos dejó en el 74. La señora Tookey se había encargado de casi toda la decoración del local, y habían escrito artículos sobre él en *Down East* y en el *Sunday Telegram*, y en una ocasión hasta le dedicaron unas páginas en el suplemento dominical del *Globe* de Boston. La verdad es que más parece un albergue que un bar: suelo de madera con los tablones cuidadosamente encajados entre sí, nada de clavos; mostrador de arce, techo sostenido por unas enormes y viejas vigas de establo, una chimenea de tamaño realmente monstruoso… Después del artículo aparecido en *Down East* la señora Tookey empezó a padecer delirios de grandeza y dijo que había que cambiarle el nombre al local, que quería llamarle «La Posada de Tookey» o «El Reposo de Tookey», y debo admitir que el sitio posee una cierta atmósfera colonial, no cabe duda, pero yo prefiero que siga siendo lo que siempre ha sido: el bar de Tookey, y punto. Hacerse el fino durante el verano cuando el estado se encuentra abarrotado de turistas es una cosa, pero en invierno has de ganarte la vida gracias a tus vecinos, y eso es algo muy distinto. Había montones de noches invernales como ésta, noches de bar vacío que Tookey y yo pasábamos a solas bebiendo escocés con agua o unas cuantas cervezas. Mi Victoria se fue en el año 73 y el bar de Tookey era un sitio al que ir, un lugar con las voces suficientes para ahogar el implacable tic-tac del reloj que va contando lo que te falta para morir. Aunque sólo estuviéramos Tookey y yo era suficiente. Si se llamara «El Reposo de Tookey» ya no me habría gustado tanto. Puede que parezca una locura, pero es la verdad.

Le instalamos delante del fuego y empezó a temblar todavía más fuerte que antes. Se pasó los brazos alrededor de las rodillas, le castañetearon los dientes y unas cuantas gotitas de un moco muy claro brotaron de la punta de su nariz. Creo que estaba empezando a comprender que quince minutos más ahí fuera podrían haber bastado para matarle. No es la nieve, es la frialdad del viento: te roba el calor.

—¿Dónde dejó la carretera? —le preguntó Tookey.

—N-nueve kilómetros al s-sur de aquí —dijo él.

Tookey y yo nos miramos el uno al otro y de repente sentí frío. Mucho frío.

—¿Esta seguro? —le preguntó Tookey—. ¿Ha recorrido nueve kilómetros por entre la nieve?

Asintió.

—Le eché una mirada al cuentakilómetros cuando atravesamos el p-pueblo. Seguía las instrucciones que me habían dado…, íbamos a ver a la hermana de mi e-esposa…, en Cumberland…, nunca he estado allí antes…, somos de Nueva Jersey…

Nueva Jersey. Si hay alguien más idiota que un tipo de Nueva York es un tipo de Nueva Jersey.

—¿Nueve kilómetros? ¿Está seguro? —volvió a preguntarle Tookey.

—Sí, estoy seguro. Encontré el desvío pero estaba cubierto de nieve…, estaba…

Tookey le cogió por los hombros. La claridad cambiante del fuego iluminó su rostro tenso y pálido, y vi que parecía tener diez años más de los sesenta y cinco que tiene realmente.

—¿Torció a la derecha?

—Sí, a la derecha. Mi esposa…

—¿Vio un letrero?

—¿Un letrero? —Alzó los ojos hacia Tookey, le miró con cara de no entender nada y se limpió la nariz—. Pues claro que vi el letrero. Estaba en mis instrucciones. Tomar por la Avenida Jointner a través de Jerusalem's Lot hasta llegar a la rampa de entrada número 295. —Sus ojos fueron de Tookey a mí y volvieron a posarse en Tookey. Fuera el viento aullaba, gemía y silbaba en los aleros—. ¿Qué le pasa? ¿No tendría que haber ido por allí?

—Jerusalem's Lot —dijo Tookey en voz tan baja que apenas si resultó audible—. Oh, Dios mío.

—¿Qué pasa? —preguntó el hombre subiendo el tono de voz—. ¿No hice bien? Quiero decir que el camino estaba cubierto de nieve, pero pensé que si había un pueblo las máquinas quitanieve estarían funcionando y…, y después yo…

Acabó quedándose callado sin completar la frase.

—Booth —me dijo Tookey en voz baja—, coge el teléfono y llama al sheriff.

—Claro, llámele —dijo el idiota de Nueva Jersey—. Oigan, ¿qué les pasa? ¡Parece como si acabaran de ver un fantasma!

—En Jerusalem's Lot no hay fantasmas, señor. ¿Les dijo que se quedaran dentro del coche?

—Naturalmente —respondió con tono ofendido—. No estoy loco.

Bueno, yo no estaba tan seguro pero…

—¿Cómo se llama? —le pregunté—. El sheriff querrá saberlo.

—Lumley —dijo—. Gerard Lumley.

Se volvió hacia Tookey y fui hacia el teléfono. Cogí el auricular y no oí nada, sólo el silencio de una línea muerta. Les di a los botones de desconexión un par de veces. Nada.

Volví con ellos. Tookey le había servido un poco más de coñac a Gerard Lumley, y por lo que parecía esta nueva ración bajaba mucho mejor que la de antes.

—¿Qué pasa, no estaba allí? —me preguntó Tookey.

—No hay línea.

—Maldición —dijo Tookey, y nos miramos el uno al otro. Una ráfaga de viento arrojó más nieve contra las ventanas.

Los ojos de Lumley fueron de Tookey a mí y volvieron a Tookey.

—Bueno, ¿ninguno de ustedes dos tiene coche? —preguntó. La ansiedad había vuelto a su voz—. Tienen que mantener el motor en marcha para que la calefacción siga funcionando. El depósito ya estaba tres cuartas partes vacío, y necesité una hora y media para… Oiga, ¿quiere *responderme*?

Se puso en pie y agarró a Tookey por la camisa.

—Eh, amigo, creo que a su cerebro se le acaba de escapar una mano —dijo Tookey.

Lumley se miró la mano, miró a Tookey y acabó soltándole la camisa.

—Maine —siseó, consiguiendo que sonara como un insulto dirigido a tu madre —. Está bien —dijo—. ¿Dónde está la gasolinera más cercana? Deben tener una grúa…

—La gasolinera más cercana está en el Centro Falmouth —dije yo—. Eso queda a cinco kilómetros siguiendo la carretera.

—Gracias —me dijo Lumley con un cierto sarcasmo, y fue hacia la puerta abrochándose el abrigo.

—Pero no estará abierta —añadí.

Se dio la vuelta lentamente y nos miró.

—¿De qué estás hablando, viejo?

—Está intentando explicarle que la gasolinera del centro es propiedad de Billy Larribee y Billy está conduciendo la máquina quitanieves, maldito imbécil —dijo Tookey con mucha paciencia—. Y ahora, ¿por qué no vuelve aquí y se sienta antes de que se le reviente una vena?

Volvió hacia nosotros con una mezcla de incomprensión y miedo en la cara.

—¿Está diciéndome que no puede…, que no hay…?

—No le estoy diciendo nada —replicó Tookey—. Usted es el que se lo dice todo y si se callara un minuto quizá consiguiéramos pensar en lo que podemos hacer.

—¿Qué ocurre en ese pueblo…, Jerusalem’s Lot? —preguntó—. ¿Por qué no habían despejado el camino? ¿Por qué no había luces en ningún sitio?

—Jerusalem’s Lot ardió hace dos años —dije yo.

—¿Y no lo reconstruyeron?

Puso cara de no creérselo.

—Eso parece —dije, y miré a Tookey—. Bueno, ¿qué vamos a hacer?

—No podemos dejarlas allí —dijo Tookey.

Di un par de pasos hacia él. Lumley estaba junto a la ventana, contemplando la noche y la nieve.

—¿Y si las han pillado? —le pregunté.

—Es posible —dijo Tookey—, pero no podemos estar seguros. Tengo mi Biblia en el estante. ¿Sigues llevando encima tu medalla del Papa?

Saqué el crucifijo de mi camisa y se lo enseñé. Nací y me criaron en el seno de

una familia de congregacionistas, pero casi todos los que vivimos cerca de Jerusalem's Lot llevamos algo encima…, un crucifijo, una medalla de san Cristóbal, un rosario… Todos llevamos algo porque hace dos años, en el lapso de un oscuro mes de octubre, a Jerusalem's Lot le ocurrió algo horrible. A veces, a altas horas de la noche, cuando el bar está vacío y sólo quedamos unos cuantos habituales pegados a la chimenea, hablamos de ello, aunque quizá sería mejor decir que le damos vueltas al tema sin llegar a abordar directamente lo que ocurrió. Verán, la gente de allí empezó a desaparecer. Primero fueron unos cuantos, después unos cuantos más y después montones y montones de gente. Las escuelas cerraron. El pueblo estuvo vacío durante casi un año. Oh, sí, hubo algunos que se fueron a vivir allí —casi todos imbéciles de fuera del estado, como este soberbio espécimen que teníamos aquí—, supongo que atraídos por lo bajos que estaban los precios de las propiedades inmobiliarias. Pero no duraron mucho. La mayoría se largaron un mes o dos después de haberse instalado en el pueblo. Los otros…, bueno, desaparecieron. Y el pueblo acabó ardiendo. Ocurrió al final de una larga temporada de sequía. Creemos que el fuego se originó en la casa Marsten, la que está sobre la colina que domina la Avenida Jointner, pero hasta la fecha de hoy nadie está seguro de cómo ocurrió. Las llamas ardieron durante tres días sin que hubiera forma de controlarlas. Después de eso las cosas mejoraron durante un tiempo. Y luego todo volvió a empezar.

Sólo oí mencionar la palabra «vampiros» en una ocasión. Fue una noche en el bar de Tookey y salió de los labios de un camionero medio loco llamado Richie Messina que venía de Freeport y había bebido lo suyo.

—¡Jesús! —rugió irguiendo lo que parecían dos metros de pantalones de lana, camisa a cuadros y botas con puntera metálica—. ¿Qué pasa, estáis tan jodidamente asustados que no os atrevéis a decirlo en voz alta? ¡Vampiros! Eso es lo que estáis pensando todos, ¿verdad? ¡Por los clavos de la motocicleta de Cristo! ¡Igual que un montón de críos asustados por lo que han visto en una película! ¿Sabéis lo que hay en Salem's Lot? ¿Queréis que os lo cuente? ¿Queréis que os lo cuente?

—Sí, Richie, cuéntanoslo —dijo Tookey. Todo se había quedado muy silencioso. Podías oír el crujir del fuego y el suave golpeteo de la lluvia de noviembre cayendo en la oscuridad—. Anda, tú tienes la palabra.

—Lo que tenéis allí no es más que una manada de perros salvajes —dijo Richie Messina—. Eso es lo que tenéis, y nada más; eso y un montón de viejas a las que les encanta oír una buena historia de miedo. Oh, vamos, si alguien me ofreciera ochenta pavos iría allí y pasaría la noche en lo que queda de esa casa encantada que tanto os preocupa a todos… Bueno, ¿qué me decís? ¿Nadie quiere ofrecerme esa suma?

Nadie dijo nada. Richie era un bocazas, no sabía aguantar la bebida y nadie lloraría por él en cuanto muriera, pero ninguno de nosotros estaba dispuesto a ver cómo se iba a Salem's Lot después de que hubiese anochecido.

—Que os jodan a todos —dijo Richie—. Tengo la escopeta en el maletero de mi Chevy y eso detendrá a cualquier cosa que haya en Falmouth, Cumberland o Jerusalem's Lot, y allí es donde pienso ir.

Salió del bar dando un portazo y durante un rato ninguno de los presentes dijo una palabra.

—Nadie volverá a ver a Richie Messina —dijo Lamont Henry por fin en voz muy baja—. Santo Dios…

Y Lamont, que se había criado siendo metodista desde que su madre le sentó sobre sus rodillas, se persignó.

—En cuanto se le pase un poco la borrachera cambiará de opinión —dijo Tookey, pero no parecía muy convencido—. Volverá a la hora de cerrar diciendo que todo era broma.

Pero fue Lamont quien acabó teniendo razón, porque nadie volvió a ver a Richie. Su mujer le dijo a la policía del estado que creía que se había largado a Florida para escapar a una agencia especializada en el cobro de morosos, pero podías ver la verdad en sus ojos: estaba aterrorizada. Poco después se mudó a Rhode Island. Quizá pensaba que Richie vendría por ella alguna noche oscura, y no seré yo quien diga que no podría haber acabado haciéndolo.

Tookey estaba mirándome y le devolví la mirada mientras me guardaba el crucifijo dentro de la camisa. En toda mi vida jamás me había sentido tan viejo o asustado como ahora.

—No podemos dejarlas ahí fuera, Booth —repitió Tookey.

—Sí, ya lo sé.

Nos miramos el uno al otro durante unos instantes más y Tookey acabó alargando el brazo y me puso la mano en el hombro, dándome un apretón.

—Eres un buen hombre, Booth.

Eso bastó para darme un poco de coraje. No sé a qué se debe, pero cuando rebasas los setenta la gente empieza a olvidarse de que eres un hombre, o de que lo fuiste alguna vez.

Tookey fue hacia Lumley y le dijo:

—Tengo un Scout con tracción en las cuatro ruedas. Voy por él.

—Por el amor de Dios, ¿por qué no lo ha dicho antes? —Lumley giró en redondo apartándose de la ventana y clavó los ojos en Tookey, muy irritado—. ¿Por qué se ha pasado diez minutos mascullando y perdiendo el tiempo en tonterías?

—Cierre el pico, amigo —dijo Tookey en voz muy baja y suave—. Y si vuelve a sentir el impulso de abrirlo, recuerde quién hizo ese giro para meterse por un camino cubierto de nieve en mitad de una condenada ventisca.

Lumley abrió la boca para decir algo, pero la cerró sin que ningún sonido saliera de ella. Tenía las mejillas muy rojas. Tookey salió del bar para sacar su Scout del

garaje. Hurgué por debajo del mostrador hasta encontrar su petaca niquelada y la llené de coñac. Pensé que antes de que la noche hubiera terminado quizá llegaríamos a necesitarlo.

Las ventiscas de Maine…, ¿han estado alguna vez metido en una?

La nieve es tan fina y hay tanta que parece arena, y cuando golpea los flancos de tu coche o de tu camioneta hace el mismo ruido que si lo fuera. No puedes usar las luces largas porque los haces se reflejan en la nieve, y no te dejan ver nada a más de tres metros. Si usas los otros faros quizá consigas ver hasta unos cuatro o cinco metros de distancia. Pero la nieve no es lo peor: puedo aguantarla. Lo que no me gusta es el viento que va cobrando potencia y empieza a aullar, empujando la nieve y haciéndole adoptar cien siluetas extrañas que vuelan por los aires, armando un estrépito en el que parece haber encerrado todo el odio, el dolor y el miedo del mundo. La garganta de un viento cargado de nieve está llena de muerte, muerte blanca…, y quizá de algo que se encuentra más allá de la muerte. Cuando estás cómodamente instalado en tu cama con las mantas hasta la nariz, los postigos asegurados y las puertas cerradas ese sonido no te impresiona. Cuando estás conduciendo es mucho peor. Y nosotros íbamos hacia Salem's Lot.

—Vaya un poco más deprisa, ¿quiere? —dijo Lumley.

—Para ser un hombre que entró en el bar medio congelado parece tener muchas ganas de acabar otra vez a pie —dije yo.

Me lanzó una mirada en la que se mezclaban la perplejidad y la furia y no dijo nada más. Avanzábamos por la carretera a unos cincuenta kilómetros por hora. Resultaba difícil creer que Billy Larribee había despejado esta zona hacía sólo una hora; cinco centímetros más de nieve habían caído sobre ella y la capa blanca seguía creciendo. Las ráfagas de viento más fuertes hacían que el Scout se bamboleara sobre los ejes. Los faros mostraban un torbellino de nada blanca que giraba ante nosotros. No habíamos visto ni un solo vehículo.

—¡Eh! —jadeó Lumley unos diez minutos después—. ¿Qué es eso?

Estaba señalando hacia mi lado del coche; yo llevaba bastante rato con los ojos clavados en el parabrisas. Me volví, pero lo hice una fracción de segundo tarde. Me pareció ver una especie de silueta borrosa y encorvada que se desvanecía volviendo a confundirse con la nieve, pero pudo ser mi imaginación.

—¿Qué era? ¿Un ciervo? —le pregunté.

—Supongo —dijo con voz algo temblorosa—. Pero sus ojos…, me pareció que tenía los ojos de color rojo. —Me miró—. ¿Es así como se ven los ojos de un ciervo de noche?

Por el tono de su voz casi parecía estar suplicando una respuesta afirmativa.

—Oh, pueden tener cualquier aspecto —repliqué, pensando que quizá fuera cierto, pero había visto montones de ciervos de noche en un montón de coches

diferentes y jamás vi ningún par de ojos que devolvieran un reflejo rojizo.

Tookey no dijo nada.

Unos quince minutos después llegamos a un punto donde el montón de nieve apilado a la derecha de la carretera no era tan alto, porque se supone que los quitanieves deben levantar la pala un poco cuando pasan por un cruce.

—Creo que aquí es donde nos desviamos —dijo Lumley, aunque no parecía demasiado seguro—. No veo el letrero…

—Está ahí delante —dijo Tookey con una voz muy rara que no recordaba en nada a la suya de siempre—. Se puede ver la parte de arriba.

—Oh. Claro. —Lumley pareció muy aliviado—. Oiga, señor Tooklander, siento haber perdido los nervios en el bar. Tenía frío, estaba muy preocupado y ya no se me ocurrían más insultos que aplicarme a mí mismo. Quiero agradecerles el que…

—No nos dé las gracias por nada hasta que tengamos a su mujer y a su hija aquí dentro —dijo Tookey.

Conectó la tracción en las cuatro ruedas y se abrió paso por entre el montón de nieve hasta llegar a la Avenida Jointner, que atraviesa Salem's Lot y sale a la 295. La nieve salió disparada hacia arriba por los guardafangos. La parte trasera del Scout intentó patinar, pero Tookey llevaba montones de años conduciendo sobre la nieve. Manejó el volante con delicadeza, convenció al Scout de que continuara adelante y logramos pasar. De vez en cuando los faros iluminaban las huellas de neumáticos dejadas por el coche de Lumley: las huellas aparecían y desaparecían a intervalos. Lumley se había inclinado hacia adelante en el asiento, buscando su coche.

—Señor Lumley… —dijo Tookey de repente.

—¿Qué?

Lumley se volvió hacia él.

—La gente de esta comarca siente un cierto temor supersticioso hacia Salem's Lot —dijo Tookey. Habló con voz bastante tranquila pero pude ver las profundas arrugas de tensión que había alrededor de su boca, y la forma en que movía continuamente los ojos de un lado para otro—. Si su familia está dentro del coche…, bueno, será estupendo. Les recogeremos, volveremos a mi local y mañana, cuando la tormenta haya terminado, Billy sacará su coche de la nieve. Pero si no están dentro del coche…

—¿Si no están dentro del coche? —le interrumpió Lumley con voz seca—. ¿Y por qué no iban a estar dentro del coche?

—Si no están dentro del coche —siguió diciendo Tookey sin responderle—, daremos la vuelta, iremos hasta el Centro de Falmouth y llamaremos al sheriff. De todas formas, deambular de noche en plena tormenta no tiene sentido, ¿verdad?

—Estarán en el coche. ¿En qué otro sitio podrían estar?

—Una cosa más, señor Lumley —dije yo—. Si vemos a alguien, a quien sea…,

no vamos a hablar con esa persona. Ni aunque nos dirija la palabra. ¿Lo ha comprendido?

—Oiga, ¿en qué consisten exactamente esas supersticiones? —preguntó Lumley hablando muy despacio.

Tookey se me adelantó antes de que pudiera responderle, y sólo Dios sabe qué podría haberle respondido.

—Ya hemos llegado —dijo.

Vimos la parte posterior de un gran Mercedes. La capota del coche estaba cubierta de nieve, así como todo el lado izquierdo. Pero las luces de atrás seguían encendidas y había humo saliendo del tubo de escape.

—Bueno, al menos no se han quedado sin gasolina —dijo Lumley.

Tookey recorrió los últimos metros y puso el freno de emergencia del Scout.

—¿Recuerda lo que le ha dicho Booth, Lumley?

—Claro, claro.

Pero no estaba pensando en nada que no fuese su mujer y su hija, y no creo que haya nadie capaz de culparle por ello.

—¿Listo, Booth? —me preguntó Tookey.

Sus ojos se clavaron en los míos: dos pupilas severas y grises iluminadas por los reflejos del salpicadero.

—Supongo que sí —dije.

Salimos del Scout y el viento tiró de nosotros arrojándonos nieve a la cara. Lumley nos tomó la delantera inclinando el cuerpo contra la ventisca, con su elegante abrigo ondulando a su espalda como si fuera una vela. Proyectaba dos sombras, una originada por los faros de Tookey y la otra por las luces traseras de su coche. Yo iba detrás y Tookey me seguía a un paso de distancia. Cuando llegué al maletero del Mercedes Tookey me cogió del brazo.

—Deja que se adelante —me dijo.

—¡Janey! ¡Francie! —gritó Lumley—. ¿Va todo bien? —Abrió la portezuela del volante y metió la cabeza en el coche—. ¿Va todo…?

Se quedó inmóvil, como paralizado. El viento le arrancó la pesada portezuela de entre los dedos y la abrió del todo.

—Dios santo, Booth —dijo Tookey y el aullido del viento hizo que apenas si pudiera oírle—. Creo que ha vuelto a ocurrir.

Lumley vino hacia nosotros. Estaba asustado y confuso, y tenía los ojos casi fuera de las órbitas. Echó a correr, resbaló en la nieve y estuvo a punto de caerse. Me apartó de un manotazo como si fuera una brizna de paja y agarró a Tookey por la pechera.

—¿Cómo ha podido saberlo? —rugió—. ¿Dónde están? ¿Qué diablos pasa aquí?

Tookey se lo quitó de encima y fue hacia el coche. Inspeccionamos el interior del

Mercedes: estaba tan caliente como una tostada, pero no seguiría así durante mucho tiempo. La lucecita color ámbar de la reserva del combustible estaba encendida. Dentro de aquel gran coche no había nadie. Una muñeca Barbie estaba tirada sobre la alfombrilla del asiento derecho, y un anorak de esquí de talla infantil estaba hecho una bola encima del respaldo.

Tookey se tapó la cara con las manos…, y un instante después ya no estaba allí. Lumley le había cogido y le había empujado hacia el montón de nieve. Tenía el rostro muy pálido y parecía haberse vuelto loco. Sus labios se movían convulsivamente, como si hubiera masticado algo muy amargo y no lograra reunir la saliva suficiente para escupirlo. Metió el brazo en el coche y cogió el anorak.

—¿El anorak de Francie? —medio dijo y medio murmuró, y después gritó esas mismas palabras—. *¡El anorak de Francie!* —Se dio la vuelta sosteniéndolo ante él por la capuchita forrada de piel. Me miró con la expresión de quien no cree lo que está viendo—. No puede andar por ahí sin su anorak, señor Booth. ¿Por qué…, por qué…? Se morirá de frío, se congelará.

—Señor Lumley…

Pasó tambaleándose junto a mí sin soltar el anorak, gritando:

—*¡Francie! ¡Janey! ¿Dónde estáis? ¿Dónde estáiiiiis?*

Le ofrecí la mano a Tookey y le ayudé a levantarse.

—¿Te encuentras…?

—Olvídate de mí —dijo—. Booth, tenemos que detenerle.

Le seguimos lo más deprisa posible, lo cual no era gran cosa teniendo en cuenta que había sitios donde la nieve nos llegaba a la altura de la rodilla, pero acabó deteniéndose y logramos alcanzarle.

—Señor Lumley… —dijo Tookey poniéndole una mano en el hombro.

—Por aquí —dijo Lumley—. Se fueron por aquí. ¡Mire!

Miramos hacia abajo. Estábamos en una especie de hondonada y casi todas las ráfagas de viento pasaban por encima de nuestras cabezas. Y ahí estaban: dos juegos de huellas distintas, unas grandes y unas pequeñas, que empezaban a llenarse de nieve. Si hubiéramos llegado cinco minutos después ya habrían desaparecido.

Lumley empezó a alejarse de nosotros con la cabeza inclinada y Took le cogió por el brazo, reteniéndole.

—¡No! ¡No, Lumley!

Lumley volvió su rostro enloquecido hacia Tookey y apretó el puño. Lo alzó para golpear…, pero en la expresión de Tookey había algo que le detuvo. Sus ojos fueron de Tookey a mí y volvieron a Tookey.

—Se congelará —dijo como si fuéramos un par de niños estúpidos—. ¿Es que no lo entienden? No lleva puesto el anorak y sólo tiene siete años…

—Podrían estar en cualquier sitio —dijo Tookey—. No conseguirá seguir esas

huellas. Desaparecerán en el siguiente montón de nieve.

—¿Qué me sugiere? —gritó Lumley con la voz convertida en un aullido histérico —. ¡Si volvemos para avisar a la policía morirá congelada! ¡Francie y mi esposa morirán!

—Puede que ya estén congeladas —dijo Tookey y la expresión de sus ojos hizo que Lumley le mirara fijamente—. Congeladas o algo peor.

—¿Qué quiere decir? —murmuró Lumley—. ¡Hable claro, maldita sea! ¡Explíquese!

—Señor Lumley, en Salem's Lot hay algo que… —dijo Tookey.

Pero fui yo quien acabó explicándoselo, quien pronunció esa palabra que nunca hubiese creído llegaría a pronunciar.

—Vampiros, señor Lumley. Jerusalem's Lot está lleno de vampiros. Supongo que le resultará difícil de creer…

Estaba mirándome como si me hubiese vuelto verde de repente.

—Chalados —murmuró—. Son un par de chalados… —Se dio la vuelta, formó bocina poniendo las manos ante su boca y gritó—: *¡FRANCIE! ¡JANEY!*

Empezó a alejarse de nosotros, igual que antes. La nieve llegaba hasta el final de su elegante abrigo.

Miré a Tookey.

—¿Qué hacemos ahora?

—Seguirle —dijo Tookey. Tenía el cabello cubierto de nieve y la verdad es que su aspecto recordaba un poco al de un chalado—. No puedo dejarle aquí, Booth. ¿Y tú? ¿Serías capaz?

—No —dije—, supongo que no.

Así que empezamos a abrirnos paso por entre la nieve siguiendo a Lumley y esforzándonos por alcanzarle, pero cada vez nos llevaba más ventaja. Era joven y fuerte, ¿comprenden? Avanzaba por entre la nieve como si fuera un toro. Mi artritis empezó a torturarme con unas punzadas horribles y no tardé en echarle miradas a mis piernas, diciéndome: un poquito más, solo un poquito más, sigue adelante, maldita sea, sigue adelante…

Tropecé con Tookey, caído sobre un montón de nieve. Tenía la cabeza inclinada y se apretaba el pecho con las dos manos.

—Tookey, ¿te encuentras bien? —le pregunté.

—Estoy bien —dijo apartando las manos del pecho—. Tenemos que seguirle, Booth. Cuando caiga reventado recobrará la cordura y verá que no se puede hacer nada.

Llegamos a lo alto de una pequeña loma y vimos a Lumley al final de la pendiente buscando desesperadamente más huellas. Pobre hombre… No había ni una sola posibilidad de que lograra encontrarlas. En aquella zona el viento soplaba con

todas sus fuerzas, y cualquier huella existente habría quedado borrada tres minutos después de que la hicieran, así que en un par de horas…

Alzó la cabeza para gritarle a la noche. *¡FRANCIE! ¡JANEY! ¡POR EL AMOR DE DIOS!* Podías sentir la desesperación y el terror que había en su voz, y le compadecí por ello. La única respuesta que obtuvo fue el gemido del viento, tan agudo y potente como el de un tren de mercancías. El viento parecía estar riéndose de él, diciéndole: *Me las he llevado, señor Nueva Jersey de coche caro y abrigo de pelo de camello. Me las he llevado, he borrado sus huellas y por la mañana, estarán tan frías y bien conservadas como un par de fresas metidas en el congelador*…

—¡Lumley! —gritó Tookey intentando hacerse oír por encima del viento—. ¡Oiga, ya sé que no cree en los vampiros, los espectros y todas esas tonterías, pero tiene que escucharme! ¡Lo que está haciendo no va a ayudarlas! ¡Tenemos que llegar a…!

Y entonces *hubo* una respuesta, una voz que brotó de la oscuridad con el suave tintineo de unas campanillas de plata, y el corazón se me quedó tan frío como un pedazo de hielo metido en el pozo durante el invierno.

—*Jerry…, Jerry, ¿eres tú?*

Aquel sonido hizo que Lumley girara en redondo y entonces la vimos salir de entre las oscuras sombras de un bosquecillo, como un fantasma. Era a una mujer de ciudad no cabe duda, y en aquel instante me pareció que jamás había visto a una mujer más hermosa. Sentí que deseaba ir hacia ella y decirle cómo me alegraba que estuviera bien. Vestía una gruesa prenda verde que se parecía un poco a un pullover, creo que las llaman ponchos. La tela flotaba a su alrededor y su oscuro cabello bailaba en aquel vendaval salvaje como el agua en un arroyo de diciembre, cuando falta poco para que el invierno la congele y la deje prisionera del cauce.

Quizá di un paso hacia ella, porque sentí la mano de Tookey sobre mi hombro, áspera y cálida. Y aun así…, ¿cómo puedo expresarlo? Sí, seguí *anhelando* ir hacia ella, tan oscura y hermosa con el poncho verde flotando alrededor de su cuello y sus hombros, tan exótica y extraña que te hacía pensar en alguna magnífica mujer surgida de un poema de Walter de la Mare.

—¡Janey! —gritó Lumley—. *¡Janey!*

Se abrió paso por entre la nieve, yendo hacia ella con los brazos extendidos.

—¡No! —gritó Tookey—. *¡No, Lumley!*

Lumley ni tan siquiera se volvió a mirarle…, pero ella sí le miró. Alzó la cabeza hacia nosotros y sonrió. Y cuando lo hizo sentí que mi anhelo y mi pasión se convertían en un horror tan frío como la tumba, tan blanco y silencioso como un montón de huesos envueltos en un sudario. Incluso estando en lo alto de la loma pudimos ver el súbito destello rojizo que iluminó aquellos ojos. Eran menos humanos que los ojos de un lobo. Y cuando sonrió pudimos ver qué largos se habían vuelto sus

dientes. Ya no era humana. Era una cosa muerta que había logrado volver a la vida en el seno de esta negra tormenta aullante.

Tookey hizo la señal de la cruz. Vimos cómo se encogía…, y luego volvió a sonreímos. Estábamos demasiado lejos, y quizá estuviéramos demasiado asustados.

—¡Hay que detenerla! —murmuré—. ¿Es que no podemos detenerla?

—¡Es demasiado tarde, Booth! —dijo Tookey con un hilo de voz.

Lumley había llegado hasta ella. Se encontraba tan cubierto de nieve que él mismo parecía un fantasma. Alargó los brazos hacia ella… y empezó a gritar. Oiré ese sonido en mis sueños, el sonido de un hombre que grita como un niño cuando tiene una pesadilla. Lumley intentó retroceder, pero los largos brazos desnudos de la mujer fueron hacia él ondulando como serpientes, más blancos que la nieve, y le atrajeron hacia su cuerpo. Pude ver cómo ladeaba la cabeza y después la movió hacia adelante…

—¡Booth! —dijo Tookey con voz enronquecida—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Y echamos a correr. Supongo que algunos dirían que huimos como ratas, pero quienes dirían eso no estaban allí aquella noche. Seguimos el camino que habíamos abierto al venir, cayendo, incorporándonos, resbalando y patinando. Yo no paraba de mirar por encima de mi hombro para ver si aquella mujer venía detrás de nosotros sonriendo con esa mueca horrible y observándonos con aquellos ojos rojos.

Llegamos al Scout y Tookey se dobló sobre sí mismo llevándose las manos al pecho.

—¡Tookey! —exclamé, muy asustado—. ¿Qué…?

—El reloj, Booth… —dijo—. Llevo cinco o seis años teniendo problemas con él. Ayúdame a subir y sácanos de aquí lo más deprisa que puedas.

Pasé un brazo por debajo de su chaquetón, le hice caminar alrededor del Scout y me las arreglé para subirle al asiento, aunque no sé muy bien cómo. Tookey apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Tenía la piel amarillenta, con un aspecto cerúleo.

Volví corriendo al otro lado del Scout y casi me di de narices con la niña. Estaba inmóvil junto a la portezuela del conductor: tenía el pelo recogido en un par de coletas y sólo llevaba un vestidito amarillo.

—Señor —dijo con una voz clara y límpida, tan dulce como la niebla del amanecer—, ¿querría ayudarme a encontrar a mi madre? Se ha marchado y tengo tanto frío…

—Cariño —le dije—, cariño, será mejor que entres en el coche. Tu madre…

No llegué a terminar la frase y si ha habido algún momento de mi vida en el que estuviera cerca de desmayarme estoy seguro de que fue ése. La niña estaba inmóvil junto a la portezuela, ¿comprenden?, pero estaba *encima* de la nieve y no había huellas, no había huellas en ninguna dirección…

Y entonces Francie, la hija de Lumley, alzó los ojos hacia mí. Sólo tenía siete años y seguiría teniendo siete años durante toda una eternidad de noches. Su carita estaba espantosamente blanca, como la de un cadáver, y sus ojos eran un abismo rojo y plata en el que podías caer para siempre. Y bajo su mandíbula pude ver dos heriditas tan pequeñas como alfilerazos, con la carne horriblemente amoratada a su alrededor.

Extendió los brazos hacia mí y sonrió.

—Cójame, señor —dijo en voz baja—. Quiero darle un beso. Después podrá llevarme con mi mamá.

No quería hacerlo, pero no pude impedirlo. Empecé a inclinarme hacia adelante alargando los brazos. Pude ver cómo abría la boca, pude ver los pequeños colmillos ocultos tras el anillo rosado de sus labios. Algo se deslizó por su mentón, algo plateado y brillante, y con un horror tan leve como distante comprendí que estaba babeando.

Sus manecitas rodearon mi cuello y pensé: Bueno, quizá no sea tan malo, no, quizá no lo sea, puede que pasado un tiempo ya no resulte tan horrible. Entonces algo salió volando del Scout e hizo impacto en su pecho. Vi una nubecilla de un humo anaranjado que tenía un olor muy extraño, un resplandor que se esfumó un instante después y la niña retrocedió emitiendo un siseo ahogado. Su rostro se había convertido en una máscara vulpina de rabia, odio y dolor. Se dio la vuelta y… desapareció. Estaba allí y un segundo después ya no había nada, sólo un torbellino de nieve que se parecía un poco a una silueta humana. El viento enseguida lo dispersó llevándoselo a través de los campos.

—¡Booth! —murmuró Tookey—. ¡Date prisa!

Y eso hice. Pero no tanta como para no tener tiempo de recoger lo que le había arrojado a esa niñita salida del infierno: era la Biblia de su madre.

Esto ocurrió hace ya cierto tiempo. Ahora soy un poco más viejo, y entonces no era ningún polluelo recién salido del cascarón. Herb Tooklander nos dejó hace dos años. Murió tranquilamente, durante la noche. El bar sigue ahí: una pareja bastante agradable de Waterville lo compró y el local apenas ha cambiado. Pero ahora no voy mucho por allí. Con Tookey muerto ya no sería lo mismo que antes.

En Salem’s Lot todo continúa más o menos como siempre. Al día siguiente el sheriff fue hasta allí y encontró el coche de Lumley: la gasolina se había acabado y la batería estaba descargada. Ni Tookey ni yo dijimos nada al respecto. ¿De qué habría servido? Y de vez en cuando un autoestopista o alguien que iba de excursión va por esa zona y desaparece en Schoolyard Hill o cerca del cementerio de Harmony Hill. Las partidas de búsqueda acaban encontrando su mochila o un cuaderno hinchado y descolorido por la lluvia y la nieve, o algún objeto semejante. Pero nunca encuentran sus cuerpos.

Sigo teniendo pesadillas en las que revivo esa noche de tormenta y lo que nos ocurrió allí. No suelo soñar con la mujer sino con la niña, y con su sonrisa cuando me ofreció los brazos para que pudiera cogerla. Para que pudiera darme un beso… Pero soy viejo y pronto dejaré de soñar.

Puede que algún día tengan ocasión de viajar por la parte sur de Maine. Es una comarca muy bonita. Quizá hasta hagan una parada en el bar de Tookey para tomarse una copa. El local es muy acogedor y los nuevos propietarios no le han cambiado el nombre. Bébanse su copa y luego les aconsejo que sigan viaje hacia el norte. Hagan lo que hagan, no tomen el camino que lleva a Jerusalem's Lot.

Especialmente no después de que haya oscurecido.

Hay una niña que ronda por ahí. Y creo que sigue esperando su beso de buenas noches.

WILLIAM TENN

Sólo sale de noche…

En esta parte del país la gente cree que el doctor Judd lleva la magia dentro de su maletín de cuero negro: *así* de buen médico es.

Desde que perdí la pierna en el aserradero he sido el hombre para todo de la casa Judd. Cuando Doc recibe una llamada de noche después de haber tenido un día realmente duro y está demasiado cansado para conducir me viene a buscar, y entonces, me convierto en su chófer. La pierna de plástico reluciente que Doc me consiguió rebajada me permite apretar el acelerador tan bien que puedo competir con cualquiera.

Subimos rugiendo hasta la granja, y mientras Doc entra en la casa para traer un bebé al mundo o atender la garganta de la abuela yo me quedo sentado en el coche y les escucho hablar del viejo Doc y de que no hay nadie como él. En Groppa County les dirán que Doc Judd es capaz de vérselas con *cualquier* problema. Y yo asiento y escucho, asiento y escucho.

Pero mientras hago eso no dejo de preguntarme qué opinarían de la forma en que resolvió el problema que se le presentó cuando su único hijo se enamoró de una vampira…

Steve volvió a casa para pasar las vacaciones. Hacía un verano terriblemente cálido, de esos en que el sol es capaz de llenarte la piel de ampollas. Steve quería hacerle de chófer a su padre y echarle una mano en su trabajo, pero Doc dijo que después de lo duro que era el primer año de la facultad de medicina quien lo hubiese aguantado se merecía unas auténticas vacaciones.

—En nuestro oficio el verano suele ser bastante tranquilo —le dijo al chico—. Nadie se pone enfermo, dejando aparte los que se caen en un macizo de yedra venenosa y tonterías por el estilo, y no habrá trabajo hasta que llegue la temporada de la polio en agosto. Además, no querrás dejar en el paro al viejo Tom, ¿verdad? No, Stevie, limítate a recorrer los caminos con tu cacharro y pásatelo bien.

Steve asintió y emprendió el vuelo. Y no crean que exagero: una semana después empezó a llegar a casa a las cinco o las seis de la madrugada. Dormía hasta las tres de la tarde, haraganeaba durante un par de horas y en cuanto daban las ocho y media subía a su cochecito y volvía a esfumarse. Pensamos que debía estar recorriendo todos los bares y tabernas de la zona, o quizá habría conocido alguna chica…

A Doc no le gustaba demasiado, pero había criado al chico de una forma bastante liberal y no quería decirle nada…, al menos, todavía no. Pero el viejo Tom, entrometido por naturaleza… Yo era distinto. Había ayudado a criar al chico desde que murió su madre, y cuando le pillaba saqueando la nevera no me importaba darle un par de azotes para que aprendiera la lección.

Así que empecé a dejar caer alguna alusión de vez en cuando, intentando sugerirle que se tomara las cosas con calma y que no hiciese ninguna tontería. Para lo que conseguí, igual podría haber estado hablando con una estatua. No es que se mostrara grosero conmigo, nada de eso: Steve tenía tan sorbido el seso por aquel asunto, fuera el que fuese, que ni tan siquiera me prestaba atención.

Y entonces empezó lo otro, y tanto Doc como yo nos olvidamos de Steve.

Los niños de Groppa County se vieron afectados por una extraña epidemia que dejó tumbados en la cama a veinte o treinta de ellos.

—Estoy a punto de tirar la toalla, Tom —me decía Doc Judd mientras íbamos dando tumbos por los polvorientos caminos rurales—. Sus efectos son parecidos a los de una fiebre bastante grave, pero la elevación de la temperatura apenas es perceptible. Aun así, los niños pierden las fuerzas, y su número de glóbulos rojos cae en picado y ahí se queda sin importar lo que haga. Lo único bueno es que no parece ser fatal…, de momento.

Cada vez que me hablaba de aquello yo sentía un extraño cosquilleo en el muñón allí donde tocaba la pierna de plástico. La sensación acababa resultándome tan incómoda que intentaba cambiar de tema, pero con Doc aquel sistema no funcionaba. Se había acostumbrado a encontrarles la solución a sus problemas hablándome de ellos, y esta epidemia le tenía realmente muy preocupado.

Escribió a un par de universidades pidiéndoles consejo, pero al parecer no pudieron ayudarle mucho y mientras tanto los padres de los niños esperaban que abriera su maletín negro y sacara de él algún milagro envuelto en celofán porque, como decían en Groppa County, al cuerpo humano no se le puede estropear nada que Doc Judd no sepa arreglar de una forma u otra. Y mientras tanto los niños cada vez estaban más débiles…

Doc se pasaba las noches despierto examinando los libros y los últimos ejemplares de las revistas médicas que se hacía enviar de la ciudad, y acabaron saliéndole unas grandes bolsas violáceas debajo de los ojos. Que yo supiera no había dado con nada útil, aunque muchas noches se iba a la cama casi tan tarde como Steve.

Y un día volvió a casa con el pañuelo. Apenas lo vi mi muñón me obsequió con una punzada mucho más fuerte de lo normal y estuve a punto de salir de la cocina. Era un pañuelito muy mono, de lino bordado con adornos de encaje.

—¿Qué opinas, Tom? Lo encontré en el suelo de la habitación donde duermen los críos de los Stope. Ni Betty ni Willy tienen la más mínima idea de donde puede haber

salido. Durante unos momentos pensé que quizá me permitiría seguirle la pista a la plaga, pero esos niños no son de los que mienten. Si dicen que no lo habían visto antes, es que no lo han visto. —Dejó caer el pañuelo sobre la mesa que yo estaba limpiando y se quedó inmóvil, suspirando—. La anemia de Betty está empezando a resultar bastante seria. Ojalá supiera…, ojalá… Oh, bueno.

Se fue al estudio con los hombros tan encorvados como si llevara un saco de cemento encima de ellos.

Cuando Steve entró en la cocina yo seguía con los ojos clavados en el pañuelo, mordiéndome una uña. Steve se sirvió una taza de café, la puso sobre la mesa y vio el pañuelo.

—Eh —dijo—. Es de Tatiana. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Tragué lo que me quedaba de la uña y me senté delante de él, muy despacio y con mucha cautela.

—Steve… —dije y me callé porque necesitaba darme masaje en el muñón, que me estaba doliendo muchísimo—. Stevie, ¿conoces a la propietaria de este pañuelo? ¿Conoces a una chica llamada Tatiana?

—Claro. Tatiana Latianu. Mira, sus iniciales están bordadas en una esquina…, T. L. Sus antepasados eran de la nobleza rumana; su familia se remonta a quinientos años atrás. Voy a casarme con ella.

—¿Es la chica a la que has estado viendo cada noche durante todo el mes?

Asintió con la cabeza.

—Sólo sale de noche. Odia el sol. Ya sabes, esa clase de chicas con espíritu poético. Y Tom, es tan *hermosa*…

Me pasé toda la hora siguiente sentado en esa silla escuchándole, y a medida que le escuchaba me sentía cada vez peor. ¿Por qué? Porque yo también soy rumano por parte de madre. Y sabía por qué había estado padeciendo esas punzadas en el muñón.

La chica vivía en Brasket Township, a unos veinte kilómetros de distancia. Steve se la encontró una noche en la carretera: su convertible se había averiado. La llevó hasta su casa —acababa de alquilar la vieja mansión de los Mead—, y la chica le había robado el corazón, el alma y todo lo demás.

Cuando iba a visitarla solía encontrarse con que Tatiana había salido a dar una vuelta para disfrutar del frescor nocturno, y tenía que esperar a que volviera jugando al «cribbage» con su doncella, una vieja solterona rumana de nariz picuda. Intentó seguirla en una o dos ocasiones con su coche, pero tuvieron fuertes discusiones. Tatiana le dijo que cuando quería estar sola quería *estar* sola. Steve acabó conformándose y la esperaba noche tras noche. Pero cuando regresaba Tatiana hacía que la espera valiese sobradamente la pena, al menos según él. Oían música, hablaban, bailaban y comían extraños platos típicos rumanos preparados por la doncella. Hasta el amanecer: entonces Steve volvía a casa.

Steve me puso la mano en el brazo.

—Tom, ¿conoces ese poema llamado *El búho y la gatita*? Siempre he pensado que la última línea era preciosa: «Bailaron bajo la luz de la luna, la luna, bailaron bajo la luz de la luna». Así será mi vida con Tatiana. Si está dispuesta a compartirla conmigo, claro está… Aún no he logrado convencerla.

Dejé escapar el aire que había estado conteniendo.

—Es la primera cosa buena que he oído salir de tus labios —dije sin pensar—. Casarte con *esa* chica…

Me callé en cuanto vi la expresión que había en sus ojos. Pero ya era demasiado tarde.

—Tom, ¿qué diablos quieres decir? ¿*Esa* chica? Pero si ni siquiera la conoces…

Intenté escurrir el bulto, pero Steve no me dejó. Estaba realmente enfadado, así que pensé que lo mejor sería decirle la verdad.

—Stevie, escúchame y no te rías: tu novia es una vampira.

Abrió la boca muy despacio.

—Tom, has perdido la…

—No, nada de eso.

Y le hablé de los vampiros. Le conté lo que le había oído decir a mi madre, que llegó aquí procedente del viejo país, de Transilvania, cuando sólo tenía veinte años. Le dije que los vampiros pueden vivir eternamente y que tienen toda clase de poderes extraños…, siempre que se den un banquete de sangre humana de vez en cuando. Le conté que la maldición del vampirismo es algo heredado y que normalmente sólo recae sobre un niño o niña de la familia. Y que sólo salen de noche, porque la luz del sol es una de las cosas que pueden destruirles.

Cuando llegué a ese punto Steve se puso pálido. Pero seguí hablando. Le conté todo lo referente a la misteriosa epidemia que había atacado a los niños de Groppa County…, y les había dejado anémicos. Le dije que su padre había encontrado el pañuelo en casa de los Stopes, en la habitación donde dormían dos de los niños que estaban más graves. Y le dije…, pero de repente me encontré hablando solo. Steve había salido corriendo de la cocina. Un segundo o dos más tarde ya estaba en su coche.

Volvió sobre las once y media, y parecía tan viejo como su padre. Si, yo tenía razón. Cuando despertó a Tatiana y se lo dijo la chica lo admitió y derramó lágrimas suficientes como para llenar un par de cubos. Sí, era una vampira, pero no había sentido el anhelo de beber sangre hasta hacía un par de meses. Había intentado resistirse hasta que su mente empezó a hacerse pedazos cada vez que el anhelo la atacaba. Sólo se había alimentado de niños porque los adultos le daban miedo…, podían despertarse y quizá lograran atraparla. Pero había estado alimentándose de muchos niños a la vez para que ninguno perdiera demasiada sangre. El único

problema era que el anhelo estaba haciéndose cada vez más fuerte…

¡Y aun así Steve le había pedido que se casara con ella!

—Debe haber alguna forma de curarla —dijo—. Es una enfermedad como cualquier otra. —Pero ella se negó, y créanme cuando les digo que le di las gracias a Dios por ello. Le apartó de un empujón y le obligó a marcharse de su casa—. ¿Dónde está papá? —me preguntó—. Puede que conozca algún remedio.

Le dije que su padre debía haberse marchado más o menos al mismo tiempo que él, y que todavía no había regresado; así que nos quedamos sentados en silencio, pensando. *Y pensando*.

Cuando sonó el teléfono estuvimos a punto de caernos del asiento. Steve se encargó de responder y le oí gritar por el auricular.

Entró corriendo en la cocina, me cogió por el brazo y me llevó casi a rastras hasta su coche.

—Era Magda, la doncella de Tatiana —me contó mientras avanzábamos a toda velocidad por la carretera—. Dice que Tatiana se puso histérica después de que me marché y se fue hace unos minutos en su convertible. No quiso decir adonde iba. Magda cree que Tatiana intentará acabar con su vida.

—*¿Que va a suicidarse?* Pero si es una vampira, ¿cómo…? —Y de repente supe cómo pensaba hacerlo. Le eché una mirada a mi reloj—. Steve, sube por Crispin Junction —le dije—. ¡Y conduce como si nos persiguieran todos los demonios del infierno!

Steve hizo que el motor de su coche diera de sí todo lo que podía. Parecía como si fuera a salir despedido de la carrocería. Recuerdo que tomamos algunas curvas en las que apenas si tocábamos el asfalto con el borde de una llanta.

Vimos el convertible nada más entrar en Crispin Junction. Estaba aparcado al lado de uno de los tres caminos que atraviesan el pueblo. Una figurita vestida con un camisón muy delgado estaba de pie en el centro de la calle desierta. El muñón de la pierna me dolía tanto como si estuvieran golpeándomelo con un martillo.

El reloj de la iglesia empezó a dar la medianoche cuando la alcanzamos. Steve saltó del coche y le quitó el palo puntiagudo que llevaba en las manos. La rodeó con sus brazos y dejó que llorase.

Yo me sentía bastante mal. Sólo había estado pensando en una cosa: que Steve se había enamorado de una vampira. No había contemplado la situación desde el punto de vista de ella. Tatiana le quería lo bastante como para intentar suicidarse usando el *único* sistema con el que se puede matar a un vampiro: atravesarle el corazón con una estaca en una encrucijada a medianoche.

Y era realmente bonita. Me había imaginado a una de esas mujeres tipo sirena, ya saben: alta, delgada y con un traje muy ceñido. Una especie de bruja… Pero la chica que subió al coche y se pegó al brazo libre de Steve como si acabara de alquilarlo

estaba muy asustada y se encontraba muy confusa; y me di cuenta de que era todavía más joven que Steve.

Durante todo el trayecto de vuelta sólo pensé en una cosa, y era que aquel par de chicos se habían metido en un buen lío. Enamorarse de una vampira ya era bastante malo, pero ser una vampira y estar enamorada de un ser humano normal y corriente…

—Pero, ¿cómo *puedo* casarme contigo? —gimió Tatiana—. ¿Qué clase de hogar tendríamos, qué vida llevaríamos? Y además, Steve…, ¡puede que una noche llegara a estar lo bastante hambrienta para atacarte!

El único factor que ninguno de nosotros había tomado en consideración era Doc. Al menos, no lo suficiente…

En cuanto le hubimos presentado a Tatiana y hubo escuchado su historia irguió los hombros y sus ojos volvieron a brillar con la misma luz de siempre. Ahora los niños enfermos se pondrían bien. Eso era lo más importante. Y en cuanto a Tatiana…

—Tonterías —le dijo—. Puede que el vampirismo fuese una enfermedad incurable en el siglo quince, pero estoy seguro de que en el siglo veinte podemos vencerla. Para empezar, todo ese asunto del vivir de noche indica una posible alergia a la luz solar y quizá una cierta fotofobia. Muchacha, tendrás que llevar gafas de sol durante una temporada y veremos si las inyecciones de hormonas pueden ayudarnos. Aun así, la necesidad de consumir sangre presenta un problema algo más complicado.

Pero logró encontrarle una solución.

Hoy en día fabrican sangre deshidratada en forma de cristales. Cada noche antes de acostarse la señora de Steven Judd echa unos polvos en un vaso con agua, le añade uno o dos cubitos de hielo y se toma su cóctel de sangre del día. Por lo que sé, ella y su esposo son muy felices y esperan seguir siéndolo.

DAVID H. KELLER

Herencia

El doctor Theodore Overfield estaba impresionado.

El tamaño de la propiedad, la gran cantidad de árboles, la espaciosa casa de piedra y, por encima de todo, la verja de hierro que rodeaba el lugar indicaban riqueza y una planificación muy cuidadosa. La casa era vieja y los árboles tenían muchos años de edad, pero la verja era nueva. Las afiladas y relucientes puntas en que terminaban los barrotes apuntaban hacia arriba como las bayonetas en un desfile.

Cuando aceptó la invitación para visitar aquella casa en su calidad de médico pensó que se encontraría con un mero caso de neurastenia, quizá una psicosis alcohólica o una mujer histérica. Cuando cruzó el umbral y oyó el chasquido de la puerta de hierro cerrándose detrás de su coche ya no estuvo tan seguro de que ésta fuese una situación corriente o un paciente normal. Unos cuantos ciervos asustados huyeron corriendo del camino para esconderse entre los árboles. Eran muy hermosos. Al menos, su presencia allí justificaba la existencia de la verja.

Un criado de expresión hosca le abrió la puerta de la casa sin decir palabra y le guió hasta una habitación que parecía ser la biblioteca. No sólo contenía libros en abundancia, sino que al parecer los libros eran utilizados. No había muchos juegos de obras completas, pero sí una gran cantidad de volúmenes dispersos, evidentemente primeras ediciones. En un extremo de la habitación se alzaba un Mercurio alado; al otro una Venus blanca como la nieve. Entre las dos estatuas una pared acogía a la chimenea, rodeada por varios sillones cuyo aspecto invitaba a sentarse en ellos.

El doctor pensó que una semana de estancia pagada allí no estaría nada mal, pero el agradable curso de sus pensamientos se vio interrumpido por la entrada de un hombre de poca estatura y mediana edad con ojos de apariencia juvenil, pero cuya cabellera no tardaría en volverse totalmente blanca.

—Soy Peterson, el que le escribió —dijo el recién llegado presentándose—. Supongo que usted es el doctor Overfield, ¿no?

Los dos hombres se dieron la mano y tomaron asiento junto a la chimenea.

Septiembre había empezado hacía poco y los días resultaban bastante fríos en las montañas.

—Tengo entendido que es usted psiquiatra, doctor Overfield —empezó diciendo el hombre de los cabellos que empezaban a encanecer—. Al menos, se me dijo que

quizá pudiera ayudarme a resolver mi problema…

—No sé cuál es su problema —respondió el doctor—, pero tengo libre toda la semana próxima; por lo que mi tiempo y mis capacidades profesionales se encuentran a su disposición. Sus cartas no mencionaban en que consistía el problema. ¿Quiere hablarme de ello ahora?

—No, todavía no. Quizá después de la cena. Puede que lo averigüe sin necesidad de que se lo explique. Voy a llevarle a su dormitorio. Baje a las seis y conocerá al resto de la familia.

La habitación a la que le llevó parecía muy cómoda. Peterson fue hacia la puerta, se detuvo en cuanto hubo cruzado el umbral, vaciló y volvió a entrar.

—Permítame que le dé un consejo, doctor. Cuando esté solo en la habitación…, asegúrese de cerrar la puerta con llave.

—¿Debo cerrar con llave cuando salga?

—No, no es necesario. Nadie le robará nada.

El doctor cerró la puerta con llave tal y como se le había aconsejado y fue hacia las ventanas. Daban al bosque. A lo lejos pudo ver algunos ciervos. Unos conejos blancos jugueteaban por entre la hierba, más cerca de la casa. El paisaje era muy agradable, ¡pero había barrotes en las ventanas!

—¿Una prisión? —se preguntó a sí mismo—. ¡Barrotes en las ventanas! ¡Aconsejarme que cierre la puerta con llave! ¿A qué puede tenerle miedo? No teme a los ladrones, eso está claro. Quizá sufra de alguna fobia. Me pregunto si todas las ventanas de la casa tendrán barrotes… Esto parece interesante. Y también está la verja, claro. Haría falta mucho valor para intentar cruzarla, aun contando con una escalera. No me ha parecido un neurasténico pero, al mismo tiempo, quería posponer el momento del interrogatorio. Evidentemente, parece convencido de que todo resultará más sencillo si descubro algunas cosas por mis propios medios.

El doctor estaba cansado a causa del largo trayecto en coche, por lo que se quitó los zapatos, se aflojó el cuello de la camisa y empezó a quedarse adormilado. El silencio era completo. El más leve sonido parecía amplificarse hasta adquirir una turbadora intensidad. Los minutos fueron pasando. Creyó oír el ruido de un picaporte que giraba y tuvo la seguridad de que era el de su puerta, pero nadie llamó a ella y no oyó ningún sonido de pasos. Acabó quedándose dormido pensando en todo aquello. Cuando despertó y le echó una mirada a su reloj ya estaba oscureciendo. Faltaban diez minutos para las seis. Tenía el tiempo justo de ponerse algo más elegante y bajar a cenar. No sabía si los habitantes de aquella mansión se cambiaban de ropa para cenar, pero pensó que no había mal alguno en hacerlo.

Peterson estaba esperándole en el piso de abajo acompañado por la señora Peterson, quien debía haberse imaginado que el doctor se vestiría para la cena y, no queriendo hacerle sentir incómodo, también se había puesto un traje más adecuado

para la ocasión. Pero su esposo iba vestido como antes. Ni siquiera se había peinado.

Una vez sentados a la mesa el hombre de los cabellos canosos se mantuvo en silencio. La esposa era una excelente conversadora, y el doctor disfrutó de su charla tanto como de la comida. La señora Peterson había visitado muchos lugares y había visto muchas cosas, y tenía una forma de hablar sobre ellas que resultaba mucho más vivida que la mera descripción habitual en los viajeros. Parecía estar interesada por todo.

«Una mujer de mucha cultura», pensó Overfield. «Esta mujer sabe un poco de todo y es capaz de soltarlo en el momento adecuado».

Podría haber añadido que era muy hermosa. Al menos, ésa fue la impresión subconsciente que le produjo; y un nivel todavía más profundo de su mente se preguntó cómo era posible que semejante mujer se hubiese casado con un fósil como Peterson. No cabía duda de que Peterson parecía un buen hombre, pero desde luego no era el compañero adecuado para una mujer como ella.

La mujer era de poca estatura y constitución delicada, pero aun así irradiaba salud y vitalidad. Había un enfermo en la familia, pero evidentemente no era ella. El doctor Overfield observó a su esposo. ¿Sería Peterson su paciente? Silencioso, expresión melancólica, suspicaz, ¡puertas cerradas con llave y barrotes en las ventanas! Podía ser un caso de paranoia, y la esposa intentaba mostrarse alegre y mantener viva la conversación como una simple reacción defensiva.

¿Era realmente feliz? A veces una nube parecía pasar por su rostro sólo para ser expulsada inmediatamente por una sonrisa o, incluso, una alegre carcajada. Overfield tuvo la seguridad de que no era totalmente feliz. ¿Cómo podía serlo con semejante esposo?

El criado adusto y silencioso se encargaba de atender la mesa. Parecía anticiparse a cada necesidad de su señora. Su forma de servir era irreprochable; pero no se podía explicar muy bien por qué al doctor le desagradó desde el principio. Intentó analizar aquel sentimiento, pero no lo consiguió. Después dio con la razón. Su mente estaba trabajando a toda velocidad, intentando resolver el problema planteado por el hecho de su estancia allí y la invitación a pasar una semana en la casa. Y, de repente, se dio cuenta de que había una silla vacía. La mesa había sido puesta para cuatro. En ese mismo instante se abrió la puerta y un joven seguido por un hombre corpulento vestido de negro entró en el comedor.

—Doctor Overfield, mi hijo Alexander. Alexander, dale la mano a este caballero.

El joven le dio la vuelta a la mesa seguido de cerca por el hombre de negro, estrechó la mano del doctor y tomó asiento en el lugar vacío. El criado sirvió helado. El hombre de negro se quedó de pie detrás de la silla ocupada por el joven observando atentamente cada uno de sus movimientos. La conversación se detuvo. El helado fue comido en silencio. Cuando hubieron terminado Peterson habló.

—Yorry, puedes llevarte a Alexander a su habitación.

—Muy bien, señor Peterson.

El número de comensales volvió a quedar reducido a tres, pero la conversación no se reanudó. Fumaron cigarrillos en silencio. La señora Peterson acabó excusándose.

—Estoy diseñando un nuevo traje y he llegado a una parte muy interesante. No logro decidir si le pondré cierres o botones; y si acabo poniéndole botones deben poseer una originalidad que haga lógico su uso. Por lo tanto, caballeros, no me queda más remedio que pedirles disculpas. Espero que pase una semana agradable con nosotros, doctor Overfield.

—Estoy seguro de que así será, señora Peterson —replicó el doctor, poniéndose en pie cuando ella abandonó la mesa. El hombre de los cabellos canosos no se levantó. Se limitó a seguir con los ojos clavados en la pared que tenía delante, contemplándola sin ver el cuadro que había en ella…, ¡sin ver nada de cuanto había por ver allí! Acabó aplastando su cigarrillo en un cenicero y se levantó.

—Vayamos a la biblioteca. Quiero hablar con usted.

Una vez allí intentó conseguir que el doctor se sintiera cómodo.

—Quítese la chaqueta y el cuello duro, si quiere, y ponga los pies en el escabel. Vamos a estar solos y no hace falta que guardemos tan estrictamente las apariencias.

—Señor Peterson, ¿me equivoco o no es usted muy feliz? —le preguntó el doctor.

No era más que un gambito de apertura para darle comienzo a la catarsis mental que esperaba se produciría a continuación. De hecho, era una de sus introducciones favoritas cuando daba comienzo al examen de un paciente. Hacía que la persona enferma confiara en el doctor, y Overfield podía comprender esa sensación. Además, muchas de las personas que visitaban su consulta lo hacían porque no eran felices.

—No mucho —replicó Peterson—. Voy a contarle algo al respecto, pero hay una parte que deseo averigüe por usted mismo. Todo se remonta a la época en que empecé con mi negocio. Mis padres me pusieron el nombre de Philip…, Philip Peterson. Cuando estudiaba leí muchas cosas sobre Filipo de Macedonia, y había partes de su vida que me inspiraron una gran admiración. Era un hombre capaz de abrir caminos, no sé si me comprende. Conquistó muchos países y los consolidó. Reorganizó el ejército. Hablando en el argot moderno, era alguien «que no se paraba en barras». Naturalmente, tenía sus debilidades, como el vino y las mujeres, pero en conjunto era un gran hombre.

»Había una considerable diferencia entre ser Rey de Macedonia y convertirse en presidente de una empresa dedicada al cuero, pero pensé que podía utilizar los mismos principios y que probablemente me llevarían al éxito. Estudié la vida de Filipo e intenté sacar provecho de lo que había aprendido. Acabé convirtiéndome en un hombre rico.

»Después me casé. Como ha visto, mi esposa es una mujer hermosa, culta y muy

inteligente. Tuvimos un hijo. Le puse de nombre Alexander. Quería seguir el mismo camino que el rey macedonio. Yo dirigía el negocio del cuero en Norteamérica, y tenía la esperanza de que él lo dirigiría en el mundo entero. Esta noche ha visto al chico durante la cena.

—Sí, le he visto.

—¿Y cuál es su diagnóstico?

—No se trata exactamente de eso, pero creo que lo que más se le aproxima es el tipo de deficiencia mental conocido como *idiotez mongólica*.

—Eso es lo que me han dicho. Le mantuvimos en casa durante dos años, y después le matriculé en una de las mejores escuelas privadas de Norteamérica. Cuando cumplió los diez años se negaron a seguir teniéndole allí sin importarles lo que pagara; así que hice reformar este sitio, vendí mis acciones de la compañía y me vine a vivir aquí. Es mi hijo, y creo que debo cuidar de él.

—Me extraña que una escuela privada no quiera acogerle. Con su riqueza…

—Es por algo que ocurrió. Opinaron que no podían asumir la responsabilidad de cuidarle.

—¿Cómo actúa? ¿Qué piensa su madre de esto?

—¿Sabe usted mucho sobre las madres en general?

—Un poco.

—Entonces supongo que podrá comprenderlo. Su madre piensa que no le ocurre nada. A veces se niega a creer que padece una profunda deficiencia mental. Dice que va «algo atrasado» y piensa que acabará pasándosele, y que algún día llegará a ser normal.

—Se equivoca.

—Eso me temo. Pero no consigo convencerla. Cuando hablamos de ello acaba enfadándose; y cuando se enfada puede llegar a mostrarse muy desagradable. Nos mudamos a este lugar. Ya ha visto a los sirvientes. El mayordomo desempeña varias funciones. Lleva muchos años con la familia y se puede confiar en él. Es sordomudo.

—Comprendo —dijo el doctor—. Eso explica su expresión adusta y el silencio. Todos los mudos tienden a ser algo raros.

—Supongo que tiene razón. Se ocupa de la casa. Verá, tenemos ciertas dificultades para conservar a la servidumbre… Contratarles es fácil, pero en cuanto conocen a Alexander se niegan a quedarse mucho tiempo.

—¿Debido a su retraso mental?

—No, lo que les inquieta es su forma de actuar. Acabo de darle todos los hechos. No quieren quedarse. Yorry es un exboxeador. Parece haber nacido sin nervios y no le tiene miedo a nada. Es muy bueno con el chico pero, al mismo tiempo, sabe hacerse obedecer por él. Desde que le tenemos con nosotros es posible conseguir que acuda a la mesa, y eso hace muy feliz a su madre. Pero, naturalmente, no puede ocuparse

continuamente de él. Durante sus horas libres deja que Alexander corra por el parque.

—Al chico debe gustarle. Vi los ciervos y los conejos.

—Sí, es un buen ejercicio para él. Le encanta perseguirles.

—¿No cree que debería tener algunos compañeros de juegos?

—Eso es lo que pensaba antes. Incluso llegamos a adoptar otro niño. Murió. Después de eso no pude repetir el experimento.

—Pero eso es algo que puede ocurrirle a cualquier niño —replicó el doctor—. ¿Por qué no trae aquí a otro chico, aunque sólo sea unas cuantas horas al día, para que Alexander hable y juegue con él?

—¡No, nunca más! Quiero que observe al chico. Examínele y descubra si puede darme algún consejo que me sirva de ayuda.

—Me temo que no se puede hacer gran cosa por él, aparte de enseñarle a comportarse lo mejor posible y corregir las malas costumbres que pueda haber adquirido.

El hombre de los cabellos canosos le contempló con una cierta perplejidad.

—Ese es el problema —replicó—. Hace algunos años consulté con un especialista. Se lo conté todo, y me dijo que creía que el chico debía gozar de cierta libertad de acción. Dijo algo sobre los deseos y la libido. Opinaba que la única posibilidad de conseguir que mejorase era dejar que hiciera lo que quisiese. Esa es una de las razones por las que vivimos aquí, con los ciervos y los conejos.

—¿Quiere decir que al chico le gusta jugar con ellos?

—No exactamente. Estúdiele. Le he dicho a Yorry que debe responder a todas las preguntas que le haga. Conoce al chico mucho mejor que yo; y que Dios me perdone por decirlo pero le conozco demasiado bien. Naturalmente, me resulta difícil hablar de esto. Preferiría que obtuviera los detalles a través de Yorry. Está haciéndose tarde y quizá sería mejor que se fuera a la cama. Asegúrese de cerrar la puerta con llave.

—Lo haré —replicó el doctor—, pero usted me dijo que aquí nadie me robará nada.

El doctor fue a su habitación sumido en la más profunda perplejidad. Conocía la variedad de deficiencia mental conocida como *idiotez mongólica*.

Había examinado y tratado a centenares de casos semejantes. El joven Alexander era uno más y, sin embargo, era distinto. Había algo en él que no encajaba del todo con el diagnóstico. ¿Sus costumbres? Quizá fuera eso. Se preguntó si su padre tendría miedo de él. ¿Sería ésa la razón de que hubiera contratado a un hombre tan fuerte para que le atendiera? Quizá por eso había barrotes en las ventanas. Pero, ¿qué pintaban allí los conejos y los ciervos?

Estaba a punto de quedarse dormido cuando le despertó un golpe en la puerta. Se levantó y, sin abrirla, preguntó:

—¿Quién es?

—Yorry —se le respondió—. ¿Se encuentra bien?

—Sí.

—Déjeme entrar.

El doctor abrió la puerta, le dejó entrar en la habitación y volvió a cerrar con llave.

—¿Qué ocurre?

—Alexander no está en su cuarto. De día no nos importa, pero de noche puede acarrear problemas. ¡Mire, en esa ventana!

Una silueta blanca se agarraba con las manos a los barrotes de una ventana, sacudiéndolos en un esfuerzo por romperlos. Yorry meneó la cabeza.

—¡Ah, este chico, este chico! No debería estar aquí pero, ¿qué otra cosa pueden hacer los pobres? Bueno, veo que está a salvo. Saldré fuera e intentaré atraparle. Cierre con llave en cuanto me haya marchado.

—¿Le tiene miedo?

—No temo por mí, sino por los demás. No conozco el miedo. El señor Peterson dijo que deseaba examinar al chico. ¿A qué hora de mañana?

—A las diez. Puedo hacerlo aquí mismo.

—Le traeré. Buenas noches, y asegúrese de cerrar la puerta con llave.

El doctor estaba cansado, por lo que se fue a dormir sin haberle encontrado respuesta a ninguna de las preguntas que le acosaban. A la mañana siguiente el sordomudo se encargó de servirle el desayuno en su habitación. Yorry se presentó a las diez acompañado por Alexander. El chico parecía asustado, pero obedeció las órdenes de su cuidador.

En casi todos los aspectos el examen reveló los defectos físicos del idiota mongólico. Había unas cuantas diferencias menores. Aunque el chico era bajo para su edad, la musculatura era buena y los dientes perfectos. No había presente ni una sola cavidad. Los caninos superiores se salían de lo normal.

—Tiene unos dientes magníficos, Yorry —comentó el doctor.

—Los tiene, señor, y los utiliza —replicó el exboxeador.

—¿Al comer, quiere decir?

—Sí. Eso es.

—Son los dientes de un carnívoro.

—Eso es justamente lo que es.

Me gustaría que fuese sincero conmigo. ¿Por qué le expulsaron de esa escuela privada?

—Por sus costumbres.

—¿Qué clase de costumbres?

—Será mejor que lo vea con sus propios ojos. Iremos al bosque. Mientras este conmigo no correrá peligro, pero no debe alejarse de mí.

El doctor se rió.

—Estoy acostumbrado a tratar con personas anormales.

—Quizá, pero no quiero que le ocurra nada. Ven conmigo, Alexander.

El chico les acompañó, comportándose con la más absoluta docilidad.

Cuando llegaron al bosque Yorry le ayudó a quitarse la ropa. En cuanto estuvo desnudo el chico echó a correr por entre los árboles.

—¿No puede escaparse de la propiedad? —preguntó el doctor.

—No, y los ciervos y los conejos tampoco pueden. No intentaremos seguirle. Volverá en cuanto haya terminado.

Pasó una hora, y otra más. Alexander acabó emergiendo de entre la espesura, moviéndose a cuatro patas. Yorry se sacó un paño húmedo del bolsillo, limpió la sangre que cubría el rostro y las manos del chico y empezó a vestirle.

—Así que eso es lo que hace, ¿eh? —preguntó el doctor.

—Sí, y a veces más que eso.

—¿Y ésa es la razón de que no le quisieran en la escuela?

—Supongo. Su padre me ha contado que todo empezó cuando era más pequeño: entonces comía moscas, escarabajos y sapos.

La mente del doctor estaba funcionando a toda velocidad.

—Trajeron a un niño para que le sirviera como compañero de juegos. El niño murió. ¿Sabe algo de eso?

—No. No sé nada de eso. No quiero saber nada al respecto. Probablemente ocurrió antes de que llegara aquí.

Overfield sabía que Yorry no le estaba diciendo la verdad. Pero incluso mintiendo le había dado información útil. El doctor decidió mantener otra conversación con el padre del chico. Tratar de ayudarle no serviría de nada a menos que conociera todos los hechos.

La conversación de la comida no fue tan chispeante y animada como lo había sido la de la noche anterior. Peterson parecía preocupado por algo. La señora Peterson se mostró cortés, pero decididamente poco habladora. Casi todo lo que se dijo resultó un tanto forzado. Cuando hubieron terminado de comer se pronunciaron unas cuantas frases que parecieron grabarse en la mente del especialista. Peterson observó que un diente le estaba molestando, y que tendría que acabar yendo al dentista.

—Yo tengo una dentadura perfecta —dijo su esposa—. Nunca he ido al dentista.

El doctor Overfield recordó esas palabras mientras estaba en la biblioteca esperando a Peterson.

—He examinado a su hijo, señor Peterson —le dijo—, y le he visto en el bosque. Yorry me contó algunas cosas y me mintió sobre algunas otras. Hasta el momento nadie parece dispuesto a revelarme toda la verdad. Tengo una pregunta que debe ser contestada. ¿Cómo murió el niño? Me refiero al que adoptó para que Alexander

jugara con él.

—No lo sé con certeza, y le aseguro que soy perfectamente sincero. Una mañana le encontramos muerto en su habitación. Uno de los paneles de la ventana estaba roto, y alrededor de su cuerpo había esparcidos muchos fragmentos de cristal. Tenía un corte muy profundo a un lado de la garganta. El forense supuso que habría estado caminando dormido, que chocó con la ventana y que un fragmento de cristal le seccionó la yugular. Según el certificado que extendió, ésa fue la causa de la muerte.

—¿Y qué cree usted que ocurrió, señor Peterson?

—He dejado de pensar en esas cosas.

—¿Cuándo hizo colocar los barrotes en las ventanas? ¿Antes o después de eso?

—Después. ¿Puede ayudar al chico?

—Me temo que no. Ese especialista con el que consultó hace años no le aconsejó bien. Lo único que ha conseguido es mantener al chico en un excelente estado físico, pero hay otras cosas en que pensar aparte de la salud física. Si fuera hijo mío sacaría del parque los conejos y los ciervos…, los que sigan vivos. Y trataría de alterar sus costumbres.

—Pensaré en ello. Le pago para que me dé su opinión, y la valoro. Y ahora, una pregunta más: ¿cree que esta costumbre suya es hereditaria? ¿Cree que en el pasado algún antecesor suyo hizo cosas semejantes?

La pregunta le dejó perplejo y puede que el doctor Overfield hiciera bien contestando a ella con otra pregunta.

—¿Hay algún caso de locura en la familia?

—No que yo sepa.

—¡Bien! ¿Y en la familia de su esposa?

—Su herencia es tan buena como la mía, puede que incluso mejor.

—Entonces lo único que podemos decir es que el *mongolismo* puede darse en cualquier familia; y en cuanto concierne a las costumbres del chico…, quizá podamos considerar que es un caso de atavismo. Hubo un tiempo en el que todos nuestros antepasados comían carne cruda. La variedad mongólica de la deficiencia mental es algo que ha llegado a nosotros procedente de la mismísima cuna de la especie humana. Puede que el chico la haya traído consigo cuando saltaba dos millones de años hacia adelante…, quizá la costumbre de comer carne cruda sea algo que acompaña a sus cejas protuberantes.

—Ojalá estuviera seguro de que es así —comentó el padre—. Daría cualquier cosa por tener la seguridad de que no soy culpable de su estado.

—O de que su esposa tampoco lo es —dijo el doctor.

—¡Oh! En su caso no hay duda alguna —replicó Peterson con una semisonrisa—. Es una de las mujeres más maravillosas que Dios ha creado.

—Quizá haya algo en su subconsciente, algo que no es claramente visible en la

superficie…

El señor Peterson meneó la cabeza.

—No. Es totalmente perfecta.

Aquellas palabras pusieron punto final a la conversación. El doctor prometió pasar el resto de la semana en la casa, aunque tenía la impresión de que eso no serviría de mucho. Bajó a cenar con el comerciante en cueros retirado y su esposa. La señora Peterson estaba más hermosa que nunca: vestía un traje de noche blanco adornado con lentejuelas doradas. Peterson parecía cansado; pero su esposa estuvo tan brillante como su traje. Habló como si jamás se cansara de hacerlo, y todo lo que dijo era digno de escucharse. Acababa de prestar su ayuda para la creación de un fondo destinado a proporcionarles leche a los niños desnutridos. Al parecer las obras de caridad eran una de sus grandes aficiones. Peterson habló de la herencia pero ni él ni sus palabras recibieron demasiada atención, por lo que no tardó en callarse.

En la atmósfera flotaba algo que el doctor Overfield no logró comprender. Cuando le dio las buenas noches al hombre de los cabellos canosos le habló de ello.

—Yo tampoco lo comprendo —comentó Peterson—, pero quizá lo comprenda antes de morir. No puedo evitar tener la sensación de que es algo relacionado con la herencia, pero no dispongo de ninguna prueba.

El doctor Overfield cerró con llave la puerta de su habitación y se acostó enseguida. Estaba soñoliento y, al mismo tiempo, nervioso. Pensó que una larga noche de sueño reparador le sentaría bien. Pero no durmió mucho tiempo. Unos golpes en la puerta le hicieron recobrar la conciencia.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo, Yorry. ¡Abra la puerta!

—¿Qué ocurre?

—El chico, Alexander… Se me ha vuelto a escapar, y no consigo encontrarle.

—Quizá haya ido al bosque.

—No. Todas las puertas que dan al exterior están cerradas. Tiene que estar dentro de la casa.

—¿Le ha buscado?

—Por todas partes. El mayordomo está a salvo en su habitación. He registrado toda la casa salvo el cuarto del amo.

—¿Por qué no va allí? Espere a que me ponga algo encima. Sólo será un momento. Él también cierra su puerta con llave, ¿no? Me dijo que mantuviera mi puerta cerrada con llave. ¿Está seguro de que su puerta está cerrada con llave?

—Lo estaba hace un rato. Me aseguré. Lo hago cada noche con todos los dormitorios.

—¿Hay alguien que tenga un duplicado de las llaves?

—Nadie, sólo la señora Peterson. Creo que debe tener un juego de llaves, pero

duerme en otra habitación y su puerta estaba cerrada. Al menos, hace unas horas lo estaba.

—Creo que deberíamos ir a sus habitaciones. El chico tiene que estar en algún sitio. Quizá esté con su padre o con su madre.

—Si está con su madre no pasará nada. Se llevan muy bien. Sabe manejarle a la perfección.

Subieron corriendo las escaleras. La puerta que daba a la habitación de la señora Peterson estaba abierta, la habitación vacía y la cama intacta. Eso era algo inesperado. La puerta que daba a la habitación contigua, la de Peterson, estaba cerrada…, pero no con llave. Yorry la abrió y encendió la luz.

Antes de que lo hiciera oyeron un extraño gruñido ahogado que salía de las tinieblas. Las luces se encendieron un instante después y pudieron ver a la familia Peterson en el suelo. Peterson estaba en el centro. Tenía la camisa hecha pedazos y no se movía. Alexander estaba a su derecha, desgarrándole los músculos del brazo con el rostro y las manos cubiertos de sangre. Su esposa estaba al otro lado, bebiendo la sangre que brotaba de la vena yugular. Su rostro y su vestido estaban manchados de sangre y cuando alzó la cabeza hacia ellos su rostro era el de un demonio irritado pero, por lo demás, satisfecho. La interrupción pareció molestarla un poco, pero estaba demasiado ocupada para entender lo que ocurría. Siguió bebiendo, aunque el chico expresó su ira lanzando un gruñido. Overfield tiró de Yorry a través del umbral, apagó las luces y cerró la puerta dando un golpe seco a su espalda. Después arrastró al aturdido exboxeador escaleras abajo hasta llegar al primer piso.

—¿Dónde está el teléfono? —gritó.

Yorry acabó enseñándoselo. El doctor cogió el auricular.

—¿Oiga? ¿Oiga, central? Póngame con el forense. No, no sé el número. ¿Por qué debería saberlo? Póngame al habla con él. ¿Oiga? ¿Es usted el forense? ¿Puede oírme? Soy médico…, el doctor Overfield. Venga inmediatamente a la casa de Philip Peterson. Se ha cometido un crimen. Sí. El señor Peterson. Ha muerto. ¿Qué le mató? La herencia. ¿Que no lo entiende? ¿Por qué debería entenderlo? Y ahora escúcheme. Le han rajado la garganta, puede que con un trozo de cristal o con otra cosa. ¿Puede entender eso? ¿Se acuerda del niño? Venga enseguida, le esperaré aquí.

El doctor colgó el auricular. Yorry estaba mirándole.

—El amo siempre se preocupaba por el chico —dijo Yorry.

—Ahora ya puede dejar de preocuparse —respondió el doctor.

La muerta enamorada

Hermano, me preguntas si conozco el amor. Pues sí, lo conozco. Se trata de una historia singular y terrible y, aunque ya tengo sesenta y seis años, apenas me atrevo a remover las cenizas de semejante recuerdo. No me negaré a confiártela, pero jamás expondría esa historia ante un alma menos íntegra que la tuya. Tan extraños fueron los hechos que me niego a creer que hayan ocurrido. Sin embargo, durante más de tres años, fui víctima de una ilusión singular y diabólica. Yo, pobre sacerdote de provincias, viví en sueños, una noche tras otra (¡y quiera Dios que sólo haya sido un sueño!), una vida de réprobo, una vida mundana, una vida de Sardanápalo. Bastó que posara una mirada complaciente sobre una mujer para que arriesgase el alma; finalmente, con la ayuda de Dios y de mi santo patrono, logré conjurar el espíritu maligno que me dominara. Mi existencia se había bifurcado en una existencia nocturna totalmente diversa. Durante el día, era un humilde sacerdote, casto, consagrado a la plegaria y a sus santos deberes; durante la noche, una vez que cerraba los ojos, me transformaba en un joven señor, fino conocedor de mujeres, perros y caballos, amante de los dados, bebedor y blasfemo; al amanecer, cuando despertaba, creía dormirme para soñar que era un sacerdote. De esa vida sonámbula conservo incontenibles recuerdos de objetos y palabras y, si bien jamás abandoné los muros del presbiterio, quien me oyera creería que soy un hombre ahíto de placeres mundanos, que ha procurado en la religión un modo de confiar a Dios la culminación de sus días turbulentos, y no un humilde seminarista que ha envejecido en una parroquia ignorada en medio de la foresta, sin relación alguna con las cosas del siglo.

Sí, conozco el amor: amé como nadie en el mundo, con furia y tenacidad, y con tal violencia que asombra que no haya estallado mi corazón. ¡Ah, qué noches! ¡Qué noches!

Desde la más tierna infancia tuve vocación por el sacerdocio, hacia el cual dirigí todos mis estudios; hasta los veinticuatro años, mi vida no fue sino un largo noviciado. Una vez que culminé mis estudios de teología y aprobé a su debido tiempo los grados menores, mis superiores me juzgaron digno, a pesar de mis pocos años, de dar el último paso, el más temible. Decidieron ordenarme sacerdote en la semana de Pascua.

Yo ignoraba el mundo; éste, para mí, se limitaba al cerrado ámbito del colegio y

del seminario. Vagamente sabía que había algo denominado «mujer», pero jamás me detuve a pensar en ello; mi inocencia era perfecta. Sólo veía, dos veces al año, a mi débil y anciana madre. Esa era toda mi relación con el mundo externo.

No tenía nada que deplorar y jamás vacilé ante este compromiso irrevocable; me colmaban la impaciencia y la alegría. Jamás novio alguno contó con ardor tan febril las horas que lo apartan de su boda; no dormía: soñaba que daba misa, nada en el mundo me parecía más bello que el sacerdocio; mi ambición no concebía nada más digno y me habría negado a ser rey o poeta.

Te lo digo para que veas que no tenía por qué ocurrirme lo que me ocurrió, para que veas que fui víctima de un inexplicable sortilegio.

Llegó el gran día. Me dirigí a la iglesia con pasos tan leves que creía estar suspendido en el aire, tener alas sobre los hombros. Me creía un ángel y el aspecto grave y sombrío de mis compañeros —porque éramos varios— no dejó de llamarme la atención. Había consagrado la noche a la plegaria y mi estado lindaba con el éxtasis. El obispo, un anciano venerable, me parecía Dios Padre contemplándome desde Su eternidad. A través de las bóvedas del templo, yo veía el cielo.

Conoces los detalles de la ceremonia: la bendición, la comunión según las dos especies, la unción de las palmas de ambas manos con el óleo de los catecúmenos y, finalmente, el santo sacrificio que se ofrece junto al obispo. No me demoraré en ellos. ¡Oh, cuánta razón tenía Job! ¡Qué imprudente aquél que no sella un pacto con los propios ojos! Por casualidad alcé la cabeza, que hasta entonces mantuviera reclinada, y vi delante de mí, a tan poca distancia que casi hubiera podido tocarla —aunque en realidad estaba muy lejos, del otro lado de la balaustrada—, una joven mujer extrañamente bella y magníficamente vestida. Fue como si de mis pupilas cayeran las escamas que las cubrían; tuve la sensación del ciego que súbitamente recobra la vista. El resplandor del obispo se disipó, palidecieron los cirios tal como las estrellas al alba, una oscuridad absoluta cubrió el templo. La deliciosa criatura se destacaba entre las sombras como una revelación angélica; parecía iluminarla su propio fulgor, del cual el día no era sino un triste reflejo.

Bajé la mirada, resuelto a no dejarme dominar por la influencia de objetos externos, pues la paulatina distracción apenas me permitía ser dueño de mis actos.

Un minuto más tarde abrí nuevamente los ojos, pues a través de mis pestañas la veía radiante con los colores del prisma, en medio de una penumbra purpúrea, tal como cuando enfrentamos el sol.

¡Era tan bella! Los pintores más grandes, que tras procurar en el cielo la belleza ideal nos han legado el divino retrato de la Virgen, no logran siquiera aproximarse a realidad tan fabulosa. No hay verso de poeta ni paleta de pintor capaz de describirla. Era alta; su talle y su porte eran dignos de una diosa; sus cabellos, delicadamente rubios, se derramaban sobre sus sienes como ríos de oro: parecía una reina con su

diadema; su frente, con su traslúcida y azulada palidez, se expandía con sereno aspecto sobre el arco de sus cejas castañas, singularidad que acentuaba el efecto de sus ojos verde mar, cuya vivacidad y esplendor eran insondables. ¡Qué ojos! Podían decidir, con un guiño, el destino de un hombre; jamás he visto otros tan plenos de vida, de limpidez, de ardor, tan húmedos y rutilantes; despedían rayos que, como venablos, herían mi corazón. No sé si la llama que los iluminaba provenía del cielo o del infierno, pero no cabe duda de que provenía del uno o del otro. Esa mujer era un ángel o un demonio, acaso ambos. Por cierto que no procedía del vientre de Eva, nuestra madre común. Dientes perfectos resplandecían a través de su sonrisa y pequeños hoyuelos herían el delicado raso de sus adorables mejillas a cada inflexión de la boca. Su nariz ostentaba una suavidad y un orgullo propios de una reina y delataba un noble origen. Sobre la piel tersa y reluciente de sus hombros titilaban brillantes de ágata y descendían sobre el pecho hileras de gruesas perlas doradas cuyo tono igualaba al del cuello. A veces su cabeza se erguía con un movimiento ondulante de culebra o de vanidoso pavo real, imponiendo un leve temblor a la alta gorguera bordada que la rodeaba como un enrejado de plata.

Lucía un vestido de terciopelo nacarado, y de sus amplias mangas forradas de armiño surgían sus manos patricias, infinitamente delicadas, con dedos largos y torneados, cuya transparencia ideal el día atravesaba tal como los de la aurora.

Recuerdo los detalles con tanta nitidez como si los hubiera visto ayer y, aunque me abrumaba en extremo tal circunstancia, nada se me escapaba; el rasgo más tenue, el pequeño lunar en el extremo del mentón, el vello imperceptible de las comisuras de los labios, el terciopelo de la frente, la trémula sombra que las cejas arrojaban sobre las mejillas: todo lo advertí con asombrosa lucidez.

Noté que al contemplarla se abrían en mí puertas que hasta entonces permanecieron cerradas; huecos obstruidos se despejaban para dar paso a una múltiple luz que hería ignoradas perspectivas; la vida, cobraba un aspecto totalmente diverso; nacía en mí una nueva existencia, otro orden de ideas. Una angustia espantosa me atenazaba el corazón; cada minuto que se deslizaba me parecía, a un tiempo, un segundo y un siglo.

Entretanto continuaba la ceremonia, y me apartaban de aquel mundo cuya entrada asediaban mis nacientes deseos. Dije «sí» aunque anhelaba decir «no», aunque todo en mí se revelaba y aborrecía la violencia que mi lengua ejercía sobre mi alma; un poder furtivo me arrancó las palabras. Así ha de ocurrirles a tantas jóvenes que se dirigen hacia el altar con la firme resolución de rechazar clamorosamente al esposo que les ha sido impuesto, sin que ninguna realice su proyecto. Así ha de ocurrirles a tantas pobres novicias que toman el hábito aun cuando estén resueltas a desgarrarlo en el instante de pronunciar sus votos. No nos atrevemos a causar tal escándalo ante el mundo, a decepcionar tantas expectativas; tantas voluntades, tantas miradas

parecen agobiarnos como una lámina de plomo; por otra parte, se han tomado las medidas con tal precisión, todo está tan bien dispuesto de antemano y de modo tan irrevocable que el pensamiento sucumbe a la opresión de las circunstancias.

El rostro de la bella desconocida mudaba de expresión a medida que progresaba la ceremonia. Su ternura y suavidad se transformaron en desdén y ofuscación, como si no la hubiesen comprendido.

Hice tal esfuerzo para gritar que no quería ser sacerdote que hubiese logrado arrancar una montaña; no pude; mi lengua se clavó a mi paladar y me fue imposible traducir mi voluntad al gesto negativo más insignificante. Aunque despierto, me hallaba en un estado similar al de esas pesadillas en que intentamos, sin lograrlo, proferir la palabra de la que depende nuestra vida.

Ella pareció comprender el martirio que yo padecía y, como para impulsarme, me lanzó una mirada plena de divinas promesas. Sus ojos eran un poema animado por la melodía de sus miradas.

Me decía:

—Si quieres ser mío, yo te haré más dichoso que el mismo Dios en su paraíso; los ángeles te envidiarán. Desgarra ese fúnebre sudario con que van a envolverte; soy la belleza, soy la juventud, soy la vida: si acudes, seremos el amor. ¿Qué podría ofrecerte Jehová a cambio? Nuestra existencia se deslizará como un sueño y será un beso eterno. Derrama el vino de ese cáliz y serás libre. Te llevaré a islas desconocidas, dormirás junto a mí en un lecho de oro macizo, bajo un dosel de plata; porque te amo y quiero arrancarte a tu Dios, hacia quien tantos corazones vierten torrentes de amor sin alcanzarlo jamás.

Creí escuchar tales palabras como si las acompañara un acorde infinitamente dulce, pues su mirada tenía el don de la sonoridad y las frases que me enviaban sus ojos resonaban en el fondo de mi corazón como si labios invisibles las hubiesen insuflado en mi alma. Estaba dispuesto a renunciar a Dios y, sin embargo, cumplía maquinalmente con las formalidades de la ceremonia. La bella me miró con ojos tan implorantes, tan desesperados, que aceradas lágrimas apuñalaron mi corazón. Yo, como una *mater dolorosa*, sentí en mi cuerpo la hoja de múltiples espadas.

Ya estaba hecho: era sacerdote.

Jamás vi pintada en rostro alguno una angustia tan desgarradora. La joven cuyo amante cae junto a ella, súbitamente fulminado; la madre que descubre vacía la cuna de su hijo; Eva sentada en el umbral del Paraíso; el avaro que encuentra una piedra en lugar de su tesoro; el poeta que ha dejado caer al fuego el único manuscrito de su obra maestra, no ofrecen un aspecto tan desolado e inconsolable. La sangre abandonó su rostro encantador, que adquirió una palidez marmórea; cayeron sus hermosos brazos a ambos lados del cuerpo, como si sus músculos se hubiesen aflojado; se apoyó contra un pilar, porque cedían sus piernas. Lívido, con la frente cubierta de un

sudor más ardiente que el del Calvario, me dirigí, con pasos vacilantes, hacia la puerta de la iglesia. Estaba sofocado; las bóvedas agobiaban mis hombros, creí sentir sobre mi cabeza el grave peso de la cúpula.

Estaba a punto de cruzar el umbral cuando, bruscamente, una mano aferró la mía. ¡Una mano de mujer! Jamás había tocado una. Era fría como la piel de las serpientes y, sin embargo, su huella ardió como la marca de un hierro al rojo vivo. Era ella.

—¡Desdichado! ¡Desdichado! ¿Qué has hecho? —me dijo en voz baja. Luego se perdió en la multitud.

Pasó el viejo obispo y me dirigió una mirada severa. Mi aspecto, sin duda, era extraño; palidecía, enrojecía, sufría mareos. Uno de mis compañeros se apiadó de mí, me tomó en sus brazos y me llevó con él; solo, habría sido incapaz de retornar al seminario.

Al rodear una calleja, mientras el joven sacerdote miraba hacia otro lado, un paje negro, extrañamente ataviado, se me acercó y me entregó, sin detener su carrera, una cartera pequeña, recamada en oro, y me hizo señas de que la guardara; la deslicé dentro de la manga y esperé a estar solo en mi celda. Hice saltar el broche; sólo contenía dos hojas con estas palabras: «Clarimonda, Palazzo Concini». Tan divorciado estaba yo de los hechos mundanos que desconocía a Clarimonda, a pesar de su fama, e ignoraba totalmente la ubicación del palacio Concini. Me entregué a mil conjeturas, unas más extravagantes que otras; aunque en verdad, con tal de volver a verla, poco me importaba que se tratase de una dama de alcurnia o de una cortesana.

Apenas nació, mi amor arraigó con vigor indestructible; ni siquiera pensé en intentar arrancarlo de mí, pues no creí que fuera posible hacerlo. Esa mujer se había adueñado de mí; una mirada había bastado para cambiarme e imponerme su voluntad; ya no vivía en mí, sino en ella y para ella. Cometía mil extravagancias, besaba la parte de mi mano que había recibido su contacto, repetía su nombre durante largas horas. Me bastaba cerrar los ojos para verla con tal claridad como si la tuviese delante de mí, y pronunciaba una y otra vez las palabras que ella me dirigiera en el portal de la iglesia: «¡Desdichado! ¡Desdichado! ¿Qué has hecho?». Comprendí el horror de mi situación, y los aspectos funestos y terribles del estado al que acababa de consagrarme se me revelaron con claridad. ¡Ser sacerdote! O sea: ser casto, no amar, no detenerse ante el sexo o la edad, apartar los ojos de toda belleza, vaciarse los ojos, reptar bajo la glacial penumbra de un claustro o una iglesia, sólo visitar moribundos, velar al lado de cadáveres desconocidos y vestir luto constante con esta sotana negra, de tal modo que el propio hábito pudiera servir de cortinado a mi catafalco.

La vida, como un hirviente lago interior, pugnaba por desbordarme; mi sangre se debatía furiosamente en las arterias y mi juventud, tanto tiempo contenida, estalló súbitamente como el áloe, que tarda un siglo en florecer y luego irrumpe con

estruendo.

¿Cómo hacer para ver a Clarimonda? No contaba con pretexto alguno para abandonar el seminario, pues a nadie conocía en la ciudad; tampoco había de permanecer largo tiempo en ella, donde solo aguardaba que me indicaran la parroquia que debía ocupar. Intenté quitar los barrotes de mi ventana, pero estaba a una altura tan aterradora que bajar sin una escala era imposible. Por otra parte, sólo de noche podría hacerlo. ¿Como orientarme, pues, en el inextricable dédalo de calles? Tales dificultades, que otros hubiesen arrostrado sin vacilación, me resultaban insuperables; no era sino un pobre seminarista enamorado, sin experiencia, sin dinero, sin ropas apropiadas. ¡Ah, de no haber sido sacerdote, habría podido verla todos los días! Habría sido su amante, su esposo: así me lo repetía mi ceguera; en lugar de verme envuelto en mi triste sudario, dispondría de ropajes de seda y terciopelo, de cadenas de oro, de una espada y de plumas, como los jóvenes caballeros. Mis cabellos, en lugar de sufrir el oprobio de la tonsura, colgarían alrededor de mi cuello en bucles ondulantes. Luciría un hermoso bigote embetunado, sería un joven apuesto.

Pero una hora transcurrida ante un altar, un par de palabras mal articuladas, me sustraían al mundo de los vivos. Yo mismo había sellado mi tumba con una piedra; mi propia mano había asegurado el cerrojo de mi prisión.

Me asomé a la ventana. El cielo era admirablemente azul, los árboles estaban ataviados de primavera, la naturaleza hacía gala de un irónico júbilo. La plaza estaba colmada de gente que iba y venía; jóvenes parejas paseaban por los jardines y procuraban la sombra de las pérgolas. Pasaron grupos que entonaban canciones de borrachos; tanto movimiento, tanta animación, tanta vida, tanta alegría no hacían sino destacar mi tristeza y soledad. Una madre joven jugaba con su hijo en el umbral; sonreía, le besaba la pequeña boca rosada, perlada de gotas de leche, y jugaba con él como sólo las madres saben hacerlo. El padre, que estaba de pie, a cierta distancia, los contemplaba con dulzura y sus brazos cruzados contenían el júbilo de su corazón. No pude tolerar tal espectáculo; cerré el ventanal y me arrojé a mi catre presa de un odio y unos celos incontenibles; mordí mis dedos y mi manta con tanta voracidad como un tigre que hubiera padecido un prolongado ayuno.

No sé cuántos días toleré tal situación pero cuando me volví, en un espasmo de furia, advertí que el abad Serapione se erguía en el centro de la celda y me observaba con atención. Me avergoncé de mí mismo y, dejando caer la cabeza sobre el pecho, me cubrí el rostro con las manos.

—Romualdo, hijo mío, algo extraordinario te ocurre —me dijo Serapione al cabo de unos minutos de silencio—. Tu conducta es realmente inexplicable. Tú, tan calmo, tan dulce, tan pío, te agitas en tu celda como una fiera enjaulada. Cuídate, hermano, y desoye los consejos del diablo; el espíritu maligno, irritado porque te has consagrado al Señor para siempre, te acecha como un lobo hambriento y realiza un último

esfuerzo para transformarte en su presa. No te dejes abatir: hazte una coraza de plegarias y un escudo de mortificaciones, combate con valor al enemigo; lo vencerás. La prueba es necesaria a la virtud; el oro sale más puro de la copela. No te aterres ni desanimes; incluso las almas más firmes y vigilantes han padecido tales momentos. Ora, ayuna, medita, y el mal espíritu se batirá en retirada.

El discurso del abad Serapione me volvió a mis cabales y pude recobrar la calma.

—Venía a anunciarte que te han designado para la parroquia de C***; el sacerdote que la tenía a su cargo acaba de morir y Monseñor me encargó que te guíe para que te instales en ella; prepárate para salir mañana.

Asentí con un gesto y el abad se retiró. Abrí el misal y me consagré a leer plegarias; pronto los renglones se confundieron, las ideas se embrollaron en mi cerebro y el libro no tardó en deslizarse de mis manos sin que yo lo advirtiera.

¡Partir al día siguiente sin haberla vuelto a ver! ¡Añadir otro obstáculo a los muchos que nos separaban! ¡Perder para siempre toda esperanza que no se cifrara en el milagro! ¿Escribirle? ¿Y por quién haría llevar la carta? Mi sagrada investidura me impedía confiarme a nadie. Me sofocó la ansiedad. Luego recordé los comentarios del abad sobre los artificios del diablo; lo extraño de tal aventura, la belleza sobrenatural de Clarimonda, el fulgor incandescente de sus ojos, la marca candente de su mano, el modo en que su presencia me conturbara, el súbito cambio que se había operado en mí, la brusca desaparición de mi piedad: en todo podía sospecharse la presencia del diablo, y acaso esa mano satinada no fuera sino el guante con que ocultaba su garra. Tales reflexiones me aterraron y recogí el misal, que de mis rodillas había caído al suelo, para sumirme en mis plegarias.

Al día siguiente vino a buscarme Serapione; dos mulas nos aguardaban ante la puerta, cargadas con nuestro humilde equipaje; mal o bien montamos en ellas. Al recorrer las calles de la ciudad, indagaba cada ventana y cada balcón, ansioso por ver a Clarimonda; pero era temprano y la ciudad aún dormitaba. Mis ojos buscaban los sitios que velaban las persianas, los cuartos de cada palacio ante los que pasábamos. Sin duda, Serapione atribuyó tal curiosidad a la admiración que debía suscitarme la belleza arquitectónica del lugar, pues contuvo el paso de su montura para darme tiempo a observar. Llegamos, por fin, a las puertas de la ciudad y comenzamos a ascender por la colina. ¡La ciudad en que vivía Clarimonda! Una vez en la cima, me volví para observarla nuevamente; la sombra de una nube la cubría por completo: una profusa media tinta en que flotaban blancos copos de espuma —las brumas de la mañana— confundía sus rojos y azules tejados; un singular efecto óptico destacó un edificio dorado y resplandeciente que, herido por los destellos matinales, excedía en altura a las construcciones vecinas, que naufragaban en la niebla; aunque estaba a más de una legua, parecía muy cercano. Cada íntimo detalle era visible; las torres, las plataformas, los cruceros y hasta las veletas con cola de golondrina.

—¿Qué es ese palacio que se ve allá, iluminado por un rayo de sol? —le pregunté a Serapione. Se cubrió los ojos con la mano, observó, y me dijo:

—Es un antiguo palacio que el príncipe Concini donó a la cortesana Clarimonda; en él se perpetran hechos espantosos.

Aún ignoro si fue visión o realidad, pero en ese instante creí ver deslizarse por la terraza una forma pálida y esbelta cuyo fulgor perduró un segundo antes de extinguirse. ¡Clarimonda!

¿Sabía que a esa hora, desde lo alto del áspero camino que me alejaba de ella y por el cual ya no habría de volver, yo devoraba con ojos tenaces y ardientes el palacio que habitaba y que un azaroso juego de luz parecía ponerlo a mi alcance, como invitándome a entrar en él como dueño y señor? Sin duda lo sabía, pues su alma estaba excesivamente ligada a la mía para no vibrar ante mis emociones más delicadas, y por tal razón se había expuesto, sin despojarse de sus velos nocturnos, al gélido rocío matinal en lo alto de la terraza.

La sombra avanzó sobre la ciudad, que pronto no fue sino un inmóvil océano de cúpulas y tejados, del que sólo se distinguían abruptas ondulaciones. Serapione apremió a su mula, cuyos pasos la mía no tardó en seguir, y una curva del sendero me arrebató para siempre la ciudad de S***, a la que jamás habría de regresar. Al cabo de tres días de marcha a través de tristes campiñas, se irguió, sobre la copa de los árboles, el chapitel de la iglesia en que debía servir. Recorrimos tortuosas callejas que penosamente eludían chozas y corrales hasta hallarnos ante la fachada del edificio y su triste magnificencia. Un portal ornado con algunas nervaduras, un par de pilares de areniscas toscamente tallados, techo de tejas y contrafuertes del mismo material que los pilares; eso era todo. A la izquierda, el camposanto, cubierto por un pastizal montaraz en cuyo centro se erguía una cruz de hierro; a la derecha, la sombra de la iglesia, el presbiterio. Todo era simple hasta la aridez. Entramos. Unas gallinas picoteaban avena; parecían acostumbradas al hábito negro de los eclesiásticos y nuestra presencia no las alarmó; se apartaron con desgana para dejarnos pasar. Nos sorprendió un ladrido áspero y ronco y se nos acercó un viejo perro.

Era el perro de mi predecesor. Su mirada blanda, su pelo gris y otros síntomas semejantes delataban la vejez más extrema que pueda agobiar a un perro. Lo acaricié levemente y se echó a andar a mi lado con aire de inexpresable satisfacción. Una anciana, el ama de llaves del cura anterior, acudió a nuestro encuentro y, después de hacerme entrar a una sala de paredes bajas, me preguntó si tenía la intención de protegerla. Le dije que estaba dispuesto a protegerla a ella, al perro, a las gallinas, y a todo el mobiliario que su amo le había dejado al morir; la conmovió una exaltada alegría pues, por otra parte, el abad Serapione le había pagado en el acto el precio que ella reclamara.

En cuanto me instalé, el abad regresó al seminario. Permanecí, pues, a solas y sin

otro apoyo que yo mismo. Nuevamente me obsesionó el recuerdo de Clarimonda y, aunque me esforzaba por ahuyentarlo, no siempre era capaz. Una noche, mientras paseaba por los senderos bordeados de boj de mi pequeño jardín, creí ver a través de las matas una forma de mujer que seguía todos mis movimientos y, entre las hojas, el destello de unas pupilas verde mar; sin embargo, sólo se trataba de una ilusión, y cuando cruzaba al otro lado del sendero no hallaba sino una pequeña huella en la arena, tan pequeña que semejaba el pie de un niño. Altas murallas rodeaban el jardín; yo examinaba cada uno de sus rincones sin hallar a nadie. Jamás pude explicarme tal circunstancia que, por otra parte, era menos asombrosa que los extraños hechos que aún había de afrontar. De ese modo viví durante un año; cumplí con exactitud todos los deberes de mi condición, oré, ayuné, exhorté y protegí a los enfermos; di limosna hasta privarme de las necesidades más elementales. Pero una extrema aridez reinaba dentro de mí y las fuentes de la gracia me estaban vedadas. No gozaba de la dicha que otorga el cumplimiento de una santa misión; mi pensamiento vagaba en otra parte y las palabras de Clarimonda acudían a mis labios como un involuntario estribillo. ¡Medita sobre ello, hermano! Por haber mirado a una mujer sólo una vez, por cometer una falta en apariencia tan leve, padecí durante años los tormentos más insidiosos; mi vida fue perturbada para siempre.

No me detendré en cada una de mis derrotas y victorias interiores, a las que seguía, inexorablemente, una caída aún más profunda; pasaré de inmediato a una circunstancia decisiva. Una noche llamaron perentoriamente a la puerta. El ama de llaves acudió a abrir y un hombre de tez cobriza, vestido lujosamente, aunque de acuerdo a una moda extranjera, con un largo puñal, compareció a la luz de la linterna de Bárbara. Ésta esbozó un gesto de terror, pero el hombre la calmó y le dijo que necesitaba verme de inmediato por un asunto relacionado con mis funciones. Bárbara lo hizo subir. Yo estaba por acostarme. El hombre declaró que su señora, una dama de alto rango, estaba a punto de morir y requería un sacerdote. Respondí que estaba dispuesto a ir con él; llevé conmigo lo que hacía falta para la extremaunción y descendí con premura. Ante la puerta aguardaban dos caballos negros como la noche que resoplaban con impaciencia y exhalaban espesas volutas de humo. El hombre me sostuvo el estribo y me ayudó a montar en uno de ellos; luego, apoyando su mano sobre la perilla de la montura, saltó sobre el otro. Apretó las rodillas y aflojó las riendas de su caballo, que partió como una flecha. El mío, cuyas bridas él aferraba, también se echó a galopar con idéntico ritmo. Devorábamos el camino; azotábamos con los cascos la tierra confusa e incierta, y las negras siluetas de los árboles huían como un ejército en desbandada. Atravesamos un bosque cuya penumbra opaca y glacial me provocó un estremecimiento de supersticioso terror. Las herraduras arrancaban a las piedras enjambres de chispas que formaban una estela de fuego; si alguien, a esa hora de la noche, nos hubiese visto, nos habría tomado por un par de

espectros montados sobre atroces demonios. Fuegos fatuos se cruzaban en el camino y las cornejas graznaban lastimosamente en la espesura donde, desde lejos, nos acechaban los ojos ardientes de los gatos salvajes. Desgreñábase la crin de los caballos, el sudor humedecía sus flancos, sus narices exhalaban un vapor denso y feroz. En cuanto los veía desfallecer, el escudero profería un alarido gutural (que nada tenía de humano) para reanimarlos, y el galope recobraba su furia. Finalmente, cesó aquel torbellino: una masa negra, erizada de puntos brillantes, se irguió súbitamente ante nosotros; los pasos de nuestras cabalgaduras resonaron sobre un camino de piedra y entramos bajo una bóveda que abría sus fauces sombrías entre dos altas torres. Una gran agitación reinaba en el castillo: domésticos con antorchas recorrían los patios en diversas direcciones, luces vacilantes subían y bajaban por los corredores. Confusamente, advertí los pormenores de una construcción imponente y fantástica; enormes columnas, arcadas, escalinatas y rampas. Un paje negro, el mismo que me había entregado el mensaje de Clarimonda y al cual reconocí de inmediato, me ayudó a descender, y un mayordomo vestido de terciopelo negro, con una cadena de oro al cuello y un bastón de marfil en la mano, se me acercó. Gruesas lágrimas inundaron sus ojos, recorrieron sus mejillas y humedecieron su barba blanca.

—¡Demasiado tarde! —exclamó bajando la cabeza—. ¡Demasiado tarde, padre! Pero, ya que no habéis podido salvar su alma, venid al menos a velar su cuerpo.

Me tomó del brazo y me condujo a la cámara mortuoria. Lloré no menos que él, pues comprendí que la muerta no era sino Clarimonda, la mujer a quien amara con locura. Al lado del lecho se alzaba un reclinatorio; una llama azulada vacilaba sobre una pátera de bronce y arrojaba en la sala una luz débil e incierta; las aristas de los muebles o de las cornisas danzaban en la sombra. Sobre la mesa, dentro de una urna cincelada, expiraba una ajada rosa blanca cuyos pétalos, con la sola excepción de uno que conservaba cierta lozanía, caían como aromáticas lágrimas; una negra máscara rota, un abanico, disfraces de toda especie cubrían los sillones y revelaban que la muerte se había introducido en esta suntuosa residencia de un modo imprevisto y sin hacerse anunciar. Me arrodillé sin osar dirigir los ojos al lecho y comencé a recitar los salmos: agradecí a Dios que hubiese interpuesto el muro de la muerte entre esta mujer y yo y pude incluir en mis plegarias su nombre ya santificado. Tal fervor, sin embargo, paulatinamente disminuyó y la ensoñación se adueñó de mí. La sala no parecía una cámara mortuoria. En lugar del aire fétido y fúnebre que estaba habituado a respirar en tales circunstancias, flotaba en la atmósfera tibia el lánguido aroma de esencias orientales, un voluptuoso olor a mujer. El pálido resplandor parecía más bien una media luz dispuesta para los placeres que el turbio reflejo que suele acariciar a los cadáveres. Medité sobre el extraño azar que propiciaba un nuevo encuentro con Clarimonda en el preciso instante en que la perdía para siempre y exhalé un suspiro de dolor. Creí percibir otro suspiro a mis espaldas e involuntariamente me volví. Era

el eco. Entonces mis ojos se detuvieron en el catafalco que hasta entonces eludieran. Los cortinados de damasco rojo, cubiertos de enormes flores realzadas por entorchados de oro, dejaban ver a la muerta extendida, con las manos unidas sobre el pecho. La cubría un velo de lino cuyo blanco fulgor no ofuscaban las purpúreas colgaduras y cuya levedad no acertaba a simular las formas seductoras de su cuerpo, pues permitía seguir sus perfectas ondulaciones a las cuales —tal como al cuello de un cisne— ni la muerte lograba imponer rigidez. Semejaba una estatua de alabastro que un hábil artista hubiese esculpido para erigir sobre el túmulo de una reina, o una joven dormida cuyo cuerpo hubiese sorprendido la nieve.

No lograba contenerme; me embriagaba esa atmósfera de alcoba, el febril aroma de la rosa semimarchita me enturbió el cerebro y a grandes pasos recorrí la sala una y otra vez; a cada instante me detenía ante el estrado para contemplar la gracia de ese cuerpo envuelto en un sudario transparente. Me acosaron extraños pensamientos; sospeché que en realidad no había muerto, que se trataba de un simulacro mediante el cual me había atraído a su castillo para revelarme su amor. Creí advertir que un movimiento de su pie hería la blancura de los velos y que se agitaban los pliegues del sudario.

Me pregunté: «¿Será Clarimonda? ¿Qué prueba tengo de ello? Es probable que el paje negro haya entrado al servicio de otra mujer. Es una locura desesperar de tal modo». Pero a cada latido me respondía mi corazón: «Es ella, es ella». Me acerqué al lecho y contemplé con mayor atención el objeto de mi incertidumbre. ¿Habré de confesarlo? Tal perfección de formas, aunque la muerte las purificara y santificara, ejercía sobre mí una voluptuosa fascinación; su reposo se asemejaba tanto al sueño que habría sido fácil confundirse. Olvidé que había acudido a ese lugar para un servicio fúnebre e imaginé que era un joven esposo que entraba al cuarto de su prometida y que ésta sólo por pudor insistía en ocultarse. Transido de dolor, ebrio de alegría, trémulo de temor y placer, me incliné ante ella y tomé un extremo del cortinado; lo alcé con lentitud, mientras contenía el aliento por temor a despertarla. Mis arterias palpitaban con tal fuerza que sentía su latido en las sienes; mi frente resplandecía de sudor, como si alzara una losa de mármol. Era, en efecto, Clarimonda, tal como la viera en la iglesia el día de mi ordenación; no había perdido uno solo de sus encantos y en ella la muerte parecía una coquetería más. La palidez de las mejillas, los labios descoloridos, las largas pestañas cuya oscuridad resaltaba sobre tal lividez, le otorgaban una expresión de castidad melancólica y de reflexivo sufrimiento cuyo poder de seducción es inexpresable en palabras; flores azules languidecían sobre sus largos cabellos derramados, que le servían de almohada y protegían la desnudez de sus hombros; las bellas manos, más puras y diáfanas que una hostia, se entrecruzaban en una actitud de piadoso descanso y de tácita plegaria que atenuaba la excesiva seducción que, incluso en la muerte, podían ejercer sus

brazos exquisitamente torneados, blancos como el marfil, ceñidos por brazaletes de perlas. Durante largo tiempo permanecí en muda contemplación y cuanto más la observaba menos podía creer que la vida hubiese abandonado para siempre su hermoso cuerpo. No sé si fue una ilusión o un reflejo de la lámpara, pero hubiérase dicho que la sangre una vez más comenzaba a circular bajo esa opaca palidez; su inmovilidad, sin embargo, era perfecta. Rocé levemente el brazo; estaba frío, aunque no más que su mano el día en que aferrara la mía en el portal de la iglesia. Volví a inclinarme sobre ella y dejé caer sobre sus mejillas el tibio rocío de mis lágrimas. ¡Qué amarga sensación de desesperación e impotencia! ¡Qué agonía! Habría hecho de mi vida un único fragmento para cedérselo y soplar sobre ella la llama que me devoraba. Avanzó la noche y, al aproximarse el momento de la eterna separación, no pude negarme la triste y suprema dulzura de posar un beso sobre los muertos labios de quien fuera dueña de mi amor. ¡Oh prodigio, un ligero aliento se mezcló al mío y la boca de Clarimonda respondió con ardor a mi pasión! Sus ojos se abrieron y recobraron la luz; suspiró y abrió los brazos para echármelos, con aire de éxtasis inefable, alrededor del cuello.

—¿Ah, eres tú, Romualdo? —dijo con voz lánguida y dulce, como las últimas vibraciones de un arpa—. ¿Qué has hecho? Tanto te aguardé que me venció la muerte; pero ahora nos pertenecemos, podré verte y acudir a ti. ¡Adiós, Romualdo, adiós! Te amo; es todo lo que anhelaba decirte, y te entrego la vida que con tus besos has logrado convocar sobre mí por un instante. Hasta pronto.

Su cabeza cayó hacia atrás, pero Clarimonda me rodeó con los brazos como si deseara retenerme. Un torbellino de viento abrió el ventanal e irrumpió con violencia en la sala; el último pétalo de la rosa blanca vaciló, como un ala palpitante, en el extremo del tallo; luego el viento la arrebató y voló a través de la ventana abierta, llevando consigo el alma de Clarimonda. La lámpara se apagó y yo caí desvanecido sobre el pecho de la bella difunta.

Cuando volví en mí estaba en cama, en el pequeño cuarto del presbiterio, y el viejo perro de mi predecesor me lamía la mano extendida sobre la colcha. Bárbara circulaba por el cuarto con senil agitación: abría y cerraba cajones, cambiaba polvillos de un frasco a otro. Al verme abrir los ojos profirió un grito de alegría. El perro ladró y movió la cola; la debilidad me impidió pronunciar una sola palabra o hacer movimiento alguno. Luego me enteré de que había permanecido en tal estado durante tres días, sin dar otra señal de vida que una imperceptible respiración. Esos tres días no cuentan en mi vida e ignoro dónde haya estado mi espíritu mientras tanto; de ellos no conservo recuerdo alguno. Bárbara me contó que el hombre de tez cobriza que me había llamado durante la noche, me había devuelto por la mañana en una litera cerrada y luego se había ido. En cuanto pude ordenar las ideas, recapitulé cada circunstancia de esa noche fatal. Al principio creí haber sido víctima de una ilusión

mágica; pero circunstancias reales y palpables no tardaron en destruir tal suposición. No podía creer que se tratara de un sueño, pues Bárbara, al igual que yo, había visto al hombre de los caballos negros, cuyo porte y vestimenta me describió con exactitud. Sin embargo, nadie conocía un castillo en los alrededores cuya descripción se ajustara a la del castillo en que había encontrado a Clarimonda.

Una mañana entró el abad Serapione. Bárbara le había informado sobre mi enfermedad y él había acudido presurosamente. Si bien su preocupación demostraba afecto e interés por mi persona, su visita no me complació tanto como hubiera debido. Había algo en la mirada penetrante e inquisitiva del abad que lograba inquietarme. Ante él me sentía incómodo y culpable. Había sido el primero en descubrir mi turbación interior y yo temía su clarividencia.

Mientras me preguntaba con un tono hipócritamente meloso por mi salud, sus pupilas de león hundían, como una sonda, sus miradas en mi alma. Luego me hizo otras preguntas; cómo dirigía mi parroquia, si me gustaba, qué hacía en su tiempo libre, si había entablado alguna relación con los paisanos del lugar, cuáles eran mis lecturas favoritas y mil detalles por el estilo. Yo respondía con la mayor concisión posible; él, por su parte, sin aguardar el fin de mis respuestas, cambiaba inmediatamente de tema. Era evidente que tal conversación no guardaba relación alguna con lo que pretendía decirme. Luego, bruscamente, tal como si se tratara de una noticia que recordara en ese preciso instante y que temiera olvidar, me dijo con voz clara y vibrante que resonó en mis oídos como las trompetas del Juicio Final:

—La gran cortesana Clarimonda murió recientemente, tras una orgía que duró ocho días y ocho noches. En medio de un esplendor infernal, se repitieron las abominaciones de los festines de Balthazar y de Cleopatra. ¡En qué siglo vivimos, Dios mío! Esclavos negros que hablaban una lengua desconocida y que no son, a mi juicio, sino verdaderos demonios, servían a los invitados; la librea del menor de ellos habría vestido de gala a un emperador. Sobre Clarimonda se han difundido historias muy extrañas y todos sus amantes han encontrado un final miserable o violento. Se ha dicho que era una *ghoul*, una mujer vampiro; yo creo que era Belcebú en persona.

Calló y me observó con mayor atención para ver qué efecto me habían producido sus palabras. No pude evitar estremecerme al escuchar el nombre de Clarimonda y la noticia de su muerte, además del dolor que me causaba por su curiosa coincidencia con la escena nocturna que había presenciado; me conturbó y aterró de tal modo que no pude simularlo a pesar de todos mis esfuerzos por dominarme. Serapione me observó con inquietud y severidad; luego me dijo:

—Hijo mío, debo, advertirte: tienes un pie al borde del abismo; cuídate de caer. Son largas las garras de Satanás, y las tumbas no siempre son definitivas. Un triple sello debería asegurar la lápida de Clarimonda pues, según dicen, no es la primera vez que muere. ¡Dios vele, por tu alma, Romualdo!

Dijo estas palabras, se marchó con lentitud y no volví a verlo, pues partió casi de inmediato hacia S***.

En cuanto me restablecí volví a mis funciones habituales. Perduraban en mí el recuerdo de Clarimonda y las palabras del viejo abad; no obstante, como ningún acontecimiento extraordinario confirmó sus funestas previsiones, di en suponer que mis temores pecaban de exageración; pero una noche tuve un extraño sueño. Acababa de dormirme cuando escuché que corrían el cortinado de mi lecho, cuyos anillos resonaron y me hicieron incorporar bruscamente. Vi una sombra de mujer erguida ante mí. Reconocí de inmediato a Clarimonda. Llevaba en la mano una pequeña lámpara, como las que suelen ponerse en las tumbas, cuyo fulgor concedía a sus dedos afilados una rosada transparencia que insensiblemente se difuminaba en la opaca palidez del brazo desnudo. Llevaba, por toda vestimenta, el sudario de lino que luciera en su catafalco y cuyos pliegues aferraba contra el seno como si su ligero atavío la avergonzara, aunque, de todos modos, apenas lograba cubrirse; era tan blanca que, a la luz de la lámpara el color de sus ropas se confundía con el de sus carnes. Envuelta en ese tejido tenue, que delataba cada contorno de su cuerpo, semejaba más bien la marmórea estatua de una bañista antigua que una mujer dotada de vida. Muerta o viva, estatua o mujer, sombra o cuerpo, su belleza era siempre la misma; sólo se había debilitado el verde fulgor de sus pupilas, y su boca, antes bermeja, estaba apenas teñida de un débil color rosado que casi no difería del de sus mejillas. Las pequeñas flores azules que yo advirtiera en sus cabellos estaban totalmente secas y habían perdido casi todos sus pétalos; lo cual en modo alguno le impedía ser fascinante, a tal punto que, a pesar de la singular circunstancia y del modo inexplicable en que había entrado en mi cuarto, en ningún instante el miedo se apoderó de mí.

Posó la lámpara sobre la mesa, tomó asiento al pie de mi lecho e, inclinándose sobre mí, me dijo con esa voz argéntea y aterciopelada que sólo en ella he conocido:

—Me hice esperar demasiado, querido Romualdo, y acaso hayas creído que me había olvidado de ti. Pero vengo de muy lejos, y de un sitio del que aún nadie ha vuelto. Vengo de un país en el que no hay lunas ni soles, sólo un horizonte de inescrutable penumbra; no hay caminos ni senderos; no hay tierra en que posar el pie ni aire en que batir las alas; sin embargo, aquí me tienes, pues el amor es más poderoso que la muerte y acabará por vencerla. ¡Ah, en mi viaje he contemplado rostros tristes y cosas terribles! ¡Cuánto padeció mi alma, que sólo el poder de la voluntad ha devuelto a este mundo para recobrar su cuerpo e instalarse en él! ¡Cuántos esfuerzos para apartar la losa con que cubrieran mi tumba! ¡Mira! Observa mis palmas cubiertas de heridas. ¡Bésalas, mi amor, para curarlas!

Me ofreció ambas manos, sobre las que una y otra vez posé los labios mientras ella me observaba con una sonrisa de inefable complacencia.

Confieso, para mi vergüenza, que había olvidado por completo tanto las advertencias del abad como el hábito que vestía. Había cedido ante el primer embate sin oponer resistencia alguna. Ni siquiera había intentado rechazar al tentador; la frescura de la piel de Clarimonda penetró en la mía y una trémula voluptuosidad recorrió mi cuerpo. ¡Pobre niña! A pesar de todo cuanto he visto, aún vacilo en creer que fuese un demonio; al menos no tenía tal aspecto, y por cierto que Satanás jamás ocultó las garras y los cuernos con mayor delicadeza. Había recogido los talones y se mantenía echada al borde de la cama, en una actitud plena de inocente coquetería. De vez en cuando su pequeña mano recorría mis cabellos y formaba bucles, como si quisiera comprobar en mí el efecto de diversos peinados. La dejé hacer con la delectación más culpable, mientras añadía los encantos de un delicioso murmullo. Vale destacar que no sentí asombro alguno ante circunstancia tan fuera de lo común y que —con esa propensión a aceptar como sencillos los acontecimientos más extraordinarios que demostramos en nuestras visiones— todo me parecía absolutamente natural.

—Te amaba mucho antes de conocerte, querido Romualdo, y te busqué por todas partes. Eras mi sueño y cuando, en ese instante fatal, te vi en la iglesia, me dije: ¡Es él! Te arrojé una mirada en que latía toda mi devoción por ti; una mirada capaz de perder a un cardenal, capaz de humillar ante mí a un rey frente a toda su corte. Tú permaneciste impasible y preferiste a tu Dios y no a mí. ¡Cuántos celos tengo de Dios, pues aún lo amas más que a mí! ¡Cuántos infortunios me agobian! ¡Clarimonda la muerta, a quien has resucitado con un beso, que por tu causa fuerza las puertas de su tumba, que viene a consagrarte una vida a la que sólo ha vuelto para hacerte feliz, jamás podrá ser tu única dueña!

Interrumpía estas palabras con frenéticas caricias, que a tal punto aturdieron mis sentidos y mi razón que no temí proferir una aterradora blasfemia para consolarla; le dije que la amaba tanto como a Dios.

Sus pupilas recobraron la luz y refulgieron como crisopacios.

—¡Es cierto! ¡Es cierto! ¡Tanto como a Dios! —dijo envolviéndome en sus bellos brazos—. Y ya que es así, vendrás conmigo, me seguirás donde yo quiera. Dejarás este horrendo hábito negro. Serás el caballero más apuesto y envidiado. Serás mi amante. ¡Nada menos que el amante de Clarimonda, que ha rechazado a un papa! ¡Y qué vida hemos de compartir, colmada de placeres y felicidad! ¿Cuándo partimos, mi señor?

—Mañana, mañana —grité en mi delirio.

—Muy bien, mañana. Así me podré cambiar la ropa; ésta es muy leve y no es apropiada para el viaje. También he de avisar a mis servidores, que realmente me creen muerta y no cesan de llorarme. Dinero, vestidos, carruaje: ¡todo estará listo! Vendré a buscarte a esta misma hora. Adiós, amor mío.

Sus labios rozaron apenas mi frente. Se apagó la lámpara. Se extinguió la luz, y el cortinado, al cerrarse, me impidió ver nada más. Un pesado sueño sin sueños me venció y se apoderó de mí hasta la mañana siguiente. Me desperté más tarde que de costumbre y el recuerdo de visión tan singular me conturbó durante todo el día; concluí por convencerme de que no eran sino vapores exhalados por mi exaltada imaginación. No obstante, tan vivaces habían sido las sensaciones que me costaba creer que no hubieran sido reales, de modo que me acosté, no sin aprehensiones ante lo que pudiera ocurrirme, tras rogarle a Dios que apartara de mí los malos pensamientos y protegiera la castidad de mi sueño.

No tardé en dormirme profundamente y mi sueño no tardó en proseguir. Se abrió el cortinado y vi a Clarimonda; ya no estaba pálida, envuelta en el blanco sudario y ornada con violetas mortuorias, sino alegre, ligera y rozagante, ataviada con un soberbio vestido de terciopelo verde recamado de oro que, recogido a un costado, dejaba entrever una falda de raso. Sus rubios cabellos escapaban de un enorme sombrero de fieltro negro colmado de plumas blancas caprichosamente dispuestas; llevaba en la mano una fusta que culminaba en un silbato de oro. Me tocó ligeramente con ella y me dijo:

—Y bien, bello durmiente, ¿estáis listo? Esperaba encontraros despierto. Levántate en seguida, pues no hay tiempo que perder.

Salté del lecho.

—Vamos, vístete y partamos de una vez —me dijo, indicándome un pequeño paquete que había traído—. Los caballos muerden impacientes el freno ante la puerta. Ya deberíamos estar a diez leguas de aquí.

Me vestí de prisa, mientras ella me alcanzaba la ropa, riéndose a carcajadas de mi torpeza e indicándome, cuando yo me equivocaba, el uso adecuado. Luego me peinó y al concluir me tendió un pequeño espejo de bolsillo hecho de cristal de Venecia, con filigranas de plata, y me dijo:

—¿Cómo te encuentras? ¿Quieres tomarme a tu servicio como tu criada personal?

Yo no era el mismo y me desconocía. Me parecía a mí mismo tanto como una estatua a un bloque de piedra en bruto. Mi vieja figura no parecía sino el grosero bosquejo de la que el espejo reflejaba. Era hermoso, y tal metamorfosis halagó sensiblemente mi vanidad. Atavíos tan elegantes, una chaqueta con tan ricos bordados, hacían de mí un personaje totalmente diferente y admiré el poder que oculta un simple corte de tela. El espíritu de mi hábito me penetró la piel y al cabo de diez minutos mi fatuidad ya me parecía aceptable.

Di un par de vueltas por el cuarto para adquirir cierta soltura. Clarimonda me observaba con maternal complacencia: parecía satisfecha de su obra.

—Basta de niñerías. ¡En marcha, querido Romualdo! Vamos muy lejos y acaso no lleguemos.

Me tomó la mano y me llevó con ella. A su paso abríanse las puertas apenas las tocaba. Pasamos delante del perro sin despertarlo.

Ante la puerta encontramos a Margaritone; era el escudero que yo conocía; sostenía por las bridas a tres caballos negros como los anteriores, uno para mí, otro para él, un tercero para Clarimonda. Tratábase sin duda de caballos árabes españoles, nacidos de yeguas fecundadas por el céfiro, pues corrían como el viento; la luna, que a nuestra partida se elevara para iluminarnos el sendero, rodaba en el cielo como una rueda salida del carro; la veíamos a nuestra diestra, brincando de un árbol a otro, esforzándose por alcanzarnos. Pronto llegamos a una llanura donde, detrás de un grupo de árboles, nos aguardaba un carruaje tirado por cuatro vigorosas bestias; entramos en él y los postillones no tardaron en lanzarlo a una carrera desenfrenada. Rodeé con el brazo el talle de Clarimonda, que apoyaba en la mía una de sus manos. Posó su cabeza en mi hombro, rozándome el brazo con el cuello desnudo. Jamás había sentido dicha comparable. En ese momento lo olvidé todo; recordaba menos mi vida de sacerdote que la que llevara en el seno de mi madre, pues tal fascinación ejercía sobre mí el espíritu maligno. A partir de esa noche, mi naturaleza en cierto modo se desdobló y convivieron en mí dos hombres que se ignoraban mutuamente. A veces creía ser un sacerdote que cada noche soñaba ser un gentilhombre; otras, creía ser un gentilhombre que soñaba ser un sacerdote. Era incapaz de discriminar entre el sueño y la vigilia e ignoraba dónde comenzaba la realidad y dónde terminaba la ilusión. El joven señor, fatuo y libertino, se burlaba del sacerdote; el sacerdote aborrecía al joven disoluto. Dos espirales entreveradas y confundidas que, sin embargo, no se tocan jamás, configuran una representación precisa de la vida bicéfala que llevaba. A pesar de lo extraño de tal situación, creo que ni por un instante me amenazó la locura. Jamás dejé de percibir las diferencias entre una y otra vida. Solo había un hecho absurdo que era incapaz de explicarme: que el sentimiento de un solo yo existiera en dos hombres tan diversos. Jamás dejaba de advertir tal anomalía, ya creyera ser el cura del pueblo de ***, ya *il signor Romualdo*, amante oficial de Clarimonda.

El caso es que residía, o creía residir, en Venecia; aún no he podido distinguir qué había de real y qué de ilusorio en tan extraña aventura. Habitábamos un gran palacio de mármol sobre el Canal Grande, colmado de frescos y estatuas, con dos Tizianos de la mejor época en la cámara de Clarimonda; un palacio digno de un rey. Cada uno de nosotros disponía de su góndola y sus barcarolas con nuestro sello, de su cámara de música, de su poeta personal. Clarimonda concebía la vida según un estilo exigente, y había algo de Cleopatra en su naturaleza. En cuanto a mí, llevaba una vida de príncipe y exhibía tal orgullo que parecía un descendiente de la familia de alguno de los doce apóstoles o los cuatro evangelistas de la Serenísima; jamás me habría apartado del camino para dejar paso al Dux y no creo que, desde que Satán se

precipitó al abismo, nadie haya sido más insolente y vanidoso que yo. Iba al Ridotto, donde jugaba un juego infernal. Frecuentaba círculos distinguidos, señoritos caídos en desgracia, mujeres de teatro, estafadores, parásitos y espadachines. Sin embargo, a pesar de mi vida, siempre fui fiel a Clarimonda. La amaba con locura. Ella era capaz de excitar al mismo hartazgo, de aferrar a la misma inconstancia. Ser dueño de Clarimonda era como serlo de veinte amantes, como serlo de todas las mujeres, pues era tan cambiante y multiforme como el camaleón. Uno cometía con ella la infidelidad que hubiese cometido con otras, pues adoptaba el carácter, el porte y la belleza de la mujer que a uno le gustara. Me devolvía mi amor centuplicado, y en vano los jóvenes patricios e incluso los ancianos del consejo de los Diez le hicieron magníficas propuestas; un Foscari llegó a pedirla en matrimonio. Los rechazó a todos. Estaba colmada de oro; sólo quería amor, un amor joven y puro que ella misma despertara a su antojo, que fuera el primero y el último. Mi felicidad habría sido perfecta de no haberlo impedido esa maldita pesadilla que me agobiaba todas las noches y en que creía ser un cura que se laceraba y hacía penitencia para expiar mis excesos diurnos. Tanto me habitué a la presencia de Clarimonda que dejó de intrigarme el extraño modo en que la había conocido. Ocasionalmente, de todos modos, las palabras del abad asediaban mi memoria sin dejar de inquietarme.

Paso el tiempo y la salud de Clarimonda se resintió; el color de su tez se esfumaba de un día a otro. Los médicos que la asistían nada podían hacer frente a su enfermedad. Prescribieron remedios insignificantes y no regresaron. Ella palidecía a ojos vistas y su cuerpo se enfriaba. Se la veía tan blanca y mortecina como en la noche del castillo desconocido. Tal decadencia me desesperaba. Ella, conmovida ante mi dolor, me sonreía con dulzura y tristeza, con esa sonrisa fatal que exhiben quienes no ignoran la proximidad de muerte.

Una mañana, yo estaba sentado cerca de su lecho, desayunando ante una mesita, dispuesto a no dejarla sola un instante. Mientras cortaba una fruta, me infligí accidentalmente una profunda herida en el dedo. La sangre se esparció en hilillos purpúreos y algunas gotas saltaron sobre Clarimonda. Sus ojos recobraron el fulgor y advertí en su rostro una expresión de alegría salvaje y feroz que no le conocía. Saltó del lecho con agilidad animal —la agilidad de un mono o de un gato— y se precipitó sobre mi herida, que succionó con indecible voluptuosidad. Sorbió lentamente mi sangre, con la delectación de un *gourmet* que saborea un vino de Jerez o Siracusa; entrecerraba los ojos, cuyas verdes pupilas ya no eran redondas sino oblongas. De vez en cuando se interrumpía para besarme la mano, luego volvía a posar sus labios sobre los labios de la herida, para beber otra gota más. Cuando vio que la sangre había dejado de fluir, se incorporó con los ojos húmedos y brillantes, más rosada que una aurora primaveral, con la mano húmeda y tibia, más lozana y bella que nunca y en perfecto estado de salud.

—¡Jamás moriré! ¡Jamás moriré! —exclamó ebria de alegría, colgándose de mi cuello—. Aún podré amarte mucho tiempo. Mi vida está en la tuya y todo lo que soy proviene de ti. Unas gotas de tu rica y noble sangre, más preciosa y eficaz que todos los elixires del mundo, me han devuelto la vida.

Tal escena me preocupó sobremanera y me inspiró extrañas dudas respecto a Clarimonda; esa misma noche, cuando el sueño me llevó al presbiterio, vi al abad Serapione, más grave y preocupado que nunca. Me observó atentamente y me dijo:

—No contento con perder el alma, también quieres perder el cuerpo. ¡Joven desdichado, en qué trampa has caído!

El tono en que me dirigió tales palabras logró conmoverme; mi impresión, no obstante, pronto se disipó y mil otros cuidados acudieron a desplazarla. Una noche, sin embargo, observé en el espejo, cuya pérfida posición ella no había tenido en cuenta, que Clarimonda derramaba un polvillo en la copa de vino sazonado que solía prepararme después de la cena. Tomé la copa, fingí llevarla a los labios, la posé sobre un mueble como si estuviera dispuesto a terminarla más tarde y en cuanto mi amada me volvió la espalda derramé el contenido debajo de la mesa; luego me retiré a mis aposentos, dispuesto a no dejarme vencer por el sueño y a observar lo que ocurriera. No tuve que aguardar mucho; entró Clarimonda envuelta en su bata y, despojándose de sus velos, se recostó a mi lado. En cuanto se aseguró de que yo dormía me descubrió el brazo y extrajo de su cabello un alfiler de oro; luego murmuró:

—Una gota, sólo una gota, un ínfimo rubí en la punta de mi aguja… Puesto que me amas, no debo morir… Pobre amor mío, he de beber tu sangre, cuyo color me deslumbra. Duerme, mi único bien, duerme, mi dios, mi niño; no te haré daño, sólo tomaré de tu vida lo que sea necesario para que la mía no se extinga. Si no te amara tanto, me procuraría otros amantes cuyas venas dejaría exangües; pero desde que te conozco los aborrezco a todos. ¡Ah, qué hermoso brazo! ¡Qué blanco y torneado! Jamás osaré pinchar esta hermosa venita azulada.

Mientras hablaba no cesaba de llorar y yo sentía que sus lágrimas se deslizaban por mi brazo, que ella tenía entre sus manos. Finalmente se decidió, me infligió una pequeña herida con la aguja y se dedico a sorber la sangre que brotaba de ella. Aunque no bebió más que unas gotas, la contuvo el temor a extenuarme; me rodeó cuidadosamente el brazo con una pequeña banda, después de untar la herida con cierto ungüento que la cicatrizó de inmediato.

Ya no me cabían dudas; Serapione tenía razón. No obstante, a pesar de tal certidumbre, me era imposible no amar a Clarimonda, y con placer le hubiese dado toda la sangre que necesitara para sostener su artificiosa existencia. Por otra parte, no albergaba grandes temores; en la mujer residía la explicación del vampiro, y lo que había visto y oído me daba plena seguridad al respecto; entonces disponía de venas generosas que no era fácil agotar y nada me incitaba a escatimar unas gotas de vida.

Yo mismo me habría abierto el brazo, diciéndole: «¡Bebe! ¡Y que mi amor penetre tu cuerpo junto a mi sangre!». Evité toda alusión al narcótico que había volcado en mi copa y a la escena de la aguja, y vivimos en perfecto acuerdo. Sin embargo, mis escrúpulos de sacerdote me torturaban cada día más, y ya no sabía qué tormento inventar para mortificar y lacerar mis carnes. Aunque tales visiones fueran involuntarias y yo en nada participase, no osaba tocar al Cristo con manos tan impuras, con un espíritu mancillado por tales excesos, reales o soñados. Para evitar alucinaciones tan enervantes, intentaba eludir el sueño, mantenía las pupilas abiertas con los dedos, me paraba contra la pared, hacía todos los esfuerzos posibles, pero la arena del sueño no tardaba en irritarme los ojos y, al comprobar que todo era inútil, me abandonaba, presa de la lasitud y el desánimo, a esa corriente que me arrastraba a pérfidas orillas. Serapione me hacía las exhortaciones más vehementes y reconvenía con dureza mi desidia y escaso fervor. Un día en que yo había estado más agitado que de costumbre, me dijo:

—Para despojarte de esta obsesión sólo hay un medio, y aunque sea extremo, hay que ponerlo en práctica; a grandes males, grandes remedios. Sé donde han sepultado a Clarimonda; es necesario desenterrarla para que veas en que estado lamentable se encuentra el objeto de tu amor; no estarás dispuesto a perder tu alma por un cadáver inmundo al que devoran los gusanos y que no tardara en convertirse en polvo; así volverás a tus cabales.

Por mi parte, tan harto estaba de mi doble vida que acepté, deseoso de saber quién era víctima de una ilusión, si el sacerdote o el gentilhombre; estaba dispuesto a matar, en beneficio del otro, a uno de los dos hombres que en mí coexistían, o incluso a los dos, pues tal vida no podía durar. El abad se proveyó de pico, palanca y linterna, y a medianoche nos dirigimos hacia el cementerio de ***, cuya disposición él conocía minuciosamente. La luz de nuestra linterna sorda acarició las inscripciones de diversas tumbas, hasta que al fin llegamos a una piedra, semioculta por el pastizal, devorada por musgos y plantas parásitas, donde desciframos este comienzo de inscripción:

Aquí yace Clarimonda,
que fue, mientras vivió,
la más bella del mundo
....

—Es aquí —dijo Serapione. Dejó la linterna en tierra, deslizó la palanca en el intersticio que dejaba la piedra y comenzó a alzarla. La piedra cedió y él se puso a trabajar con el pico. Yo, con una expresión nocturna en el rostro, lo veía hacer; Serapione, inclinado sobre su obra macabra, resplandecía de sudor, jadeaba

entrecortadamente; su aliento agitado parecía el estertor de un moribundo. Era un extraño espectáculo; si alguien nos hubiese sorprendido, nos habría tomado por profanadores de tumbas y ladrones de sudarios, y no por ministros de Dios. Por la dureza salvaje que demostraba en su empeño, el abad semejaba más bien un demonio que un apóstol o un ángel, y su rostro, cuyos rasgos austeros y pronunciados destacaba esa áspera luz, resultaba inquietante. Un sudor glacial me perlaba los miembros y mis cabellos se erizaron dolorosamente; en el fondo, reprobaba el acto del severo Serapione como si se tratara de un abominable sacrilegio, y habría querido que desde las umbrías nubes que pesaban sobre nosotros prorrumpiera un triángulo de fuego que lo calcinara. Los búhos, alarmados por el fulgor de la linterna, acudieron desde los cipreses a batir pesadamente sus alas polvorientas contra el vidrio, con gemidos desgarradores; los zorros emitían, a lo lejos, chillidos inquietantes; mil ruidos siniestros laceraron el silencio. Finalmente, el pico de Serapione tocó el ataúd, cuya madera resonó sordamente, con ese ruido espantoso que produce la nada cuando la tocamos; abrió la tapa y vi a Clarimonda, pálida como el mármol, las manos unidas sobre el pecho; su blanco sudario exhibía un único pliegue desde la cabeza a los pies. Una ínfima gota purpúrea brillaba como una rosa en un extremo de su boca lívida. Serapione, al verla, enfureció:

—¡Ah, demonio! ¡Hete aquí! ¡Cortesana impúdica, bebedora de oro y de sangre!

Roció el cuerpo y el ataúd con agua bendita y con su hisopo trazo sobre ellos la señal de la cruz. Apenas el sacro rocío tocó el hermoso cuerpo de Clarimonda, éste se transformó en polvo; sólo quedó una mezcla aterradora e informe de cenizas y huesos corruptos.

—¡Ahí tienes a tu amante, *signor Romualdo*! —dijo este hombre implacable, señalándome los tristes despojos—. ¿Aún deseas pasearte por el Lido y por Fusine con esta belleza?

Bajé la mirada; algo había cedido dentro de mí. Regresé al presbiterio y el señor Romualdo, amante de Clarimonda, se despidió del pobre sacerdote, a quien durante tanto tiempo honrara con su extraña compañía. Sólo volví a ver a Clarimonda a la noche siguiente; me dijo, tal como la primera vez en el umbral de la iglesia:

—¡Desdichado! ¡Desdichado! ¿Qué has hecho? ¿Por qué has escuchado a ese cura imbécil? ¿No eras feliz? ¿Qué te hice para que violaras mi pobre tumba y pusieras al descubierto las miserias de mi nada? Toda comunicación entre nuestras almas y nuestros cuerpos se ha quebrado para siempre. Adiós. Lamentarás mi ausencia.

Se disipó en el aire, tal como el humo, y jamás volví a verla.

No se equivocó: lloré su ausencia, y aún la lloro. Pagué un alto precio por la paz de mi alma; no bastaba el amor de Dios para reemplazar el suyo. Tal es, hermano mío, la historia de mi juventud. Jamás mires a una mujer y marcha con los ojos fijos

en el suelo, porque por casto y prudente que seas, basta un segundo de distracción para que pierdas la eternidad.

La capa

El sol estaba agonizando y su sangre salpicaba el cielo mientras se arrastraba hacia su sepulcro detrás de las colinas. El viento gimoteante impulsaba las hojas secas caídas de los árboles enviándolas hacia el oeste, como si les diera prisa para que acudieran al funeral del sol.

—¡Tonterías! —exclamó Henderson y dejó de pensar en eso.

El sol estaba poniéndose en un cielo color rojo sucio y un viento cargado de porquería empujaba las hojas medio podridas hacia el repugnante interior de una cloaca. ¿Por qué desperdiciaba su tiempo con esa imaginería tan barata?

—¡Tonterías! —volvió a exclamar Henderson.

Pensó que probablemente su estado de ánimo sería algo provocado por el día. Después de todo, era el crepúsculo de Halloween. Esta noche era la temida Víspera de Todos los Santos, cuando los espíritus caminaban sobre la tierra y las calaveras gritaban desde sus tumbas.

Debía ser eso o, de lo contrario, el que ésta fuera meramente la noche de otro día asqueroso y frío. Henderson suspiró. Pensó que hubo un tiempo en el que la llegada de esta noche tenía algún significado. Una Europa oscura que gemía bajo el peso del terror supersticioso había consagrado esta Víspera de Todos los Santos a lo Desconocido que hacía muecas entre las tinieblas. Un millón de puertas habían sido atrancadas para impedirles la entrada a los visitantes malignos, un millón de labios temblorosos habían murmurado plegarias y se habían encendido un millón de velas. Henderson pensó que había algo de majestuoso en aquella idea. En aquellos tiempos la vida había sido una aventura. Los hombres caminaban sumidos en el terror de lo que podían hallar en la siguiente curva de un camino a medianoche. Habían vivido en un mundo de espectros, demonios y espíritus elementales que codiciaban sus almas…, y, por todos los cielos, en aquellos tiempos el alma de un hombre tenía algún significado. Este nuevo escepticismo le había arrebatado algún profundo sentido a la existencia. Los hombres ya no reverenciaban sus almas.

—¡Tonterías! —dijo nuevamente Henderson de forma casi automática.

Aquella áspera palabra que siempre acababa poniendo fin a los vuelos de su fantasía encerraba algo tosco e indiscutiblemente propio del siglo veinte.

Para Henderson la voz de su cerebro que decía «tonterías» ocupaba el lugar de la

humanidad y de la gente común y corriente que expresaría en voz alta esa misma opinión si pudiera escuchar sus pensamientos secretos. Henderson pronunció la palabra en voz alta y trató de olvidar tanto sus problemas como sus ataques de melancolía.

Iba caminando por la calle bajo el crepúsculo para comprar un disfraz que ponerse en el baile de esta noche, y sería mejor que se concentrara en la tarea de encontrarlo antes de la hora de cerrar en vez de perder el tiempo soñando despierto con Halloween.

Sus ojos escrutaron la creciente oscuridad de las sombras proyectadas por los mugrientos edificios que se alineaban a ambos lados de la angosta calle. Volvió a echarle una mirada a la dirección que había garrapateado después de encontrarla en el listín telefónico.

¿Por qué diablos no iluminaban las tiendas cuando oscurecía? No lograba ver los números. De acuerdo, estaba en un barrio pobre pero después de todo…

De repente Henderson localizó el sitio que andaba buscando al otro lado de la calle y cruzó la calzada. Pasó ante el escaparate y le echó un vistazo. Los últimos rayos del sol pasaban en ángulo oblicuo sobre el edificio de enfrente y caían directamente encima del escaparate y los artículos que contenía. Henderson tragó aire, sorprendido.

Estaba contemplando el escaparate de una tienda de disfraces, no atisbando por una fisura que diese al infierno. Entonces, ¿por qué todo lo que veía era fuego rojo iluminando los sonrientes rostros de unos demonios?

—El crepúsculo —murmuró Henderson.

Sí, naturalmente, eso era, y los rostros no eran más que las máscaras hábilmente modeladas típicas de un comercio semejante. Aun así, bastaban para que un hombre imaginativo se sobresaltara. Abrió la puerta y entró.

La tienda estaba oscura y silenciosa. En la atmósfera flotaba un olor a soledad, ese mismo olor que se apodera de los sitios que llevan mucho tiempo sin ser visitados por nadie: tumbas, fosas perdidas en la espesura del bosque, cavernas subterráneas y…

—Tonterías.

¿Qué diablos le pasaba? Henderson le dirigió una sonrisa de disculpa a la oscuridad desierta. El olor de la tienda de disfraces le había hecho volver a sus días de actor aficionado en la universidad. Henderson conocía muy bien este olor a naftalina, pieles viejas, pintura grasienta y aceites varios. Había interpretado a Hamlet y había sostenido en sus manos una calavera sonriente que escondía todo el conocimiento del mundo en las vacías cuencas de sus ojos…, una calavera sacada del departamento de guardarropía, naturalmente.

Bueno, aquí estaba otra vez, y la calavera le dio la idea. Después de todo, ésta era

la noche de Halloween. Teniendo en cuenta su estado de ánimo, no le apetecía nada disfrazarse de turco, raja o pirata…, todo el mundo lo hacía. ¿Por qué no acudir disfrazado de diablo, o de hechicero, o de hombre lobo? Se imaginó el rostro de Lindstrom cuando entrara en su elegante apartamento vestido con unos cuantos harapos. ¡Presentarse con semejante atuendo en una fiesta de sociedad llena de gente elegante que llevaría caros disfraces comprados en las mejores tiendas…! Seguro que le daría un ataque. Y, de todas formas, las sofisticadas amistades de Lindstrom no le caían demasiado bien; no eran más que una pandilla de Noel Cowards aficionados y mujeres caballunas que llevaban arneses hechos de joyas. ¿Por qué no participar en el espíritu de Halloween y asistir disfrazado de monstruo?

Henderson se quedó inmóvil en la penumbra esperando a que alguien encendiera la luz, saliera de la trastienda y le atendiera. Pasados uno o dos minutos empezó a impacientarse y golpeó el mostrador con los nudillos.

—¡Eh, oigan! ¿Pueden atenderme?

Silencio. Y, segundos después, un roce ahogado procedente de la trastienda…, un sonido nada agradable de escuchar en la oscuridad. Después oyó un ruido que parecía venir de abajo y el lento y pesado eco de unos pasos. Y de repente Henderson dejó escapar un respingo de sorpresa. ¡Una masa oscura estaba emergiendo del suelo!

Naturalmente, no era más que la trampilla del sótano al abrirse. Un hombre se acercó lentamente al mostrador con una lámpara en la mano. Parpadeó lentamente, como si estuviera adormilado.

El rostro amarillento del hombre se fue arrugando en una sonrisa.

—Me temo que estaba dormido —dijo en voz baja—. ¿Puedo servirle en algo, señor?

—Estaba buscando un disfraz de Halloween.

—Oh, sí. ¿Y en qué había pensado?

En aquella voz había un cansancio inmenso, infinito. Los ojos siguieron parpadeando en el rostro fláccido y amarillento.

—Me temo que en algo que se sale de lo habitual. Verá, querría algún disfraz de monstruo para ir a una fies… ¿Tiene algo de ese estilo?

—Podría enseñarle algunas máscaras.

—No. Quiero decir…, trajes de hombre lobo, algo en esa línea. Algo que resulte más auténtico.

—Ya. Lo *auténtico*.

—Sí.

Viejo idiota…, ¿por qué le habría dado tanto énfasis a esa palabra?

—Puede que…, sí, puede que tenga lo que anda buscando, señor. —Los ojos parpadearon pero los delgados labios se fruncieron en una sonrisa—. El disfraz ideal

para la noche de Halloween.

—¿Cuál?

—¿Ha tomado en consideración la posibilidad de ser un vampiro?

—¿Como Drácula?

—Ah… Sí, supongo que… Sí, Drácula.

—No es mala idea. Pero, ¿cree que tengo el tipo adecuado para esa clase de disfraz?

El hombre le examinó de pies a cabeza manteniendo su tensa sonrisa.

—Tengo entendido que hay vampiros de todas clases. Usted seria un vampiro estupendo.

—Vaya cumplido. —Henderson dejó escapar una risita—. Pero, ¿por qué no? ¿En qué consiste el disfraz?

—¿El disfraz? Oh, meramente un traje adecuado para salir de noche, o lo que lleva puesto ahora. Yo le proporcionaré una capa auténtica.

—Sólo una capa…, ¿nada más?

—Sólo una capa. Pero se lleva como si fuese un sudario. A decir verdad, está hecha con tela de sudario, ¿sabe? Espere, se la traeré.

Sus pies se movieron lentamente sobre el suelo llevándole de nuevo hacia la parte trasera de la tienda. Su cuerpo volvió a desaparecer por la trampilla y Henderson esperó. Oyó más ruidos y el viejo volvió a aparecer trayendo consigo la capa. La agitó en la oscuridad para quitarle el polvo.

—Aquí está…, la auténtica capa del vampiro.

—¿Es auténtica?

—Permita que se la ponga bien…, estoy seguro de que hará maravillas.

La tela fría y pesada quedó suspendida sobre los hombros de Henderson. Cuando dio un paso hacia atrás y se contempló en el espejo el débil olor a humedad y moho invadió sus fosas nasales. Había poca luz, pero Henderson vio que la capa había transformado asombrosamente su aspecto. Sus rasgos parecían más flacos y sus ojos destacaban en la blancura de su rostro, cuya palidez quedaba realzada por la capa oscura que llevaba. La capa era un gran sudario negro.

—Es auténtica —murmuró el viejo.

Debía haberse movido muy deprisa, porque Henderson no le había visto en el cristal.

—Me la llevaré —dijo Henderson—. ¿Cuánto es?

—Estoy seguro de que se divertirá mucho llevándola puesta.

—¿Cuánto?

—Oh. Digamos que cinco dólares.

—Tenga.

El viejo cogió el dinero parpadeando y le quitó la capa de los hombros.

Cuando dejó de estar cubierto por la tela Henderson sintió que su cuerpo recobraba el calor que había perdido. En aquel sótano debía hacer mucho frío: la capa estaba helada.

El viejo envolvió la capa sonriendo y se la entregó.

—Mañana volverá a tenerla aquí —prometió Henderson.

—No hace falta que me la devuelva. La ha comprado, es suya.

—Pero…

—No tardaré en abandonar este negocio. Quédesela. Estoy seguro de que usted le encontrará más usos que yo.

—Pero…

—Que pase una buena velada.

Henderson fue hacia la puerta sumido en la confusión y cuando llegó a ella se volvió para despedirse del viejo que parpadeaba en la penumbra.

Dos ojos llameantes le contemplaban desde el otro lado del mostrador…, dos ojos que no parpadeaban.

—Buenas noches —dijo Henderson, y se apresuró a cerrar la puerta preguntándose si no estaría empezando a perder la cabeza.

A las ocho Henderson estuvo a punto de llamar a Lindstrom para decirle que no podía ir a la fiesta. Nada más ponerse la capa empezó a sentir escalofríos, y cuando se contempló en el espejo lo vio todo borroso y apenas si pudo distinguir su reflejo.

Pero después de tomarse unas cuantas copas empezó a sentirse mejor. No había comido, y el licor le calentó la sangre. Empezó a pasear por la habitación practicando con la capa, haciéndola moverse a su alrededor y frunciendo el ceño en lo que le parecía una expresión de ferocidad. ¡No cabía duda, iba a ser todo un vampiro! Llamó a un taxi y bajó al vestíbulo. Cuando el taxista entró a buscarle Henderson estaba esperándole envuelto en su capa negra.

—Deseo que me lleve adonde he de ir —dijo en voz baja.

El taxista le miró y se puso pálido.

—¿Cómo dice?

—Le ordené que viniera —dijo Henderson con voz gutural mientras todo su interior temblaba a causa de la risa. Contorsionó sus rasgos en una mueca feroz y echó la capa hacia atrás.

—Sí, sí. Vale.

El taxista casi salió corriendo del vestíbulo. Henderson le siguió.

—¿Adonde vamos, jefe…, quiero decir, señor?

Henderson le dio la dirección y se reclinó en su asiento. El rostro asustado del taxista no se volvió hacia él.

El taxi se puso en marcha con una sacudida tan brusca que Henderson dejó

escapar una risita ahogada muy acorde con su disfraz. El sonido de su risa hizo que el taxista se dejara dominar por el pánico y aumentó la velocidad hasta el límite fijado por las autoridades municipales. Henderson rió en voz alta, y el impresionable taxista se estremeció en su asiento. El trayecto fue bastante emocionante, pero Henderson no estaba preparado para lo que ocurrió al llegar a su destino: en cuanto abrió la puerta y se bajó, ésta se cerró de golpe y el taxista se alejó a toda velocidad sin cobrarle nada.

«Debo tener todo el aspecto de un vampiro», pensó Henderson complacido mientras cogía el ascensor para subir al apartamento.

En el ascensor había tres o cuatro personas más; Henderson las había visto antes en otras fiestas a las que Lindstrom le había invitado, pero ninguna de ellas pareció reconocerle. Pensar que el mero hecho de llevar esta extraña capa y una mueca poco habitual en el bastaran para alterar toda su personalidad y su apariencia le hizo sentirse más bien complacido. Los otros invitados lucían disfraces elegantes y complicados: una mujer iba vestida como una pastora de Watteau, otra iba de bailarina española, un hombre bastante alto se había vestido de payaso y su acompañante iba vestido de torero. Pero aun así Henderson les reconoció a todos; sabía que esos trajes tan caros no eran auténticos disfraces, sino meramente exageraciones indumentarias calculadas para realzar su apariencia. Casi todas las personas que acudían a fiestas de disfraces daban rienda suelta a sus deseos reprimidos. Las mujeres enseñaban sus encantos y los hombres acentuaban su masculinidad, como el torero, o la ridiculizaban exagerándola al máximo. Todo aquello era lamentable. Idiotas dominados por los convencionalismos que se quitaban apresuradamente sus horrendos trajes de negocios y salían corriendo con destino a un albergue, una función teatral de aficionados o un baile de máscaras para satisfacer sus famélicas imaginaciones… ¿Por qué no se vestían con atuendos abigarrados para ir por la calle? Henderson solía pensar en ello.

Una cosa sí era innegable: los disfraces de aquellas personas elegantes del ascensor les daban un aspecto magnífico. Se les veía sanos y llenos de vitalidad, con los rostros muy sonrosados y con unos cuellos y gargantas tan robustos… Henderson contempló los opulentos brazos de la mujer que tenía al lado. Clavó los ojos en ellos durante un buen rato sin darse cuenta de lo que hacía, y acabó notando que los demás ocupantes del ascensor se habían apartado de él. Estaban apelotonados en un rincón de la cabina, como si le tuvieran miedo a su capa y su fruncimiento de ceño y a sus ojos clavados en la mujer. Su parloteo había cesado de repente. La mujer le miró como si se dispusiera a decir algo, pero las puertas del ascensor se abrieron bruscamente dándole una bien acogida oportunidad de escapar a todo aquello.

¿Qué diablos estaba pasando? Primero el taxista, luego la mujer… ¿Habría bebido demasiado?

Bueno, ahora ya no tenía tiempo de pensar en ello. Aquí estaba Marcus

Lindstrom, y acababa de ponerle un vaso en la mano.

—¿Qué tenemos aquí? ¡Ah, un hombre del saco!

Bastaba con mirarle una vez para darse cuenta de que Lindstrom ya estaba borracho, como solía ocurrirle en aquel tipo de acontecimientos. Su gordo anfitrión tenía el cuerpo repleto de alcohol.

—¡Venga, muchacho, tómate una copa! Yo beberé de la botella. Ese disfraz tuyo me ha dado un buen susto. ¿De dónde has sacado el maquillaje?

—¿Maquillaje? No llevo maquillaje.

—Oh. Claro, claro. No llevas maquillaje. Qué…, qué idiota soy.

Henderson se preguntó si estaría loco. ¿Lindstrom había llegado a dar un paso hacia atrás o todo eran ilusiones suyas? Y esa expresión de sus ojos…, ¿sería auténtico miedo?

—Te…, te veré más tarde —balbuceó Lindstrom apartándose de él y volviéndose rápidamente hacia los otros invitados que acababan de llegar. Henderson observó la nuca de Lindstrom, una nuca gorda y blanca. Asomaba por encima del cuello de su traje y en su centro había una vena. Una vena en el gordo cuello de Lindstrom… Lindstrom, gordo y asustado.

Henderson se quedó solo en la antesala. De la estancia que había más allá le llegaban risas y el sonido de la música; los ruidos de la fiesta. Henderson vaciló antes de entrar. Tomó un sorbo del vaso que tenía en la mano: ron Bacardi, una bebida realmente fuerte. Su efecto añadido al de las copas que ya se había tomado casi le hizo tambalearse. Pero siguió bebiendo mientras se hacía preguntas. ¿Qué había de raro en él o en su disfraz? ¿Por qué asustaba a la gente? ¿Estaría representando inconscientemente su papel de vampiro? Ahora que lo pensaba, esa broma de Lindstrom sobre el maquillaje…

Se dejó llevar por un impulso y fue hacia el gran espejo del vestíbulo. Se bamboleó y acabó quedándose inmóvil delante de él, bañado por la potente luz blanca. Se encaró con el espejo, clavó los ojos en él y no vio nada.

¡Estaba mirándose en el espejo y allí no había nadie!

Henderson empezó a reírse con una risa suave y maléfica que despertó profundos ecos en su garganta. Siguió con los ojos clavados en aquel espejo vacío que no reflejaba nada, y sus carcajadas fueron aumentando de potencia a medida que una negra alegría iba invadiendo todo su ser.

—Estoy borracho —murmuró—. Tengo que estar borracho. Cuando me miré en el espejo de mi apartamento me vi borroso. Ahora estoy tan borracho que no puedo ver nada. Claro, estoy borracho como una cuba… He estado actuando de una forma ridícula, asustando a la gente. Y ahora estoy viendo alucinaciones…, o, mejor dicho, no viéndolas. Visiones. Ángeles.

Bajó el tono de voz.

—Claro, ángeles… Ahora mismo tengo uno detrás. Hola, ángel.

—Hola.

Henderson giró en redondo. Y allí estaba ella, con su capa oscura y su cabello formando una reluciente aureola que enmarcaba su rostro blanco de rasgos altivos; tenía los ojos de un azul celestial y los labios rojos como el infierno.

—¿Eres real? —le preguntó Henderson en voz baja—. ¿O soy un tonto que cree en los milagros?

—Este milagro se llama Sheila Darrly, y si no te importa le gustaría empolvarse la nariz.

—Oh, naturalmente. Puedes usar el espejo: es una cortesía de Stephen Henderson —replicó el hombre de la capa con una sonrisa mientras se echaba a un lado sin apartar los ojos de ella.

La chica ladeó la cabeza y le obsequió con una sonrisa llena de picardía.

—¿Nunca has visto usar una polvera? —le preguntó.

—No sabía que los ángeles necesitaran cosméticos —replicó Henderson—. Pero, naturalmente, hay muchas cosas que ignoro sobre los ángeles. A partir de ahora serán mí tema de estudio favorito. Tengo tanto que descubrir… Probablemente te iré siguiendo toda la noche con un cuaderno de notas en la mano.

—¿Un vampiro con un cuaderno de notas?

—Oh, soy un vampiro muy inteligente…, no como esos rústicos de Transilvania. Estoy seguro de que acabaré pareciéndote encantador.

—Sí, tienes todo el aspecto de serlo —se burló la chica—. Pero un ángel y un vampiro…, es una combinación muy rara.

—Podemos reformarnos el uno al otro —observó Henderson—. Además, tengo la sospecha de que llevas dentro un poquito de diablo. Esa capa oscura sobre tu traje de ángel…, un ángel oscuro, ya sabes. Puede que no vengas del cielo sino de mi ciudad natal.

Henderson se mostraba animado y jovial, pero por debajo de sus bromas hervía un autentico huracán de pensamientos. Recordó algunas discusiones del pasado; observaciones cínicas que había proferido y en las que había creído.

En una ocasión Henderson afirmó que el amor a primera vista no existía salvo en los libros o las obras teatrales, donde era utilizado como un artificio dramático para acelerar la acción. Estaba convencido de que la gente sacaba sus conocimientos acerca del amor romántico de los libros y las obras teatrales, y acababa creyendo en el amor a primera vista cuando lo único que se podía sentir en tales casos era deseo.

Y ahora esta Sheila. Este ángel rubio había aparecido en su vida y había expulsado de ella todos los pensamientos tristes y morbosos, borrando de su mente todas aquellas tonterías sobre la embriaguez y aquel ridículo mirarse en el espejo; su presencia le había hecho sumergirse en sueños repletos de labios rojos, etéreos ojos

azules y esbeltos brazos blancos.

Parte de lo que sentía se había transmitido a sus ojos, y cuando la chica alzó la cabeza hacía él captó la verdad de lo que le ocurría.

—Bueno —dijo con voz entrecortada—. Espero que los resultados de tu inspección te hayan complacido.

—Esa última frase ha sido un auténtico milagro de comprensión. Pero había algo que deseaba averiguar sobre la divinidad. ¿Vosotros los ángeles…, bailáis?

—¡Un vampiro con tacto! ¿Vamos a la sala?

Entraron en la gran habitación cogidos del brazo. El jolgorio y la diversión estaban en pleno apogeo. El licor había conseguido que la alegría llegara al máximo, pero ya nadie bailaba. Grupitos de parejas esparcidos por la habitación reían ruidosamente. Los típicos graciosos de la fiesta hacían sus numeritos en los rincones. La atmósfera superficial que Henderson detestaba era de lo más evidente.

La reacción a lo que veía hizo que Henderson se irguiera lo más posible y recogiera la capa alrededor de sus hombros. La reacción hizo que su pálido rostro volviera a adoptar el fruncimiento de ceño anterior, y le impulsó a avanzar sumido en un hosco silencio. Sheila pareció encontrarlo muy divertido.

—Venga, haz el vampiro y dales un buen susto —dijo riéndose sin soltarle el brazo.

Henderson obedeció contemplando a las parejas con el ceño fruncido al máximo y dedicándoles sonrisas horrendas a las mujeres; y su avance se vio marcado por el continuo volverse de las cabezas y el brusco extinguirse de las conversaciones. Atravesó la gran habitación como si fuera la mismísima Muerte Roja en carne y hueso. Su progresión fue seguida por una estela de susurros.

—¿Quién es ese hombre?

—Subimos con él en el ascensor y…

—Sus ojos…

—¡Es un vampiro!

—¡Hola, Drácula!

El saludo venía de Marcus Lindstrom, quien avanzó con paso tambaleante hacia Henderson acompañado por una morena de expresión malhumorada. Lindstrom apenas podía mantenerse en pie, y su compañera de copas se encontraba en un estado similar. Henderson apreciaba a Lindstrom cuando estaba sobrio y le gustaba conversar con él en el club, pero su conducta durante las fiestas siempre le había irritado. En su estado actual Lindstrom era particularmente inaguantable: el alcohol le convertía en un tipo de lo más aburrido.

—Querida, deseo que conozcas a un gran amigo mío. Sí, señor, dado que ésta es la noche de Halloween y todo eso, he invitado al Conde Drácula y a su hija. También invité a su abuela, pero estaba muy ocupada: tenía que asistir al Aquelarre Negro…,

acompañada por tía Jemima. ¡Ja, ja! Conde, le presento a mi pequeña compañera de juegos.

La mujer alzó la mirada hacia Henderson.

—¡Oooh, Drácula, que ojos tan grandes tienes! ¡Oooh, qué dientes tan grandes tienes! Oooh…

—Marcus, realmente… —protestó Henderson.

Pero su anfitrión ya se había dado la vuelta y estaba dirigiéndose a gritos a todos los presentes en la sala.

—¡Amigos, os presento al único vampiro viviente en cautividad que existe! Drácula Henderson, el único vampiro con dentadura postiza…

En cualquier otra circunstancia Henderson le habría propinado un rápido y eficiente puñetazo en la mandíbula. Pero Sheila estaba a su lado, se encontraban en una fiesta repleta de gente y pensó que sería mejor participar en la estúpida broma de su anfitrión. ¿Por qué no ser un vampiro?

Henderson le lanzó una rápida sonrisa a la chica, se irguió encarándose con la multitud y frunció el ceño. Sus manos rozaron la capa. Qué raro, aún parecía estar fría… Cuando miró hacia abajo se dio cuenta por primera vez de que estaba algo sucia en los bordes; parecía manchada de fango o tierra. Pero la fría seda se deslizó entre sus dedos cuando la atrajo hacia su pecho con una larga y flaca mano. Aquella sensación pareció inspirarle. Abrió los ojos al máximo y dejó que llamearan. Sus labios se separaron. Se sintió invadido por un poder increíble. Y contempló el blando y gordo cuello de Marcus Lindstrom, con aquella vena que resaltaba en la blancura. Observó el cuello, vio que la multitud le miraba y un instante después el impulso se apoderó de él. Se dio la vuelta, sin apartar los ojos de aquel cuello y sus arruguitas…, el cuello fláccido y cubierto de arruguitas del hombre gordo.

Un par de manos salió disparado hacia adelante. Lindstrom chilló como una rata asustada. Era una rata blanca gorda y lustrosa repleta de sangre. A los vampiros les encanta la sangre. Sangre de la rata, del cuello de la rata, de la vena que había en el cuello de la rata que no paraba de chillar…

—Sangre cálida.

Aquella voz profunda y gutural era la voz de Henderson.

Las manos eran las manos de Henderson.

Las manos que rodearon el cuello de Lindstrom mientras hablaba, las manos que sintieron el calor, que buscaron la vena… El rostro de Henderson estaba inclinándose hacia el cuello, y sus dedos apretaron con más fuerza al sentir cómo Lindstrom se debatía entre ellos. El rostro de Lindstrom se estaba volviendo de color púrpura. La sangre afluía a su cabeza. Magnífico. ¡Sangre!

Henderson abrió la boca. Sintió el aire en sus dientes. Se inclinó sobre aquel cuello de rata y entonces…

—¡Basta! ¡Ya es suficiente!

La voz, la voz de Sheila haciéndole recobrar la cordura. Sus dedos en su brazo. Henderson alzó los ojos, sobresaltado. Soltó a Lindstrom, quien se derrumbó como un fardo con la boca abierta.

La multitud le estaba mirando y sus bocas formaban la O instintiva del asombro.

—¡Bravo! —susurró Sheila—. Le está bien empleado…, ¡pero le has asustado!

Henderson luchó consigo mismo durante unos instantes para recobrar la calma. Después sonrió y se dio la vuelta.

—Damas y caballeros —dijo—, la pequeña exhibición con que acabo de obsequiarles tenía como objeto probarles que cuanto nuestro anfitrión dijo de mí era cierto. *Soy* un vampiro. Ahora ya están avisados, y tengo la seguridad de que no correrán ningún peligro. Si hay algún médico en la casa, quizá pueda hacerme una pequeña transfusión de sangre.

Las bocas se fueron relajando y la risa brotó de las tensas gargantas. Al principio fueron risas parcialmente histéricas, después auténticas. Henderson lo había conseguido. Sólo Marcus Lindstrom siguió contemplándole con ojos en los que había el más absoluto terror. *Él* lo sabía.

Y entonces el momento pasó porque un gánster salió corriendo del ascensor y entró en la sala. Había bajado a la calle y había cogido prestadas la gorra y el delantal de un chico que vendía periódicos. Empezó a correr por entre la multitud con un fajo de periódicos debajo del brazo.

—¡Extra! ¡Extra! Entérense de todo. ¡El gran horror de Halloween! ¡Extra!

Los invitados le compraron periódicos, riéndose. Una mujer fue hacia Sheila y Henderson, aturdido, vio alejarse a la chica.

—Te veré después —le dijo, y su mirada hizo que un torrente de fuego le recorriera las venas. Aun así, no podía olvidar la terrible sensación que le había invadido cuando se lanzó sobre Lindstrom. ¿Por qué?

Aceptó automáticamente el periódico que le ofrecía el pseudovendedor. «El gran horror de Halloween», había gritado. ¿Qué era eso?

Sus confusas pupilas recorrieron la primera plana del periódico.

Y Henderson se tambaleó. ¡Aquel titular! El periódico era un auténtico *Extra*. Henderson examinó las columnas de texto con un creciente pavor.

«Fuego en una tienda de disfraces…, poco después de las ocho de la noche una llamada hizo que los bomberos acudieran a la tienda de…, llamas incontrolables…, totalmente destruida…, daños estimados en…, nombre del propietario desconocido, lo que resulta extraño…, esqueleto encontrado en…».

—¡No! —gritó Henderson.

Leyó aquel pasaje y volvió a leerlo atentamente. El esqueleto había sido

encontrado en una caja llena de tierra en el sótano que había debajo de la tienda. La caja era un ataúd. Había dos cajas más, vacías. El esqueleto estaba envuelto en una capa que no había sido dañada por las llamas…

Y en el recuadro situado al final de la columna había unos cuantos comentarios de testigos oculares, encabezados por comentarios en gruesas letras negras. Los vecinos le tenían mucho miedo a ese sitio. Un barrio con predominio de inmigrantes húngaros, alusiones al vampirismo, a desconocidos que entraban en la tienda… Un hombre hablaba de un culto que se creía celebraba sus reuniones en aquel lugar. Supersticiones sobre las cosas que se vendían allí…, filtros de amor, amuletos y disfraces extraños.

Disfraces extraños…, vampiros…, capas…, ¡sus ojos!

Es auténtica.

No voy a usarla mucho tiempo más. Quédesela.

El recuerdo de esas palabras aulló por el cerebro de Henderson. Salió corriendo de la habitación y se lanzó hacia el espejo de pared.

Un instante después alzó un brazo ante su rostro para proteger sus ojos de la imagen que no estaba allí…, el reflejo desaparecido. *Los vampiros no tienen reflejo*.

No era extraño que tuviera un aspecto raro. Ni que los brazos y los cuellos le resultaran tan atractivos. Había querido beber la sangre de Lindstrom. ¡Santo Dios!

Todo era obra de la capa, la capa oscura con aquellas manchas. Las manchas de tierra del cementerio… Llevar la capa, aquella capa helada, le había hecho experimentar los sentimientos de un auténtico vampiro. Era una prenda maldita, algo que había cubierto el cuerpo de un no muerto. La mancha color óxido que había en una manga era sangre.

Sangre. Ver sangre resultaría tan agradable… Saborear su calor, el flujo de su roja vida.

No. Era una locura. Estaba borracho, había perdido la cabeza.

—¡Ah! Mi pálido amigo el vampiro…

Sheila de nuevo. Y el palpitar del corazón de Henderson se aceleró dominando todo aquel horror. Cuando contempló sus ojos resplandecientes y su cálida boca curvada en una roja invitación Henderson sintió una oleada de calor. Clavó los ojos en la blanca garganta que se alzaba sobre su oscura capa y otro calor distinto invadió todo su ser. Amor, deseo… y hambre.

Debía haberlo visto en sus ojos, pero no se asustó. Al contrario, sus pupilas se encendieron enviándole una muda respuesta.

¡Sheila también le amaba!

Henderson se arrancó la capa del cuello en un gesto impulsivo. Se había desprendido de aquel peso helado. Era libre. No había querido quitarse la capa, pero lo había hecho. Aquella capa estaba maldita y dentro de un minuto habría tomado a la

chica en sus brazos, la habría abrazado para darle un beso y habría seguido abrazándola para…

Pero no se atrevía a pensar en eso.

—¿Harto de disfraces? —le preguntó Sheila.

Se quitó la capa con un gesto similar y quedó revelada en toda la gloria de su túnica de ángel. Su rubia perfección de estatua hizo que la garganta de Henderson dejara escapar un jadeo ahogado.

—Ángel —murmuró.

—Diablo —respondió ella con voz burlona.

Y de repente se encontraron abrazados. Henderson había cogido su capa con el brazo, colocándola junto a la suya. Permanecieron inmóviles con los labios unidos buscando el éxtasis hasta que Lindstrom y un grupo de invitados entraron ruidosamente en la antesala.

En cuanto vio a Henderson el gordo anfitrión retrocedió.

—Tú… —murmuró—. Eres un…

—Ya me iba —dijo Henderson sonriendo.

Cogió a la chica por el brazo y la llevó hacia el ascensor. La puerta se cerró sobre el pálido y asustado rostro de Lindstrom.

—¿Nos marchamos? —susurró Sheila pegándose a su hombro.

—Sí. Pero no a la tierra. No vamos a bajar a mi reino, sino que subiremos al tuyo.

—¿Al jardín de la terraza?

—Exactamente, ángel mío. Quiero hablar contigo teniendo como telón de fondo el cielo que te pertenece, quiero besarte entre las nubes y…

Los labios de Sheila buscaron los suyos mientras el ascensor empezaba a subir.

—Ángel y diablo. ¡Vaya pareja!

—Eso mismo estaba pensando yo —confesó la chica—. ¿Qué tendrán nuestros hijos? ¿Halos o cuernos?

—Estoy seguro de que tendrán las dos cosas.

Salieron al tejado desierto. Y volvía a ser Halloween.

Henderson lo sintió. Lindstrom y sus amigos de la alta sociedad estaban abajo emborrachándose en una fiesta de disfraces. Aquí todo era noche, silencio y oscuridad. No había luz, música, alcohol o el parloteo gracias al que una fiesta resultaba idéntica a otra y una noche parecida a todas las demás. Aquí esta noche tenía personalidad propia.

El cielo no era azul, sino negro. Las nubes colgaban de él como las barbas grises de gigantes suspendidos en el vacío que contemplaran el redondo globo anaranjado de la luna. Un viento frío soplaba del mar y llenaba la atmósfera con murmullos casi imperceptibles llegados de muy lejos.

Y hacía mucho frío.

—Dame mi capa —murmuró Sheila.

Henderson le ofreció la prenda en un gesto automático y el cuerpo de la chica giró bajo el negro esplendor de la tela. Sus ojos se alzaron hacia Henderson ardiendo con una llamada que no pudo resistir. La besó, tembloroso.

—Tienes frío —dijo la chica—. Ponte tu capa.

Sí, pensó Henderson. Ponte tu capa mientras contemplas su garganta. Después, cuando vuelvas a besarla, desearás su garganta y ella te la ofrecerá como una muestra de amor y tú la tomarás…, impulsado por el hambre.

—Póntela, querido…, insisto —murmuró la chica.

Sus ojos estaban llenos de impaciencia y en ellos llameaba un anhelo tan fuerte como el de Henderson.

Henderson se estremeció.

¿Ponerse la capa de la oscuridad? ¿La capa de la tumba, la capa de la muerte, la capa del vampiro? ¿La capa maligna animada por una fría vida capaz de transformar su rostro y su mente?

—Toma.

Los esbeltos brazos de la chica le rodearon colocando la capa sobre sus hombros. Sus dedos le rozaron el cuello en una caricia mientras ceñía la capa alrededor de su garganta.

Y entonces Henderson sintió cómo aquella frialdad helada se extendía por todo su cuerpo convirtiéndose en un calor todavía más horrible. Sintió cómo aumentaba de tamaño y cómo la mueca burlona se difundía por su rostro. ¡Esto era el auténtico Poder!

Y la chica que tenía delante le provocaba con sus ojos, invitándole. Vio su cuello de marfil, su esbelto y cálido cuello que le aguardaba. Estaba esperándole a él, a sus labios.

A sus dientes.

No…, no podía ser. La amaba. Su amor debía ser capaz de imponerse a esta locura. Sí, lleva la capa, desafía su poder y tómala en tus brazos como hombre, no como demonio. Debía hacerlo. Ésta era la prueba final.

—Sheila, tengo que decirte una cosa.

Sus ojos…, tan atractivos, tan incitantes. ¡Sería fácil!

—Sheila, por favor. ¿Has leído el periódico de esta noche?

—Sí.

—Yo…, compré mi capa allí. No puedo explicarlo. Ya viste lo que hice con Lindstrom. Quería llegar hasta el final. ¿Me comprendes? Tenía intención de…, de morderle. Llevar esta capa hace que sienta lo mismo que una de esas criaturas. Pero te amo, Sheila.

—Lo sé.

La luz de la luna hacía brillar sus ojos.

—Quiero hacer una prueba. Quiero besarte llevando puesta la capa. Quiero sentir que mi amor es más fuerte que esta… cosa. Si empiezo a ceder a la tentación, prométeme que te apartarás de mí y echarás a correr lo más deprisa que puedas. Pero no quiero que me malinterpretes. Debo enfrentarme a esta sensación y vencerla; quiero que mi amor por ti sea así de puro y de inconmovible… ¿Tienes miedo?

—No.

Seguía contemplándole tal y como él contemplaba su garganta. ¡Si supiera lo que pasaba por su mente!

—No creerás que estoy loco, ¿verdad? Fui a esa tienda de disfraces…, el propietario era un viejo horrendo y me dio la capa. Llegó a decirme que era la auténtica capa de un vampiro. Pensé que estaba bromeando, pero esta noche no he podido verme en el espejo y quería morder el cuello de Lindstrom, y quiero morder el tuyo. Aun así, tengo que hacer la prueba.

El rostro de la chica se burlaba de él. Henderson hizo acopio de valor. Se inclinó hacia adelante sintiendo cómo impulsos contradictorios luchaban en su interior. Durante un momento se quedó inmóvil bajo aquella horrible luna anaranjada y su rostro se contorsionó a causa del combate interior.

Y la chica seguía invitándole a que lo hiciera.

Sus labios extraña e increíblemente rojos se separaron para dejar escapar una risa tintineante, y sus blancos brazos asomaron por entre la negrura de la capa que llevaba para rodearle suavemente el cuello.

—Lo sé…, lo supe cuando miré en el espejo. Supe que llevabas una capa como la mía…, compraste la tuya en el mismo sitio que yo…

Y los labios de la chica parecieron eludir los suyos mientras la sorpresa dejaba paralizado a Henderson durante un segundo. Después sintió la gélida dureza de sus pequeños y afilados dientes en su garganta, un aguijonazo extrañamente agradable y relajante, y la negrura se alzó a su alrededor, engulléndole.

Pues la sangre es vida

Habíamos cenado al anochecer en el espacioso techo de la gran torre porque durante los grandes calores del verano allí se estaba más fresco. Además, la cocinita estaba en una esquina de la gran plataforma cuadrada, por lo que era más cómodo comer allí que verse obligado a bajar los platos por la empinada escalera de piedra, que tenía algún peldaño roto y, en conjunto, estaba muy desgastada por la edad. La torre era una de aquellas construidas a lo largo de toda la costa oeste de Calabria por el Emperador Carlos V a comienzos del siglo dieciséis para mantener alejados a los piratas de Berbería, cuando los infieles estaban aliados con Francisco I contra el Emperador y la Iglesia. Casi todas se han convertido en ruinas, pero algunas siguen intactas y la mía es una de las grandes. Cómo llegó a ser propiedad mía hace diez años y por qué paso una parte de cada año en ella son asuntos que no guardan relación con esta historia. La torre se encuentra en uno de los parajes más solitarios del sur de Italia, en la extremidad de un promontorio rocoso que se curva formando un pequeño pero seguro puerto natural en la extremidad sur del Golfo de Policastro, justo al norte de Cabo Escalea, que según la vieja leyenda local es el lugar donde nació Judas Iscariote. La torre se alza en esa espuela de rocas, y no hay ni una sola casa visible en un radio de seis kilómetros a la redonda. Cuando voy allí me hago acompañar por un par de marineros, uno de los cuales es bastante buen cocinero, y cuando estoy fuera la torre queda a cargo de un pequeño ser parecido a un duende que en tiempos fue minero y que lleva mucho tiempo a mi servicio.

Mi amigo, que a veces me visita en mi soledad del verano, es artista de profesión y escandinavo de nacimiento, y cosmopolita por la fuerza de las circunstancias. Habíamos cenado bajo el ocaso; el resplandor del crepúsculo se había ido enrojeciendo para acabar desvaneciéndose, y la púrpura del anochecer fue tiñendo la vasta cadena de montañas que ciñen el profundo golfo por el este y van volviéndose cada vez más altas a medida que avanzan hacia el sur. Hacía calor y nos sentamos en la esquina de la plataforma que da a tierra, esperando que la brisa nocturna llegara de las colinas. La atmósfera fue perdiendo todo su color, hubo un breve intervalo de luminosidad grisácea y una lámpara proyectó un rayo amarillo desde el umbral de la cocina, donde estaban cenando los marineros.

Después la luna asomó de repente sobre la cresta del promontorio, inundando la

plataforma con su resplandor e iluminando todas las rocas y lomas cubiertas de hierba que había bajo nosotros hasta allí donde empezaban las tranquilas e inmóviles aguas. Mi amigo encendió su pipa y se dedicó a contemplar un punto de la ladera. Sabía qué estaba mirando, y llevaba mucho tiempo preguntándome si llegaría a ver algo que atrajera su atención. Conocía muy bien ese lugar. Estaba claro que por fin le interesaba, aunque pasó un buen rato antes de que hablara. Mi amigo tiene una gran confianza en sus ojos, como les ocurre a la mayoría de los pintores, igual que un león confía en su fortaleza y un ciervo en su velocidad, y el hecho de no poder reconciliar lo que ve con lo que cree que debería ver siempre le pone nervioso.

—Es extraño —dijo—. ¿Ves ese montículo que hay a este lado del peñasco?

—Sí —dije yo, y adiviné lo que vendría a continuación.

—Parece una tumba —observó Holger.

—Cierto. Parece una tumba.

—Sí —siguió diciendo mi amigo sin apartar los ojos de aquel lugar—. Pero lo extraño es que veo el cuerpo que yace sobre ella. Naturalmente —añadió, ladeando la cabeza tal y como suelen hacer los artistas—, debe ser un efecto de la luz. En primer lugar, no es una tumba. En segundo lugar, si lo fuera el cuerpo estaría dentro y no fuera. Por lo tanto, es un efecto de la luz lunar. ¿No lo ves?

—Perfectamente; siempre lo veo en las noches de luna.

—No parece interesarte mucho —dijo Holger.

—Al contrario. Me interesa, aunque ya estoy acostumbrado. Y no te equivocas. Ese montículo es realmente una tumba.

—¡Tonterías! —exclamó Holger poniendo cara de incredulidad—. ¡Supongo que ahora me dirás que lo que veo sobre ella es realmente un cadáver!

—No —respondí—, no lo es. Lo sé porque me he tomado la molestia de ir hasta allí y echarle una mirada.

—Entonces, ¿qué es? —me preguntó.

—No es nada.

—Supongo que quieres decir que es un mero efecto de la luz.

—Quizá lo sea. Pero la parte inexplicable del asunto es que no importa si la luna está saliendo o si se oculta, o si está creciendo o menguando. Basta con que haya un poco de luz de luna, venga del este, del oeste o de lo alto, y que caiga encima de la tumba para que puedas ver los contornos del cuerpo que yace sobre ella.

Holger removió el tabaco de la pipa con la punta de su cuchillo, y después usó sus dedos para proteger la cazoleta. Cuando el tabaco ardió bien se levantó de su asiento.

—Si no te importa, iré hasta allí y le echaré una mirada —dijo.

Cruzó la plataforma y desapareció por los oscuros peldaños. Seguí inmóvil en mi asiento mirando hacia abajo hasta que le vi salir de la torre. Le oí entonar una vieja canción danesa mientras cruzaba la explanada bajo la intensa luz de la luna, yendo en

línea recta hacia el montículo misterioso. Holger se detuvo cuando estaba a diez pasos de él, dio un par de pasos hacia adelante y luego tres o cuatro hacia atrás: después volvió a quedarse quieto. Yo sabía cuál era el significado de aquellos actos. Había llegado al punto en el que la Cosa dejaba de ser visible; allí donde cambiaba el efecto de la luz, como habría dicho él.

Después siguió avanzando hasta llegar al montículo y subió a él. Yo seguía viendo a la Cosa, pero ahora ya no yacía sobre el suelo; estaba arrodillada, rodeando el cuerpo de Holger con sus blancos brazos y alzando la cabeza hacia su rostro. En ese instante el viento de la noche empezó a bajar de las colinas y una brisa fresca me revolvió el cabello, pero me pareció un hálito llegado de otro mundo.

La Cosa parecía estar intentando ponerse en pie, ayudándose con el cuerpo de Holger mientras él permanecía inmóvil, sin enterarse de nada y, aparentemente, con los ojos vueltos hacia la torre, que resulta muy pintoresca cuando la luz de la luna cae sobre ella desde ese lado.

—¡Vuelve! —grité—. ¡No te quedes ahí toda la noche!

Cuando bajó del montículo me pareció que se movía de mala gana, o con cierta dificultad. Sí, eso era. Los brazos de la Cosa seguían rodeándole la cintura, pero sus pies no podían abandonar la tumba. Holger avanzó lentamente y la Cosa se fue estirando, alargándose como una hilacha de niebla delgada y blanca, hasta que vi claramente cómo el cuerpo de Holger se agitaba en el gesto del hombre que siente un escalofrío. En ese mismo instante la brisa me trajo un leve gemido de dolor —podría haber sido el grito del pequeño búho que vive entre las rocas—, y la presencia nebulosa abandonó rápidamente la silueta de Holger para volver flotando al montículo y acostarse cuan larga era sobre él.

Volví a sentir la brisa fresca en mis cabellos, y esta vez un gélido cosquilleo de temor me recorrió la columna vertebral. Recordaba muy bien haber ido al montículo bajo la luz de la luna; que cuando estuve cerca de él no vi nada y que, como Holger, me había subido a él; y recordaba que cuando volvía, seguro de que allí no había nada, había experimentado la repentina convicción de que bastaría con que me volviera a mirar para descubrir que sí había algo. Recordaba la fuerte tentación de mirar hacia atrás, una tentación que había resistido, pensando que era indigna de un hombre inteligente, hasta que me libré de ella haciendo el mismo gesto que Holger.

Y ahora sabía que esos blancos brazos de niebla también habían estado a mi alrededor; lo supe y me estremecí al recordar que esa noche también había oído el grito del búho nocturno. Pero no había sido el búho nocturno. Era el grito de la Cosa.

Volví a poner tabaco en mi pipa y llené mi copa con el fuerte vino del sur; en menos de un minuto Holger estaba nuevamente sentado junto a mí.

—Naturalmente, allí no hay nada, pero aun así el lugar produce una impresión bastante siniestra —me dijo—. ¿Sabes una cosa? Cuando volvía estaba tan seguro de

que había algo a mi espalda que sentí el deseo de darme la vuelta y mirar… Necesité un auténtico esfuerzo de voluntad para no hacerlo.

Se rió, sacó las cenizas de la pipa dándole golpecitos y se sirvió un poco de vino. Permanecimos en silencio durante un rato. La luna siguió subiendo en el cielo y los dos contemplamos a la Cosa que yacía sobre el montículo.

—Podrías inventarte una historia sobre eso —dijo Holger cuando había pasado bastante tiempo.

—Ya hay una historia —repliqué—. Si no tienes sueño te la contaré.

—Adelante —dijo Holger, al que le gustan las historias.

—El viejo Alario estaba muriéndose en la aldea que hay detrás de la colina. Estoy seguro de que le recuerdas. Dicen que hizo mucho dinero vendiendo joyas falsas en el sur de África, y que cuando le descubrieron logró escapar con sus ganancias. Cuando volvió hizo lo que hacen todas esas personas si logran regresar de sus correrías con algo de dinero: decidió reformar su casa para hacerla más grande, y como aquí no hay albañiles hizo venir dos hombres de Paola. Eran un par de canallas de aspecto temible: un napolitano que había perdido un ojo y un siciliano con una cicatriz de casi dos centímetros de profundidad que le recorría la mejilla izquierda. Les veía a menudo, pues los domingos solían venir hasta aquí para pescar en las rocas. Cuando Alario contrajo las fiebres que le mataron los albañiles seguían trabajando. Habían acordado que una parte de su paga consistiría en la comida y el alojamiento, por lo que les hacía dormir en su casa. Su esposa había muerto, y tenía un hijo llamado Angelo que era mucho mejor que él. Angelo iba a casarse con la hija del hombre más rico de la aldea y, por extraño que parezca y aunque su matrimonio había sido acordado por los padres, se decía que los dos jóvenes estaban muy enamorados el uno del otro.

»La verdad es que toda la aldea estaba enamorada de Angelo y entre los que le amaban había una hermosa criatura de espíritu salvaje llamada Cristina, más parecida a una gitana que ninguna de las chicas que he visto por aquí. Tenía los labios muy rojos y los ojos muy negros, poseía la constitución de un lebrel y la lengua de un diablo. Pero Angelo ni tan siquiera se fijaba en ella. Era un muchacho alegre y sencillo que no se parecía en nada al canalla que tenía por padre, y bajo lo que debería llamar circunstancias normales estoy realmente convencido de que jamás habría mirado a ninguna chica salvo a la hermosa y regordeta joven provista de una considerable dote con quien su padre tenía intención de casarle. Pero los acontecimientos acabaron siguiendo un curso que no tuvo nada de normal ni de natural.

«Por otra parte, había un joven pastor de las colinas que hay sobre Maratea, un muchacho muy apuesto que estaba enamorado de Cristina, quien parece sentía la máxima indiferencia imaginable hacia él. Cristina no tenía ningún medio regular de

subsistencia, pero era buena chica y estaba dispuesta a encargarse de cualquier trabajo o recorrer la distancia que fuese haciendo un recado a cambio de una hogaza de pan o un plato de judías, y el permiso para dormir bajo techado. Lo que más le alegraba era tener alguna misión que le permitiera rondar por la casa del padre de Angelo. La aldea no tiene médico, y cuando los vecinos comprendieron que el viejo Alario estaba muriéndose mandaron a Cristina a Escalea para que volviera con uno. Eso ocurrió a última hora de la tarde, y si habían esperado tanto tiempo era porque mientras tuvo fuerzas para hablar aquel tacaño agonizante se negó a permitir semejante despilfarro. Su estado empeoró rápidamente mientras Cristina estaba fuera: el sacerdote fue llamado a su cabecera y cuando hubo hecho lo que podía por él se volvió hacia los espectadores, les dijo que en su opinión el viejo había muerto y se marchó de la casa.

»Ya conoces a estas gentes. Sienten un auténtico horror físico a la muerte. Antes de que el sacerdote hablara la habitación estaba abarrotada. Unos instantes después de que aquellas palabras hubieran salido de su boca ya no quedaba nadie. Había anochecido. Todos bajaron corriendo los oscuros peldaños y salieron a la calle.

»Angelo estaba fuera; como ya te he dicho, Cristina aún no había regresado, la no muy espabilada sirvienta que había cuidado del enfermo huyó con los demás y el muerto se quedó solo a la parpadeante luz de la lamparilla de barro.

»Cinco minutos después dos hombres asomaron la cabeza cautelosamente por el umbral y fueron hacia la cama. Eran el albañil napolitano que sólo tenía un ojo y su compañero siciliano. Sabían muy bien lo que buscaban. Les bastó un instante para sacar de debajo del lecho una pequeña pero pesada caja con refuerzos de hierro, y mucho antes de que nadie pensara en volver junto al muerto ya habían aprovechado la protección ofrecida por la oscuridad para abandonar la casa y la aldea. Les resultó muy sencillo, pues la casa de Alario es la última que da a la garganta que lleva hasta allí, y los ladrones se limitaron a salir por la puerta trasera, treparon el muro de piedra y después de aquello ya no corrieron riesgo alguno, dejando aparte la posibilidad de encontrarse con algún aldeano que volviera tarde a su casa, posibilidad muy pequeña dado que pocos aldeanos usaban ese camino. Llevaban consigo un azadón y una pala, y llegaron hasta donde se proponían sin ningún tropiezo.

»Te estoy contando la historia tal y como debió ocurrir pues, naturalmente, no hubo nadie que fuera testigo de esta parte. Los hombres transportaron la caja por la cañada con la intención de enterrarla hasta que pudieran volver y llevársela en un bote. Debían ser lo bastante listos para suponer que parte del dinero estaría en billetes, pues de lo contrario habrían enterrado la caja en la arena húmeda de la playa, donde habría estado mucho más segura. Pero si se hubieran visto obligados a dejarla mucho tiempo en ese lugar el papel habría acabado pudriéndose, por lo que cavaron su agujero allí abajo, cerca de ese peñasco. Sí, justo allí, donde está el montículo…

»Cristina no encontró al doctor de Escalea, pues éste había tenido que marcharse valle arriba, a un lugar que se encuentra a medio camino de San Domenico. Si le hubiera encontrado, el doctor habría acudido en mula por el camino de arriba, que es menos abrupto pero mucho más largo. Pero Cristina tomó por el atajo que hay entre las rocas, que discurre a unos quince metros por encima del montículo y hace una curva alrededor de ese punto. Cuando pasó por allí los hombres estaban cavando y oyó el ruido que hacían. No habría sido propio de ella marcharse sin averiguar qué era aquel ruido, pues en toda su vida jamás le había tenido miedo a nada y, además, a veces los pescadores atracan de noche en la orilla para coger una piedra que les sirva de ancla o buscar ramas con que encender una pequeña hoguera. La noche era muy oscura y Cristina probablemente se acercó bastante a los dos hombres antes de poder ver lo que hacían. Les conocía, claro está, y ellos la conocían a ella, y enseguida comprendieron que tenía sus vidas en su mano. Sólo podían hacer una cosa para asegurarse de que no correrían peligro, y la hicieron. La golpearon en la cabeza, ahondaron el agujero y la enterraron junto con la caja. Debieron comprender que su única posibilidad de escapar a las sospechas estribaba en volver a la aldea antes de que alguien se percatara de su ausencia, pues volvieron inmediatamente, y media hora más tarde estaban conversando en voz baja con el hombre encargado de fabricar el ataúd de Alario. Aquel hombre era compinche suyo, y había estado trabajando en las reparaciones de la casa del viejo. Por lo que he podido averiguar, las únicas personas que se suponía sabían dónde guardaba Alario su tesoro eran Angelo y la sirvienta que he mencionado antes. Angelo estaba lejos; fue la mujer quien descubrió el robo.

»Resulta bastante fácil comprender por qué nadie más sabía dónde estaba el dinero. El viejo siempre cerraba la puerta con llave y cuando salía de la casa se metía la llave en el bolsillo, y no dejaba que la sirvienta entrara a limpiar a menos que él estuviera presente. Aun así, toda la aldea sabía que tenía dinero escondido en algún sitio y los albañiles debieron descubrir su paradero atisbando por la ventana durante su ausencia. Si el viejo no hubiera estado delirando hasta que perdió el conocimiento habría sufrido una espantosa agonía temiendo por sus riquezas. La fiel sirvienta sólo olvidó su existencia durante unos momentos mientras huía con los demás, abrumada por el horror a la muerte. Volvió cuando apenas habían pasado veinte minutos acompañada por dos viejas horrendas que siempre eran llamadas para preparar a los muertos antes del entierro. Al principio no tuvo el valor suficiente para acercarse a la cama, ni siquiera estando acompañada por ellas, pero fingió que se le caía algo al suelo, se puso de rodillas como para encontrarlo y miró debajo de la cama. Las paredes del cuarto habían sido encaladas recientemente hasta el suelo, y le bastó una mirada para darse cuenta de que la caja había desaparecido. Por la tarde estaba allí, así que la habían robado en el breve intervalo de tiempo transcurrido desde que

abandonó la habitación.

»La aldea no tiene puesto de carabineros; ni siquiera hay un vigilante municipal, pues no hay municipio. Creo que jamás ha existido. Se supone que Escalea cuida de la aldea de alguna forma misteriosa, y se necesitan un par de horas para conseguir que alguien venga de allí. La anciana había pasado toda su existencia en la aldea, y ni tan siquiera se le ocurrió acudir a alguna autoridad civil para pedirle ayuda. Se limitó a lanzar un alarido y echó a correr por las oscuras callejas del lugar, gritando a pleno pulmón que habían robado en la casa de su amo. Muchos aldeanos se asomaron a mirar, pero al principio ninguno pareció inclinado a ayudarla. La mayoría se erigieron en jueces y murmuraron que probablemente era ella quien había robado el dinero. El primero que hizo algo fue el padre de la chica con quien Angelo iba a casarse; reunió a los que vivían en su casa, todos los cuales sentían un interés personal por la riqueza que debía recaer en la familia, y declaró estar convencido de que la caja había sido robada por los dos albañiles que se alojaban en la casa. Encabezó su búsqueda, que naturalmente empezó en casa de Alario y terminó en el taller del carpintero, donde se encontró a los ladrones tomándose un poco de vino con el carpintero junto al ataúd a medio terminar, alumbrados por una lamparilla de barro llena de aceite y sebo. El grupo de búsqueda acusó inmediatamente a los delincuentes del crimen, y amenazó con encerrarlos en el sótano hasta que se pudiera hacer venir a los carabineros de Escalea. Los dos hombres se miraron el uno al otro durante un momento y después, sin la más mínima vacilación, apagaron la única luz de la estancia, agarraron el ataúd a medio terminar y, usándolo como si fuese una especie de ariete, se lanzaron sobre sus acusadores amparados por la oscuridad. Unos pocos instantes les bastaron para escapar.

»Ese es el final de la primera parte de la historia. El tesoro había desaparecido y, como no pudo hallarse ni rastro de él, los aldeanos, como es natural, supusieron que los ladrones habían conseguido llevárselo consigo. El viejo fue enterrado y cuando Angelo volvió por fin tuvo que pedir prestado dinero para pagar su miserable funeral, y se encontró con ciertas dificultades para conseguirlo. No hacía falta que le dijeran que al perder su herencia había perdido a su novia. En esta parte del mundo los matrimonios se guían por las más estrictas razones comerciales, y si el dinero prometido no aparece el día en que debe entregarse, la novia o el novio cuyos padres no han podido cumplir su promesa ya puede olvidarse del matrimonio, pues éste no llegará a celebrarse. El pobre Angelo lo sabía. Su padre apenas si tenía tierras, y una vez esfumado el dinero que había traído del sur de África, lo único que le quedaba eran las deudas contraídas a causa de los materiales de construcción que habían sido utilizados para agrandar y mejorar la vieja casa. Angelo quedó convertido en un mendigo, y la hermosa y regordeta criatura que habría sido suya le dio la espalda con todo el desprecio exigido en tales casos. En cuanto a Cristina, pasaron varios días

antes de que se la echara en falta, pues nadie recordaba que la habían enviado a Escalea para que trajera al doctor, quien nunca llegó a presentarse. Siempre había tenido la costumbre de esfumarse durante varios días seguidos cuando encontraba algún trabajo en las pequeñas granjas que había esparcidas por las colinas. Pero cuando pasó el tiempo y no volvió los habitantes de la aldea empezaron a hacerse preguntas, y acabaron convenciéndose de que había estado de acuerdo con los albañiles y se había escapado con ellos.

Hice una pausa y vacié mi vaso.

—Esta clase de cosas no podrían ocurrir en ningún otro sitio —observó Holger volviendo a llenar su sempiterna pipa—. El encanto natural que rodea al crimen y a la muerte repentina en un país tan romántico como éste siempre me ha asombrado. Hechos que en cualquier otro sitio resultarían simplemente brutales y repugnantes se vuelven dramáticos y misteriosos porque esto es Italia y vivimos en una auténtica torre construida por Carlos V para defender la costa de unos auténticos piratas de Berbería.

—Sí, hay algo de razón en lo que dices —admití.

En el fondo Holger es el hombre más romántico del mundo, pero siempre cree necesario explicar sus sentimientos.

—Supongo que encontraron el cuerpo de la pobre chica junto a la caja —dijo pasados unos instantes.

—Como veo que parece interesarte te contaré el resto de la historia —dije yo.

La luna ya estaba muy alta en el cielo; nuestros ojos podían percibir con más claridad que antes los contornos de la Cosa del montículo.

—La aldea no tardó en volver a su existencia aburrida y prosaica de siempre. Nadie echaba de menos al viejo Alario, quien siempre había estado ausente debido a sus viajes por el sur de África y nunca había llegado a ser una figura familiar en el lugar de su nacimiento. Angelo vivía en la casa a medio terminar, y como no tenía dinero para pagar a la vieja sirvienta ésta no quiso quedarse con él, pero de vez en cuando se presentaba por allí y le lavaba una camisa en nombre de los viejos tiempos. Aparte de la casa, Angelo había heredado un trocito de tierra situado a cierta distancia de la aldea; intentó cultivarla, pero no se tomó la tarea con demasiado entusiasmo, pues sabía que jamás podría pagar los impuestos que gravaban la tierra y la casa, que acabaría siendo confiscada por el Gobierno, o subastada para pagar las deudas de los materiales de construcción, pues el suministrador se negaba a aceptar su devolución.

»Angelo era muy desgraciado. Mientras su padre vivía y era rico todas las chicas de la aldea habían estado enamoradas de él; pero ahora la situación había cambiado.

Ser admirado y cortejado y que los padres que tenían hijas casaderas le invitaran a beber vino resultaba muy agradable. Soportar que le miraran con frialdad y, a veces, que se rieran de él porque le habían robado su herencia era muy duro. El mismo se encargaba de preparar sus miserables comidas, y no tardó en ir pasando de la tristeza a la melancolía y el abatimiento.

»Al anochecer, cuando había terminado el trabajo del día, no iba a la explanada que hay delante de la iglesia para estar con los jóvenes de su edad, sino que se dedicaba a vagabundear por los parajes solitarios que había alrededor de la aldea hasta que se hacía noche cerrada. Después volvía a casa y se acostaba para ahorrarse el gasto de una luz. Pero aquellas horas solitarias del crepúsculo empezaron a traerle sueños extraños, aunque no estuviera dormido. No siempre estaba solo, pues cuando se sentaba en el tocón de un árbol, allí donde el angosto sendero se curva hacia la garganta, solía tener la seguridad de que una mujer se le acercaba sin que su caminar hiciera ningún ruido sobre las piedras, como si fuera con los pies descalzos; y se colocaba bajo un macizo de castaños situado a sólo media docena de metros del sendero, haciéndole señas para que se acercara sin decirle nada. Aunque estaba oculta entre las sombras, Angelo sabía que tenía los labios muy rojos, y cuando se separaban un poco para sonreírle enseñaba dos dientes pequeños y muy afilados. Al principio fue más una sensación que algo claramente visible, y supo que era Cristina, y que estaba muerta. Pero no tenía miedo; se limitaba a preguntarse si era un sueño, pues pensaba que si hubiera estado despierto se habría asustado.

»Además, la muerta tenía los labios rojos y eso sólo podía ocurrir en un sueño. Cada vez que se acercaba a la garganta después de que el sol se hubiera ocultado ella ya estaba esperándole allí, o de lo contrario no tardaba mucho en aparecer, y empezó a estar seguro de que cada día se le acercaba un poco más. Al principio sólo había estado seguro de que su boca era tan roja como la sangre, pero ahora cada rasgo fue haciéndose más claro y aquel rostro pálido le contemplaba con ojos tan profundos como hambrientos.

»Los ojos eran lo que más le atraía de ella. Poco a poco supo que algún día el sueño no terminaría cuando él se diera la vuelta para regresar a casa, sino que le llevaría por la garganta de la que surgía la visión. Ahora cuando le hacía señas estaba mucho más cerca de él. Sus mejillas no se hallaban lívidas como las de los muertos, sino que tenían la palidez de quien está famélico, con el hambre física salvaje e imposible de apaciguar que había en esos ojos que le devoraban. Los ojos se alimentaban con su alma y arrojaban un hechizo sobre él, y acabaron clavándose en los suyos reteniendo su mirada. No sabía si su aliento era tan cálido como el fuego o tan frío como el hielo; no sabía si sus rojos labios quemaban los suyos o si los congelaban, o si los cinco dedos posados en su muñeca dejaban cicatrices humeantes o mordían su carne como la escarcha; no tenía forma de saber si dormía o estaba

despierto, ni de averiguar si ella estaba viva o muerta, pero sabía que le amaba y que de entre todas las criaturas terrenas o ultraterrenas sólo ella y su hechizo tenían poder sobre él.

»Esa noche cuando la luna subió por el cielo la sombra de la Cosa no estaba sola en el montículo.

»Angelo despertó sintiendo el frescor de la mañana, empapado en rocío y con la carne, la sangre y los huesos helados. Abrió los ojos a la débil luz grisácea y vio que las estrellas seguían brillando sobre su cabeza. Se encontraba muy débil y su corazón latía tan despacio que sintió como si estuviera a punto de perder el conocimiento. Volvió lentamente su cabeza sobre el montículo, como si reposara encima de una almohada, pero el otro rostro no estaba allí. El miedo se apoderó repentinamente de él, un miedo indecible y desconocido; se levantó de un salto y huyó corriendo garganta arriba, y no miró hacia atrás hasta no haber llegado a la puerta de la casa que se alzaba en los aledaños de la aldea. Aquel día fue a trabajar con los hombros encorvados, y las horas se arrastraron cansinamente detrás del sol hasta que éste acabó tocando el mar y se hundió en él, y las grandes colinas de perfiles agudos que se alzaban sobre Maratea se volvieron de color púrpura recortándose contra el cielo del este, teñido de un gris pecho de paloma.

»Angelo se echó a la espalda su pesado azadón y abandonó el campo. Se sentía menos cansado que cuando había empezado a trabajar por la mañana, pero se prometió a sí mismo que iría directamente a casa sin entretenerse en la garganta, que comería la mejor cena que pudiera prepararse y dormiría toda la noche en su cama como corresponde a un cristiano. No volvería al angosto sendero para dejarse tentar por una sombra de labios rojos y aliento helado; no volvería a soñar ese sueño de terror y deleite. Ya estaba cerca de la aldea; el sol se había puesto hacía media hora y la agrietada campana de la iglesia había enviado sus leves ecos discordantes a través de las rocas y las cañadas para decir a todas las buenas gentes que el día había terminado. Angelo se quedó inmóvil un momento allí donde el sendero se bifurcaba, llevando hacia la aldea por la izquierda y hacia la garganta por la derecha, donde un macizo de castaños dominaba el angosto sendero. Se quedó inmóvil durante un minuto, quitándose el maltrecho sombrero de la cabeza y contemplando el mar que se desvanecía rápidamente hacia el este, y sus labios se movieron mientras repetía en silencio la tan familiar plegaria del anochecer.

Sus labios se movieron, pero las palabras que siguieron ese movimiento en su cerebro habían perdido todo significado y se habían convertido en otras palabras distintas, y terminaron con un nombre pronunciado en voz alta: ¡Cristina! La tensión de su voluntad se relajó repentinamente con ese nombre, la realidad se esfumó y el sueño volvió a apoderarse de él y le llevó consigo tan rápida y seguramente como a un hombre que camina dormido, abajo, abajo, por el angosto sendero que conducía a

la creciente oscuridad. Y cuando se puso junto a él Cristina le habló en susurros al oído, contándole cosas tan extrañas como dulces, cosas que de haber estado despierto sabía le hubiese resultado imposible comprender del todo; pero ahora eran las palabras más maravillosas que había oído en toda su vida. Y también le besó, pero no en la boca. Sintió el pinchazo de sus besos sobre su blanca garganta, y supo que sus labios estaban muy rojos. Aquel sueño enloquecido siguió desarrollándose a través del crepúsculo, la oscuridad y la salida de la luna y toda la gloria de la noche veraniega. Pero con el alba helada volvió a encontrarse tumbado sobre el montículo, como si estuviera medio muerto, recordando y sin recordar lo ocurrido, despojado de su sangre y, aun así, sintiendo el extraño anhelo de ofrecer todavía más a esos labios rojos. Después llegó el miedo, el pánico horrible que no tenía nombre, el horror mortal que vigila los confines del mundo que no vemos y que no conocemos como conocemos otras cosas, pero que sentimos en cuanto su gélida frialdad congela nuestros huesos y remueve nuestro cabello con el contacto de una mano fantasmal. Angelo volvió a levantarse de un salto y corrió por la garganta hacia el día que empezaba, pero esta vez sus pasos eran menos seguros y jadeaba en busca de aliento mientras corría; y cuando llegó al manantial de límpidas aguas que brota a medio camino de la colina cayó a cuatro patas ante él y hundió su rostro en el agua, y bebió como jamás había bebido antes, pues la suya era la sed del herido que ha pasado toda la noche desangrándose sobre el campo de batalla.

»Le tenía atrapado y no podía huir de ella: iría a verla cada ocaso hasta que le hubiera arrebatado su última gota de sangre. Cuando el día terminaba intentaba tomar otro rumbo y volver a casa por un sendero que no pasara cerca de la garganta, pero todo era en vano. En vano se hacía promesas a sí mismo cada mañana cuando subía por el camino solitario que iba de la costa a la aldea. Todo era inútil, pues cuando el sol se hundía ardiendo en el mar y el frescor del anochecer emergía como de un escondite para deleitar al mundo cansado, sus pies se dirigían hacia el viejo sendero, y ella estaba esperándole bajo la sombra de los castaños; y entonces todo volvía a suceder como siempre, y ella empezaba a besarle su blanca garganta mientras se deslizaba sobre la tierra, rodeándole con un brazo. Y a medida que su sangre se iba agotando el hambre de ella aumentaba y su sed crecía con cada día que pasaba, y cuando despertaba a primera hora del amanecer cada vez le resultaba más difícil reunir las fuerzas necesarias para subir por el empinado sendero que llevaba a la aldea; y cuando iba a trabajar el campo arrastraba los pies, y sus brazos apenas si tenían la fortaleza necesaria para blandir el pesado azadón. Ahora ya casi no hablaba con nadie, pero la gente decía que estaba «dejándose consumir» por el amor a la chica con quien tendría que haberse casado antes de perder su herencia; y reían jovialmente ante esa idea, pues este país no es muy romántico. Esa fue la época en que Antonio, el hombre que vive aquí para cuidar de la torre, volvió de visitar a su

familia, que habita cerca de Salerno. Había estado ausente desde antes de la muerte de Alario, y no sabía nada de lo ocurrido. Me ha contado que regresó a última hora de la tarde y que fue directamente a la torre para comer y dormir, pues estaba muy cansado. Despertó cuando ya era medianoche pasada, y cuando miró hacia afuera la luna menguante estaba asomando por detrás de la colina. Sus ojos fueron hacia el montículo, y vio algo, y esa noche ya no volvió a dormir. Cuando volvió a salir por la mañana ya era de día, y en el montículo no había nada que ver, sólo guijarros y arena traída por el viento. Aun así no quiso acercarse demasiado a él; tomó por el camino que lleva a la aldea y fue directamente a la casa del viejo sacerdote.

»—Esta noche he visto a una criatura maligna —dijo—. He visto cómo los muertos beben la sangre de los vivos. Y la sangre es la vida.

»—Cuéntame lo que has visto —replicó el sacerdote.

»Antonio le contó todo cuanto había visto.

»—Esta noche debe traer su libro y su agua bendita —añadió—. Estaré aquí antes del crepúsculo para acompañarle, y si le place a su reverencia cenar conmigo mientras esperamos, me encargaré de prepararlo todo.

»—Vendré —respondió el sacerdote—, pues he leído viejos libros donde se habla de esas extrañas criaturas que no están ni animadas ni muertas, y que yacen en sus tumbas conservando eternamente la frescura de su carne, saliendo cautelosamente de ellas al anochecer para saborear la vida y la sangre.

»Antonio no sabía leer, pero le alegró ver que el sacerdote comprendía a qué se enfrentaban; pues, naturalmente, los libros debían haberle instruido en cuanto a los mejores medios de aquietar para siempre a aquella Cosa que estaba medio viva.

»Antonio fue a cumplir con su labor, que consiste principalmente en sentarse del lado de la torre donde hay sombra, cuando no está encaramado a una roca con una caña de pescar sin hacer ni una sola captura. Pero aquel día fue por dos veces al montículo para examinarlo a la luz del sol, y buscó a su alrededor para ver si había algún agujero por el que la criatura pudiese entrar y salir; pero no encontró ninguno. Cuando el sol empezó a hundirse en el horizonte y el aire se fue enfriando en las sombras acudió a la casa del viejo sacerdote llevando consigo una cestita de mimbre; y dentro de ella colocaron una botella con agua bendita, la patena, el hisopo y la estola que necesitaría el sacerdote; y fueron por el sendero y esperaron en la puerta de la torre a que oscureciese. Pero mientras aún había luz, aunque muy débil y gris, vieron moverse algo: dos siluetas, un hombre que caminaba y una mujer que parecía deslizarse junto a él, y la mujer le besó la garganta mientras apoyaba su cabeza en el hombro de él. El sacerdote también me ha contado eso, y el que le castañetearon los dientes y que cogió a Antonio por el brazo. La visión pasó ante ellos y desapareció entre las sombras. Antonio cogió el frasco de cuero lleno de licor que guardaba para las grandes ocasiones, y se tomó tal dosis que el anciano casi volvió a sentirse joven;

y agarró su linterna, su pico y su pala, y le dio al sacerdote la estola para que se la pusiera y el agua bendita para que la llevara, y fueron juntos hacia el lugar donde tenían que hacer lo que les había traído hasta allí. Antonio dice que a pesar del ron le temblaron las rodillas, y el sacerdote vaciló en el recitado de sus latines, pues cuando estaban a pocos metros del montículo la parpadeante luz de la linterna cayó sobre el pálido rostro de Angelo, inconsciente o sumido en un profundo sueño, y sobre su garganta y el hilillo de sangre que se deslizaba a lo largo de ella metiéndosele por el cuello de la camisa; y la parpadeante luz de la linterna cayó sobre otro rostro que se apartó del banquete, sobre dos ojos profundos y muertos que veían pese a la muerte, sobre unos labios entreabiertos más rojos que la mismísima vida, sobre dos dientes relucientes en los que brillaba una gota roja… Entonces el sacerdote cerró los ojos y echó una rociada de agua bendita ante él, y su voz cascada se alzó hasta convertirse casi en un grito; y Antonio, que después de todo no es ningún cobarde, alzó su pico en una mano y la linterna en la otra y saltó hacia adelante, no sabiendo en qué podría terminar todo aquello; y jura que entonces oyó un grito de mujer, y un instante después la Cosa había desaparecido y Angelo estaba solo sobre el montículo, inconsciente, con la línea roja en su garganta y las cuentas del sudor que acompaña a la agonía encima de su fría frente. Le cogieron en brazos y le depositaron en el suelo, cerca del montículo; después Antonio se puso a trabajar y el sacerdote le ayudó, aunque era viejo y no podía hacer gran cosa; y cavaron hasta una gran profundidad, y por fin Antonio, de pie dentro de la tumba, se inclinó con su linterna para ver si había algo en ella.

»Antes tenía el cabello de un castaño oscuro, con algunas mechas canosas en las sienes; en menos de un mes a partir de ese día lo tuvo tan gris como el pelo de un tejón. De joven había sido minero, y la mayoría de esas gentes han contemplado algún que otro espectáculo horrible cuando ha habido accidentes, pero nunca había visto lo que vio esa noche…, esa Cosa que no está ni viva ni muerta, esa Cosa que no puede morar ni en la tumba ni encima del suelo. Antonio trajo consigo algo en lo que el sacerdote no se había fijado. Lo había fabricado esa misma tarde: era una estaca muy afilada hecha con un viejo trozo de madera muy dura que el mar había depositado en la arena.

Ahora lo tenía consigo, y tenía también su pesado y robusto pico, y se había llevado la linterna al fondo de la tumba. No creo que ningún poder de la tierra pueda hacerle hablar de lo que ocurrió entonces, y el viejo sacerdote estaba demasiado asustado para mirar hacia el interior de la tumba. Dice haber oído que Antonio empezó a respirar tan deprisa como una bestia salvaje, y que se movía como si estuviera luchando con algo casi tan fuerte como él mismo; y dice que también oyó un sonido terrible acompañado de golpes, como si algo fuera introducido violentamente a través de la carne y el hueso; y después oyó el sonido más horrible

de todos…, el chillido de una mujer, el grito ultraterreno de una mujer que no estaba ni viva ni muerta, pero que llevaba muchos días enterrada. Y el pobre y viejo sacerdote no pudo hacer nada salvo mecerse de un lado para otro arrodillado en la arena, gritando en voz alta sus plegarias y exorcismos para ahogar aquellos sonidos horrendos. Una pequeña caja con refuerzos de hierro salió disparada repentinamente hacia arriba y rodó por el suelo hasta chocar con la rodilla del anciano, y un instante después Antonio estaba junto a él, con el rostro tan blanco como el sebo a la parpadeante luz de la linterna, moviendo la pala con furiosa premura para llenar la tumba de arena y guijarros, y mirando por encima del borde hasta que el agujero estuvo medio colmado; y el sacerdote dijo que en las manos y la ropa de Antonio había mucha sangre fresca.

Había llegado al final de mi historia. Holger se terminó el vino y se reclinó en el asiento.

—Bueno, así que Angelo recobró lo que le pertenecía —dijo—. ¿Se casó con la joven regordeta a la que había estado prometido?

—No; la experiencia había resultado demasiado aterradora. Se marchó a Sudamérica, y desde entonces no se ha vuelto a saber nada de él.

—Y supongo que el cuerpo de esa pobre criatura sigue ahí —dijo Holger—. Me pregunto si estará del todo muerta…

Yo también me lo pregunto. Pero tanto si está muerta como si está viva no siento deseo alguno de verla, ni aun a plena luz del día. Antonio tiene la cabellera tan gris como el pelo de un tejón, y desde aquella noche nunca ha vuelto a ser el mismo de antes.

La última tumba de Lill Warran

Al pasar por entre los pinos la carretera secundaria se convertía en un camino polvoriento, y el camino acababa convirtiéndose en un simple sendero. John Thunstone pensó que debería haber sabido que su coche no podría recorrer toda la distancia y, en cualquier caso, un coche parecía estar fuera de lugar en aquellos antiguos bosques apenas explorados. Un carro maderero habría sido más adecuado; o montar una mula, si John Thunstone hubiera sido más pequeño y menos corpulento, con lo que una mula no habría protestado al tener que cargar con su peso. Bajó del coche, subió las ventanillas y cerró la portezuela con llave. Ante él se extendía un sendero que serpenteaba por entre la espesura, angosto pero bien marcado por los pies de nadie sabía el número de caminantes que lo habían recorrido a lo largo de los años.

John Thunstone plantó sus grandes pies en él. Su cuerpo de gigante se movía con una gracia silenciosa. Para John Thunstone los bosques o lugares todavía más salvajes eran tan agradables y familiares como su casa.

Se había vestido adecuadamente para la expedición. No tenía ninguna intención de presentarse ante los habitantes de los bosques de Sandhill como si fuera un invasor extranjero ataviado con un traje elegante, por lo que llevaba pantalones de pana, una chaqueta de cuero que le habían hecho con las pieles de los ciervos que él mismo había cazado y un andrajoso sombrero de fieltro. En su rostro de huesos fuertes y bigote pulcramente recortado había una expresión tranquila y vigilante. Sus rasgos no delataban ninguna excitación o presagio del asombro que esperaba sentir cuando terminara con su misión. Su manaza derecha sostenía un bastón hecho con una vieja madera oscura.

—Sí, sí —dijeron los hombres que mataban las horas en el ayuntamiento del pueblo que había al final del camino asfaltado, respondiendo a sus preguntas—. Lill Warran, ése es su nombre, Lill, no Lily. En ella no había nada de lirio, nada dulce y puro, oh, no[1]. No cabe duda de que era una bruja, señor. Pues claro que la sacaron de su tumba. No, no estábamos allí, oímos hablar de lo ocurrido. Parece que la enterraron en el cementerio parroquial de Beaver Dam y una persona o varias la desenterraron y se llevaron su cuerpo. Los viejos creen que enterrar a una bruja en terreno consagrado trae muy mala suerte. Si haces eso y la dejas allí ya puedes irte

olvidando de la iglesia porque nunca más estará bendita. No es que nosotros creamos en eso, compréndalo, es una creencia del campo…

Pero los ociosos del ayuntamiento no habían negado la creencia de que fuese necesario desenterrar a una bruja. Uno o dos de ellos contribuyeron contándole historias de Lill Warran. Le dijeron que no era una vieja reseca y encorvada de carnes nudosas, sino una mujer «bien plantada», alta y con un cuerpo muy bien hecho, con una frondosa mata de cabellos negros. La llevaba recogida en la nuca, dijeron, y su cabellera relucía como el alquitrán recién derretido. Le dijeron que sus ojos eran como el cristal verde, que ardían en un rostro moreno y que su boca…

—¡Uf! —le dijeron a coro a Thunstone—. Usted viene de muy lejos, señor, y seguramente habrá visto muchas mujeres hermosas. Pero hay una cosa que no se puede discutir, y es que si usted hubiera visto a Lill Warran y esa boca roja que tenía hipotecaría su alma inmortal para conseguir un beso de ella.

Y la inferencia era que más de un hombre había hipotecado su alma inmortal para conseguir un beso de la boca de Lill Warran. Y ahora estaba muerta. ¿Cómo? Una bala, dijeron algunos. Un accidente, dijeron otros. Pero estaba muerta y la habían enterrado dos veces, y las dos veces había sido desenterrada.

Después de haber recogido esta y otras informaciones John Thunstone empezó a seguirle la pista al final de la historia, pues su carrera y su tema de estudio favoritos eran seguir tales historias hasta su final. La búsqueda de historias le había hecho vivir aventuras de las que sólo se ha contado una décima parte, y esa décima parte es la más simple y creíble. John Thunstone se ha guardado para sí mismo las experiencias de la mayoría de sus casos. Puede que esas experiencias hayan ayudado a rociar de canas su lacia cabellera negra y a ensombrecer su rostro tranquilo y fuerte.

El camino serpenteaba subiendo de nivel. Las tierras boscosas iban ascendiendo ladera tras ladera, y bajo los pinos crecían matorrales de una variedad espinosa, tan frondosos y pegados los unos a los otros que John Thunstone tuvo que abrirse paso a través de ellos como un toro en un pantano. Los espinos tiraban de sus flancos y del cuero que recubría sus brazos como si fueran deditos que intentaban retenerle.

En lo alto de la pendiente estaba el claro que buscaba.

Era un claro en el sentido más estricto de la palabra. Los pinos habían sido derribados con un hacha, y no cabía duda de que sus fuertes y rectos troncos habían servido para construir la cabaña que se alzaba en el centro del claro. Las gruesas tejas habían sido fabricadas con cipreses de algún pantano próximo. Rodeando a la casa en todas direcciones había una explanada de arena en la que no crecían ni un hierbajo, ni un solo tallo verde: la explanada estaba tan vacía y desnuda como una playa lamida por el mar. Nadie se movía en aquel patio desierto, pero desde detrás de la casa llegaba un ruido. *Plink, plink*, rítmicamente. *Plink, plink*. Metal golpeando algo

sólido, quizá piedra o ladrillos unidos con argamasa.

John Thunstone dobló la esquina de la cabaña de troncos moviéndose tan silenciosamente como un indio, se detuvo para asegurarse de lo que había más allá y acabó yendo hacia lo que había visto.

El hombre arrodillado en el suelo era tan alto como John Thunstone, pero su constitución era flaca y sus miembros delgados, como es típico en los habitantes de las Sandhills. Vestía una desgastada camisa a cuadros y un mono azul deshilachado y tan descolorido por los lavados que la tela había acabado alcanzando el desvaído tono azul de un huevo de petirrojo. Llevaba las mangas subidas hasta los bíceps, mostrando unos brazos de piel pálida con los codos puntiagudos y las manos nudosas. Estaba dándole la espalda a Thunstone. Tenía el cabello color estopa y su coronilla empezaba a quedarse calva. En el suelo delante de él había un rectángulo de piedra color hígado. El hombre sostenía un martillo de mango corto y gruesa cabeza en la mano derecha, y un punzón muy afilado en la izquierda, parecido al que se usa para partir un tronco y convertirlo en madera destinada al fuego. Apoyó la punta del punzón en la piedra y empezó a golpear el otro extremo con el martillo. *Plink, plink*. Cambió de posición la punta. *Plink*.

Thunstone fue hacia él moviéndose con el mismo silencio que una nube en el cielo. Pudo ver lo que el hombre flaco estaba tallando en la piedra. La última letra de una serie de palabras: las letras eran algo irregulares, pero grandes y bastante profundas.

AQUÍ YACE
LILL WARREN
DOS VECES ENTERRADA Y DOS VECES DESENTERRADA
POR HOMBRES ESTÚPIDOS Y COBARDES
DESCANSE EN PAZ
ERA UNA ROSA DE SHARON
UN LIRIO DEL VALLE

John Thunstone se inclinó para leer la última palabra y el sol del atardecer proyectó su sombra sobre la piedra. El hombre se incorporó al instante y todo su cuerpo se irguió como un resorte al otro lado de su obra, veloz y furtivo como una comadreja. Clavó los ojos en John Thunstone con el martillo apuntando hacia el suelo y la delgada punta del punzón algo levantada.

—¿Quién es usted? —le preguntó el hombre flaco con voz entrecortada.

Tenía los rasgos afilados y una nariz que asomaba de su rostro como un pico puntiagudo. La frente y el mentón se curvaban alejándose de ella hacia arriba y hacia abajo. Sus ojos eran oscuros, parecidos a cuentas y bastante próximos el uno al otro. La piel de su rostro era amarilla y de una textura similar al cuero, y hasta el blanco de sus ojos tenía un aspecto nublado y legañoso.

—Me llamo John Thunstone —replicó Thunstone con el tono de voz más

tranquilo y despreocupado de que fue capaz—. Estoy buscando al señor Parrell.

—Ese soy yo. Zari Parrell.

Zari… Sí, no cabía duda de que el nombre le sentaba a la perfección. Aquella nariz flaca y puntiaguda, la frente y el mentón huidizos, los ojos vivaces…, todo aquello hacía pensar en una zarigüeya, una zarigüeya suspicaz, irritada y peligrosa.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Zari Parrell, y por el tono de su voz daba la impresión de que le gustaría que fuese algo relacionado con la violencia.

—Quiero hacerle algunas preguntas sobre la señorita Lill Warran —dijo Thunstone sin alterar el tono de su voz, hablando con la misma calma y suavidad que habría podido emplear para tranquilizar a un perro o a un caballo nervioso—. Veo que está haciendo una lápida para ella.

Señaló la piedra con su bastón.

—¿Y por qué no? —replicó secamente Zari Parrell. Sus delgados labios se fruncieron revelando unos dientes pequeños y fuertes que parecían colmillos manchados—. ¿Es que nunca se le permitirá descansar en paz dentro de su tumba?

—Espero que así sea —dijo Thunstone—. Estuve en el ayuntamiento y me contaron que la habían sacado de su tumba del cementerio parroquial.

Zari Parrell lanzó un bufido. Sus dedos se tensaron sobre el martillo y el punzón.

—Oiga, señor, ¿qué le importa a usted todo eso? ¿Trabaja para la ley? En tal caso, ya puede irse volviendo con su ley al ayuntamiento. No pienso hacer caso de ninguna ley. No la dejaron seguir enterrada en Beaver Dam, yo la he enterrado aquí y aquí se quedará.

—No —le aseguró Thunstone—, no trabajo para la ley.

—Entonces, ¿quién es usted? ¿Uno de esos reporteros de los periódicos? Sea lo que sea, salga de mi propiedad.

—No hasta que hayamos hablado un poco, señor Parrell.

—Le echaré de aquí. Tengo derecho a echarle de mi propiedad.

Thunstone le obsequió con su sonrisa más encantadora.

—Sí, tiene derecho a hacerlo. Pero, ¿cree que sería capaz de hacerlo?

Zari Parrell le examinó con sus ojos parecidos a cuentas.

—Usted es el doble de corpulento que yo, pero…

Dejó caer el martillo y la cabeza golpeó el suelo con un sonido ahogado. Se pasó velozmente el punzón a su mano derecha, sosteniéndolo como si fuera un cuchillo.

—No lo intente —le advirtió Thunstone, y alzó el bastón.

Zari Parrell dio un paso hacia adelante. Su mano izquierda agarró el extremo del bastón de Thunstone y la derecha blandió el punzón.

Pero Thunstone tiró de la empuñadura del bastón. Hubo un susurro metálico. La parte inferior del bastón se deslizó como la vaina de una espada y quedó entre los dedos de Parrell, revelando una hoja reluciente larga y tan recta como un espetón

encajada en la empuñadura. Parrell lanzó un golpe con su punzón y Thunstone movió delicadamente la punta de su espada haciendo que entrara en contacto con el dorso del puño de Parrell. Parrell soltó un chillido de dolor y el punzón cayó junto al martillo. Thunstone avanzó tranquilamente hacia él y la punta de la espada se detuvo a unos centímetros de la garganta de Parrell, vibrando ligeramente.

—¡Eh! —protestó Parrell—. ¡Eh!

—Lo siento, pero tendrá que escucharme.

—Baje esa cosa. ¡Me rindo!

Thunstone bajó la punta de la espada y sonrió.

—Olvidemos lo ocurrido y hablemos.

Parrell se fue calmando. Aún tenía agarrada la parte inferior del bastón. Thunstone se la quitó de entre los dedos y envainó su hoja.

—¿Sabe una cosa? —dijo Parrell con voz cansina—. Nunca había visto un sitio más raro para llevar algo con que abrirle las tripas a un hombre.

—Es un bastón espada —le explicó Thunstone con el mismo tono de voz amistoso que había usado al principio—. Tiene centenares de años de antigüedad. El hombre que me lo dio dijo que había sido fabricado por San Dunstan.

—¿Quién era ése?

—Un inglés.

—Un extranjero, ¿eh?

—San Dunstan era platero —dijo Thunstone—. La hoja de mi bastón está hecha de plata. Entre otras cosas, se cuenta que San Dunstan le retorció la nariz al diablo.

—Déjeme ver esa cosa —dijo Parrell y Thunstone desenvainó la hoja—. ¡Uh! —gruñó Parrell—. Tiene palabras grabadas en ella. No entiendo lo que pone.

El grueso dedo de Thunstone golpeó suavemente las letras grabadas en el metal.

—*Sic pereant omnes inimici tui, Domine* —leyó en voz alta—. Quiere decir: «Así perezcan todos tus enemigos, oh Señor».

—¿Son palabras de la Biblia o son palabras mágicas?

—Puede que las dos cosas —dijo Thunstone—. Y ahora, Parrell, quiero ser amigo suyo. La gente del pueblo no tiene muy buena opinión de usted.

—Tampoco la tenían de Lill —dijo Parrell en voz tan baja que Thunstone apenas si pudo oírle—. Pero yo la amaba. Montones de hombres la han amado, pero supongo que yo fui el único que la amaba cuando se murió.

—Cuéntemelo —le apremió Thunstone.

Parrell fue hacia la cabaña de troncos y Thunstone le siguió. Parrell se sentó en la entrada y removió la tierra con sus zapatones. Se examinó el dorso de la mano derecha, allí donde la hoja de plata hábilmente manejada por Thunstone había creado una minúscula herida y derramado una gota de sangre.

—Oiga, creo que si quisiera podría haberme hecho mucho daño —dijo.

—No quería hacérselo —replicó Thunstone.

Los zapatones volvieron a remover la tierra.

—Arranqué la piedra de mi umbral para hacerle una lápida a la tumba de Lill.

—Es una buena piedra.

Parrell movió la mano señalando hacia el borde del claro. Allí, a la sombra de los pinos, había un montículo de arena oscura removida hacía poco, con el tamaño y la forma de un cuerpo.

—La enterré allí —dijo—, y allí se quedará. Supongo que al final se dio cuenta de que la amaba y nada puede cambiar eso.

Una rosa de Sharon, un lirio del valle. Los ociosos del ayuntamiento habían insistido en que Lill Warran no era ningún lirio. Thunstone se acuclilló junto a Parrell.

—Oiga, creo que si habla de todo eso con alguien que quiera escucharle se sentirá mucho mejor —dijo.

—Supongo que sí.

Y Zari Parrell habló.

Después Thunstone puso por escrito lo que Parrell le había contado, considerando que era una interesantísima muestra de creencia en lo sobrenatural y, también, en una mujer muy hermosa que poseía una inmensa fuerza de voluntad.

La gente decía que Lill Warran era una bruja porque tanto su abuela como su madre lo habían sido. Decían que podía echarle una maldición a los cerdos para que enflaquecieran, y a las gallinas para que dejaran de poner huevos, y también podía hacer que los árboles cayeran sobre los hombres que los talaban. No estaban dispuestos a creer que ese tipo de cosas fueran culpa del azar. El predicador de Beaver Dam juraba que deformaba el Padrenuestro: «Padre Nuestro, que *no* estás en los cielos». Eso era una clara referencia a Satanás, que había sido arrojado a través de las Puertas de Perla, tal y como se cuenta en el libro de Isaías. No, el predicador no la había echado de la iglesia pero Lill Warran dejó de ir a ella y se rió de las personas que murmuraban a su espalda. Los viejos la odiaban, los niños le tenían miedo y las mujeres se mostraban suspicaces. ¡Pero los hombres…!

—No había ningún hombre que se le pudiera resistir —dijo Parrell—. Los consiguió prácticamente a todos. El cazador abandonaba su arma, el bebedor olvidaba su botella de whisky destilado en casa, el granjero se marchaba del campo dejando su arado en el surco… Muchas esposas derramaron lágrimas porque sus maridos no estaban en casa durante las noches: andaban detrás de Lill Warran. Y todo el mundo sabe que Nobe Filder se ahorcó porque tenía una cita con Lill y Lill no acudió a la cita, sino que se fue a bailar con Newton Henley. Y Newton acabó odiándola, pero se

puso enfermo y cuando agonizaba lo único que hacía era pronunciar su nombre.

Zari Parrell la amaba. Lill nunca le prometió nada: se limitaba a arrojarle sonrisas y alguna que otra palabra casual, como otros tantos restos de la comida arrojados a un perro. Quizá fuera lo mejor. Los amantes de Lill Warran empezaban adorándola y acababan odiándola y teniéndole miedo.

Eso, por lo menos, era una típica historia de brujas, idéntica a todas las que Thunstone había leído e investigado. Los antiguos libros de los viejos eruditos estaban repletos de pruebas sobre mujeres semejantes con terribles poderes de seducción, remontándose hasta las diosas del amor oscuro… Ishtar, Astoreth, Astarté, muchos nombres para la misma fuerza, terrible en el amor como el Dios de la Guerra lo es en la batalla. Thunstone recordó un fragmento del Poema de Gilgamesh, escrito sobre una tablilla de barro caldea hacía cinco milenios. Gilgamesh había rechazado las insinuaciones de Ishtar:

> Te enamoraste del pastor
> Que dispersaba su grano por ti,
> Y que cada día te sacrificaba una cría;
> Le fulminaste,
> Convirtiéndole en lobo…

—Eso no demostraba nada —protestó Parrell—, sólo que era enamoradiza y que resultaba muy difícil de conservar.

—¿De qué vivía? —le preguntó Thunstone—. ¿Alguna propiedad familiar?

—No, nada de eso. Era huérfana. Vivía sola…, han quemado su cabaña. La gente decía que conocía hechizos y que podía hacer que la carne se esfumara de las fresqueras para acabar en su cazuela, y que podía robar las viandas de las despensas y llevarlas a su mesa.

—He oído a gente que sospechaba todo eso de las brujas —dijo Thunstone en un tono de voz cuidadosamente comprensivo—. Es fácil convencerse de que esas historias son reales.

—Yo nunca las creí, ni tan siquiera cuando…

Parrell le contó el clímax de aquella historia extraña e increíble. Había tenido lugar hacía una semana. Guardaba relación con una bala de plata.

Pues las balas de plata son la muerte segura para los demonios, y esto era sabido por un joven llamado Taylor Howatt, el último en revolotear alrededor de aquella llama fascinante que era Lill Warran. Sus amigos le advirtieron acerca de ella, pero Taylor no quiso escucharles. ¡No, Taylor no creía en esas cosas! No hasta que oyó

rondar junto a su cabaña algo que gemía y chillaba como una bestia salvaje…, un lobo, habrían dicho los viejos, salvo que en aquellas comarcas no se veían lobos desde los lejanos días de la colonización. Y Taylor Howatt había visto fugazmente en una o dos ocasiones a la criatura bajo la luz de la luna. Era muy peluda, tenía las orejas puntiagudas y un hocico afilado, pero se sostenía sobre dos patas, al menos parte del tiempo.

—La vieja historia del hombre lobo —comentó Thunstone, pero Parrell siguió hablando.

Taylor Howatt sabía lo que debía hacer. Poseía un viejo rifle para cazar ciervos, un rifle de los que los armeros del campo llevan fabricando desde épocas tan antiguas como la guerra contra el Norte. También poseía un molde para hacer balas y fundió medio dólar de plata que convirtió en una bala. Cargó el rifle para cazar ciervos y se pasó varias noches con el oído atento para captar los aullidos. Cuando la cosa se acercó a una ventana abierta para mirar por ella Taylor distinguió su silueta achaparrada recortándose contra la luna y disparó.

Al día siguiente Lill Warran fue encontrada muerta en el sendero que llevaba a su casa: una bala le había atravesado el corazón.

Naturalmente, un delegado del sheriff se presentó a investigar. Taylor Howatt pudo afirmar que había sido un accidente. La gente había acudido a la cabaña de Lill y dijeron haber encontrado cosas muy raras. Uno de los que fueron se llevó un pedazo de tocino que dijo había estado colgando hasta hacía poco en su ahumadero. Y otro encontró un libro.

—¿Un libro? —exclamó John Thunstone rápidamente, pues en historias como la de Lill Warran los libros suelen tener mucho interés.

—Tres personas que juran haberlo visto me hablaron de él —replicó Parrell—. Yo no lo he visto, por lo que creo que no puedo opinar al respecto.

—¿Y qué le contaron esas personas acerca del libro?

—Bueno…, me dijeron que era como peludo. La tapa era oscura y peluda, como la piel de un oso negro. Y dentro había tres partes.

—La primera estaba escrita con tinta roja sobre papel blanco —dijo Thunstone—. La segunda estaba escrita con tinta negra sobre papel rojo. Y la tercera, la del papel negro, estaba escrita con…

—¡Ha estado hablando con ellos! —le acusó Parrell, medio incorporándose.

—No, aunque oí comentarios sobre el libro en el ayuntamiento. Lo único que ocurre es que ya he oído hablar antes sobre esa clase de libros. La tercera parte del libro, la del papel negro, está escrita con tinta blanca que brilla en la oscuridad, para que pueda ser leída sin luz.

—Entonces esas personas que se burlaban de mí oyeron lo mismo que ha oído contar usted sobre esos libros. Se lo inventaron todo para mortificarme.

—Puede ser —accedió Thunstone, aunque dudaba de que los habitantes de las Sandhills pudieran tener tales conocimientos sobre grimorios tan antiguos como difíciles de encontrar—. Siga.

Por lo que había oído Parrell, la primera parte del libro —la escrita con tinta roja sobre papel blanco—, sólo contenía hechizos bastante sencillos que servían para curar el reumatismo o el dolor de ojos, junto con uno o dos hechizos más interesantes relacionados con cómo conseguir el amor de alguien o cómo librarse de un amante al que ya no se deseaba. La segunda, la escrita en tinta negra sobre papel rojo, contenía el hechizo para apoderarse de la comida guardada en las despensas de los vecinos, así como otro hechizo que afirmaba ser capaz de volver invisible a quien lo utilizara, y otro más que ayudaba a construir un espejo en el que se podían ver escenas y actos muy distantes.

—¿Y la parte negra del libro? —preguntó Thunstone con mucha más calma de la que realmente sentía.

—Nadie llegó tan lejos.

—Me alegro —dijo Thunstone sintiendo una inmensa gratitud.

Él mismo se lo habría pensado dos veces y quizá más de dos antes de leer las letras brillantes que había en la negra tercera parte de un libro semejante.

—El predicador se lo llevó. Dijo que lo guardó en su escritorio y que cerró el cajón con llave. Al día siguiente el libro había desaparecido. La gente cree que ahora está en poder del mismísimo Satanás.

Y quizá no se equivocaran, pensó Thunstone, pero no llegó a decirlo en voz alta.

Cuando terminó su relato la voz de Parrell se había vuelto algo cascada. Lill Warran no tenía parientes, por lo que no había nadie que quisiera reclamar su cuerpo. Parrell acabó reclamándolo: compró un ataúd y pagó por un pedazo de tierra en el cementerio parroquial de Beaver Dam. El funeral de Lill Warran sólo contó con dos asistentes, Parrell y el ayudante de un enterrador.

—Nadie quería portarse como un auténtico cristiano, por lo que no se citó ningún versículo de la Biblia durante el entierro —le dijo Parrell a Thunstone—. Yo repetí una estrofa de una canción que me venía a la cabeza cuando pensaba en ella…, siempre me acordaba de esa canción. Decía así…

Y medio canturreó estos versos:
«El cuervo es negro, negro como el carbón,
El arrendajo es azul púrpura,
Si alguna vez me olvido de mi amor,
Que mi corazón se derrita como el rocío».

Thunstone se preguntó cuántos años tendría aquella canción.

—¿Y luego? —le preguntó.

—Ya conoce el resto. A la mañana siguiente la sacaron de su tumba y la arrojaron en mi patio. La encontré junto a mi umbral, allí donde estaba la piedra que he arrancado para hacerle una lápida. —Parrell movió la cabeza señalando la piedra—. Volví a enterrarla. Y esta mañana todo estaba igual. Yacía en el mismo sitio que la primera vez… Malditos sean todos. La enterré entre los pinos y allí se quedará, y si alguien opina otra cosa se lo discutiré con algo más que un libro de leyes. ¿Hice mal, señor?

—No —dijo Thunstone—. Siguió los dictados de su corazón.

—Gracias. Muchísimas gracias… Tenía razón, contarle todo esto ha hecho que me sienta mejor. —Parrell se puso en pie—. Voy a colocar esa lápida.

Thunstone le ayudó. El peso de la piedra puso a prueba la fortaleza de los dos hombres. Parrell la clavó en la arena a la cabecera de la tumba. Después miró hacia donde el sol se estaba hundiendo detrás de los pinos.

—Antes de que pueda marcharse de aquí ya habrá oscurecido y le será difícil encontrar el camino. Me sentiría muy honrado si quisiera pasar la noche conmigo. No puedo ofrecerle una cama muy cómoda ni una gran cena, pero si quiere…

—Gracias —dijo Thunstone, quien había estado preguntándose cómo podría arreglárselas para pasar la noche allí.

Entraron en la habitación delantera de la pequeña cabaña. El interior estaba acabado con tablones, aserrados y sin desbastar pero firmemente instalados en su sitio. Había una mesa vieja, sillas igualmente viejas, una cocina antiquísima y sartenes y cazuelas colgando de unos clavos en las paredes. Parrell le hizo una seña a Thunstone para que viniera a ver una foto clavada con chinchetas en la pared.

—Es ella —dijo.

La instantánea no era muy buena y el artista de algún estudio fotográfico barato la había retocado coloreándola, pero Thunstone pudo darse cuenta de qué clase de mujer había sido Lill Warran. La foto la mostraba de medio cuerpo y llevaba un vestido ceñido con grandes flores estampadas. Le sonreía a la cámara con aquella boca opulenta de la que tanto había oído hablar. Tenía los ojos un poco rasgados, burlones y brillantes. Su cabeza se alzaba orgullosamente sobre unos hombros soberbios. El seno que había sido atravesado por la bala de plata salida del viejo rifle de Taylor Howatt era opulento y bien moldeado.

—¿Comprende por qué la amaba? —le preguntó Parrell.

—Lo comprendo —le aseguró Thunstone.

Parrell cocinó la cena de los dos. Había pan de maíz y sirope, y un buen plato de costillas. Pese a su pena, Parrell comió abundantemente. Cuando hubieron terminado

Parrell inclinó la cabeza y murmuró una vieja bendición del campo. Salieron al patio. Parrell fue lentamente hasta la tumba de Lill Warran y clavó los ojos en ella. Thunstone se internó un poco entre los árboles, vio algo que crecía en el suelo y se inclinó para arrancarlo.

—¿Qué está recogiendo? —le preguntó Parrell.

—Unas plantas raras que he visto —respondió Thunstone, y arrancó otra.

Eran las raíces que se conocen en todo el sur con el nombre de Juan el Conquistador, una excelente protección contra toda clase de hechizos. Thunstone se llenó los bolsillos con ellas y volvió a reunirse con Parrell.

—Me alegra que haya venido, señor Thunstone —dijo Parrell. Su rostro de zarigüeya estaba iluminado por una tímida sonrisa—. Llevo dos años viviendo sin compañía, pero nunca me había sentido tan solo como durante la semana pasada.

Entraron juntos en la casa. Parrell cogió una lámpara de aceite y la encendió. Apenas lo hizo Thunstone sintió el impacto de unos ojos que le contemplaban desde el otro extremo de la habitación. Se volvió rápidamente en esa dirección y vio el rostro de Lill Warran en la pared. La sonrisa de la foto parecía burlarse de él, desafiándole y, al mismo tiempo, invitándole a que se acercara. ¿Qué había dicho aquel hombre del ayuntamiento? *Hipotecarías tu alma inmortal por un beso suyo*. Aquella foto bastó para convencer a Thunstone de que hombres mucho mejores que el pobre Zari Parrell habrían encontrado irresistible a Lill Warran.

—Le prepararé un catre —ofreció Parrell.

—No hace falta que se moleste por mí —dijo Thunstone, pero Parrell abrió un viejo y baqueteado arcón de madera y sacó de él primero un cubrecamas bordado y luego otro. Cuando los desplegó Thunstone reconoció los motivos de cada dibujo, tan antiguos como famosos. Uno era la Estrella Llameante de Kentucky, el otro Mi Auténtico Amor.

—Los hizo mi mamá —le informó Parrell.

Parrell dobló los cubrecamas hasta formar un lecho junto a la pared.

—¿Está seguro de que se encontrará bien aquí? Quizá prefiera dormir en mi cama.

—He dormido en sitios mucho más incómodos que el que me ha preparado —se apresuró a asegurarle Thunstone.

Tomaron asiento ante la mesa y hablaron. Parrell seguía pensando en su amor perdido. Hablaba continuamente de ella, con una ansiedad tal que le reveló muchas cosas. En una o dos ocasiones Thunstone incluso sospechó que intentaba ser poético.

—Cuando la miraba era como si oyera en vez de ver —dijo Parrell.

—¿Qué oía?

—Oía…, bueno, se parecía mucho al sonido de un violín, un violín tocado por un músico mejor de los que haya podido oír en su vida. Mucho mejor de lo que yo nunca

podré llegar a ser…

Thunstone había visto el viejo estuche de violín colocado en un estante de madera tallada a mano junto a la puerta de la habitación trasera que, aparentemente, era el dormitorio de Parrell, pero no había dicho nada al respecto.

—¿Por qué no toca algo ahora? —sugirió.

Parrell tragó saliva.

—¿Tocar música? ¿Con ella yaciendo ahí fuera en su tumba?

—Si pudiera enterarse creo que no protestaría. Tocar el violín le gusta, ¿verdad?

Al parecer, Parrell no necesitaba más razones. Se puso en pie, abrió el estuche y cogió el violín. Era viejo y oscuro, y Parrell lo hizo girar con dedos respetuosos y hábiles. Thunstone le miró.

—¿De dónde lo ha sacado? Me refiero al violín.

—Oh, me lo dejó mi abuelo en herencia. Yo fui el único nieto que quiso aprender a tocarlo.

—¿Y de dónde lo sacó él?

—No sé muy bien cómo decírselo… Siempre he oído contar que un hombre de fuera —quiero decir un auténtico extranjero de Europa o algún otro sitio, no meramente alguien de otra parte del país—, se lo regaló a mi abuelo o se lo cambió por algo.

Thunstone entendía un poco de violines, y juzgó que éste valía una suma de dinero cuya mera mención bastaría para sorprender a Parrell. Thunstone no mencionó ninguna suma de dinero.

—¿Por qué no toca algo? —se limitó a decir.

Parrell sonrió mostrando sus dientecillos. Apoyó el instrumento en su mejilla y empezó a tocar. Lo hacía de una forma algo errática pero vigorosa; con un poco de adiestramiento habría podido ser un violinista brillante. La música subió de tono, gimió, atronó y acabó extinguiéndose.

—Eso ha sido interesante —dijo Thunstone—. ¿Qué era?

—Oh, nada, algo que me he inventado —dijo Parrell como disculpándose—. Lo hago de vez en cuando, pero no muchas veces. La gente prefiere oír las viejas canciones…, cosas que ya conocen, como «Viajero de Arkansas» o «Fuego en las montañas». Normalmente sólo toco mi música cuando estoy solo en casa a última hora. —Parrell dejó el instrumento sobre la mesa—. Mi violín me ha hecho compañía algunas noches, cuando deseaba que Lill estuviera conmigo.

—¿Sabe por qué hay tantos violines en los pueblos de nuestro país? —le preguntó Thunstone.

—No, que yo recuerde nunca he oído hablar de eso.

—Cuando nuestro país era joven las casas de los colonos estaban muy aisladas y los bosques estaban llenos de bestias salvajes —dijo Thunstone—. Lobos, sobre todo.

—Ahora ya no es así —dijo Parrell—. Acuérdese de lo que contó Taylor Howatt acerca de haberle disparado a un lobo… Aquí no ha habido lobos desde no sé hace cuanto tiempo.

—Puede que ahora no los haya, pero en los viejos tiempos había muchos. La música del violín resultaba dolorosa para sus oídos y les mantenía alejados.

—Puede que haya mucha verdad en eso que cuenta —dijo Parrell asintiendo con la cabeza, y guardó el instrumento en su estuche—. Oiga, estoy cansado. Llevo seis noches durmiendo muy poco. Pero ahora con usted aquí, diciendo esas cosas tan llenas de sentido común… —Parrell se calló, se estiró y bostezó—. Si no le importa, creo que voy a acostarme.

—Buenas noches, Parrell —dijo Thunstone, y vio cómo su anfitrión entraba en la habitación trasera y cerraba la puerta.

Thunstone salió de la cabaña. Todo estaba en silencio. Hacía una noche llena de estrellas y la luna no tardó en salir mostrando el pálido resplandor de la mitad de su disco. Sacó de sus bolsillos las raíces de Juan el Conquistador, colocó una encima de la puerta, otra sobre la ventana delantera y fue andando alrededor de la cabaña, colocando una raíz en cada ventana. Volvió a entrar en la habitación principal, subió un poco la intensidad de la lámpara y puso una hoja de papel sobre la mesa. Sacó una pluma de su bolsillo y empezó a escribir:

Mi querido de Grandin:

Sé que sus investigaciones le han impedido acompañarme, pero me pregunto si este asunto no será más interesante e incluso más importante que el que le ha impulsado a quedarse en Nueva Jersey.

Los rumores sobre Lill Warran que le describí en la carta que le he mandado esta mañana han quedado casi totalmente confirmados. Paso a hablarle sobre los nuevos datos que he descubierto:

Fuertes pruebas del peor tipo de grimorio. Me refiero al que tiene una parte blanca, otra roja y otra negra. Dado que se le menciona en este caso, me siento inclinado a creer que existía un grimorio semejante: estas gentes del campo jamás habrían podido inventar un libro como ése basándose meramente en su imaginación. Parece ser que Lill Warran poseía una copia, que después se desvaneció de un cajón cerrado con llave. ¡Naturalmente! ¡O, mejor dicho, sobrenaturalmente!

Licantropía. Un tal Taylor Howatt estuvo lo bastante seguro de ello para fabricarse una bala de plata y usarla de forma efectiva. Le disparó a un monstruo peludo de orejas puntiagudas, y Lill Warran fue encontrada muerta. Este dato, naturalmente, sugiere el siguiente.

Nadie sabe qué persona o personas sacaron a Lill Warran de su tumba. La mayoría de los habitantes de la región se sienten más bien complacidos ante el hecho

de que a Lill Warran no se le permitiera descansar en suelo consagrado por la iglesia, y Zari Parrell, embargado por la pena, la ha enterrado en su patio con la intención de que encuentre finalmente la paz. Pero, de Grandin, supongo que usted ya habrá adivinado la verdad que ellos ni tan siquiera han sido capaces de imaginarse: si Lill Warran era una mujer lobo —y no cabe duda de que la parte negra del grimorio explicaba cómo convertirse en licántropo a voluntad—, si, como digo, Lill Warran era una mujer lobo…

Thunstone se irguió en el asiento con la pluma entre los dedos. Alguien o algo estaba moviéndose cautelosamente en la oscuridad del exterior.

Oyó un golpeteo muy suave en la pantalla que Zari Parrell había clavado sobre la ventana. Thunstone se prohibió mirar hacia allí. Se obligó a bostezar, tapándose la boca con una de sus grandes manos, y mientras bostezaba pensó en aquel gesto reflejo nacido de generaciones anteriores temerosas de que un demonio pudiera apoderarse del alma aprovechando que la boca estaba abierta. Colocó lentamente el capuchón de su pluma y la dejó sobre la carta inacabada dirigida a de Grandin. Se puso en pie, se estiró y arrojó a un lado su chaqueta de cuero. Fingió desatarse los cordones de los zapatos, pero no se los quitó. Finalmente, puso la palma de su mano sobre la lámpara de la chimenea y la apagó de un soplido. Fue hacia el catre de cubrecamas preparado por Parrell y se tumbó en él. Empezó a respirar de una forma profunda y regular. Una mano, aparentemente relajada, se encontraba a dos centímetros del bastón espada.

Sabía que el clímax estaba a punto de llegar; pero en los momentos siguientes debía actuar con la máxima calma, dando una impresión de estar dormido tan convincente que fuera capaz de engañar al observador más escéptico.

Después de haber tomado esta decisión empezó a relajar sus músculos partiendo de los dedos de los pies y siguiendo hacia arriba. Dejó que su potente mandíbula se aflojara y que sus grandes manos se fuesen abriendo. Siguió respirando de una forma lenta y regular, como si estuviera dormido. Lo más difícil fue imponerse a la desbocada carrera del corazón y el pulso, pero John Thunstone también había aprendido a hacerlo, pues la necesidad le había obligado a ello en muchas ocasiones anteriores. Logró una imitación del sueño tan completa que su mente empezó a sentir una auténtica somnolencia. Tuvo la impresión de estar flotando a escasa distancia del catre, y le pareció que su conciencia se encontraba bastante cerca de las puertas que dan al país de los sueños.

Pero sus oídos seguían aguzados al máximo para captar cualquier sonido, y la criatura desconocida del exterior seguía moviéndose cautelosamente por entre la oscuridad.

Se detuvo…, justo delante de la puerta, tal y como John Thunstone había pensado

que haría. La criatura sabía que la raíz de Juan el Conquistador estaba allí y suponía un obstáculo a su avance, pero no era un obstáculo insuperable. Sólo el acónito o el ajo habrían sido capaces de rechazar a una criatura como la que Thunstone suponía rondaba la cabaña; o, de entre lo que crecía naturalmente en aquella parte del mundo, la lila de Francia. Juan el Conquistador —Gran Juan o Pequeño Juan, como llamaban los recolectores de hierbas y plantas silvestres a sus dos variedades—, sólo «ayudaba a vencer» y no garantizaba la victoria. Lo único que podía hacer, y de eso no cabía duda, era volver más lento el avance del enemigo.

John Thunstone empezó a murmurar en voz muy baja unas palabras que le había enseñado un mago blanco en una ciudad muy lejana, palabras que eran en parte plegaria y en parte un hechizo contra los seres malignos:

—Dos ojos perversos han hecho caer su sombra sobre nosotros, pero dos ojos santos nos contemplan, los ojos de san Dunstan, quien venció al diablo y lo cubrió de oprobio. Ten cuidado, ser maligno; por dos veces te lo aviso, ser maligno; por tres veces…

Thunstone oyó sonidos procedentes de la habitación contigua. Los sonidos indicaban un hurgar lento y cauteloso. Venían de la dirección en que, como había visto antes, se encontraba la ventana del dormitorio de Zari Parrell.

Thunstone abandonó su catre rodando sobre sí mismo con el absoluto silencio que sabía mantener en tales casos, y permaneció un instante acostado de bruces en el suelo. Se apoyó en una rodilla y en las dos manos y se irguió, sujetando el bastón espada entre los dedos de una mano.

Deslizó un pie sobre los tablones sin desbastar del suelo rezando para no producir ningún crujido. Los sonidos seguían llegando a sus oídos. Dio un paso, otro más, un tercero. Llegó a la puerta de la habitación contigua.

Su mano libre buscó a tientas un picaporte. No había ninguno, sólo un pestillo hecho con un cordel. Thunstone lo levantó y la puerta se abrió en silencio.

Vio una habitación iluminada por el resplandor de la luna. La ventana mostraba el contorno de una cabeza y unos hombros que se recortaban contra los cuatro paneles de cristal. Oyó un murmullo tintineante y un panel cayó hacia el interior de la habitación, haciéndose pedazos con un leve estruendo musical al chocar con los tablones del suelo. Algo había quitado la masilla. Un brazo oscuro se deslizó por el orificio ondulando como una serpiente para llegar hasta el cierre de la ventana. Un instante después la ventana estaba abierta y algo entró por ella aterrizando en el suelo.

La luz de la luna le permitió ver mejor la silueta cuando se puso a cuatro patas y se volvió hacia la cama en que yacía Zari Parrell, tan silencioso y fláccido como si le hubieran drogado.

John Thunstone conocía aquel rostro gracias a la foto de la habitación en que había dormido. Poseía los mismos brillantes ojos rasgados y la aureola de cabellos,

que ahora no estaban recogidos sino que colgaban como un gran nubarrón de tormenta a cada lado de la cara. Y la boca de labios opulentos no sonreía, sino que temblaba como bajo los efectos de algún palpitar imposible de contener.

—Zari —murmuró la boca de Lill Warran.

Vestía una prenda blanca parecida a una túnica como la que se le pone a las muertas en esas comarcas. Sus anchas mangas en forma de ala le tapaban los brazos, pero la tela dejaba al descubierto sus lisos y blancos hombros y la hermosa curva superior de sus senos. Lill Warran seguía siendo una criatura tan impresionante y hermosa como lo había sido en vida. Su cuerpo pareció ondular flotando hacia Parrell.

—Me amas —le murmuró.

El durmiente se agitó por primera vez. Se volvió hacia ella y una mano se movió en sueños, casi como si le hiciera señas. Lill Warran se deslizó hasta llegar a la cabecera del lecho.

—¡Quédate donde estás! —exclamó John Thunstone, y entró en el dormitorio, dirigiéndose hacia la cama.

Lill Warran se detuvo con una mano sobre la manta que cubría a Parrell. Su rostro se volvió hacia Thunstone y la luz de la luna iluminó sus rasgos. Una sonrisa burlona curvaba sus labios.

—Eres lo bastante listo para haberlo adivinado casi todo sobre mí —dijo—. ¿Vas a ser lo bastante estúpido para intentar impedir lo que debe suceder?

—No le tocarás —dijo Thunstone.

Lill Warran se rió.

—No temas, puedes gritar. Esta noche tus gritos no conseguirán despertar a Zari Parrell…, no mientras yo me encuentre aquí. Me ama. Siempre me ha amado. Los demás me amaron y acabaron odiándome. Pero él me ama…, aunque cree que estoy muerta…

En su voz había una extraña y lenta rigidez, como si estuviera pronunciando frases de una obra antigua que no había tenido el tiempo suficiente para ensayar. Thunstone sabía que así debía ser.

—Te ama, de eso no cabe duda —dijo Thunstone—. Lo cual significa que te has dado cuenta de que está indefenso. Crees que su amor le ha convertido en una presa fácil. No contabas conmigo.

—¿Quién eres?

—Me llamo John Thunstone.

Lill Warran le miró fijamente y sus labios se retorcieron en una mueca. Por un instante dio la impresión de que iba a escupir.

—He oído ese nombre. ¡John Thunstone! ¿Cómo vas a impedir que acabe contigo aquí y ahora, estúpido?

Dio un paso hacia adelante apartándose de la cama. Alzó las manos, y las mangas, que parecían alas, se deslizaron por sus brazos. Curvó los dedos como si fueran garras y Thunstone vio lo largas y afiladas que eran sus uñas.

Lill Warran se rió.

—Los estúpidos tienen su propia recompensa. ¡La destrucción!

Thunstone seguía inmóvil con los pies bien separados. El bastón se encontraba delante de su cuerpo, la empuñadura en su mano derecha y los dedos de la mano izquierda rodeando la parte inferior que servía de vaina.

—Veo que tienes un palo —dijo Lill Warran—. ¿Crees que puedes hacerme huir con él como si fuera un perro?

—Eso creo.

—¡Ni tan siquiera puedes moverte, John Thunstone! —Sus manos bailaron en el aire como hacen las manos de un hipnotizador—. ¡Para mí no eres más que un juguete! Recuerdo que en tiempos oí un poema: «Érase una vez un loco…».

Se calló y de sus labios brotó una carcajada.

—¿Recuerdas el título de ese poema? —le preguntó Thunstone casi con dulzura, y ella gritó emitiendo un sonido como el que podría haber hecho el más inmenso de todos los murciélagos, y saltó sobre él.

En ese mismo instante Thunstone extrajo la larga hoja de plata de su escondite y, tan velozmente como ella, extendió su brazo en la posición del espadachín que se prepara para detener una estocada.

Lill Warran se empaló en la afilada punta de aquella hoja. Thunstone sintió cómo el metal se deslizaba suavemente en la carne de su seno. Rozó un hueso, produciendo un seco rechinar, y lo dejó atrás para seguir avanzando. El cuerpo de Lill Warran chocó con la empuñadura y durante un momento sólo un brazo de distancia le separó de ella. Sus ojos se convirtieron en dos circunferencias y abrió la boca, pero lo único que salió de ella fue un leve suspiro.

Después cayó hacia atrás, tan fláccida como un traje vacío, y cuando Thunstone sacó la hoja se derrumbó en el suelo y se quedó inmóvil con los brazos extendidos a derecha e izquierda, como si la hubieran crucificado.

Thunstone sacó un pañuelo del bolsillo de su cadera y limpió la sangre que empezaba a correr de la punta a la base del arma de plata forjada siglos antes por San Dunstan, patrono de aquellos que se enfrentan a las criaturas malignas y luchan con ellas.

La plegaria grabada en la hoja acudió a sus labios y la repitió en voz alta:

—*Sicpereant omnes inimici tui, Domine*… Así perezcan todos tus enemigos, oh, Señor.

—¿Eh? —dijo Zari Parrell con voz soñolienta, y se irguió en el lecho. Forzó sus

ojos para ver algo en la penumbra—. ¿Qué ha dicho, señor? ¿Qué ha pasado?

Thunstone fue hacia la cómoda y envainó su hoja de plata. Rascó una cerilla, le quitó la pantalla a la lámpara que había sobre la cómoda y la encendió. La cálida luz emitida por el pábilo inundó la habitación.

Parrell saltó de la cama.

—Eh, mire. La ventana está abierta…, tiene un cristal roto. ¿Quién ha hecho eso?

—Alguien desde fuera —dijo Thunstone, sin moverse de donde estaba.

Parrell se volvió y vio lo que había en el suelo.

—¡Es Lill! —exclamó con voz temblorosa—. ¡Que sus almas podridas se hundan en el infierno, han vuelto a desenterrarla y la han dejado aquí!

—No creo que hayan sido ellos —dijo Thunstone y cogió la lámpara—. Mírela bien.

Dio un par de pasos hacia adelante e hizo que la luz de la lámpara cayese sobre el cuerpo inmóvil de Lill Warran. Parrell se arrodilló junto a ella y sus manos temblorosas tocaron la mancha oscura que había en su pecho.

—¡Sangre! —balbuceó—. ¡Sangre fresca! Su herida está sangrando… ¡La metieron en la tumba pero no estaba muerta!

—No —dijo Thunstone en voz baja—. No estaba muerta. Pero ahora sí lo está.

Parrell la examinó atentamente con una expresión de dolor en el rostro.

—Tiene razón, señor. Ahora está muerta. Ya no volverá a levantarse.

—Sí, ya no volverá a levantarse —dijo Thunstone—. Y salió de la tumba por sus propios medios. Nadie la desenterró, muerta o viva.

Parrell le miró desde donde estaba arrodillado. El asombro y la incomprensión eran claramente visibles en aquel flaco rostro de nariz picuda marcado por la pena.

—Venga conmigo y lo verá —le invitó Thunstone.

Cogió la lámpara que había dejado sobre la cómoda, cruzó la habitación delantera y salió por la puerta. Parrell le siguió casi pisándole los talones.

La noche estaba muy silenciosa, con tan poca brisa que la llama de la lámpara apenas parpadeaba. Thunstone llevó a Parrell en línea recta hasta la tumba, y alzó la lámpara sobre el agujero recientemente excavado en ella.

—Mire, Parrell —le dijo Thunstone—. Esa tumba fue abierta desde el interior, no desde el exterior.

Parrell se inclinó y miró. Alzó una mano y se la pasó por su ancho y curvado entrecejo.

—Supongo que tiene razón —dijo por fin—. Parece como el agujero que hace un zorro cuando llega al final de su excavación y se abre paso…, la tierra ha sido arrojada hacia afuera desde abajo, sólo que esto es mucho más grande que el agujero de un zorro. —Parrell se irguió. La luz de la lámpara iluminaba un rostro tan amarillo como el sebo rancio—. Entonces es cierto, aunque parece absolutamente imposible.

Estaba ahí dentro, viva, y esta noche salió de la tumba.

—También salió las otras dos noches —dijo Thunstone—. No creo que pueda explicarle muy bien el por qué, pero la noche era el momento en que recobraba las fuerzas. Y cada vez venía hacia donde estaba usted…, caminando o arrastrándose hasta recorrer todo el trayecto. Y cada vez que llegaba el amanecer volvía a quedarse paralizada, sin poder moverse.

—¡Lill vino a mí!

—La amaba, ¿verdad? Por eso vino a usted.

Parrell se volvió hacia la casa.

—Y ella debía amarme mucho para llegar a salir de la tumba —murmuró—. Esta noche no tenía que recorrer tanta distancia. Si hubiera seguido viva…

Thunstone empezó a caminar hacia la casa.

—No piense en eso, Parrell. Ahora está muerta, y lo que le habría hecho si siguiera viva…, será mejor que no pensemos en eso.

Parrell guardó silencio hasta que hubieron vuelto a cruzar el umbral de la entrada. Fue hacia el cuerpo de Lill Warran, que seguía tal y como lo habían dejado. La luz de la lámpara que Thunstone llevaba en su mano permitía ver claramente su rostro.

El rostro del cadáver mostraba una expresión tranquila, la de alguien que está en paz consigo mismo y sólo siente una leve tristeza. Sí, era un rostro hermoso y dulce. Lill Warran quizá no hubiera tenido ese aspecto en vida, o durante su vida-en-la-muerte, pero ahora que estaba completamente muerta había adquirido una suave belleza dormida. Al verlo Thunstone comprendió muy bien que Parrell o cualquier otro hombre podía enamorarse de semejante rostro.

—Y vino a mí. Me amaba… —volvió a murmurar Parrell.

—Sí, le amaba —asintió Thunstone—. A su manera, le amaba… Devolvámosla a su tumba.

La sacaron de la casa y la llevaron al agujero. En el fondo de éste había un sencillo ataúd hecho con tablones de pino. La tapa estaba levantada y las correas que la sujetaban se habían roto. Thunstone y Parrell pusieron el cuerpo dentro del ataúd, enderezaron sus fláccidos miembros y bajaron la tapa.

Parrell trajo un azadón y una pala, y entre los dos llenaron la tumba de tierra y la alisaron.

—Voy a repetir esa estrofa que le recité antes —dijo Parrell.

Inclinó la cabeza y murmuró en voz baja los versos de la canción:

«El cuervo es negro, negro como el carbón,
El arrendajo es azul púrpura,

Si alguna vez me olvido de mi amor,
Que mi corazón se derrita como el rocío».

Alzó los ojos hacia Thunstone mientras las lágrimas corrían por su rostro.

—Ahora descansará en paz.

—Así es. Descansará en paz. No volverá a levantarse de la tumba.

—Oiga, ¿le importaría volver a la casa? Me quedaré aquí hasta que amanezca. Eso no le hará daño a nadie, ¿verdad?

Thunstone sonrió.

—No, claro que no. Puede quedarse. Ahora nada volverá a molestarle.

—Ni a ella tampoco.

—Ni a ella tampoco —asintió Thunstone—. Descansará en paz. Cuando se acuerde de ella, piense que le amó y que su descanso nunca más volverá a ser interrumpido.

Thunstone volvió a la casa, cogió la lámpara y la llevó a la mesa donde había dejado su carta inacabada a de Grandin. Sacó la pluma y siguió escribiendo:

He sido interrumpido por acontecimientos que han hecho que esta aventura tuviera un buen fin. Puede que espere a verle de nuevo antes de contarle esta parte de lo ocurrido.

Aun así, para terminar mis observaciones anteriores:

Si Lill Warran era una mujer lobo y murió en su forma licantrópica, es lógico que se convirtiera en vampiro después de su muerte. Puede leer descripciones de casos semejantes en los libros de Montague Summers, así como en la obra de su compatriota Cyprien Robert.

Y una vez convertida en vampira era lógico que acudiera a la única persona viva cuyo corazón seguía vuelto hacia ella, y así lo hizo, queriendo ofrecerle la burda parodia del afecto propia de los vampiros.

Sospechaba algo parecido desde que la historia de Lill Warran llegó a mi conocimiento, por lo que traje conmigo la hoja de plata forjada por San Dunstan para semejantes batallas, y esa hoja fue el arma de mi victoria.

Terminó la carta y dobló la hoja. Fuera la luna iluminaba con su resplandor una noche tan silenciosa y tranquila que parecía imposible que ninguna criatura maligna se moviera en ella.

FRITZ LEIBER

La chica de los ojos hambrientos

De acuerdo, le explicaré por qué la Chica me pone la piel de gallina. Le explicaré por qué no puedo ir al centro y ver cómo a la multitud se le cae la baba ante la torre donde está su efigie, con esa botella de refresco, ese paquete de cigarrillos o lo que sea que tenga al lado; la razón de que ya no pueda soportar echarles ni un vistazo a las revistas porque sé que ella aparecerá en alguna página luciendo un sostén o metida en un baño de espuma…, por qué no me gusta pensar que millones de norteamericanos absorben ávidamente esa media sonrisa ponzoñosa. Es toda una historia…, más de lo que se espera.

No, no es que haya sufrido un repentino ataque de indignación ante los males de la publicidad y la obsesión nacional por las chicas guapas y seductoras. Eso sería más bien risible en un hombre dedicado a mi profesión, ¿verdad? Aunque, de todas formas, creo que estará de acuerdo conmigo en que hay algo levemente perverso en el hecho de que el sexo sea empleado de esa forma… Claro que a mí no me importa, y ya sé que hemos tenido la Cara, el Cuerpo, la Mirada y muchas cosas más, así que, ¿por qué no íbamos a acabar teniendo a alguien que poseyera todo eso resumiéndolo de una forma tan completa que no nos ha quedado más remedio que llamarla la Chica y colocar su efigie en todas las vallas publicitarias que hay desde Times Square hasta Telegraph Hill?

Pero la Chica no se parece a ninguna de las que la han precedido. Lo suyo no es algo natural. Es morboso. Es…, algo maligno.

Oh, sí, claro, ya sé que estamos en 1948 y el tipo de cosas a que estoy haciendo alusión desapareció con los tiempos de la brujería, ¿verdad? Pero, verá, cuando se llega más allá de cierto punto no me siento demasiado seguro de a qué estoy haciendo alusión… Hay vampiros y vampiros y no todos chupan sangre.

Y tampoco debemos olvidar los crímenes, si es que fueron crímenes.

Dejemos aparte todo eso. Permita que le haga una pregunta: si Norteamérica está tan obsesionada con la Chica, ¿por qué no sabemos más de ella? ¿Por qué nunca ha merecido el honor de aparecer en una portada de *Time* con una biografía incluida dentro? ¿Cómo es que ni *Life* ni el *Post* le han dedicado un solo artículo? O un perfil en el *New Yorker*… ¿Cómo es que *Charm o Mademoiselle* no nos han contado la saga de su carrera? ¿Cómo dice? ¿Que todavía no están preparados para eso? ¡Tonterías!

¿Por qué no ha hecho ninguna película? ¿Por qué no ha aparecido en *Information, Please*? ¿Por qué no la vemos besando a los candidatos en los actos políticos? ¿Por qué no la han escogido reina de cualquier porquería en alguna convención?

¿Por qué no leemos nada sobre sus gustos y aficiones o sus opiniones acerca de la situación rusa? ¿Cómo es que los columnistas no la han entrevistado vestida con un kimono en el último piso del hotel más alto de Manhattan para decirnos con qué hombres sale?

Finalmente, y ésta es la pregunta más importante de todas, ¿por qué nunca ha sido dibujada o pintada?

Oh, no, se lo aseguro. Si tuviera algunos conocimientos sobre arte comercial ya lo sabría. Todas y cada una de esas imágenes suyas han sido hechas a partir de fotos. ¿Que son excelentes? Pues claro que lo son. Tienen a los mejores artistas para que se ocupen de eso. Pero así es como se hace, ¿entiende?

Y ahora voy a explicarle cuál es el *por qué* de todo eso a que me he referido antes. Es porque en todo el mundo de la publicidad, de las noticias y los negocios no hay ni una sola persona que sepa de dónde salió la Chica, dónde vive, qué hace, quién es y ni tan siquiera cuál es su nombre…

Sí, me ha oído bien. Más aún, nadie llega a *verla* nunca…, salvo un pobre fotógrafo que está consiguiendo ganar más dinero con ella del que jamás tuvo esperanzas de ganar en toda su vida y que se pasa cada minuto del día sintiéndose terriblemente asustado y confuso.

No, no tengo ni la más leve idea de quién es ese fotógrafo o de dónde cae su estudio. Pero sé que ese hombre debe existir y tengo la más absoluta certeza moral de que siente justo lo que le he *dicho*.

Cierto, si lo intentara quizá lograse encontrarla. Pero no estoy muy seguro…, a estas alturas lo más probable es que ya tenga otros medios de protección. Además, no quiero intentarlo.

Oh, así que según usted estoy como una cabra, ¿eh? ¿Esta clase de cosas no pueden ocurrir en este Año de nuestro Átomo 1948? ¿Nadie puede mantenerse oculto para siempre, ni tan siquiera la Garbo?

Bueno, da la casualidad de que yo sé cómo puede hacerse porque el año pasado fui ese pobre fotógrafo del que le estaba hablando hace unos momentos. Sí, el año pasado, en 1947, cuando la Chica armó su primer gran revuelo en esta inmensa y provinciana ciudad nuestra…

Sí, ya sé que usted no estaba aquí el año pasado y que no está enterado de eso. Incluso la Chica tuvo que empezar poco a poco, ¿no le parece? Pero si se dedica a hurgar en los archivos de los periódicos locales encontrará algunos anuncios y quizá pueda mostrarle parte del material antiguo…, creo que Lovelybelt aún utiliza una de las fotos. Yo tenía una auténtica montaña de fotos suyas pero acabé quemándolas

todas.

Sí, claro que saqué una buena tajada de ella. Nada comparable con lo que debe estar ganando ese otro fotógrafo, pero aun así gané lo suficiente para pagar este whisky que bebo. La Chica tenía una actitud muy extraña hacia el dinero. Ya le hablaré de eso más adelante.

Pero antes imagínese cómo era yo en 1947. Tenía un estudio situado en el cuarto piso de esa ratonera llamada Edificio Hauser, el que está pegadito al Parque Ardleigh.

Estuve trabajando en los estudios Marsh-Mason hasta que me harté y decidí probar suerte en solitario. El Edificio Hauser era un auténtico desastre —nunca olvidaré cómo crujían aquellas escaleras—, pero los alquileres eran baratos y había una claraboya que daba luz natural.

El negocio andaba fatal. Recorrí todo el circuito de anunciantes y agencias publicitarias y hubo algunas que hasta parecieron interesarse un poco por mí, pero no conseguí cerrar ningún trato. Apenas tenía dinero. Llevaba algún tiempo sin pagar el alquiler. Diablos, si ni tan siquiera tenía el dinero suficiente para salir con una chica…

Hacía una de esas tardes grises y oscuras. El edificio estaba terriblemente silencioso: había una gran escasez de viviendas, pero aun así apenas habían conseguido alquilar la mitad del Hauser. Acababa de revelar unas fotos que pensaba ofrecerle a Fajas Lovelybelt y a Piscinas y Juegos Bruford: esas últimas eran una escena de playa trucada. Mi modelo ya se había marchado. Una tal señorita León… Era profesora en una escuela secundaria y de vez en cuando también hacía algún trabajito de modelo para mí, aunque no tenía que pagarle nada a menos que consiguiera vender las fotos. Les eché un vistazo y decidí que la señorita León probablemente no fuese lo que Lovelybelt andaba buscando: lo más probable era que mis fotos tampoco encajaran en sus proyectos. Pensé que lo mejor sería dar por terminado el día.

Y entonces oí la puerta de la calle, cuatro pisos más abajo; ella entró en el edificio y el eco de unos pasos resonó por las escaleras.

Vestía un traje negro de tela barata. Calzaba unos zapatos negros, no llevaba medias y, dejando aparte el abrigo gris que sostenía sobre uno de ellos, sus flacos brazos estaban desnudos. Tiene los brazos bastante flacos, ¿se ha dado cuenta? Aunque puede que a estas alturas ya hayan perdido la capacidad de fijarse en ese tipo de cosas…

Y vi ese cuello delgado, ese rostro levemente enflaquecido, casi austero, vi la cascada de cabello oscuro y asomando por debajo de ella los ojos más hambrientos del mundo.

Ésa es la auténtica razón de que su efigie esté esparcida por todo el país ¿sabe? Esos ojos… No contienen nada vulgar, pero te miran con un hambre que es toda sexo

y algo más, algo distinto al sexo. Eso es lo que todo el mundo ha andado buscando desde el Año Uno…, algo más que sexo.

Bueno, amigo, ahí estaba yo con la Chica en un despacho que estaba empezando a llenarse de sombras y en un edificio casi vacío. Una situación que estoy seguro un millón de varones norteamericanos se han imaginado con una considerable variedad de pequeños detalles salaces… ¿Que qué sentía? Estaba asustado.

Ya sé que el sexo puede dar miedo. Ese frío palpitar de tu corazón cuando estás a solas con una chica y te das cuenta de que vas a tocarla… Pero si esto era sexo se trataba de sexo recubierto por algo más, algo distinto.

Al menos en aquellos momentos yo no estaba pensando en el sexo.

Recuerdo que di un paso hacia atrás y que la mano empezó a temblarme de tal forma que las fotos que había estado examinando cayeron al suelo.

Sentí un mareo casi imperceptible, como si algo estuviera saliendo de mi cuerpo…, sólo un poquito, entiéndame.

Y eso fue todo. Después ella abrió la boca y todo volvió a la normalidad durante un tiempo.

—Veo que es usted fotógrafo, señor —me dijo—. ¿Tendría trabajo para una modelo?

Por su voz no me pareció que fuese demasiado refinada.

—Lo dudo mucho —respondí agachándome a recoger las fotos. Compréndalo, no me había impresionado… Aún me faltaba mucho para captar las posibilidades comerciales que había en sus ojos—. ¿Qué ha hecho hasta ahora?

Bueno, me contó una historia bastante vaga, así que me dediqué a comprobar hasta dónde llegaban sus conocimientos sobre las agencias de modelos, los estudios, las tarifas y todo ese tipo de cosas, y no necesité mucho tiempo para hacerme una idea al respecto.

—Oiga, usted no ha posado para un fotógrafo en toda su vida. Este es el primer estudio fotográfico que pisa, ¿verdad?

Admitió que así era, más o menos.

Durante toda nuestra conversación tuve la impresión de que se movía y hablaba con cierta vacilación, como hacemos todos cuando nos encontramos en un lugar desconocido. No es que se sintiera poco segura de sí misma o que mi presencia la pusiera nerviosa…, no, era sólo la situación en general, nada más.

—¿Y cree que cualquiera puede hacer de modelo? —le pregunté mirándola con expresión compasiva.

—Claro —dijo ella.

—Mire —le expliqué—, un fotógrafo profesional puede malgastar toda una docena de negativos intentando conseguir una sola foto donde una mujer corriente parezca tener un aspecto medio humano. ¿Cuántos cree que necesitará malgastar

antes de que pueda conseguir una instantánea donde esa mujer esté realmente atractiva?

—Creo que puedo trabajar como modelo —dijo ella.

Bueno, tendría que haberla echado a patadas de mi estudio en ese mismo instante… No sé, quizá sentí una cierta admiración ante la frialdad con que pregonaba sus modestos atractivos. Quizá me dejé conmover por esa delgadez suya y ese aspecto de no comer lo suficiente… Lo más probable es que estuviera irritado porque nadie quería mis fotos y tuviera ganas de desahogarme con ella dándole una buena lección.

—De acuerdo, voy a hacerle una prueba —le dije—. Voy a sacarle un par de fotos, pero quiero que tenga bien claro que esto sólo es una prueba. Si alguien llega a querer utilizar una foto suya, para lo que hay aproximadamente una probabilidad entre dos millones, le pagaré las tarifas habituales por su tiempo. De lo contrario, no le pagaré ni un solo centavo.

Me sonrió. Fue su primera sonrisa.

—Por mí estupendo —dijo.

Bueno, le saqué tres o cuatro fotos (primeros planos de su rostro, porque el vestido que llevaba me parecía bastante feo) y he de reconocer que al menos supo aguantar bien mis sarcasmos. Después recordé que seguía teniendo a mano las muestras de Lovelybelt y supongo que todavía debía sentirme bastante irritado, porque le alargué una faja y le dije que fuera detrás del biombo y se la pusiera y ella lo hizo sin ruborizarse, aunque me había imaginado que se pondría roja como un tomate, y dado que habíamos llegado tan lejos supuse que tanto daba, que bien podía repetir la escena de la playa…, y eso fue todo.

Durante todo ese tiempo no sentí nada de particular salvo que de vez en cuando volvía a sufrir uno de esos leves ataques de mareo y me pregunté si tendría algún problema de estómago, o si habría sido un poco más descuidado que de costumbre al manejar mis productos químicos.

Aun así…, bueno, creo que en el fondo seguía estando tan nervioso y asustado como al principio, ¿me comprende?

Le arrojé una tarjeta y un lápiz.

—Escriba ahí su nombre, su dirección y su número de teléfono —le dije, y fui hacia el cuarto oscuro.

Se marchó unos minutos después. No me despedí de ella. Estaba molesto porque había obedecido todas mis órdenes sin rechistar ni ponerme pegas, y no parecía sentir ni la más mínima preocupación por cómo saldrían las fotos. Ni tan siquiera me había dado las gracias, dejando aparte esa sonrisa…

Acabé de revelar los negativos, saqué algunas copias, les eché un vistazo y decidí que eran casi tan buenas como las de la señorita León. Me dejé guiar por un impulso

y las puse junto a las otras fotos que pensaba llevar conmigo a la mañana siguiente cuando hiciera mi nueva ronda por los estudios.

A esas alturas ya había trabajado lo suficiente para estar un poco cansado y nervioso, pero no me atrevía a gastar el dinero que me costaría el licor necesario para remediar ese problema. No tenía mucha hambre. No estoy seguro, pero creo que me fui al cine.

No pensé ni una sola vez en la Chica, excepto para preguntarme sin mucho interés porqué no le había hecho ni la más leve insinuación, dado que por aquel entonces no había ninguna mujer en mi vida. Me había dado la impresión de que pertenecía a…, bueno, digamos que a un estrato social más accesible y abierto que el de la señorita León. Pero, naturalmente, había muchísimas razones que podían explicar perfectamente el que no me hubiera insinuado.

A la mañana siguiente hice la ronda de costumbre. Mi primera parada fue en la Cervecería Munsch. Estaban buscando una «Chica Munsch». Papá Munsch sentía un cierto afecto hacia mí, aunque mis fotos le parecían horrorosas y creo que no se equivocaba: tenía una especie de talento natural para juzgar ese tipo de cosas. Si hubiera vivido cincuenta años antes Papá Munsch podría haber sido uno de los tipos que crearon Hollywood partiendo de la nada.

Le encontré en la fábrica dedicado a su ocupación favorita. Dejó la jarra de cerveza sobre una mesa, se pasó la lengua por los labios, me soltó no sé qué tecnicismo referente a la espuma, se limpió sus gordas manos en el inmenso delantal que llevaba y cogió mi delgado fajo de fotos.

Dio con su foto después de haber repasado la mitad del fajo, haciendo muchos ruiditos con la lengua y los dientes. Me habría dado de bofetadas. ¿Qué me había impulsado a meter su foto en el fajo?

—Es ella —me dijo—. La foto no es gran cosa, pero la chica…, es ella.

Y eso lo decidió todo. Ahora me pregunto por qué papá Munsch captó lo que tenía la chica nada más verla cuando yo no me había dado cuenta de nada. Creo que es porque la vi por primera vez en carne y hueso, aunque no sé si ésas son las palabras más adecuadas.

En aquel momento lo único que sentí fue una cierta debilidad, como si estuviera a punto de perder el conocimiento.

—¿Quién es? —me preguntó.

—Una de mis nuevas modelos.

Intenté que mi voz sonara lo más tranquila posible.

—Tráigala a la fábrica mañana por la mañana —me dijo—, y venga con su equipo. La fotografiaremos aquí. Quiero enseñarle unas cuantas cosas… Vamos, vamos, no ponga tan mala cara —añadió—. Tómese un poco de cerveza.

Bueno, me marché de allí diciéndome que no había sido más que una casualidad,

que probablemente mañana ella lo mandaría todo a rodar con su inexperiencia…, ese tipo de cosas, ya me entiende.

Aun así, cuando dejé reverentemente mi siguiente fajo de fotos junto al secante de color rosa que había sobre la mesa del señor Fitch de Lovelybelt, su foto estaba la primera de todas.

El señor Fitch hizo todos los gestos que se esperan de un crítico de arte. Se reclinó en el asiento, entrecerró los ojos, formó un puente con sus largos y flacos dedos y dijo:

—Hmmmm. ¿Qué opina, señorita Willow? Venga aquí, mírela a esta luz. Naturalmente, la foto no muestra bien el corte del modelo. Y quizá deberíamos usar el Diablillo Lovelybelt, en vez del Ángel… Aun así, no cabe duda de que la chica… Acérquese, Binns. —Más agitar de dedos—. Quiero la reacción de un hombre casado.

No logró ocultar el hecho de que la chica le había dejado fascinado.

Y en Piscinas y Juegos Bruford ocurrió exactamente lo mismo, dejando aparte el que Da Costa ni tan siquiera necesitó el visto bueno de un hombre casado.

—Menudo bombón —dijo chupándose los labios—. ¡Oh, chico, ustedes los fotógrafos sí que tienen suerte!

Volví a toda prisa al despacho y cogí la tarjeta que le había entregado para que anotara su nombre y su dirección.

Y vi que estaba en blanco.

No me importa confesarle que los cinco días siguientes fueron los peores por los que jamás he pasado, aunque ese «peor» no se salió de lo corriente. A la mañana siguiente no había logrado ponerme en contacto con ella, claro está, y tuve que empezar a buscar alguna forma de ganar tiempo.

—Se ha puesto enferma —le dije a papá Munsch por teléfono.

—¿Está en el hospital? —me preguntó.

—Oh, no, no es nada tan serio —le dije.

—Bueno, pues entonces tráigala aquí. ¿Qué importa un pequeño dolor de cabeza?

—Lo siento, no puedo.

Papá Munsch empezó a ponerse suspicaz.

—Oiga, ¿tiene realmente a esa chica trabajando de modelo para usted?

—Pues claro que sí.

—Bueno, no sé… Si no fuera porque reconocí su pésimo estilo fotográfico habría jurado que era alguna modelo de Nueva York.

Me reí.

—Bueno, mire… Tráigala aquí mañana por la mañana, ¿entendido?

—Lo intentaré.

—Nada de que lo intentará. Tráigala aquí.

Nunca llegó a saber lo que me esforcé por conseguirlo. Visité todas las agencias de modelos y agencias de empleo. Hice un poco de labor detectivesca en los estudios de arte y fotografía. Gasté parte de mis últimas monedas poniendo anuncios en los tres periódicos de la ciudad. Examiné anuarios de la escuela secundaria y fotos de empleadas en las casas de música. Recorrí montones de restaurantes y drugstores fijándome en las camareras y montones de tiendas y almacenes fijándome en las dependientas. Observé a las multitudes que salían de los cines. Vagué sin rumbo por las calles.

Por las noches me pasaba un rato recorriendo la calle de los ligues. No sé por qué, pero me parecía que era el lugar más adecuado para ella.

Al final de la quinta tarde comprendí que no conseguiría encontrarla.

El último plazo de papá Munsch —ya me había dado varios, pero éste era el definitivo—, expiraría a las seis. El señor Fitch ya había dejado de interesarse por ella.

Estaba de pie ante la ventana del estudio, contemplando el Parque Ardleigh.

Ella entró en la habitación.

Había repasado mentalmente ese instante tantas veces que no me costó nada actuar de una forma casi instintiva. Ni tan siquiera la leve sensación de mareo logró ponerme nervioso.

—Hola —dije, casi sin mirarla.

—Hola —dijo ella.

—¿Qué, aún sigue teniendo ganas de intentarlo?

—Sí.

Habló en un tono de voz que no sonaba ni inquieto ni desafiante. Era una simple afirmación, nada más.

Le eché un vistazo a mi reloj y me levanté.

—Mire, voy a darle una oportunidad —le dije secamente—. Un cliente mío anda buscando una chica como usted. Haga un buen trabajo y quizá conseguirá acabar convirtiéndose en modelo. Si nos damos prisa aún podremos verle esta tarde —le dije. Recogí mis cosas—. Vamos. Y si espera que la gente le haga favores la próxima vez no olvide anotar su número de teléfono.

—No —dijo sin moverse.

—¿Qué quiere decir con eso? —le pregunté.

—Que no voy a ver a ningún cliente suyo.

—Pero qué diablos… Claro que le verá —dije yo—. Oiga, pequeña chiflada, le estoy ofreciendo una oportunidad, ¿comprende?

Meneó la cabeza.

—No me engañas, cariño, no me has engañado ni un solo segundo… Me *necesitan*. —Y me obsequió con la segunda sonrisa.

Entonces pensé que debía haber visto mis anuncios del periódico. Ahora ya no estoy tan seguro.

—Y ahora escúchame bien porque voy a explicarte cómo trabajaremos —siguió diciendo—. No sabrás mi nombre, mi dirección o mi número de teléfono. Nadie va a saberlos. Y haremos todas las fotos aquí mismo. Sólo tú y yo, sin nadie más.

Ya puede imaginarse el jaleo que armé, ¿no? Lo probé todo: la ira, el sarcasmo, las explicaciones dadas con mucha paciencia, fingir que iba a volverme loco, amenazar, suplicar…

Le habría partido la cara a bofetadas, pero yo era fotógrafo y en mi caso eso habría sido un auténtico pecado mortal.

Al final lo único que pude hacer fue llamar por teléfono a papá Munsch y explicarle cuáles eran sus condiciones. Sé que no tenía ni una sola posibilidad de salir bien librado, pero no me quedaba más remedio: tenía que hacerlo.

Papá Munsch se enfadó muchísimo. Gritó, dijo «no» varias veces y acabó colgando.

Ella no se dejó impresionar.

—Empezaremos la sesión de fotos a las diez —me dijo.

Muy típico de ella: usar esa frase estúpida de las revistas de cine…

Papá Munsch me llamó hacia medianoche.

—No sé en qué asilo de lunáticos habrá encontrado a esa chica —me dijo—, pero quiero sus fotos. Venga mañana por la mañana y trataré de meterle en la cabezota cómo deseo que las haga. ¡Y me alegra haberle hecho levantar de la cama!

Después de aquello todo fue como una seda. Hasta el señor Fitch cambió de parecer y después de pasarse dos días enteros diciéndome que era imposible también aceptó las condiciones.

Naturalmente ahora todos ustedes se encuentran bajo el hechizo de la Chica, así que no puede comprender el terrible sacrificio que llevó a cabo el señor Fitch cuando renunció a supervisar las fotos de mi modelo llevando el Diablillo Lovelybelt, o la Zorra Lovelybelt o el maldito modelo que acabamos utilizando, no recuerdo cuál fue…

A la mañana siguiente la chica se presentó a la hora convenida y empezamos a trabajar. Tengo que admitir una cosa: nunca se cansaba y nunca me ponía pegas a la hora de repetir las fotos. No tuve ningún problema con ella, aunque seguía experimentando esa misma sensación de estar perdiendo algo indefinible, como si me lo quitaran de una forma muy suave… Puede que usted también lo haya sentido un poquito al mirar una foto suya.

Cuando terminamos descubrí que aún había más reglas. Debía ser media tarde. Me dispuse a bajar con ella para comer un bocadillo y tomarme un café.

—No —me dijo—. Bajaré sola. Y oye, cariño, si alguna vez intentas seguirme, si

llegas a asomar la cabeza por esa ventana cuando me vaya…, ya puedes irte buscando otra modelo.

Ya se imaginará que esas locuras suyas me pusieron de bastante mal humor…, e hicieron que mi cabeza empezara a funcionar a toda velocidad. Recuerdo que abrí la ventana después de que se hubo marchado —confieso que antes esperé unos minutos —, y me quedé de pie delante de ella respirando un poco de aire fresco mientras intentaba imaginarme qué podía haber detrás de todo aquello, si estaba escondiéndose de la policía o si era la hija de algún ricachón arruinado, o si se le habría metido en la cabeza que todas esas tonterías la hacían resultar más interesante…, o si (y eso era lo más probable), todo se reducía al simple hecho de que papá Munsch estaba en lo cierto y le faltaba un tornillo.

Pero tenía que terminar las fotos.

Cuando pienso en lo ocurrido me asombra la rapidez con que su magia empezó a conquistar la ciudad después de aquello, y cuando recuerdo lo que sucedió después me asusta pensar en lo que le está pasando al país…, y puede que al mundo entero. Ayer leí un comentario en la revista *Time*: decían que la imagen de la Chica ya ha aparecido en las vallas publicitarias de Egipto.

El resto de mi historia le ayudará a comprender por qué siento ese temor. Pero también tengo una teoría que ayuda a explicarlo, aunque es una de las cosas que se encuentran más allá de ese «cierto punto». Es una teoría sobre la Chica. Voy a resumírsela en pocas palabras.

Usted ya debe saber que la publicidad moderna hace que la mente del público vaya en la misma dirección: todos quieren lo mismo, todos se imaginan lo mismo… Y ya sabe que hoy en día los psicólogos ya no sienten tanto escepticismo hacia la telepatía como antes, ¿verdad?

Ahora, sume las dos ideas. Imagínese que los deseos de millones de personas se concentran en alguien que posee el don de la telepatía. Digamos que esa persona es una chica, y que esos deseos la moldean a su imagen y semejanza.

Suponga lo que sería para ella el conocer los apetitos más ocultos de millones de hombres. Imagínesela siendo capaz de comprenderlos y captarlos de una forma mucho más profunda que las personas que los experimentan, viendo el odio y el deseo de muerte que se oculta detrás de la lujuria… Imagínesela moldeándose a sí misma para adoptar esa apariencia, manteniéndose tan altiva y distante como si estuviera hecha de mármol. Y, aun así, imagínese el hambre que podría sentir en respuesta al hambre de esos millones de personas…

Pero eso es alejarse mucho de los hechos de mi historia, y algunos de esos hechos son condenadamente sólidos. El dinero, por ejemplo… Ganamos muchísimo dinero.

Eso es lo que iba a contarle antes, y resulta bastante extraño. Temía que la Chica se aprovechara de mí. Después de todo, me tenía realmente atado de pies y manos,

¿comprende?

Pero se conformó con las tarifas habituales. Acabé discutiendo con ella y logré que aceptara más dinero…, montones de dinero. Pero ella siempre lo cogía con esa misma expresión despectiva, como si fuera a tirarlo por la primera alcantarilla en cuanto hubiera salido de mi estudio.

Quizá lo hacía.

Bueno, el caso es que ahora tenía dinero. Por primera vez en meses tenía el dinero suficiente para emborracharme, comprar ropa nueva y coger todos los taxis que quisiera. Podía hacerle la corte a cualquier chica que me gustara. Me bastaba con escoger.

Y, naturalmente, tuve que escoger a…

Pero antes deje que le hable de papá Munsch.

Papá Munsch no fue el primero que intentó conocer a mi modelo, pero creo que fue el primero que se volvió realmente loco por ella. Yo podía ver el cambio de expresión en sus ojos cada vez que examinaba sus fotos. Sus pupilas empezaron a brillar con una luz sentimental, casi reverente. Mamá Munsch había muerto hacía dos años.

Oh, debo reconocer que lo planeó todo de una forma muy hábil. Logró sonsacarme un poco de información que le sirvió para enterarse de cuándo venía a trabajar, y una mañana subió corriendo por las escaleras unos minutos antes de la hora en que debía presentarse.

—Dave, necesito verla —me dijo.

Discutí con él, intenté bromear, le expliqué que no sabía hasta qué punto se tomaba en serio todas aquellas locuras suyas… Le dije que iba a acabar con nuestra gallina de los huevos de oro particular. Hasta hubo un momento en que me sorprendí a mí mismo gritándole a pleno pulmón.

Pero no reaccionó a nada de eso de su manera habitual. Lo único que hizo fue repetir una y otra vez: «Pero, Dave, necesito verla…».

Oí el ruido de la puerta de la calle.

—Es ella —dije bajando la voz—. Venga, tiene que marcharse de aquí ahora mismo.

No quiso, así que acabé metiéndole a empujones en el cuarto oscuro.

—Y no haga ruido —murmuré—. Le diré que hoy no puedo trabajar.

Sabía que intentaría verla y que lo más probable era que acabara saliendo en tromba del cuarto oscuro, pero no podía hacer otra cosa, ¿comprende?

Las pisadas llegaron al cuarto piso, pero la Chica no llamó a la puerta. Empecé a ponerme bastante nervioso.

—¡Saca de ahí a ese imbécil! —gritó de repente desde el otro lado del panel de madera. La verdad es que cuando digo que gritó exagero bastante: usó su tono de voz

normal, como si lo que decía no tuviera ni la más mínima importancia—. Voy a subir hasta el otro descansillo —añadió—, y si ese imbécil barrigudo no baja ahora mismo por las escaleras y se larga a la calle la única foto mía que conseguirá en el futuro será un primer plano de mi cara escupiendo en su cerveza.

Papá Munsch salió del cuarto oscuro. Estaba muy pálido. Se marchó del estudio sin mirarme. Nunca volvió a contemplar sus fotos delante de mí.

Eso es lo que le ocurrió a papá Munsch. Ahora voy a hablarle de lo que me ocurrió a mí. Hablé del tema con ella, hice alguna que otra alusión y acabé probando suerte.

Me apartó la mano como si fuera un trapo mojado.

—No, cariño —dijo—. Estamos en horas de trabajo.

—Pero después… —insistí yo.

—Las reglas siguen en pie.

Y conseguí la que creo fue su quinta sonrisa.

Puede que le resulte difícil de creer, pero se mantuvo fiel a esas locas normas suyas. Nuestro trabajo era muy importante, lo adoraba y no debía haber nada que la distrajera de él, por lo que cuando estábamos en el estudio no podía ni ponerle la mano encima. Y tampoco podía verla en ningún otro sitio, porque si lo intentaba jamás volvería a sacarle otra foto…, y cada vez ganaba más dinero y ni por un momento llegué a cometer la estupidez de imaginarme que mis capacidades como fotógrafo tuvieran algo que ver con todo aquello.

Naturalmente, no habría sido humano si no hubiera vuelto a intentarlo, pero todas mis insinuaciones y avances fueron respondidos con el mismo tratamiento «trapo húmedo» del que le he hablado antes y no hubo más sonrisas.

Cambié. Fue como si me volviera loco, como si la cabeza estuviera dándome vueltas continuamente…, pero había momentos en que tenía la sensación de que me iba a estallar. Y empecé a hablar con ella. Continuamente. Le hablaba de mí, ¿entiende?

Era como encontrarse en un estado constante de delirio que no interfería con mi trabajo. Ya no prestaba ninguna atención a los mareos. Habían llegado a parecerme totalmente naturales.

Me daba la vuelta y por un instante el foco me parecía una lámina de acero al rojo blanco, o las sombras me parecían ejércitos de mariposas, o la cámara se convertía en una inmensa vagoneta cargada de carbón. Pero un segundo después todo había vuelto a la normalidad.

Creo que había momentos en que le tenía un miedo terrible. Me parecía que era la persona más extraña y horrible de todo el mundo. Pero también había otros momentos en que…

Y le hablaba. No importaba lo que estuviese haciendo —iluminarla, hacerle

adoptar una pose, ocuparme del equipo, sacar la foto—, o dónde estuviera ella —sobre la plataforma, detrás del biombo, descansando unos minutos con una revista en las manos—, yo le hablaba y le hablaba sin parar.

Se lo conté todo sobre mí. Le hablé de mi primera chica. Le hablé de la bicicleta de mi hermano Bob. Le hablé de que me había metido de polizón en un tren de carga y de la paliza que me dio papá cuando volví a casa. Le hablé de mi viaje a Sudamérica y de lo azul que estaba el cielo al anochecer.

Le hablé de Betty. Le hablé de mi madre, que había muerto de cáncer. Le hablé de aquella vez en que me dieron una paliza en un callejón, detrás de un bar. Le hablé de Mildred. Le hablé de la primera foto que vendí. Le hablé de Chicago y de qué aspecto tenía vista desde un velero. Le hablé de la borrachera más prolongada que he pillado en mi vida. Le hablé de Marsh-Mason. Le hablé de Gwen. Le hablé de cómo conocí a papá Munsch. Le conté cómo la había perseguido. Le conté todo lo que sentía en aquellos momentos.

La Chica nunca prestaba ni la más mínima atención a lo que le decía. Ni tan siquiera estoy seguro de que llegara a oírme.

Cuando estábamos empezando a abrirnos paso en las revistas de circulación nacional decidí seguirla hasta su casa.

No, espere, creo que puedo precisar todavía mejor cuándo tomé esa decisión… Algo que recordará de los periódicos…, esas muertes de que le hablé, las que quizá fueran asesinatos. Creo que hubo seis casos.

Uso la palabra «quizá» porque la policía jamás pudo tener la seguridad de que no fueran ataques cardíacos. Pero el que personas cuyos corazones estaban perfectamente sufran ataques cardíacos es algo que provoca ciertas sospechas, y el que los ataques siempre ocurran de noche, cuando esas personas están fuera de casa y no se sabe muy bien qué andaban haciendo…

Las seis muertes crearon uno de esos pánicos colectivos: todo el mundo tenía miedo del «envenenador misterioso». Después hubo la sensación de que las muertes no habían cesado, pero ahora se producían en unas circunstancias que no invitaban tanto a la sospecha.

Esa es una de las cosas que me tienen tan asustado.

Pero en aquella época lo único que sentía era alivio: por fin me había decidido a seguirla…

Un día hice que se quedara a trabajar en el estudio hasta bastante tarde. No necesité ninguna excusa: teníamos montañas de encargos. Esperé hasta oír el golpe de la puerta al cerrarse y bajé corriendo las escaleras. Llevaba zapatos con suela de goma. Me puse un abrigo oscuro que ella nunca me había visto utilizar y cogí un sombrero negro.

Me quedé inmóvil en el umbral hasta localizarla. Estaba pasando junto al Parque

Ardleigh. Iba hacia el centro de la ciudad. Hacía una de esas noches cálidas típicas de otoño. Empecé a seguirla por el otro lado de la calle. Me limitaría a descubrir dónde vivía: eso me daría una cierta ventaja sobre ella.

Se detuvo ante un escaparate de los grandes almacenes Everly, manteniéndose un poco alejada de la claridad. Se quedó muy quieta, contemplando el escaparate.

Me acordé de que le había sacado una foto para los almacenes Everly, una pose para el departamento de lencería. Eso era lo que estaba mirando.

Por aquel entonces no le encontré nada raro al hecho de que estuviera adorándose a sí misma de esa forma, si era eso lo que estaba haciendo.

Cuando alguien pasaba junto a ella se ladeaba un poco o retrocedía hasta ocultarse en las sombras.

Vi llegar a un hombre. No pude verle bien la cara pero parecía de mediana edad. Se detuvo y se puso a contemplar el escaparate.

La Chica salió de entre las sombras y se puso junto a él.

¿Qué sentiría usted si estuviera contemplando una foto de la Chica y ella estuviera de repente junto a usted, deslizándole el brazo debajo del suyo?

No me costó nada interpretar la reacción de aquel tipo. Un sueño acababa de convertirse en realidad.

Hablaron durante unos instantes. Después él movió la mano para llamar un taxi. Subieron al taxi y se alejaron.

Esa noche me emborraché. Era como si ella hubiese sabido que la estaba siguiendo y hubiera escogido esa forma de hacerme daño. Quizá lo supiese. Puede que esto fuera el final de todo.

Pero al día siguiente la Chica apareció a la hora de costumbre y volví a sumergirme en el delirio, sólo que ahora con un montón de nuevos ángulos añadidos a los anteriores.

La seguí. Esa noche escogió un farol situado delante de una valla publicitaria donde había un anuncio de la Chica Munsch.

Ahora me asusta pensar en ella acechando de esa forma entre la oscuridad…

Habrían transcurrido unos veinte minutos cuando un convertible pasó junto a ella, disminuyó la velocidad, retrocedió y se detuvo junto a la acera.

Esta vez me encontraba un poco más cerca. Pude echarle una buena ojeada a la cara del tipo que conducía. Era un poco más joven, aproximadamente de mi edad.

A la mañana siguiente ese mismo rostro me contempló desde la primera página del periódico. El convertible había sido encontrado en una calle lateral. El tipo se encontraba dentro. Como en las otras muertes que podían ser asesinatos, la causa del fallecimiento no estaba demasiado clara.

Aquel día mi cabeza fue un tiovivo donde giraban toda clase de ideas confusas, pero sólo había dos cosas de las que estaba seguro. Una era que acababa de conseguir

la primera oferta de una agencia publicitaria que funcionaba a escala nacional, y la otra que cuando dejáramos de trabajar cogería a la Chica del brazo y bajaría las escaleras con ella.

No pareció sorprenderse demasiado.

—¿Sabes qué estás haciendo? —me preguntó.

—Lo sé.

Sonrió.

—Estaba empezando a preguntarme cuándo te decidirías a hacerlo.

Me sentí mejor que antes. Estaba despidiéndome de todo, pero tenía mi brazo alrededor de su cintura.

Hacía otra de esas noches cálidas de otoño. Fuimos caminando hasta el Parque Ardleigh. Todo estaba muy oscuro, pero a nuestro alrededor el cielo brillaba con la débil luminosidad rosada de los neones publicitarios.

Estuvimos caminando bastante rato por el parque. La Chica no decía nada y ni tan siquiera me miraba, pero pude ver que sus labios se movían levemente y pasado un tiempo me puso la mano sobre el brazo y me lo apretó con fuerza.

Nos paramos. Habíamos estado caminando sobre la hierba. Se acostó en el suelo y tiró de mí. Me puso las manos en los hombros. Le miré la cara. Era un manchón rosado con el mismo tono que la claridad del cielo. Los ojos hambrientos eran dos borrones oscuros.

Empecé a luchar con su blusa. Me apartó la mano, pero no tal y como lo había hecho en el estudio.

—No, eso no —me dijo.

Primero le contaré lo que hice después. Luego le explicaré por qué lo hice. Después le contaré qué dijo ella.

Lo que hice fue huir corriendo. No lo recuerdo muy bien porque estaba mareado y el cielo color rosa oscilaba contra el telón oscuro de los árboles. Pero pasado un rato me encontré avanzando bajo las luces de la calle. Al día siguiente cerré el estudio. Cuando hice girar la llave en la cerradura oí sonar el teléfono y el suelo estaba lleno de cartas sin abrir. Nunca volví a ver a la Chica en carne y hueso, si es que ésas son las palabras adecuadas.

Lo hice porque no quería morir. No quería que me chupara la vida. Hay vampiros y vampiros, y los que chupan sangre no son los peores. De no haber sido por la advertencia que suponían esos ataques de mareo y por papá Munsch y aquel rostro en el periódico de la mañana, habría acabado igual que los otros. Pero comprendí a qué me enfrentaba cuando aún tenía tiempo de salvarme. Comprendí que viniera de donde viniese y fueran cuales fuesen las fuerzas que le habían dado forma, ella es la quintaesencia del horror que se oculta detrás de esas resplandecientes vallas publicitarias. Es la sonrisa que te engaña para que arrojes a los cuatro vientos tu

dinero y tu vida. Sus ojos son los ojos que te hacen seguir adelante, siempre adelante, y que acaban mostrándote tu muerte. Es la criatura por la que lo das todo y a la que nunca llegas a conseguir. Es la cosa que se apodera de todo cuanto tienes y no te da nada a cambio. Recuerde todo eso cuando vea su rostro en los carteles y sienta el deseo de poseerlo. Ella es el engaño. Es el cebo. Es la Chica.

Y esto es lo que me dijo:

—Te deseo. Deseo todo lo que te convierte en alguien especial. Deseo todo aquello que te ha hecho feliz y todo lo que te ha hecho daño. Quiero tu primera chica. Quiero esa bicicleta reluciente. Quiero esa paliza. Quiero esa cámara barata. Quiero las piernas de Betty. Quiero el cielo azul lleno de estrellas. Quiero la muerte de tu madre. Quiero tu sangre esparciéndose sobre los adoquines. Quiero la boca de Mildred. Quiero la primera foto que le vendiste a una agencia. Quiero las luces de Chicago. Quiero la ginebra. Quiero las manos de Gwen. Quiero que me desees. Quiero tu vida. Aliméntame, cariño, aliméntame…

JULIAN HAWTHORNE

El misterio de Ken

Un fresco atardecer de octubre —era el último día del mes y hacía un frío desacostumbrado para esa época del año—, decidí pasar una o dos horas con mi amigo Keningale. Keningale era artista (así como músico aficionado y poeta), y su casa contaba con un delicioso estudio incorporado en el que tenía costumbre de sentarse para pasar las veladas. El estudio poseía una cavernosa chimenea que había sido diseñada como imitación de las viejas chimeneas que había en las mansiones isabelinas y, cuando la temperatura del exterior lo aconsejaba, Keningale la llenaba de troncos secos que encendía creando un alegre fuego. Pensé que ir allí, fumarme tranquilamente una pipa y charlar delante de aquel fuego con mi amigo me sentaría estupendamente.

Hacía mucho tiempo que no mantenía una de esas conversaciones; de hecho, no había hablado con Keningale (o Ken, como le llamaban sus amigos) desde que volvió de visitar Europa el año pasado. Partió al extranjero, como afirmó en aquel momento, «por motivos de estudio», lo que nos hizo sonreír a todos, pues sabíamos que lo más probable era que nuestro Ken hiciese cualquier cosa menos estudiar. Era un joven de temperamento exuberante y de costumbres joviales, muy amante de la compañía: poseía una mente brillante y versátil y unos ingresos anuales de entre doce y quince mil dólares. Sabía cantar, tocar, escribir y pintar con una considerable habilidad, y algunos de sus bustos y esculturas estaban realmente muy bien acabados, considerando que nunca había recibido ninguna auténtica instrucción artística digna de ese nombre; pero no era un trabajador demasiado constante. En cuanto a lo físico, Ken era apuesto, de buena talla y constitución robusta, activo, sano y poseía una frente notablemente hermosa y unos ojos límpidos y vivaces. Su decisión de visitar Europa no sorprendió a nadie, y nadie esperaba que consagrara su estancia allí a nada que no fuese divertirse: pocos se imaginaban que volveríamos a verle pronto en Nueva York. Era del tipo de personas a las que Europa les sienta bien. Emprendió el viaje y al cabo de unos pocos meses nos llegó el rumor de que se había comprometido con una hermosa y rica joven de Nueva York a la que conoció en Londres. Aquello fue prácticamente todo cuanto supimos de él hasta que, poco tiempo después, apareció en la Quinta Avenida, dejando asombrado a todo el mundo. Quienes quisieron saber por qué se había cansado tan pronto del Viejo Mundo no

recibieron ninguna respuesta satisfactoria; y, cuando se le preguntaba por aquel compromiso, Ken cortaba toda alusión a dicho asunto de una forma tan perentoria que dejaba bien claro que no era un tema del que se pudiera conversar con él. Sus conocidos acabaron suponiendo que la dama le había rechazado; pero, por otra parte, la joven también volvió a su hogar poco tiempo después y, aunque ha tenido muchas oportunidades, de momento sigue sin casarse.

Sea cual sea la verdad sobre lo ocurrido, pronto quedó claro que Ken ya no era el joven alegre y despreocupado de antes; al contrario, en su rostro siempre había una expresión grave y algo melancólica. Rehuía a la gente y se mostraba taciturno y poco hablador incluso cuando estaba en compañía de sus amistades más íntimas. Evidentemente, le había ocurrido algo o había hecho algo. ¿Qué? ¿Habría cometido un crimen? ¿Se habría unido a las filas de los nihilistas? ¿O sería quizá que aún no se había recuperado de aquel fracaso amoroso? Algunos afirmaron que la nube era meramente temporal, y que no tardaría en esfumarse. Aun así, durante el período sobre el cual estoy escribiendo la nube seguía presente, y lo cierto es que incluso se había vuelto más negra que al principio, amenazando con transformarse en algo permanente.

Le había visto dos o tres veces en el club, en la ópera o en la calle, pero aún no había tenido ocasión de reanudar mi relación con él de una forma regular. En los viejos tiempos nuestra amistad había sido realmente muy íntima, y me negaba a pensar que quisiera poner punto final a nuestras antiguas relaciones. Pero lo que había oído contar sobre su cambio y lo que había visto con mis propios ojos hacían que el placer con que esperaba esta velada se viera teñido por un cierto cosquilleo de suspense o curiosidad. Su casa se encontraba unos cinco o seis kilómetros más allá de lo que por entonces era la aglomeración urbana de Nueva York, y mientras caminaba con paso rápido bajo el limpio aire del crepúsculo tuve tiempo más que suficiente para repasar mentalmente todo lo que sabía de Ken y lo que había adivinado sobre su carácter. Después de todo, en su naturaleza siempre había existido algo extraño e independiente, por más que se hallara enterrado a gran profundidad y estuviera dominado por la actividad de sus impulsos animales, algo que en las circunstancias adecuadas podía desarrollarse y acabar convirtiéndose en…, ¿en qué? Llegué a su puerta justo cuando me hacía esta pregunta y el cordial apretón de manos con que me recibió un instante después me hizo sentir un gran alivio. Su voz me dio la bienvenida en un tono que indicaba sin lugar a dudas cómo agradecía mi presencia y el afecto que seguía sintiendo hacia mí. Me llevó al estudio, cogió mi sombrero y mi bastón y me puso la mano en el hombro.

—Me alegra verte —repitió con una convicción y un apasionamiento bastante singulares—. Me alegra verte y poder tocarte; y esta noche más que ninguna otra noche del año…

—¿Y por qué especialmente esta noche?

—Oh, no importa. Además, es una suerte que no me avisaras de que ibas a venir; parafraseando al poeta, no estar preparado lo es todo… Ahora que te tengo aquí para que me ayudes puedo beber un ponche de whisky y fumarme una pipa. Si hubiera tenido que pasarla solo, esta noche me habría resultado bastante lúgubre y triste.

—¡Oh, vamos, teniendo en cuenta que ibas a pasarla en este lujoso nido que posees…! —exclamé yo, contemplando el fuego que ardía en la chimenea, los elegantes y cómodos sillones y todos los suntuosos adornos de la estancia—. Creo que hasta un condenado a muerte se sentiría feliz aquí.

—Quizá; aunque por el momento no me encuentro en esa situación…, o no del todo. Pero, ¿has olvidado en qué noche estamos? Es la última noche del mes de octubre, cuando la tradición afirma que los muertos se levantan de sus tumbas y andan por el mundo; cuando las hadas, los duendes y los espíritus de toda clase y condición tienen más poder que en ningún otro día del año… Ya veo que nunca has estado en Irlanda.

—Hasta ahora ignoraba que tú hubieses estado allí.

—Sí, he estado en Irlanda. Sí…

Se quedó callado, suspiró y cayó en un ensimismamiento del que no tardó en salir con un claro esfuerzo de voluntad, y fue a un armarito que había en una esquina de la habitación para coger el licor y el tabaco. Aproveché que estaba ocupado para recorrer el estudio, fijándome en la gran variedad de curiosidades y objetos hermosos o grotescos que contenía. Allí había muchas cosas capaces de recompensar largamente a quien las estudiara y que despertarían su admiración; pues Ken era un buen coleccionista, y poseía un gusto excelente, amén de los medios financieros con que satisfacerlo. Lo que más me interesó fueron unos cuantos estudios al óleo de una cabeza femenina que, a juzgar por el sitio muy poco visible en que los descubrí, el artista no tenía intención de ofrecer a la exhibición o la crítica. Los tres o cuatro estudios mostraban la misma cabeza en distintas poses y atuendos. En uno la cabeza estaba envuelta por un capuchón oscuro que ensombrecía los rasgos, medio ocultándolos; en otro parecía estar atisbando a través de la celosía de un ventanal, iluminada por el débil resplandor de la luna; un tercero la mostraba espléndidamente ataviada con un traje de noche, con joyas en el cabello y las orejas y centelleando sobre su níveo seno. Las expresiones eran tan variadas como las posturas; la recatada penetración de la mirada pasaba a ser una sutil invitación que se convertía en pasión ardiente y volvía a ser una huidiza picardía digna de un hada traviesa. Fuera cual fuese la expresión aquel rostro poseía una fascinación tan singular como conmovedora que no se debía meramente a su belleza, aunque ésta resultara asombrosa, sino al carácter y la distinción de que se hallaba impregnado.

—¿Conociste a la modelo en el extranjero? —le pregunté por fin—. Es evidente

que te ha servido de inspiración, y no me extraña.

Ken había estado preparando el ponche y no se había fijado en mis movimientos, pero alzó los ojos al oírme.

—No quería que nadie los viese —dijo—. No me satisfacen, y voy a destruirlos; pero no podía sentirme en paz hasta no haber hecho algún intento de reproducir… ¿Qué me has preguntado? ¿Que si la conocí en el extranjero? Sí… O, mejor dicho, no. Todos esos estudios han sido pintados aquí durante las seis semanas últimas.

—Tanto si te satisfacen como si no, son las mejores obras tuyas que he visto jamás.

—Bueno, olvídate de ellas y dime qué piensas de este brebaje. Estoy convencido de que es inmejorable, y de que producirá el efecto justo. Debe su existencia a tu venida aquí. No puedo beber solo, y esos retratos no me hacen ninguna compañía aunque, por lo que sé, esta noche la modelo bien podría salir del lienzo y sentarse en ese sillón. —Le lancé una mirada interrogativa y se apresuró a reír—. Estamos en la última noche de octubre, ya sabes, la noche en que cualquier cosa puede ocurrir, siempre que sea lo suficientemente extraña… Bueno, brindo por nosotros.

Tomamos un buen sorbo del humeante y aromático licor y dejamos nuestros vasos sobre la mesa con una mueca aprobatoria. El ponche era excelente. Ken abrió una caja de puros y nos instalamos delante de la chimenea.

—Ahora ya sólo necesitamos un poco de música —observé después de un breve silencio—. Por cierto, Ken, ¿sigues conservando el banjo que te regalé antes de que te fueras al extranjero?

Tardó tanto tiempo en contestar que supuse que no habría oído mi pregunta.

—Aún lo conservo —dijo por fin—, pero nunca volverá a crear más música.

—Se ha roto, ¿eh? ¿No hay manera de arreglarlo? Era un instrumento magnífico.

—No está roto, pero no hay forma de arreglarlo. Ahora lo verás con tus propios ojos.

Se puso en pie, fue a otra parte del estudio, abrió un cofre de roble negro y sacó de él un objeto envuelto en un trozo de seda amarilla bastante descolorida. Me lo entregó y cuando aparté la tela que lo cubría vi algo que en tiempos quizá hubiera sido un banjo, pero que ahora apenas se parecía a dicho instrumento. Mostraba todas las señales de una extremada antigüedad. La madera del mástil había sido roída por los gusanos y estaba cubierta por el polvo seco de la carcoma. El pergamino de la cabeza se había vuelto verde a causa del moho y colgaba del instrumento en fláccidos retazos. El gancho, que era de plata maciza, se encontraba tan negro y deslustrado que parecía hierro corroído por el orín. Las cuerdas habían desaparecido, y la mayoría de las claves se habían desprendido de los orificios medio podridos donde encajaban. En conjunto, el instrumento parecía haber sido fabricado antes del Diluvio y haberse pasado todo el tiempo transcurrido desde entonces olvidado en el Arca de Noé.

—No cabe duda de que es una reliquia muy curiosa —dije—. ¿Dónde la has encontrado? No tenía ni idea de que el banjo hubiera sido inventado hace tanto tiempo. Este instrumento debe tener por lo menos doscientos años, y puede que sea mucho más viejo que eso.

Ken sonrió con tristeza.

—Estás en lo cierto —dijo—. Este instrumento tiene por lo menos doscientos años de edad y, aun así, es el mismo banjo que me regalaste hace un año.

—No lo creo posible —repliqué, sonriéndole—, teniendo en cuenta que un artesano fabricó ese banjo a petición mía para que pudiese regalártelo.

—Ya lo sé; pero desde entonces han transcurrido doscientos años. Sí, es absurdo e imposible, lo sé, pero te aseguro que lo que te digo es totalmente cierto. Ese banjo fabricado el año pasado existió en el siglo dieciséis, y ha estado pudriéndose desde entonces. ¿Recuerdas que en el gancho de plata estaban grabados tu nombre y el mío, junto con la fecha?

—Sí, y también había una marca especial hecha por mí.

—Muy bien —dijo Ken, que había estado frotando un punto del metal con una esquina de la seda amarilla—, fíjate en eso.

Acepté el decrépito instrumento que me ofrecía y examiné el punto que había frotado con la tela. Era increíble, desde luego; pero allí estaban los nombres y la fecha, tal y como los había hecho grabar; y además, allí estaba también la marca que había hecho distraídamente con un viejo buril no más de dieciocho meses antes. Me puse el banjo sobre las rodillas después de haberme convencido de que no había ningún error, y contemplé a mi amigo con expresión de asombro. Ken seguía fumando con una especie de hosca compostura, los ojos clavados en los troncos llameantes.

—Confieso estar perplejo —dije—. Vamos; ¿cuál es la broma? ¿Cuál es el método descubierto por ti gracias al cual este infortunado banjo ha sufrido el deterioro de siglos en unos pocos meses? ¿Y por qué lo has hecho? He oído hablar de un elixir capaz de contrarrestar los efectos del tiempo, pero tu receta parece funcionar al revés…, hace que el tiempo vaya hacia adelante doscientas veces más deprisa de su ritmo habitual en un sitio mientras sigue moviéndose a su paso habitual en todos los demás. Desvela tu misterio, mago. Ken, hablo en serio, ¿cómo lo has conseguido?

—No sé más que tú —replicó—. Una de dos: o tú, yo y el resto del mundo estamos locos o, de lo contrario, se ha producido un milagro tan extraño como cualquiera de los que registra la tradición. ¿Cómo puedo explicarlo? Afirmar que en ciertas ocasiones excepcionales, o que si nos someten a una gran prueba podemos vivir años en un momento, es una frase muy común…, una experiencia común, si quieres. Pero se trata de una experiencia mental, no física, y sean cuales sean las circunstancias sólo se aplica a los seres humanos, no a los objetos insensibles hechos

de madera y metal. Quizá te imagines que esto es el resultado de algún truco de prestidigitación. Si lo es, no conozco el secreto. Que yo sepa, no hay ninguna sustancia química capaz de hacer que un pedazo de madera llegue a alcanzar semejante estado en unos pocos meses o unos cuantos años, y lo que ves no ocurrió en unos cuantos años o en algunos meses. Hace un año a esta misma hora ese banjo se encontraba en tan buen estado como cuando salió de las manos de quien lo fabricó, y veinticuatro horas después se encontraba tal y como lo ves ahora. Lo que te estoy diciendo es la pura y simple verdad.

La seriedad y el apasionamiento con que Ken hizo tan asombrosa afirmación eran evidentemente sinceros. Creía todas y cada una de las palabras que había pronunciado. Yo no sabía qué pensar. Naturalmente, era posible que mi amigo hubiese perdido la cordura, aunque no mostraba ninguno de los síntomas corrientes del trastorno mental; pero, aunque así fuera, allí estaba el banjo, un testigo cuyo silencioso testimonio no podía ser puesto en duda. Cuanto más pensaba en aquel asunto más inconcebible me parecía. Doscientos años…, veinticuatro horas; ésos eran los términos de la ecuación propuesta. Tanto Ken como el banjo afirmaban que la ecuación existía; todo el conocimiento y la experiencia del mundo afirmaban que era imposible. ¿Cuál era la explicación? ¿Qué es el tiempo? ¿Qué es la vida? Sentí que yo mismo empezaba a poner en duda la realidad de todas las cosas. ¿Era éste el misterio sobre el que había estado meditando mi amigo desde que volvió del extranjero? No me extrañaba que le hubiese cambiado. Lo asombroso era que no le hubiese cambiado todavía más.

—¿Puedes contarme toda la historia de lo ocurrido? —acabé preguntándole.

Ken tomó otro sorbo de su ponche y se pasó la mano por su espesa barba castaña.

—Hasta ahora no he hablado de ello con nadie —dijo—, y tenía intención de no hacerlo nunca, pero intentaré darte alguna idea de lo que ocurrió. Tú me conoces mejor que ninguna otra persona; comprenderás lo que ocurrió hasta allí donde puede ser comprendido, y quizá eso pueda aliviarme en parte del peso que llevo encima, pues puedo asegurarte que si no tienes a nadie con quien compartirlo es un recuerdo realmente horrible.

Y, sin ningún otro tipo de preámbulo, Ken me contó la historia que consigno a continuación. Permítaseme observar que era un narrador nato. Poseía una voz profunda y capaz de impresionar al oyente, y podía resaltar de forma sorprendente el efecto cómico o patético de una frase poniendo el énfasis en alguna sílaba. Sus rasgos eran igualmente susceptibles de adoptar expresiones humorísticas o solemnes, y tanto por la forma como por el color sus pupilas estaban maravillosamente adaptadas a la expresión de una amplia gama de emociones. La tristeza visible en ellas era tan extremada como conmovedora; y cuando la voz de Ken llegaba a algún pasaje misterioso del relato la mirada melancólica y dubitativamente exploratoria que

lanzaba hacía una irresistible apelación a la imaginación del oyente. Pero el interés de la historia era tan acuciante que no me permitió darme cuenta de aquellos embellecimientos, aunque no cabe duda de que ejercieron una cierta influencia sobre mí.

—Recordarás que zarpé de Nueva York en un vapor de la Inman y que desembarqué en Le Havre —empezó diciendo Ken—. Realicé la habitual ronda turística por el Continente y llegué a Londres el mes de julio, en plena temporada social. Tenía buenas cartas de presentación, y conocí a una gran cantidad de personas tan agradables como famosas. Entre ellas había una joven dama compatriota nuestra —ya sabes a quién me refiero—, que me interesó mucho y antes de que su familia abandonara Londres ya nos habíamos comprometido. Nos separamos durante un tiempo, pues a ella aún le faltaba hacer el viaje por el Continente y yo quería aprovechar la oportunidad para visitar Irlanda y el norte de Inglaterra. Desembarqué en Dublín el uno de octubre, empecé a recorrer el país y unas dos semanas después me encontraba en el condado de Cork.

»En esa región hay algunos de los paisajes más bellos sobre los que jamás se hayan posado los ojos del hombre, y parece que los turistas la conocen mucho menos que otros lugares cuyo valor pintoresco es infinitamente inferior. Además, es una región solitaria: durante mis vagabundeos no encontré a ningún otro extranjero, y a muy pocos nativos. Parece increíble que una tierra tan hermosa deba hallarse tan desierta. Cuando has caminado una docena de millas irlandesas quizá encuentres un grupo de dos o tres casitas de una sola habitación, y lo más probable es que las paredes y el techo de una o más estén en ruinas. Aun así los pocos campesinos con los que te topas son afables y hospitalarios, especialmente cuando se enteran de que vienes de ese paraíso en la tierra al que han acudido la mayoría de sus amigos y parientes. Al principio puede que te parezcan simples y algo primitivos, y sin embargo son una raza de lo más incomprensible y extraña. Son tan supersticiosos como los hombres a los que predicó San Patricio. Conservan la misma credulidad en las maravillas, las hadas, los magos y los presagios y, al mismo tiempo, son astutos, escépticos, prudentes y capaces de mentir como descosidos. En resumen, no he conocido en mis viajes a ningún otro pueblo cuya compañía me resulte tan agradable o que me haya inspirado tanto cariño, curiosidad y repugnancia.

»Acabé llegando a un lugar de la costa cuya situación no te especificaré salvo para decir que se encuentra a pocos kilómetros de Ballymacheen, en el sur. He visto Venecia y Nápoles. He recorrido la ruta de la Gran Cornisa y he pasado un mes en el Mount Desert de nuestro país, y puedo afirmar que todos esos lugares juntos no son tan hermosos como ese viejo puerto y su pueblo de tonalidades profundas y misteriosas bañados por una suave luz plateada, con las montañas apelotonándose a su alrededor y los negros acantilados y las llanuras plantando sus pies de hierro en la

transparencia azul del mar. Es un lugar muy antiguo, y posee una historia a la que ha dejado atrás hace eras. Puede que en tiempos tuviera dos o tres mil habitantes; hoy apenas tiene quinientos o seiscientos. La mitad de las casas están en ruinas o han desaparecido; muchas de las que perduran se encuentran vacías. Toda la gente de allí es pobre, la mayoría de una forma realmente abyecta; van de un lado para otro con los pies descalzos y la cabeza descubierta. Las mujeres visten ropas negras o de un azul oscuro y los hombres llevan esos atuendos increíbles que sólo un irlandés puede concebir, en tanto que los niños van medio desnudos. Los únicos que parecen llevar una existencia confortable son los monjes y los sacerdotes, y los soldados del fuerte; pues hay un fuerte, construido sobre las inmensas ruinas de otro fuerte que bien pudo prestar servicio durante el reinado de Eduardo el Príncipe Negro, o incluso antes, y en sus mohosas murallas hay montados un par de cañones que a veces mandan uno o dos disparos de práctica al acantilado situado al otro extremo del puerto. La guarnición consiste en una docena de hombres y tres o cuatro oficiales. Supongo que se les debe relevar ocasionalmente, pero aquéllos a los que vi parecían haberse convertido en partes naturales de su ambiente.

»Me instalé en una pequeña y preciosa posada, la única del lugar, y comía en un salón que tendría apenas cinco metros por dos, con un retrato de Jorge I (un grabado que había sido barnizado para conservarlo) colgando sobre el dintel de la chimenea. Poco después de mi segunda cena allí entró un joven caballero —pues, naturalmente, el comedor era un lugar público—, y pidió un poco de pan y queso y una botella de cerveza de Dublín. Acabamos trabando conversación y resultó ser un oficial del fuerte, el teniente O’Connor, un soberbio espécimen de soldado irlandés. Me contó cuanto sabía sobre el pueblo, los alrededores, sus amigos y él mismo, y en cuanto hubo terminado mostró su disposición a prestar oídos a cualquier historia con la que quisiera regalarle; y me complació tener ocasión de rivalizar con su franqueza y ganas de hablar. Acabamos haciéndonos muy amigos; nos tomamos media pinta de whisky de Kinahan y el teniente alabó en términos altamente entusiásticos mi país, mis compatriotas y los puros que fumaba. Cuando le llegó la hora de partir le acompañé, pues hacía una luna espléndida, y me despedí de él en la entrada del fuerte, prometiéndole que vendría al día siguiente para conocer a los demás oficiales. “¡Y ahora tenga cuidado al regresar, mi querido amigo! —me dijo cuando ya volvía el rostro hacia la posada—. ¡Ese cementerio es un lugar lleno de espectros, y si va por él hay muchas posibilidades de que se encuentre con la dama negra!”.

»El cementerio era un sitio melancólico y abandonado que se encontraba en la ladera, al otro lado del fuerte; tendría unas treinta o cuarenta lápidas de piedra sin desbastar, muy pocas de las cuales mantenían alguna semejanza con la perpendicular, y muchas de ellas se hallaban en tan mal estado que parecían proyecciones irregulares creadas por la naturaleza que asomaran del suelo. No tenía ni idea de quién podía ser

esa dama negra, y no me quedé a averiguarlo. Nunca he tenido miedo a los fantasmas y, de hecho, aunque el sendero que había seguido tenía tramos realmente malos, por no mencionar la arriesgada travesía de un puente medio en ruinas que cruzaba un arroyo bastante profundo, llegué a mi posada sin ninguna aventura digna de contarse.

»Al día siguiente me presenté en el fuerte, tal y como había prometido, y no tuve razón alguna para lamentarlo; la afabilidad de que di muestras fue ampliamente correspondida, quizá de una forma todavía más intensa gracias al éxito de mi banjo, que había traído conmigo, y que era un instrumento tan nuevo como popular acabó siendo entre quienes lo escucharon. Dejando aparte a mi amigo el teniente, los personajes más importantes de aquel círculo social eran el mayor Molloy, que estaba al mando, un viejo veterano jovial y animoso cuyo rostro parecía un crepúsculo, y el cirujano, el doctor Dudeen, un genio alto y flaco dotado de un gran sentido del humor y poseedor de un tesoro de anécdotas y conocimientos sobre el folklore popular superior al de cualquier otra persona que haya conocido. Nos lo pasamos estupendamente, y aquel buen rato fue el precursor de otros muchos semejantes. Los restos de octubre transcurrieron con rapidez y acabé viéndome obligado a recordar que era un viajero en Europa, y no un residente en Irlanda. En cuanto les anuncié que me proponía partir, el mayor, el cirujano y el teniente protestaron cordialmente pero, como no había forma de impedirlo, decidieron obsequiarme con una cena de despedida que tendría lugar en el fuerte la víspera de Todos los Santos.

»¡Ojalá hubieras podido asistir a esa cena! Fue la quintaesencia de la camaradería y la amistad irlandesas. El doctor Dudeen brilló como nunca; el mayor estuvo mejor que la mejor de las novelas de Lever; el teniente rebosaba buen humor, charla alegre y rapsodias sentimentales sobre ésta o aquella chica guapa de los alrededores. Por mi parte, hice sonar el banjo como jamás había sonado antes, y los demás se unieron al coro con esa dulce fortaleza de los pulmones que no se oye demasiado frecuentemente fuera de Irlanda. Entre las historias con que nos regaló el doctor Dudeen había una sobre el Kern de Querin y su esposa, Ethelind Fionguala que, traducido, quiere decir «la de los blancos hombros». Al parecer la dama estaba prometida con un tal O’Connor (al oír ese apellido el teniente hizo chasquear los labios), pero un grupo de vampiros la raptó en su noche de bodas. Según la historia, en aquellos tiempos los vampiros ocupaban un lugar muy prominente entre los problemas que afligían a Irlanda. Cuando llevaban a la joven inconsciente a la cena, donde no comería sino que sería devorada, el joven Kern de Querin —que había salido a cazar patos—, se topó con el grupo de vampiros y descargó su fusil sobre ellos. Los vampiros huyeron y el Kern volvió a su mansión llevándose consigo a la hermosa dama, que seguía inconsciente. “Cuando viene hacia aquí pasa junto a esa casa, señor Keningale —observó el doctor golpeando su pipa para sacarle las cenizas —. Es la que tiene esa arcada oscura debajo, con una gran ventana apiñonada en la

esquina que parece cernirse sobre la calle… ¿La recuerda?”.

»“Vamos, mi querido Dudeen, olvídese de la casa —le interrumpió el teniente—. Ya se habrá dado cuenta de que todos nos morimos de ganas por saber qué le ocurrió a la encantadora señorita Fionguala, que Dios se apiade de ella, después de que yo la subiera a la habitación donde estaría sana y salva…”.

»“Vaya, señor O’Connor, yo puedo decirle lo que le ocurrió —exclamó el mayor imprimiendo un movimiento de rotación al whisky que quedaba dentro de su vaso—. Es un asunto que ha de ser resuelto guiándose por los principios generales, como dijo el coronel O’Halloran cuando le preguntaron qué haría si hubiera estado en el lugar del Duque de Wellington y los prusianos hubieran llegado a tiempo a Waterloo. Vaya, le diré que…”.

»“Vamos, mayor, deje de interrumpir al doctor haciendo que el pobre señor Keningale tenga que conformarse con un vaso vacío hasta que oiga… ¡Dios nos ayude! ¡La botella está vacía!”.

»La emoción y el nerviosismo que siguieron a tal descubrimiento hicieron que el doctor perdiera el hilo de su historia; y antes de que pudiera recuperarlo la noche estaba tan avanzada que me sentí obligado a retirarme. Necesité cierto tiempo para conseguir que mi proposición fuera oída y comprendida; y un tiempo todavía más largo para ponerla en práctica, con lo que la medianoche había quedado bastante atrás antes de que me encontrara fuera del fuerte sintiendo el frescor del aire puro, con los adioses de mis excelentes compañeros resonando en mis oídos.

»La velada había sido abundante en libaciones, pero me encontraba bastante sobrio, y cuando tropecé y caí después de haber dado unos cuantos pasos lo atribuí más a las irregularidades del camino que a la regularidad con que había consumido el licor. Me levanté, creí oír una carcajada y supuse que el teniente, que me había acompañado hasta la puerta, estaba riéndose de mi percance; pero cuando me volví a mirar vi que la puerta estaba cerrada y no había nadie. Además, la carcajada parecía haber sonado bastante cerca, y por su agudeza me dio la impresión de que era más femenina que masculina. Naturalmente, debía haberme equivocado. No había nadie cerca: mi imaginación me había gastado una broma o, de no ser así, la tradición según la cual la víspera de Todos los Santos es el momento de carnaval para los espíritus desencarnados quizá contuviera más verdad que poesía. En aquel momento no se me pasó por la cabeza el que los siempre supersticiosos irlandeses consideran que tropezar es un mal presagio, y si lo hubiese recordado habría sido sólo para reírme de tales ideas. La caída no me había causado ningún daño físico, y reanudé mi camino sin perder un instante.

»Pero el camino era singularmente difícil de encontrar o, mejor dicho, el camino que estaba siguiendo no parecía ser el correcto. No me resultaba conocido; podría haber jurado que jamás lo había visto (aun sabiendo que no era así). La luna ya había

salido, aunque su claridad quedaba oscurecida por las nubes, pero ni lo que me rodeaba ni el aspecto general de la región me parecían familiares. Oscuras y silenciosas laderas se alzaban a cada lado y el camino iba bajando como si me condujera hacia las entrañas de la tierra. Todo aquel lugar vibraba con ecos extraños, y a veces me parecía estar caminando a través de una neblina formada por susurros y murmullos misteriosos, y el leve sonido de una risa salvaje parecía reverberar continuamente por entre los pasos de las colinas. Ráfagas de un aire muy frío suspiraban por los angostos desfiladeros y oscuras cañadas, acariciando mi rostro como dedos gélidos. Empecé a sentir una nerviosa preocupación que acabó adueñándose de todo mi ser, aunque no había ninguna causa definida que la provocara: lo único que podía preocuparme era el llegar tarde a la posada. El perverso instinto de los que se han perdido me hizo apretar el paso, pero de vez en cuando no podía evitar lanzar una mirada por encima de mi hombro, pues tenía la sensación de que alguien andaba detrás de mí. Aun así, no vi a nadie. La luna no había seguido subiendo por el cielo y las nubes que avanzaban lentamente por él arrojaban sombras oscuras sobre la desnudez del valle, sombras que de vez en cuando cobraban formas vagamente parecidas a gigantescas siluetas humanas.

»Ignoro el tiempo que llevaba avanzando por el camino, cuando me encontré aproximándome a un cementerio. Estaba situado sobre una colina, y no había ningún murete o verja que lo rodeara, ni nada que lo protegiese de las incursiones de quienes pasaran por allí. En el aspecto general de aquel sitio había algo que me hizo pensar que ya lo había visto antes; y estuve a punto de tomarlo por el mismo cementerio en el que me había fijado a menudo cuando iba de camino al fuerte, pero aquel cementerio quedaba a sólo unos centenares de metros de distancia del fuerte, y ahora debía llevar recorridos un mínimo de varios kilómetros. Además, al acercarme observé que las lápidas no parecían tan viejas y en tan mal estado como las de aquel otro cementerio. Pero lo que más atrajo mi atención fue la figura que estaba apoyada o medio sentada en una de las lápidas más grandes, cerca del camino. Era una silueta femenina vestida de negro, y un examen más atento —pues no tardé en hallarme a escasos metros de ella—, me reveló que vestía el calla, o larga capa con capuchón, la más común y también la más antigua de las prendas usadas por las mujeres irlandesas, de indudable origen hispánico.

»Esta aparición me produjo una cierta sorpresa, tan inesperada era, y tan extraño se me antojaba el que alguna criatura humana pudiera hallarse en un lugar tan desolado y siniestro a tales horas de la noche. Me detuve involuntariamente en cuanto la tuve delante, y clavé mis ojos en ella. Pero la luz de la luna quedaba a su espalda, y el capuchón de su capa dejaba su rostro tan completamente sumido en las sombras que no logré discernir nada salvo el centelleo de un par de ojos, que parecían estarme devolviendo la mirada con una considerable vivacidad.

»“Parecéis estar muy familiarizada con este lugar —exclamé por fin—. ¿Podéis decirme donde estoy?”.

»En cuanto pronuncié estas palabras, aquella misteriosa mujer dejó escapar una leve carcajada que, aun siendo musical y agradable, poseía un timbre y una entonación tales que mi corazón empezó a latir mucho más deprisa de lo que habría sido lógico esperar teniendo en cuenta mis recientes ejercicios pedestres; pues era la misma risa (o de eso me persuadió mi imaginación), que había resonado en mis oídos cuando me levanté del suelo después de haber tropezado una o dos horas antes. Por lo demás, era la risa de una mujer joven y, presumiblemente, hermosa; y aun así poseía una extraña cualidad fantasmagórica que apenas parecía humana o, por lo menos, no resultaba nada característica de un ser cuyos afectos y limitaciones fueran semejantes a los nuestros. Pero estoy seguro de que esta impresión mía fue engendrada por las nada normales y más bien increíbles circunstancias en que se produjo nuestro encuentro.

»“Claro que sí, señor —me dijo—. Estáis en la tumba de Ethelind Fionguala”.

»Se puso en pie y señaló la inscripción de la piedra. Me incliné hacia adelante, y no me costó demasiado descifrar el nombre y una fecha indicadora de que la ocupante de aquella tumba debía haber alcanzado el estado incorpóreo entre dos y tres siglos antes.

»“¿Y quién sois vos?”, le pregunté a continuación.

»“Me llaman Elsie —replicó—. Pero, ¿adonde va vuestra señoría en la víspera de Todos los Santos?”.

»Le expliqué cuál era mi destino y le pregunté si podía indicarme cómo llegar hasta él.

»“Desde luego y, de hecho, yo misma voy allí —replicó Elsie—, y si su señoría tiene la bondad de seguirme y tocar una melodía en ese bonito instrumento que lleva, no tardaremos mucho en haber recorrido el camino”.

»Señaló el banjo que sostenía debajo del brazo. No tengo ni la más mínima idea de cómo pudo imaginarse que era un instrumento musical; pensé que quizá me habría visto tocarlo cuando vagabundeaba por los alrededores del pueblo. Fuera cual fuese la explicación, acepté el trato sin protestar, e insinué que la recompensaría de forma más sustanciosa en cuanto llegáramos. La joven volvió a reírse e hizo un gesto muy peculiar con la mano por encima de mi cabeza. Destapé mi banjo, pasé los dedos sobre las cuerdas y empecé a tocar los compases de una danza fantástica que nos fue precediendo a lo largo del camino. Elsie iba unos pasos por delante de mí y sus pies seguían el ritmo de la alegre melodía. De hecho, caminaba con tal ligereza y con un movimiento tan elástico y ondulante que casi se la habría tomado por un espíritu que flotase en el aire. La extremada blancura de sus pies me llamó la atención, y me sorprendió descubrir que en vez de ir descalzos, tal y como había supuesto, estaban

cubiertos por unas zapatillas de satén blanco elegantemente bordadas con hilo de oro.

»“Elsie —dije alargando la zancada para estar más cerca de ella—, ¿dónde vives y qué haces para ganarte la vida?”.

»“Vivo sola —me respondió—, y si queréis saber cómo me gano la vida tendréis que venir y verlo con vuestros propios ojos.

»“¿Tienes costumbre de recorrer las colinas por la noche con semejante calzado?”.

»“¿Y por qué no iba a hacerlo? —replicó ella—. ¿De dónde ha sacado su señoría ese bonito anillo de oro que lleva en el dedo?”.

»El anillo, que no poseía un gran valor intrínseco, me había llamado la atención en una vieja tienda de antigüedades de Cork. Era de un diseño muy anticuado, y bien podría haber pertenecido (el vendedor me aseguró que tal era el caso) a uno de los primeros reyes o reinas de Irlanda.

»“¿Te gusta?”, le pregunté.

»“Sí, su señoría… ¿No querría acaso regalárselo a Elsie?”, me preguntó con voz insinuante y una inclinación de la cabeza.

»“Puede que lo haga, Elsie, con una condición. Soy artista y retrato a la gente. Si me prometes que vendrás a mi estudio y dejarás que pinte tu retrato, te daré el anillo y también un poco de dinero”.

»“¿Y me daréis el anillo ahora?”, preguntó Elsie.

»“Sí, siempre que me prometas que vendrás”.

»“¿Y tocaréis música para mí?”, me preguntó.

»“Toda la que quieras”.

»“Pero quizá yo no sea lo bastante hermosa para vos”, dijo, y sus ojos envueltos por la oscuridad de la capucha me lanzaron una rápida mirada.

»“Correré ese riesgo —respondí riendo—. Aunque, de todas formas, no me importaría echarte un vistazo antes: eso me ayudará a recordarte mejor”.

»Extendí el brazo hacia ella para apartar la capucha que le ocultaba el rostro, pero Elsie me eludió, no sé muy bien cómo, y se rió por tercera vez con aquella misma cadencia alada y burlona de antes.

»“Dame el anillo primero y luego me verás”, dijo con voz seductora.

»“Bien, pues alarga la mano —repliqué yo quitándome el anillo del dedo—. Cuando nos conozcamos mejor dejarás de ser tan suspicaz”.

»Me ofreció una mano esbelta y delicada y deslicé el anillo en su índice. Al hacerlo los pliegues de su capa se separaron un poco, permitiéndome vislumbrar fugazmente la blancura de un hombro y un vestido que en aquella engañosa semioscuridad me pareció hecho de una tela muy bella y costosa; y también distinguí el gélido centelleo de las gemas preciosas, o eso me pareció.

»“¡Ah, ve con más cuidado!”, dijo de repente Elsie con voz seca y dura.

»Miré a mi alrededor, y me di cuenta por primera vez de que estábamos en el centro de un puente medio en ruinas que cruzaba un arroyo cuya rápida corriente fluía a una considerable distancia de nosotros. Uno de los parapetos del puente se había derrumbado y, de hecho, debía hallarme en inminente peligro de que mis pies pisaran el vacío. Avancé cautelosamente por aquella frágil estructura; pero cuando me volví para ayudar a Elsie no la vi por ninguna parte.

»¿Qué había sido de la chica? Grité su nombre, pero no obtuve respuesta alguna. La busqué por todas partes, pero no encontré ni rastro de ella. A menos que se hubiera lanzado al angosto abismo que se abría ante mis pies, no había ningún lugar donde hubiera podido esconderse…, en todo caso, yo no pude descubrir ninguno. Aun así, se había desvanecido; y como su desaparición debía ser premeditada acabé llegando a la conclusión de que era inútil intentar encontrarla. Volvería a presentarse ante mí cuando quisiera, o no la vería nunca más. Se había librado de mí con suma habilidad, y tenía que aceptarlo y tomármelo lo mejor posible. La aventura quizá valiese el anillo.

»Cuando reanudé el camino sentí un considerable alivio al descubrir que volvía a saber dónde estaba. El puente que acababa de cruzar era el que he mencionado hace un rato; quedaba a kilómetro y medio del pueblo, y el camino que debía seguir se extendía con toda claridad ante mí. Además, la luna había logrado dispersar las nubes y derramaba una deliciosa claridad sobre todo el paisaje. Fueran cuales fuesen sus otros defectos Elsie había sido una guía digna de confianza; me había arrancado a las profundidades de la tierra de los elfos y me había devuelto al mundo material. No cabía duda de que había vivido una aventura singular, y avancé por el camino meditando sobre ella con una sensación de misterioso placer mientras canturreaba melodías y me acompañaba con las cuerdas del banjo. ¡Un momento! ¿Qué suave caminar resonaba a mi espalda? Parecía el de Elsie; pero no, Elsie no estaba allí. Aun así, antes de llegar al pueblo volví a experimentar en varias ocasiones aquella misma sensación o alucinación: creí oír el leve eco de unos pies alados que me seguían o caminaban junto a mí. La fantasía no me puso nervioso; al contrario, me gustó la idea de ser objeto de un encantamiento semejante, y me entregué a toda una serie de fantasías tan románticas como joviales.

»Pasé junto a un par de casitas sin tejados con las paredes cubiertas de musgo y entré en la angosta y serpenteante calleja que atraviesa el pueblo. En cuanto se recorre cierta distancia la calleja se ensancha un poco, como si quisiera que el caminante tuviera el espacio suficiente para observar una notable mansión antigua que se alza en el lado norte. La casa estaba construida de piedra, y poseía un noble estilo arquitectónico; me recordó un poco a ciertos palacios de la vieja nobleza italiana que había visto en el Continente, y es muy probable que haya sido construida por uno de los inmigrantes italianos o españoles que llegaron a esas tierras en el siglo

dieciséis o diecisiete. Tanto las ventanas que sobresalían de las paredes como la arcada del umbral estaban adornadas con profusión de tallas, y sobre la fachada del edificio había un medallón en relieve, aunque no pude averiguar cuál era su propósito. La luz de la luna caía sobre estas pintorescas piedras realzando toda su belleza y, al mismo tiempo, les daba la apariencia de una visión que podía disolverse en cuanto la luz dejara de brillar. Debía haber visto esa casa con bastante frecuencia y, sin embargo, no guardaba ningún recuerdo preciso de ella; hasta ahora nunca la había examinado con los ojos bien abiertos, por así decirlo. La ventana de la esquina era una estructura realmente imponente y hermosa. Asomaba del muro proyectando una oscura sombra sobre la calle; los paneles de cristal en forma de rombo estaban sostenidos por gruesos remaches de plomo. ¡Cuántas veces se habría abierto en tiempos pasados impulsada por una bella mano, revelando los encantadores rasgos de su noble propietaria! La gran casa llevaba nadie sabe cuantos años vacía; ahora los murciélagos y las alimañas eran sus únicos habitantes. ¿Dónde estaban aquellos que la habían construido y quiénes fueron? Probablemente hasta su nombre había sido olvidado.

»Pero mientras seguía con los ojos levantados hacia arriba acudió a mi mente una conjetura que no tardó en madurar hasta convertirse en una convicción. ¿No era ésta la casa que el doctor Dudeen había descrito esa misma noche refiriéndose a ella como la antigua residencia del Kern de Querin y su misteriosa novia? Allí estaban la ventana que asomaba del muro y la arcada del umbral. Sí, no cabía duda de que ésta era la casa. Emití una leve exclamación de placer e interés renovado, y mis especulaciones tomaron un rumbo todavía más imaginativo, pero también más definido que antes.

»¿Cuál había sido el destino de aquella hermosa dama después de que el Kern la hubiera llevado inconsciente en brazos a su casa? ¿Se recobró, y llegaron a casarse y a vivir felices para siempre? También era posible que la historia hubiese tenido un final trágico. Recordé haber leído que generalmente las víctimas de los vampiros se convertían en vampiros. Mis pensamientos acabaron volviendo a la tumba de la colina. Aquella tierra no debía estar consagrada. ¿Por qué la habían enterrado allí? ¡Ethelind la de los blancos hombros! Ah, ¿por qué no había vivido en aquellos días? ¿No había magia alguna capaz de hacerlos revivir para mí? Si la hubiera, buscaría esta calle a medianoche, me colocaría debajo de su ventana y acariciaría con suavidad las cuerdas de mi banjo hasta que la ventana se abriera cautelosamente y viera cómo su dueña se asomaba por ella para mirar hacia abajo. ¡Qué visión tan dulce sería aquella! ¿Y quién me impedía convertirla en realidad? Sólo un par de siglos… Me pregunté si ese tiempo del que se burlaban los poetas y los filósofos sería algo tan rígido y real que no pudiera ser vencido con un poco de fe e imaginación. En cualquier caso, tenía mi banjo, el legítimo descendiente directo del bandore, y el

recuerdo de Fionguala bien podía ser la contraseña que permitiera el triunfo del amor.

»Afiné el instrumento y empecé a tocar una vieja canción de amor española que había descubierto en una mohosa biblioteca durante el curso de mis viajes y a la que había puesto mi propia música. Canté en voz baja, pues la calle desierta hacía que el más leve sonido se multiplicara en un sinfín de ecos, y lo que cantaba sólo debía llegar a los oídos de mi dama. Las palabras ardían con el fuego del viejo espíritu caballeresco español, y puse en su expresión todo el apasionamiento de los amantes que conocemos a través de los romances. ¡Sí, Fionguala la de los blancos hombros acabaría oyéndome y despertaría de su sueño de siglos para acudir a la ventana y mirar hacia abajo! ¡Atención! ¡Mira! ¿Qué luz…, qué sombra es la que parece revolotear de una estancia a otra por el interior de la casa abandonada y ya se acerca a la ventana emplomada? ¿Es que el juego de luces y sombras de la luna ha engañado a mis ojos, o es que la ventana se mueve…, se abre? No, no es ninguna ilusión, aquí no hay ningún error de los sentidos. Una mujer hermosa, joven y elegantemente ataviada se inclina hacia mí asomando el cuerpo por la ventana y, en silencio, me hace señas para que me aproxime.

»Estaba tan asombrado que apenas era consciente de mi asombro. Avancé hacia la ventana hasta quedar debajo de ella, y el rostro de la dama quedó separado de mí por tan solo dos veces la altura de un hombre. Sonrió y se besó las yemas de los dedos; algo blanco revoloteó en su mano y cayó por el aire hasta posarse en el suelo a mis pies. Un instante después la dama ya se había retirado y oí cerrarse la ventana.

»Recogí lo que había dejado caer; era un delicado pañuelo de encaje atado a una llave de bronce forjado. Evidentemente, era la llave de la casa y había sido invitado a entrar en ella. La liberé del pañuelo, que desprendía un débil y delicioso perfume parecido al aroma de las flores de un antiguo jardín, y me volví hacia la arcada del umbral. No sentía aprensión alguna y lo ocurrido apenas me parecía levemente extraño. Todo era tal y como había deseado que fuese y como debía ser; la era medieval volvía a vivir y, en cuanto a mí, casi sentí el peso de la capa de terciopelo colgando de mis hombros y la larga espada pendiendo de mi cinturón. Fui hacia la puerta, introduje la llave en el cerrojo, la hice girar y sentí cómo el pestillo cedía. Un instante después la puerta se abrió, aparentemente desde dentro; crucé el umbral, la puerta volvió a cerrarse y me encontré a solas en la oscuridad de la casa.

»¡Pero no estaba solo! Cuando extendí el brazo para tantear el camino mis dedos encontraron una mano suave, esbelta y fría que se insinuó delicadamente en la mía y me hizo avanzar. La seguí de buena gana; la oscuridad era impenetrable, pero podía oír el leve susurrar de la tela de un vestido muy cerca de mí, y aquel mismo perfume delicioso que había emanado del pañuelo enriquecía la atmósfera que respiraba, mientras la manecita que sujetaba mis dedos y era sujetada por ellos iba tensando y aflojando alternativamente la presión de sus dedos fríos y suaves. Avanzando de esta

manera y sin hacer ruido recorrimos lo que me pareció un pasillo largo e irregular, y subimos por una escalera de caracol. Después vino otro pasillo y una puerta abierta ante la que nos detuvimos. Del umbral emanaba un torrente de suave claridad. Fuimos hacia él, sin soltarnos de la mano. La oscuridad y la duda habían terminado.

»La habitación era de dimensiones imponentes y estaba amueblada y decorada según un estilo de antiguo esplendor. En las paredes había tapices de colores suaves; decenas de velas ardían en candelabros de plata y se reflejaban y multiplicaban en los grandes espejos colocados en las cuatro esquinas de la habitación. Las gruesas vigas de roble oscuro del techo se entrecruzaban formando cuadrados y estaban adornadas con tallas; las cortinas y el tapizado de los sillones eran de grueso damasco adornado con dibujos. A un extremo de la habitación se veía una gran otomana y delante de ella había una mesa sobre la que se hallaba una lujosa cubertería de plata que contenía una magnífica cena, y también había vino en frascos de cristal tallado. A un lado de la habitación se alzaba una inmensa chimenea de hogar muy profunda, con espacio suficiente para quemar troncos enteros. Pero el fuego no estaba encendido, y en el hogar sólo había un gran montón de cenizas y pese a toda su magnificencia la habitación se hallaba muy fría —fría como una tumba, o como la mano de mi dama—, y su gélida atmósfera hizo que mi corazón sintiera un sutil escalofrío.

»Pero mi dama…, ¡qué hermosa era! Apenas le eché un fugaz vistazo a la habitación; mis ojos y mis pensamientos sólo eran para ella. Iba vestida de blanco, como una novia; los diamantes centelleaban en su oscura cabellera y sobre la nívea blancura de su seno; su bello rostro y sus delgados labios estaban muy pálidos y el negro resplandor de sus ojos hacía que pareciesen todavía más pálidos. Me contempló con una extraña sonrisa huidiza; y pese a que nada de todo aquello me era conocido, en su aspecto y en su porte había algo familiar, como una canción oída hace mucho tiempo y recordada en otras condiciones y en un ambiente distinto. Me pareció que algo en mí la reconocía y sabía quién era, y que siempre lo había sabido. Era la mujer con quien había soñado, aquélla a la que había contemplado en mis visiones, aquélla cuya voz y cuyo rostro me habían perseguido desde que era un muchacho. En cuanto a si nos habíamos encontrado antes tal y como se encuentran los seres humanos, lo ignoro; quizá había estado buscándola ciegamente por todo el mundo y ella me había estado aguardando en esta espléndida habitación, sentada junto a esas cenizas apagadas hasta que su sangre había perdido todo el calor, y ese calor sólo podría serle devuelto mediante la pasión que mi amor fuera capaz de hacerle sentir.

»“Creí que me habías olvidado —dijo asintiendo con la cabeza como en respuesta a mi pensamiento—. La noche estaba tan avanzada…, ¡nuestra única noche del año! ¡Cómo se regocijó mi corazón cuando oí tu querida voz entonando esa canción que conozco tan bien! Bésame…, ¡mis labios están fríos!”.

»Y lo estaban, desde luego…, tan fríos como los labios de la muerte. Pero el calor

de los míos pareció hacerles revivir. Empezaron a cobrar un leve color sonrosado y sus mejillas también se tiñeron con la más delicada sombra rosa imaginable. Su respiración se hizo más honda, como le ocurre a quien se recupera de un prolongado letargo. ¿Era mi vida lo que estaba alimentándola? Me sentía dispuesto a entregársela toda. Me llevó hacia la mesa y señaló las viandas y el vino.

»"Come y bebe —me dijo—. Has venido de muy lejos, y necesitas alimento".

»"¿Comerás y beberás conmigo?", le pregunté mientras servía el vino.

»"Tú eres el único sustento que deseo —me respondió—. Este vino es frío y no tiene cuerpo. Dame un vino tan rojo y cálido como tu sangre y apuraré la copa hasta las heces".

»Al oír estas palabras un leve escalofrío recorrió todo mi cuerpo, no sé por qué. Mi dama parecía cobrar fuerzas y vitalidad a cada instante que pasaba, pero el frío de aquella gran habitación iba penetrándome más y más.

»Se entregó a una fantástica demostración de alegría y jovialidad, dando palmadas y bailando a mi alrededor como si fuese una niña. ¿Quién era? ¿Y quién era yo, o estaba burlándose de mí cuando daba a entender que en el pasado nos habíamos pertenecido el uno al otro? Acabó quedándose inmóvil ante mí, con las manos cruzadas sobre el pecho. La contemplé y vi brillar en el índice de su mano derecha un anillo muy antiguo.

»"¿Dónde has encontrado ese anillo?", le pregunté.

»Meneó la cabeza y se rió.

»"¿Me has sido fiel? —preguntó—. Es mi anillo; es el anillo que nos une; es el anillo que te di cuando me amaste por primera vez. Es el anillo del Kern…, el anillo de las hadas, y yo soy tu Ethelind…, Ethelind Fionguala".

»"Que así sea —dije yo, haciendo a un lado miedos y temores y entregándome en cuerpo y alma al hechizo de aquellos ojos inescrutables y aquellos labios invitadores —. Eres mía y yo soy tuyo, y seamos felices mientras duren las horas".

»"Eres mío y yo soy tuya —dijo ella asintiendo con una picara sonrisa de duende —. Ven y siéntate junto a mí, y vuelve a cantarme esa dulce canción que me cantaste hace ya tanto tiempo. Ah, ahora viviré cien años".

»Tomamos asiento en la otomana. Cogí mi banjo mientras ella se reclinaba en los almohadones y le canté. La canción y los acordes musicales resonaron por toda aquella inmensa habitación y volvieron a nosotros convertidos en ecos palpitantes. Mientras cantaba vi ante mis ojos el rostro y la silueta de Ethelind Fionguala vestida con su traje de novia enjoyado, contemplándome con ojos ardientes. Su piel ya no estaba pálida, sino cálida y sonrosada, y la vida era como una llama encerrada dentro de su cuerpo. Era yo quien estaba enfriándose y quien perdía el calor de la sangre y, aun así, estaba dispuesto a consumir mi último hálito de vida cantando para ella y hablándole del amor inmortal. Pero mis ojos acabaron nublándose, la habitación

pareció oscurecerse, la silueta de Ethelind se hacía alternativamente muy clara y muy borrosa, como los postreros parpadeos de un fuego; avancé hacia ella con paso tambaleante y sentí cómo me sumía en la inconsciencia con la cabeza apoyada en su blanco hombro.

Al llegar a este punto de su relato Keningale se quedó callado durante unos instantes, echó un nuevo leño al fuego y volvió a hablar.

—Desperté, no sé cuánto tiempo después. Me hallaba en una inmensa habitación vacía de un edificio en ruinas. Las hilachas podridas de los tapices colgaban de las paredes y las telarañas cubiertas de polvo gris festoneaban ventanas que carecían de cristales o postigos; las habían tapado con toscos tablones de madera que habían ido pudriéndose con el paso de los años, y sus grietas y agujeros dejaban pasar rayos de una pálida claridad y gélidas corrientes de aire. Un murciélago, inquietado por esos rayos de luz o por mis movimientos, abandonó el nido que se había hecho entre los restos de un mohoso tapiz y dirigió el centelleante silencio de su vuelo hacia un rincón oscuro tras haber descrito unos rápidos círculos alrededor de mi cabeza. Me levanté con paso vacilante del montón de escombros y basura sobre el que había estado yaciendo, y lo que tenía encima de mis rodillas cayó al suelo con un ruido seco. Lo recogí y descubrí que era mi banjo…, tal y como lo ves ahora.

»Bueno, eso es todo cuanto tengo que contar. Mi salud quedó seriamente afectada; era como si me hubiesen sacado toda la sangre de las venas. Estaba pálido y agotado, y el frío… Ah, ese frío —murmuró Keningale acercándose un poco más al fuego y extendiendo los brazos hacia él para capturar su calor con las manos—. Nunca me libraré de él; lo llevaré conmigo hasta mi tumba.

Almas en pena

—¡Diez mil diablillos verdes! ¡Vaya noche, vaya noche tan odiosa!

Jules de Grandin se detuvo bajo la entrada para vehículos del teatro y observó las cortinas de lluvia que caían del cielo con un feroz fruncimiento de ceño.

—Bueno, el verano está muerto y el invierno aún no ha llegado —le recordé intentando calmarle—. Estamos en octubre, y es lógico que tengamos algo de lluvia. El equinoccio de otoño…

—¡Espero que los demonios más selectos de Satanás se larguen volando con el equinoccio de otoño! —me interrumpió el pequeño francés—. *Morbleu*, sólo Dios sabe cuánto tiempo llevo sin ver el sol; ¡además, me encuentro abominablemente hambriento!

—Eso es algo que sí podemos remediar —prometí, apartándole del refugio ofrecido por la cornisa y llevándole hacia mi coche—. ¿Y si nos pasamos por el Café Bacchanale? Siempre suelen tener algo bueno para comer.

—Excelente, magnífico —dijo Jules de Grandin con entusiasmo, instalándose ágilmente en el asiento trasero y bajándose el cuello del abrigo, que se había subido para protegerse de la lluvia—. Es usted un auténtico filósofo, *mon vieux*. Siempre sabe decirme aquello que más deseo oír.

Los clientes del cabaret se lo estaban pasando en grande, pues era la noche del 31 de octubre, y la gerencia había preparado una fiesta especial de Halloween. Dejamos atrás el cordoncillo de terciopelo que colgaba a través de la entrada y apenas llegamos al comedor fuimos acogidos por un estallido de música. Una docena de ágiles jovencitas sucintamente vestidas estaban ejecutando unos giros muy complicados dirigidas por una dama aparentemente desprovista de huesos cuyo atuendo se componía básicamente de tiras de tela con campanillas que le rodeaban el cuello, las muñecas y los tobillos.

—¿Conejo a la galesa? —sugerí—. Aquí lo preparan muy bien.

De Grandin asintió distraídamente con la cabeza mientras contemplaba a una pareja que comía en una mesa cercana.

—Amigo Trowbridge, tenga la amabilidad de observarles —me susurró justo cuando el camarero nos traía una bebida casi hirviente con que empezar la cena—. Comuníqueme los resultados de su examen, si es que obtiene alguno.

La chica «tumbaba de espaldas», como suele decirse. Era alta, esbelta y muy hermosa, y llevaba un traje de noche de color negro en el que no había ni el más mínimo adorno. Tampoco los había en el resto de su persona, dejando aparte el collar de pequeñas perlas de una sola vuelta que rodeaba su delgado y más bien largo cuello. Tenía el cabello de un castaño brillante, casi color cobre, y lo llevaba recogido alrededor de la cabeza formando una tiara griega: aquel marco rojizo hacía que su rostro pareciese una extraña flor situada al final de un largo tallo. Sus pestañas oscurecidas, el carmín de sus labios y la palidez de sus mejillas creaban una combinación de lo más interesante.

Cuando la observé con más atención me pareció que había en su rostro la vaga pero inconfundible expresión de quien sufre alguna enfermedad. No era nada definido, meramente la combinación de ciertos factores que atravesaron la cáscara de mi admiración puramente masculina y obtuvieron una respuesta de mis años de experiencia como practicante de la medicina: un cierto tono azulado de la tez que para el profano significaba «palidez interesante», pero que al galeno le indicaba una pobreza de oxígeno en la sangre; una leve rigidez en los músculos situados alrededor de la boca que daba una inclinación más bien patética a sus labios fruncidos en un hermoso mohín; y una apenas perceptible retracción allí donde se unían la mejilla y la nariz que significaba fatiga de los nervios o los músculos, posiblemente de ambos.

Volví los ojos hacia el hombre que la escoltaba, mezclando distraídamente la admiración y el diagnóstico en mi cabeza, y mis labios se tensaron un poco mientras hacía una anotación mental: «¡Buscadora de oro!». El hombre tenía los huesos grandes y los rasgos toscos, la cabeza en forma de bala y el cuello grueso, y poseía la complexión blancuzca, como el vientre de un sapo, de quien bebe y duerme demasiado y apenas hace ejercicio físico. La muchacha le habló en un susurro apremiante y el rostro del hombre apenas cambió de expresión. Todo en su actitud indicaba al propietario, como si aquella joven le perteneciera en cuerpo y alma porque la había adquirido a cambio de una buena suma, y sus ojos de pez no paraban de vagabundear por la sala posándose con un brillo codicioso en las mujeres atractivas que cenaban en las otras mesas.

—No me gusta. —El comentario de Jules de Grandin hizo que mi atención dejara de vagabundear y volviera a lo que nos ocupaba—. Es tan extraño como inexplicable; no es normal.

—¿Eh? —exclamé—. Tiene toda la razón; estoy de acuerdo con usted. Es vergonzoso. Que una muchacha semejante venda —o, quizá, sólo alquile—, su cuerpo a una criatura tal…

—*Non, non* —me interrumpió con voz algo irritada—. No siento ni el más mínimo deseo de censurar su comportamiento moral; eso es algo que sólo les concierne a ellos. Lo que me intriga es su tratamiento de la bebida.

—¿La bebida? —repetí yo.

—*Oui-da*, la bebida. Han pedido bebida tres veces y, sin embargo, no la han tocado caso en ninguna de esas tres ocasiones; la han dejado intacta sobre la mesa hasta que el *garçon* se la ha llevado. Y ahora le pregunto: ¿es normal eso?

—Bueno…, pues… —balbuceé intentando ganar tiempo; pero de Grandin siguió hablando.

—Mientras les observaba hubo un momento en el que la mujer pareció dispuesta a llevarse la copa a los labios, pero el gesto de su escolta la detuvo. No llegó a probar la bebida. ¿Qué clase de personas son capaces de no prestarle atención al vino…, el alma viva de la uva?

—Bien, ¿piensa investigarles? —le pregunté sonriendo.

Sabía que su curiosidad era casi tan ilimitada como su autoestima, y no me habría sorprendido demasiado ver cómo iba hacia la mesa de aquella extraña pareja y les pedía una explicación.

—¿Investigarles? —repitió con expresión pensativa—. Hum… Quizá lo haga.

Levantó la tapa de peltre de su jarra de cerveza produciendo un leve chasquido metálico, tomó un prolongado sorbo manteniendo su expresión pensativa y acabó inclinándose hacia adelante, clavando sus ojillos redondos en los míos sin parpadear.

—¿Sabe de qué podría tratarse? —me preguntó.

—Naturalmente, es Halloween. Todos los diablillos andan sueltos por ahí robando las puertas de los jardines y llamando a las puertas de las casas…

—Puede que los diablos de mayor tamaño también anden sueltos por el mundo.

—Oh, vamos —protesté—, supongo que no hablará en serio…

—Sí, hablo en serio —afirmó solemnemente—. *Regardez, s’il vous plait*.

Movió la cabeza señalando a la pareja de la otra mesa.

Sentado justo enfrente de la extraña pareja había un joven que iba solo. Era uno de esos jóvenes apuestos de lacia y lustrosa cabellera que pueden encontrarse por docenas en cualquier campus universitario. Si de Grandin hubiera presentado contra él las mismas acusaciones de desperdiciar los alimentos de que había hecho objeto a la pareja habría estado igualmente justificado, pues el muchacho había dejado casi sin probar un plato bastante complicado mientras sus ojos extasiados devoraban a la chica sentada en la mesa contigua.

Me volví a mirarle y por el rabillo del ojo vi cómo el acompañante de la chica movía la cabeza señalando en esa misma dirección. Después se levantó y abandonó la mesa. Cuando fue hacia la puerta me di cuenta de que su paso recordaba más a los veloces movimientos de un animal que al caminar de un hombre.

En cuanto se quedó sola la chica se dio media vuelta, entornó los párpados y le lanzó una mirada tan indiferente al joven que resultaba imposible equivocarse en cuanto a su intención.

De Grandin observó con lo que me pareció un hosco desinterés cómo el joven se levantaba de su mesa para sentarse con ella y, dejando aparte alguna que otra mirada disimulada, no les prestó ninguna atención mientras se dedicaban al insulso intercambio de frases, común en tales casos; pero unos minutos más tarde, cuando se pusieron en pie para marcharse, me indicó que debíamos imitarles.

—Debemos averiguar qué dirección toman —me dijo—. Es muy importante.

—¡Oh, por el amor de Dios, tenga un mínimo de sentido común! —le reñí yo—. Déjeles flirtear, si es eso lo que quieren. Estoy seguro de que ahora se encuentra mucho mejor acompañada que cuando entró con…

—¡*Précisément*, exactamente, así es! —exclamó de Grandin—. Ese «mucho mejor acompañada» al que usted se refiere es justamente aquello en lo que pienso cuando me dejo dominar por la preocupación.

—Hum, no cabe duda de que el hombre con quien estaba sentada *era* un tipo de aspecto muy duro —admití—. Y pese a toda su bonita inocencia es posible que la chica sea el cebo de un juego sucio…

—¿Un juego sucio? *Mais oui*, amigo mío. ¡Un juego sucio en el que las apuestas son infinitamente elevadas! —Se volvió hacia el elegante portero del local—. *Monsieur le Concierge*, esa pareja, el joven y la mujer…, ¿se fueron por ahí?

—¿Eh?

—El joven y la muchacha…, ¿les ha visto salir? Nos gustaría saber en qué dirección se han ido…

Un arrugado billete de dólar cambió de manos y la memoria del portero revivió milagrosamente.

—Oh, ellos. Sí, les he visto. Cogieron un gran taxi negro y se alejaron en esa dirección. El conductor era un tipo bajito, un inglés. El joven daba la impresión de haber hecho una buena conquista… Aunque si el tipo duro que trajo aquí a la chavala se entera de que anda tonteando con ella puede acabar saliendo muy malparado. Ese fulano tiene cara de ser muy mala persona, y…

—Cierto, cierto —dijo de Grandin—. Y ese *Monsieur le* Fulano de quien habla, ¿en qué dirección se marchó, si es tan amable?

—Se largó tan deprisa como si le persiguiera el mismísimo diablo hará unos diez minutos. Es un tipo bastante raro. Le observé cuando se alejaba por la calle, no por nada especial, entiéndame, pero estaba mirándole, desvié la vista un momento y cuando volví a mirar hacia allí había desaparecido. Cuando le vi por última vez estaba a mitad de la manzana, pero cuando volví a mirar ya no estaba allí. Que me cuelguen si sé cómo logró doblar la esquina en tan poco tiempo.

—Creo que su perplejidad está justificada —dijo de Grandin mientras yo detenía el coche junto a la acera. Una vez hubo entrado en él se volvió hacia mí y me dijo—: De prisa, amigo Trowbridge. Tenemos que localizarles antes de que desaparezcan en

la tormenta.

Unos pocos minutos nos bastaron para divisar las luces traseras del gran coche en el que nuestra pareja se dirigía velozmente hacia las afueras de la ciudad. Les perdíamos de vez en cuando para volver a encontrarles casi de inmediato, pues la ruta que seguían iba en línea recta por el bulevar Oriente hacia el Old Turnpike.

—Esta es la mayor de las locuras que hemos cometido en todo el tiempo que llevamos juntos —gruñí—. Tenemos tan pocas posibilidades de alcanzarles como de… ¡Diablos, se han parado!

Por improbable que parezca, el gran coche se había detenido ante la imponente Puerta Canterbury del cementerio Shadow Lawn.

De Grandin se inclinó hacia adelante en su asiento como un jockey montado sobre su caballo.

—¡Deprisa, amigo mío, con premura, a toda velocidad! —me suplicó—. ¡Debemos alcanzarles antes de que bajen del vehículo!

Todos mis esfuerzos resultaron fútiles. Cuando frenamos junto al cementerio con nuestro motor haciendo tanto ruido como un caballo agotado, lo único que encontramos fue una limusina vacía y un chófer atónito que nos recibió con una amplia gama de juramentos.

—¿Por dónde, amigo mío…, por dónde se fueron?

De Grandin salió disparado del coche antes de que hubiera podido detenerlo del todo.

—¡Dentro del cementerio! —respondió el chófer—. Oiga, ¿qué diablos sabe usted acerca de esto? Me han hecho venir hasta este sitio donde el diablo dice «¡Buenas noches!» y me han dejado tirado como si fuese un trapo sucio… —Su voz cobró un agudo tono de falsete imitando a la de una mujer—. «No hace falta que nos espere, chófer, no volveremos», me dice. Dios Todopoderoso, ¿quién sino un cadáver puede entrar en un cementerio y no volver a salir?

—Ciertamente, ¿quién? —exclamó el francés y se volvió hacia mí—. Vamos, amigo Trowbridge, debemos apresurarnos, ¡tenemos que encontrarle pronto o será demasiado tarde!

El recinto funerario tenía una apariencia tan solemne como el propósito al cual estaba dedicado, y su oscura y lúgubre extensión se desplegó a nuestro alrededor cuando cruzamos la verja de la imponente entrada de piedra. Los caminos de gravilla bordeados por hileras dobles de piceas se curvaban alejándose como el dédalo de un laberinto, y el suelo negro con las ocasionales protuberancias de las tumbas o los monumentos funerarios de blanco mármol iba subiendo de nivel, aparentemente hasta el infinito.

De Grandin avanzó con paso rápido como si fuera un terrier que sigue el rastro de

su presa, inclinándose de vez en cuando para pasar bajo la rama de algún árbol empapado por la lluvia, después de lo cual apretaba el paso yendo todavía más deprisa que antes.

—¿Conoce este lugar, amigo Trowbridge? —me preguntó durante una de sus breves paradas.

—Mejor de lo que quisiera —admití—. He estado aquí para asistir a varios funerales.

—¡Estupendo! —exclamó—. Entonces podrá decirme dónde se encuentra el… ¿cómo le llaman? ¿La cripta de recepción?

—Por allí, casi en el centro del recinto —respondí.

De Grandin asintió y reanudó su avance casi a la carrera.

Acabamos llegando al achaparrado mausoleo de piedra gris y de Grandin examinó todas las puertas, una detrás de otra.

—¡Es inútil! —anunció con expresión decepcionada después de que las grandes puertas metálicas de aquel sepulcro hubieran desafiado todos sus esfuerzos—. Parece que tendremos que buscar en otro sitio.

Corrió hacia la explanada reservada para aparcamiento de los coches fúnebres y examinó rápidamente lo que le rodeaba. Acabó tomando una decisión y salió disparado por el serpenteante camino que llevaba a una larga hilera de mausoleos familiares, moviéndose tan deprisa como si fuera un corredor en una prueba campo a través. Se detuvo ante cada uno de ellos y trató de abrir las sólidas rejas metálicas de la entrada, observando su tenebroso interior con la ayuda de su linterna de bolsillo.

Visitamos una tumba tras otra hasta que me quedé sin aliento y sin paciencia.

—¿A qué viene todo esto? —le pregunté—. ¿Qué está buscando…?

—Lo que temo encontrar —replicó con voz jadeante mientras paseaba el haz luminoso de su linterna a nuestro alrededor—. Si hemos sido burlados… *Ah?* Mire, amigo mío, mire y dígame qué ve.

El angosto cono de luz proyectado por su linterna me permitió observar una silueta oscura que yacía sobre los peldaños de un mausoleo.

—Pero…, ¡pero si es un hombre! —exclamé.

—Eso espero —replicó de Grandin—. Puede que sólo encontremos las reliquias de uno pero…, ¿ah? Bien. Todavía respira.

Cogí su linterna y moví el haz luminoso sobre la silueta inmóvil caída encima de los peldaños de la tumba. Era el joven al que habíamos visto salir del café acompañando a aquella mujer tan extraña. En su frente había un corte de feo aspecto que parecía haber sido causado por algún instrumento romo blandido con una fuerza terrible…, una cachiporra, por ejemplo.

Las expertas manos de mi amigo recorrieron con hábil rapidez el cuerpo del joven. Le apretó la muñeca con los dedos para tomarle el pulso y se inclinó para

pegar el oído a su pecho.

—Vive —anunció en cuanto hubo terminado su inspección—, pero su corazón… No me gusta. Vamos, amigo mío; saquémosle de este lugar.

—Y ahora, *mon brave* —dijo media hora después cuando hubimos logrado revivir al joven inconsciente con sales aromáticas y compresas frías—, quizá tenga la amabilidad de explicarnos por qué abandona las moradas de los vivos para mezclarse con los muertos.

El paciente hizo un débil esfuerzo para incorporarse en la camilla, descubrió que le resultaba demasiado difícil, se rindió y volvió a recostarse.

—Creí que *estaba* muerto —confesó.

—¿Hum? —El francés le contempló entrecerrando los ojos—. Aún no ha respondido a mi pregunta, joven *Monsieur*.

El muchacho hizo un segundo intento de levantarse. Una expresión de dolor se difundió por su rostro, se llevó la mano a la parte izquierda del pecho y cayó sobre la camilla, medio derrumbándose y medio retorciéndose.

—Deprisa, amigo Trowbridge, el nitrato de amilo…, ¿dónde está? —me preguntó de Grandin.

—Ahí. —Moví la mano señalando el armarito de las medicinas—. Encontrará tres dosis mínimas en la tercera botella.

Un instante después ya tenía en su mano las tres ampollitas de color perla. Rompió una por el centro con su pañuelo y acercó una mitad de la ampollita a las fosas nasales del joven.

—Ah, ya se siente mejor, *n'est ce pas*, mi pobre amigo? —le preguntó.

—Sí, gracias —replicó éste, aspirando otra honda bocanada de aquel potente tónico—, mucho mejor. ¿Cómo ha sabido lo que debía administrarme? —añadió un instante después—. No creía que…

—Amigo mío —le interrumpió el francés con una sonrisa—, yo ya trataba casos de *angina pectoris* cuando usted ni tan siquiera había sido concebido. Y ahora, si se encuentra lo suficientemente recuperado, ¿querrá decirnos por qué abandonó el Café Bacchanale y lo que ocurrió después? Esperamos su respuesta.

El joven bajó de la camilla, con de Grandin ayudándole por un lado y yo por el otro, y tomó asiento en un sillón.

—Me llamo Donald Rochester —dijo presentándose—, y ésta tenía que haber sido mi última noche en la tierra.

—¿Ah? —murmuró Jules de Grandin.

—Hace seis meses el doctor Simmons me explicó que padecía *angina pectoris* —siguió diciendo el joven—. Cuando hizo su diagnóstico mi caso ya estaba bastante avanzado, y me dio muy poco tiempo de vida. Hace dos semanas me dijo que tendría

suerte si veía el final del mes, y el dolor estaba volviéndose más severo y los ataques más frecuentes; por lo que hoy decidí obsequiarme con una última fiesta, volver a casa y abandonar este mundo de una forma rápida y limpia.

—¡Maldición! —murmuré.

Conocía a Simmons: era un viejo pomposo y pagado de sí mismo, pero también era un médico de primera clase y un buen especialista en cardiología, aunque se mostraba brutal y despótico con sus pacientes.

—Pedí la clase de cena de la que no se me ha permitido disfrutar durante el último medio año —siguió diciendo Rochester—, y estaba a punto de empezar a saborearla cuando…, cuando la vi entrar. Ustedes… —Sus ojos fueron del rostro de Jules de Grandin al mío, como si esperara obtener más comprensión de un compatriota—. Ustedes también la vieron, ¿no?

—Perfectamente, *mon vieux* —dijo de Grandin—. Todos la vimos. Siga contándonos lo que ocurrió.

—Siempre había pensado que esas historias del amor a primera vista no eran más que un montón de estupideces, pero ya no opino lo mismo. Hasta olvidé mi cena de despedida. No tenía ojos ni mente para nada que no fuese ella. Pensé que si dispusiera de aunque sólo fuesen dos años más de vida nada podría impedirme que la cortejara y le pidiera que se casase conmigo…

—*Précisément*, desde luego, así es —le interrumpió el francés con expresión algo irritada—. Ya vemos que le dejó fascinado, *monsieur*; pero, en nombre de veinte mil monos azul claro, le ruego que nos cuente lo que hizo, no lo que pensó.

—Me limité a mirarla boquiabierto, señor. No podía hacer nada más. Cuando esa bestia enorme con la que estaba sentada se levantó y salió del local ella me sonrió, y este pobre corazón mío casi dejó de funcionar. Cuando me sonrió por segunda vez ni todas las cadenas existentes en este país habrían bastado para mantenerme alejado de ella.

»Su forma de comportarse y caminar a mi lado cuando salimos del café…, cualquiera habría creído que me conocía de toda la vida. Tenía un gran coche negro esperando fuera. Subí a él y me senté a su lado. Antes de darme cuenta ya estaba contándole quién era, cuánto tiempo de vida me quedaba y que lo único que sentía era perderla justo cuando acababa de encontrarla. Yo…

—*Parbleu*, ¿le contó eso?

—Desde luego que sí, y muchas cosas más…, antes de darme cuenta ya le había dicho que la amaba.

—Y ella…

—Caballeros, no estoy seguro de si la enfermedad que padezco debería provocarme delirios o no, pero estoy bastante seguro de que he tenido una experiencia extraña. Antes de contarles el resto quiero hacerles saber que no estoy

loco; pero puede que haya sufrido un ataque al corazón o algo parecido que me haya dejado inconsciente y que lo haya soñado todo.

—Siga, *Monsieur* —le ordenó de Grandin con expresión muy seria—. Le escuchamos.

—Muy bien. Cuando le dije que la amaba la chica se llevó las manos a los ojos, así, como si quisiera limpiarse algunas lágrimas que no había llegado a derramar. Había esperado que se enfadara o que se echara a reír, pero no hizo ninguna de las dos cosas. Lo único que dijo fue: «Demasiado tarde…, ¡oh, demasiado tarde!».

»“Ya sé que es demasiado tarde”, respondí. “Ya te he dicho que es como si estuviera muerto, pero no podía dejar este mundo sin revelarte lo que sentía”.

»Y entonces ella dijo: “Oh, no es eso, querido mío. No me refería a eso. Yo también te amo, aunque no tengo derecho a decir semejante cosa…, no tengo derecho a amar a nadie… Para mí también es demasiado tarde”.

»Después la tomé en mis brazos y la estreché con todas mis fuerzas, y ella lloró como si se le fuera a romper el corazón. Acabé pidiéndole que me hiciera una promesa. “Reposaré más tranquilo en mi tumba si sé que nunca volverás a salir con ese hombre horrendo junto al que te vi sentada esta noche”, le dije, y ella dejó escapar un grito ahogado y lloró todavía más desesperadamente que antes.

»Entonces me pasó por la cabeza la horrible idea de que quizá estuviera casada con él, y que a eso era a lo que se refería cuando dijo que ya era demasiado tarde; por lo que se lo pregunté a quemarropa.

»Su respuesta me pareció diabólicamente extraña. Me dijo: “Tengo que acudir a él siempre que lo desea. Le odio con un odio que nunca podrás comprender; pero cuando me llama tengo que ir a él. Es la primera vez que lo he hecho; ¡pero tendré que volver a hacerlo una vez, y otra, y otra más!”. Siguió repitiendo esas palabras hasta que la hice callar con mis besos.

»El coche se detuvo y salimos de él. Creo que nos hallábamos en una especie de parque, pero estaba tan absorto ayudándola a recuperar la compostura que apenas me fijé en lo que nos rodeaba.

»Me llevó a través de una gran puerta y por un sendero serpenteante. Acabamos deteniéndonos ante una especie de albergue y la tomé en mis brazos para darle un último beso.

»No sé si el resto de lo que voy a contarles ocurrió realmente o si perdí el conocimiento y lo soñé. Lo que *creo* que ocurrió es lo siguiente: en vez de unir sus labios a los míos, los puso *alrededor* de ellos y pareció aspirar el aliento de mis pulmones. Sentí cómo me debilitaba, igual que el nadador atrapado en un oleaje muy fuerte que le golpea y le maltrata hasta dejarle sin respiración, y mis ojos parecieron quedar velados por una especie de niebla; después todo lo que me rodeaba se fue volviendo de un color verde oscuro y sentí cómo mis rodillas empezaban a aflojarse.

Todavía podía notar el contacto de sus brazos rodeándome, y recuerdo que me sorprendió lo fuertes que eran, pero entonces me pareció que acababa de ponerme los labios en la garganta. Seguí debilitándome con una especie de lánguido éxtasis, si es que eso tiene algún significado para ustedes… Era como irse quedando dormido poco a poco en una cama muy suave con una buena dosis de coñac en el estómago después de haber quedado agotado a causa del frío y el ejercicio físico. Lo siguiente que supe es que había perdido el equilibrio y había caído sobre los peldaños: mis rodillas estaban tan fláccidas como las de un muñeco de trapo. Al caer debí darme un golpe terrible en la cabeza, pues perdí el conocimiento, y lo siguiente que recuerdo es haber despertado para verles atendiéndome. Díganme, caballeros, ¿lo he soñado todo? Me… siento… muy… cansado.

A medida que pronunciaba esa frase su voz se fue haciendo cada vez más lenta, como si estuviera quedándose dormido, y la cabeza se le cayó hacia adelante mientras su mano se deslizaba sobre su regazo hasta acabar rozando el suelo con los músculos totalmente relajados.

—¿Ha muerto? —murmuré viendo cómo de Grandin cruzaba de un salto la habitación y le abría el cuello de la camisa de un manotazo.

—No —respondió—. Más nitrato de amilo, por favor; revivirá dentro de un momento, pero no volverá a su casa hasta que prometa no destruirse a sí mismo. *Mon Dieu*, tanto su cuerpo como su alma quedarían destruidos si se incrustara una bala en el cerebro antes de que… *Ah-ah?* Mire, amigo Trowbridge, ¡lo que me temía!

En la garganta del joven había dos minúsculas perforaciones, como si una aguja muy fina hubiera sido introducida a través de un pliegue de la piel.

—Hum —comenté—. Si hubiera cuatro diría que le ha mordido una serpiente.

—¡Y así es! ¡En nombre de un hombrecillo azul, así es! —replicó de Grandin—. Una serpiente más virulenta y sutil que cualquiera de las que se arrastran sobre su vientre ha hundido sus colmillos en él; y le ha envenenado de una forma más terrible que sí hubiera sido víctima de la mordedura de una cobra; pero juro por las alas del ángel de Jacob que nosotros impediremos que esa serpiente se salga con la suya, amigo mío. Le demostraremos que no se puede jugar con Jules de Grandin…, tanto ella como ese enamorado suyo de los ojos de pez aprenderán la lección; ¡de lo contrario, juro que mi cena de Navidad consistirá en repollos hervidos acompañados con agua de alcantarilla!

Al día siguiente de Grandin se presentó a desayunar con una cara muy seria.

—¿Tendría media hora libre esta mañana? —me preguntó mientras apuraba su cuarta taza de café.

—Supongo que sí. ¿Está pensando en algo especial?

—Ciertamente. Me gustaría volver al cementerio de Shadow Lawn. Querría

examinarlo de día, si es tan amable.

—¿Shadow Lawn? —repetí yo, asombrado—. Pero, ¿qué diablos…?

—Justamente —me interrumpió—. A menos que esté totalmente equivocado, creo que este asunto tiene mucho que ver con el diablo. Vamos; debe atender a sus pacientes y yo tengo cosas de las que ocuparme. En marcha.

La lluvia se había esfumado con la noche y cuando llegamos al cementerio un esplendoroso sol de noviembre brillaba en el cielo. Fuimos directamente a la tumba donde habíamos encontrado al joven Rochester la noche anterior. De Grandin se detuvo ante ella y la inspeccionó atentamente. Sobre el dintel de la inmensa puerta había tallada una sola palabra que de Grandin señaló con el dedo:

HEATHERTON

—Hum. —Sostuvo su puntiagudo mentón entre el pulgar y el índice con expresión pensativa—. Debo recordar ese apellido, amigo Trowbridge.

Dentro de la tumba, colocadas en dos hileras superpuestas, estaban las criptas que contenían los restos de los difuntos de la familia Heatherton: cada cripta tenía una losa de mármol blanco unida con cemento a un marco de bronce, y una breve inscripción de dos líneas daba el nombre y los datos vitales del ocupante. Los marchitos restos de una corona funeraria colgaban del anillo de bronce que adornaba el panel de mármol de la cripta más alejada sostenidos por una cinta anudada, y detrás del reseco círculo de rosas y hojas de rusco leí la siguiente inscripción:

ALICE HEATHERTON

28 de septiembre de 1906 - 2 de octubre de 1928

—¿Ve? —me preguntó.

—Veo que una chica llamada Alice Heatherton murió hace un mes, a los veintidós años de edad —admití—, pero en cuanto a lo que eso tiene que ver con lo ocurrido anoche, no…

Naturalmente —me interrumpió con una risita en la que no había ninguna alegría —. Pero así es. Hay muchas cosas que usted no ve, mi viejo amigo, y hay muchas más ante las que se limita a parpadear, como un niño que se apresura a pasar las páginas desagradables de un libro de ilustraciones. Y ahora, si tiene la bondad de dejarme solo, hablaré con *Monsieur Vinténdant* de este hermoso parque y con algunas personas más. Si es posible volveré a tiempo para la cena, pero —alzó los hombros en un encogimiento cargado de fatalismo—, a veces el deber nos obliga a olvidarnos de la comida. Sí, desgraciadamente, así ocurre a veces…

El consomé se había enfriado y el asado de cordero burbujeaba en el horno cuando oí sonar el teléfono de mi estudio.

—Trowbridge, amigo mío —dijo la voz de Jules de Grandin desde el otro extremo de la línea, agudizada por la emoción—, reúnase conmigo en Adelphi Mansions tan deprisa como pueda. ¡Le necesito como testigo!

—¿Testigo? —repetí—. ¿Qué…?

Un seco chasquido me informó de que había colgado el auricular, por lo que me quedé contemplando asombrado el mudo instrumento que tenía en la mano.

Cuando llegué de Grandin estaba esperándome ante la entrada de aquel elegante edificio de apartamentos. Me hizo cruzar el umbral y me llevó por el vestíbulo alfombrado hasta los ascensores, negándose a contestar a mis impacientes preguntas. Cuando la cabina del ascensor salió disparada hacia arriba metió la mano en el bolsillo y sacó de él una pequeña instantánea sobre la que se veían las huellas dejadas por varios pulgares.

—La he tomado prestada de *Le Journal* —me explicó—. Ellos ya no la necesitaban para nada.

—¡Cielo santo! —exclamé mientras contemplaba la foto—. Pe… pero si es…

—Desde luego que lo es —dijo de Grandin con voz impasible—. No cabe duda de que es la chica a la que vimos anoche; la chica cuya tumba visitamos esta mañana; la chica que le dio el beso de la muerte al joven Rochester.

—Pero eso es imposible. Esa chica está…

Su breve carcajada me impidió terminar la frase.

—Estaba seguro de que diría justamente eso, amigo Trowbridge. Venga conmigo: oigamos qué puede decirnos al respecto la señora Heatherton.

Una esbelta doncella negra vestida con un uniforme blanco y negro respondió a nuestra llamada y aceptó nuestras tarjetas para entregárselas a su señora. Cuando salió de la más bien suntuosa sala de recepción contemplé con cierta envidia lo que nos rodeaba, fijándome en las alfombras de la China y el Cercano Oriente, las antigüedades de caoba y un hermoso tapiz medieval con una escena de los *Nibelungenlied* bajo la que había una leyenda en letras góticas: «*Hic Siegriedum Aureum Occidunt* - Aquí mataron al dorado Sigfrido».

—Doctor Trowbridge, doctor de Grandin…

Aquella voz suave y bien educada me hizo abandonar mi estudio del tapiz: una imponente dama de cabellos blancos acababa de entrar en la estancia.

—¡Señora, le pido mil perdones por esta intrusión! —De Grandin hizo entrechocar sus talones y la obsequió con una rígida reverencia—. Créame, no deseamos turbar su intimidad, pero hemos venido por un asunto de la máxima importancia. Disculpe que le pregunte en qué circunstancias murió su hija, pues soy

de la *Sûreté* de París y mis pesquisas están relacionadas con la investigación científica.

La señora Heatherton era, para usar una frase algo sobada, «toda una dama». Nueve mujeres de cada diez se habrían quedado paralizadas nada más oír las palabras de Jules de Grandin, pero ella era la mujer número diez. La mirada tan directa que le había lanzado el pequeño francés y su evidente sinceridad, combinadas con los modales perfectos y el atuendo inmaculado, exigían una respuesta.

—Siéntense, caballeros —nos invitó—. No se me ocurre razón alguna por la que la tragedia de mi pobre niña deba interesar a un oficial de la policía secreta parisina, pero estoy dispuesta a contarles todo lo que sé; de todas formas, los periódicos les darían una versión confusa y no demasiado fiel de lo ocurrido.

»Alice era mi hija pequeña. Ella y mi hijo Ralph se llevaban casi dos años exactos de diferencia. Ralph se graduó en ingeniería civil por la universidad de Cornell hace dos años y fue a Florida para ocuparse de algunas obras. Alice murió mientras le visitaba.

—Pero…, disculpe lo que quizá pueda parecerle rudeza por mi parte, señora, pero su hijo… También está muerto, ¿no?

—Sí. —Nuestra anfitriona asintió con la cabeza—. También está muerto. Murieron casi al mismo tiempo. En Florida había un hombre de esta misma ciudad, Joachim Palenzke…, no es la clase de persona con la que solemos relacionarnos, pero era el jefe de Ralph. Creo que tuvo algo que ver con la operación inmobiliaria que motivó las obras. Cuando Alice fue a visitar a Ralph esa persona abusó de su posición y del hecho de que todos éramos de Harrisonville, y persiguió a mi hija de una forma absolutamente indecorosa.

—Comprendo. ¿Y qué ocurrió después? —preguntó de Grandin en voz baja y suave, instándola a proseguir.

—Ralph se enfadó muchísimo. Palenzke hizo algunas observaciones insultantes…, según me han contado, se trató de ciertas alusiones desagradables referentes a Alice y a mí. Se pelearon. Ralph no era demasiado corpulento pero tenía mucho valor. Palenzke era casi un gigante, pero en el fondo era un cobarde. Cuando vio que Ralph estaba a punto de vencerle sacó una pistola e incrusto cinco balas en el cuerpo de mi pobre hijo. Ralph murió al día siguiente después de haber pasado horas de terribles sufrimientos.

»Su asesino huyó a los pantanos, donde sería difícil seguirle el rastro con sabuesos, y según algunos tramperos acabó suicidándose, pero debió de haber algún error, pues… —Se quedó callada y se tapó la boca con un pañuelo arrugado, como si intentara contener los sollozos.

De Grandin se levantó de su asiento y le dio unas palmaditas en la mano, como si consolara a una criatura.

—Mi querida señora —murmuró—, le aseguro que todo esto me resulta muy doloroso, pero le ruego que me crea cuando le digo que tengo mis razones para hacerle estas preguntas tan penosas para usted. Por favor, dígame por qué cree que la historia según la cual ese malvado se suicidó no es cierta.

—Porque…, ¡porque volvieron a verle! ¡Él mató a Alice!

—*Nom d'un nom!* ¡Es increíble! —El comentario casi fue un grito reprimido—. Señora, cuénteme lo ocurrido, dígame todo lo que sepa sobre ese acto tan espantosamente vil… Esto es de una gran importancia, y explica mucho de lo que hasta ahora resultaba inexplicable. ¡Siga, *chere madame*, se lo imploro!

—La tragedia tuvo un efecto terrible sobre Alice…, parecía creer que ella era la responsable de que Ralph hubiera sido asesinado, pero pasados unos días se recuperó lo suficiente para dar comienzo a los preparativos necesarios y volver a casa con el cadáver.

»El ferrocarril más cercano quedaba a unos veinticinco kilómetros y quería coger un tren que salía a primera hora, por lo que se marchó en coche la noche anterior a la mañana en que debía coger el tren. El coche avanzaba por un tramo de carretera solitaria y mal iluminada, con el pantano a los dos lados, cuando alguien emergió de entre los cañizos —lo sabemos gracias a la declaración del chófer—, y saltó al estribo del coche en marcha. Dejó inconsciente al chófer de un solo golpe, pero no antes de haber sido reconocido. Era Joachim Palenzke. Cuando el chófer perdió el conocimiento el coche se dirigió hacia el pantano, pero afortunadamente para él el barro era lo bastante profundo para hacer que el motor se detuviera y no lo bastante profundo para engullir el vehículo. El chófer se recobró pasado un rato y dio la alarma.

»Un grupo de búsqueda del sheriff les encontró a la mañana siguiente. Al parecer Palenzke había resbalado en el fango mientras intentaba escapar y se había ahogado. Alice estaba muerta…, los médicos dijeron que a causa del shock. Tenía los labios en un estado terrible, y había una herida en su garganta, aunque no era lo bastante seria para haber causado su muerte; y había sido…

—¡Basta! ¡No siga, señora, se lo suplico! *Sang de Saint Denis*, ¿acaso Jules de Grandin es un monstruo capaz de hacer rodar una piedra sobre el corazón destrozado de una madre? *Dieu de Dieu, non!* Pero respóndame a una pregunta más, si puede, y dejaré de interrogarla… ¿Qué fue de ese diez mil veces maldito…, le pido disculpas, señora…, de ese execrable *cochon* llamado Palenzke?

—Trajeron su cuerpo aquí para el entierro —replicó la señora Heatherton en voz baja—. Su familia es muy rica. Algunos se dedicaron al contrabando de licor durante la prohibición, algunos especulan con propiedades inmobiliarias, otros son políticos. La ceremonia se celebró en la iglesia ortodoxa griega y fue el funeral más suntuoso que jamás se haya visto —dicen que sólo las flores costaron más de cinco mil dólares

—, pero el padre Apostolakos se negó a decir misa por él. Se limitó a recitar una breve plegaria y le negó el entierro en la parte consagrada del cementerio de la iglesia.

—¡Ah! —De Grandin me lanzó una mirada cargada de sobrentendidos cuyo significado parecía ser «¡Ya se lo había dicho yo!».

—Puede que esto también le interese, aunque no estoy segura —añadió la señora Heatherton—. Un amigo mío que conoce a un reportero del *Journal*…, los reporteros se enteran de todo, ya sabe —dijo con una encantadora ingenuidad—. Bien, ese amigo me contó que el cobarde realmente debió de intentar suicidarse y que no lo consiguió, pues había una señal de bala en su sien, aunque, naturalmente, el disparo no debió resultar fatal, dado que le encontraron ahogado en el pantano. ¿Cree que pudo haberse herido a propósito allí donde pudieran verle esos tramperos para que la historia del suicidio se difundiera, esperando que los agentes de la ley dejarían de buscarle?

—Es muy posible —dijo de Grandin poniéndose en pie—. Señora, tenemos con usted una deuda mucho más grande de lo que jamás podrá imaginar y, aunque no puede saberlo, al menos esta noche hemos conseguido ahorrarle un último dolor. *Adieu, chere madame*, y que el buen Dios cuide de usted… y de los suyos.

Le rozó los dedos con los labios, hizo una reverencia y salió de la habitación.

Cuando cruzamos el umbral de la casa oímos el eco de un sollozo y el grito desesperado de la señora Heatherton.

—Yo y los míos… Ya no existen. ¡Todos han muerto, todos!

—*La pauvre!* —murmuró de Grandin mientras cerraba la puerta sin hacer ruido —. ¡Más razón para pedir que *le bon Dieu* cuide de ellos, aunque ella no lo sepa!

—¿Y ahora qué? —le pregunté, secándome furtivamente los ojos con mi pañuelo.

El francés no hizo esfuerzo alguno por ocultar sus lágrimas. Corrían por su rostro como si fuera un colegial.

—Vaya a casa, amigo mío —me ordenó—. Yo hablaré con el sacerdote de esa iglesia griega. Por lo que he oído de él debe ser un hombre bueno y sabio. Pienso que creerá mi historia. Si no, *parbleu*, deberemos tomar el asunto en nuestras propias manos. Mientras tanto, suplíquele humildemente perdón a la excelente Nora por no haber acudido a disfrutar de su cena y pídale que prepare algún tentempié ligero. Después, esté listo para acompañarme de nuevo en cuanto lo hayamos consumido. *Nom d'un canard vert*, ¡nos espera una noche muy atareada, mi viejo amigo!

Volvió cuando ya casi era medianoche, pero el brillo de sus ojos me reveló que había logrado cumplir con éxito algunas de sus «misiones».

—*Barbe d'une chèvre* —exclamó mientras liquidaba su sexto bocadillo de cordero frío y vaciaba su octava copa de Ponte Canet—, ese padre Apostolakos no tiene ni un pelo de tonto, amigo mío. No es uno de esos pobres modernos de cabeza

hueca tan sabios que no tienen ni idea de nada; un hombre versado en lo oculto puede hablar libremente con él y puede ser comprendido. Sí. Nos ayudará.

—¿Hum? —comenté yo, con la boca medio llena de pan y cordero.

—Exactamente —replicó de Grandin, volviendo a llenar su copa y cogiendo otro bocadillo de la bandeja—. Exactamente, amigo mío… El buen *papa* es la autoridad suprema en los asuntos eclesiásticos, y mañana dará las órdenes necesarias sin necesidad de obtener ni un solo «puede proceder» de los respetables excontrabandistas, especuladores inmobiliarios y políticos que forman el ilustre clan Palenzke. ¿Ya no quedan bocadillos y la botella está vacía? Bien, entonces pongámonos en marcha.

—¿Adonde? —le pregunté.

—A la casa del joven señor Rochester. Quiero volver a hablar con él.

Cuando salimos de la casa vi cómo sacaba un pequeño paquete oblongo del bolsillo de su chaqueta y lo metía en el del abrigo.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Algo que me ha prestado el buen padre. Espero que no tendremos ocasión de utilizarlo, pero si llega a ser preciso emplearlo nos resultará muy útil.

Una tenue neblina puntuada ocasionalmente por una lluvia gélida estaba cayendo sobre las calles cuando partimos hacia la casa de Rochester. Media hora de cautelosa conducción nos llevó a ese lugar, y cuando nos detuvimos junto a la acera el francés señaló una ventana iluminada del séptimo piso.

—Es la luz de su suite —me informó—. ¿Tendrá visitas a esta hora tan avanzada?

El ascensorista del turno de noche roncaba en una silla del vestíbulo y, guiado por el cauteloso gesto que me hizo de Grandin, le seguí hacia las escaleras.

—No hace falta que anunciemos nuestra presencia —murmuró mientras llegábamos al descansillo del sexto piso—. Creo que será mejor que nos presentemos por sorpresa.

Subimos en silencio otro tramo de escalones y nos detuvimos ante la puerta del apartamento de Rochester. De Grandin golpeó suavemente el panel de madera, repitió la llamada de una forma más insistente y estaba a punto de probar suerte con el picaporte cuando oímos pisadas al otro lado de la puerta.

El joven Rochester llevaba un albornoz de seda encima del pijama y tenía la cabellera un tanto desordenada, pero no parecía adormilado ni especialmente contento de vernos.

—Tengo la impresión de que no nos esperaba —anunció de Grandin—, pero aquí estamos. Tenga la bondad de hacerse a un lado y dejarnos entrar, si es tan amable.

—No pueden entrar ahora —dijo el joven—. En este momento me es imposible verles. Si vuelven mañana por la mañana…

—Ya es mañana por la mañana, *mon vieux* —le interrumpió el pequeño francés —. Los relojes dieron la medianoche hace una hora.

Pasó junto a nuestro reluctante anfitrión y fue apresuradamente por el largo corredor que llevaba a la sala.

La habitación estaba elegantemente amueblada con un estilo típicamente masculino: robustos sillones de arce y nogal, alfombras turcas, una mesa con una lámpara y un gran sofá con muchos almohadones colocado ante una chimenea con rejilla de bronce tras la que relucía una capa de carbón. Un débil olor a humo de cigarrillos flotaba en el aire, pero mezclado con él se notaba el delicado y exótico aroma del heliotropo.

De Grandin se detuvo en el umbral, echó la cabeza hacia atrás y olisqueó la atmósfera como un sabueso que ha perdido el rastro. Delante de la entrada había un arco sobre el que se encontraba una varilla de bronce que sostenía dos gruesos cortinajes estampados al estilo Paisley, y de Grandin fue en línea recta hacia él con la mano derecha metida en el bolsillo del abrigo y el bastón de ébano que yo sabía ocultaba una espada levemente alzado en su mano izquierda.

—¡De Grandin! —protesté sorprendido, atónito al ver que se comportaba como si fuese el propietario del apartamento.

—No —le advirtió Rochester—. No debe…

Los cortinajes que colgaban del arco se separaron y una chica apareció entre ellos. El ceñido traje de tela púrpura que llevaba era casi tan diáfano como el humo, y pudimos ver a través de él los blancos perfiles de su cuerpo. Su cabellera color cobre fluía en una marea hendida por su rostro cayendo sobre la suave desnudez de sus hombros. Detenido sin haber llegado a completar el acto de dar un paso, un piececito descalzo mostraba su blancura y el azul de sus venas contrastando agudamente con el rojo color óxido de la alfombra de Bokhara.

Cuando sus ojos se encontraron con los del francés tragó aire haciendo un sonido sibilante y sus pupilas se dilataron a causa del miedo. En la expresión de su rostro no había vergüenza alguna; y tampoco había confusión por sentirse culpable ni el intento de afrontar una situación desesperadamente embarazosa mediante el descaro. No, su expresión era la de alguien que se encuentra en un terrible peligro, y contempló a de Grandin tal y como podría haber contemplado a una serpiente de cascabel que avanzara ondulando hacia ella.

—¡Bien! —jadeó, y pude ver cómo la delgada tela de su traje se tensaba sobre sus senos—. ¡Así que lo sabe! Temía que lo descubriera, pero…

No llegó a terminar la frase. De Grandin dio un paso hacia ella y ladeó el cuerpo hasta que el bolsillo derecho de su abrigo quedó a un brazo de distancia de ella.

—*Mais oui, mais oui, Mademoiselle la Morte* —replicó de Grandin haciéndole una ceremoniosa reverencia, pero manteniendo la mano dentro de su bolsillo—. Lo

sé, como muy bien ha dicho usted. Ahora la pregunta que se plantea es: «¿Qué vamos a hacer al respecto?».

—Oiga, ¿cuál es el significado de esta imperdonable intrusión? —le preguntó Rochester interponiéndose entre ellos.

El pequeño francés se volvió hacia él con una expresión levemente interrogativa en el rostro.

—¿*Usted* me pide una explicación? Bien, si es que hace falta dar explicaciones…

—Mire, maldita sea, no tengo por qué rendir cuenta de mis actos a nadie. Alice y yo nos amamos. Vino a mí esta noche por voluntad propia y…

—*En véritéf* —le interrumpió el francés—. ¿Y cómo vino, señor Rochester?

El joven contuvo el aliento de una forma parecida a la del corredor que lucha por normalizar su respiración al final de una prueba muy difícil.

—Yo…, salí un rato y cuando volví… —dijo con voz vacilante.

—Mi pobre amigo —volvió a interrumpirle de Grandin contemplándole con simpatía—, miente usted como un caballero, pero miente muy mal. Escúcheme y le diré cómo entró: esta noche, no sé exactamente cuándo pero bastante después de la puesta de sol, oyó un golpecito en su ventana o en su puerta y cuando se asomó a mirar, *voila*, ahí estaba la hermosísima *demoiselle*. Creyó soñar, pero esos lindos dedos volvieron a golpear el cristal de la ventana y esos ojos tan adorables y luminosos le miraron lanzándole un mensaje de amor. Abrió la puerta o la ventana y la hizo entrar, decidido a seguir disfrutando con aquel sueño, ya que no había posibilidad alguna de estar con ella en carne y hueso. Dígame, joven señor, y usted también, hermosa *mademoiselle*, ¿he descrito los hechos tal y como ocurrieron o no?

Rochester y la chica le contemplaron asombrados. El único testimonio de que había acertado lo dieron los temblorosos párpados del joven y el estremecimiento que hizo agitarse los delicados labios de la chica.

Un tenso y vibrante silencio reinó durante unos instantes en la habitación; después la joven dejó escapar un leve grito ahogado y avanzó sin hacer ruido dejándose caer de rodillas ante de Grandin.

—¡Tenga piedad de mí…, sea compasivo! —le suplicó—. Muéstreme la misma misericordia que quizá algún día desee recibir. Es tan poco lo que le pido… Usted sabe *qué* soy; ¿sabe también quién soy y por qué ahora soy…, la criatura maldita que ve ante usted? —Enterró el rostro en las manos—. Oh, es tan cruel…, ¡es demasiado cruel! —sollozó—. Era tan joven; toda mi vida se extendía ante mí. No conocí el auténtico amor hasta que ya era demasiado tarde. No puede ser tan implacable, no puede hacer que me marche con las manos vacías; ¡no *puede*!

—*Ma pauvre!* —De Grandin puso su mano sobre la reluciente cabellera de la joven—. ¡Mi pobre e inocente oveja que se encontró al carnicero allí donde tenía todo el derecho a jugar los juegos de las ovejas! Sé todo cuanto puede saberse sobre usted.

Esta noche su santa madre me ha contado mucho más de lo que se imaginaba. No soy cruel, mi hermosa pequeña: soy todo simpatía y pena, pero la vida es cruel y la muerte todavía lo es más. Además, ya sabe cuál será el inevitable final de todo esto si me abstengo de cumplir con mi deber, ¿verdad? Si pudiera hacer un milagro abriría las puertas de la muerte y dejaría que viviera y disfrutara del amor hasta que le llegara el momento natural de morir, pero…

—¡No me importa cuál haya de ser el fin! —exclamó la joven echándose hacia atrás hasta quedar sentada en el suelo, con las plantas de sus pies descalzos mirando hacia arriba—. Sólo sé que se me ha robado aquello a lo que toda mujer tiene derecho por el simple hecho de nacer. Ahora he encontrado el amor y quiero disfrutar de él; ¡lo deseo! El me pertenece, le digo que me pertenece… —Se encogió ante de Grandin, suplicándole—. ¡Piense en cuán poco le pido! —Se arrastró de rodillas hasta cogerle la mano entre las suyas y se la llevó a la mejilla—. Sólo le pido una gotita de sangre de vez en cuando; sólo una gotita insignificante para hacer que mi cuerpo siga intacto y conserve su belleza. Si fuera como las otras mujeres y Donald fuese mi amante no le importaría ofrecerme su sangre para una transfusión…, estaría dispuesto a darme cualquier cantidad de su sangre siempre que la necesitara. Entonces, ¿es pedirle demasiado cuando sólo quiero una gota de vez en cuando? Sólo una gota de vez en cuando y, algunas veces, un poco del hálito vital que hay en sus pulmones para…

—¡Para aniquilar su pobre cuerpo enfermo y, después, para destruir su alma joven y limpia! —la interrumpió el francés en voz baja y suave—. No es en los vivos en quien pienso más, sino en los muertos. Cuando haya perdido su vida por usted, ¿sería capaz de negarle el reposo de la tumba? ¿Le negaría el sueño apacible hasta que llegue el Gran Mañana de Dios?

—¡O-o-oh! —El grito que aquellas palabras le arrancaron a sus convulsos labios era como el gemido de un espíritu extraviado—. Tiene razón…, es su alma lo que debemos proteger. Lo que le pido también mataría esa alma, como murió la mía aquella noche en los pantanos. ¡Oh, Dios santo, ten compasión de mí! Tú que curaste a los leprosos y no despreciaste a la Magdalena, ¡ten piedad de mí, la impura, la que ha sido contaminada!

Ardientes lágrimas de agonía se deslizaron por entre los dedos de aquellas manos esbeltas y casi transparentes con las que se tapaba los ojos.

—Estoy preparada —anunció por fin, pareciendo haber encontrado el coraje necesario para renunciar a todo—. Haga lo que debe hacer. Si tiene que ser el cuchillo y la estaca, golpee con mano fuerte y veloz. Si puedo evitarlo, no gritaré.

De Grandin la miró durante un segundo interminable a la cara, y su expresión era la misma con la que podría haber contemplado a un ser muy querido que yacía dentro de su ataúd.

—*Ma pauvre* —murmuró con voz llena de compasión—. ¡Mi pobre, bella y valerosa muchacha!

Se volvió bruscamente hacia Rochester.

—*Monsieur* —dijo con voz seca—, deseo examinarle. Quiero averiguar qué tal anda su salud.

Observamos con expresión asombrada cómo le quitaba la chaqueta del pijama al joven y auscultaba atentamente su pecho, dándole golpecitos y fijándose en el ritmo y la velocidad de los latidos. Acabó pasándole lentamente la mano por el brazo.

—Hum —dijo con voz pensativa cuando hubo terminado su examen—, se encuentra en bastante mal estado, amigo mío. Con medicinas, muchos cuidados y más suerte de la que suele tener el médico podríamos mantenerle con vida otro mes. Naturalmente, entra dentro de lo posible que caiga muerto en cualquier momento… Pero le juro que nunca le he comunicado su sentencia de muerte a un paciente con tanta alegría como la que siento ahora.

Dos de nosotros le contemplamos enmudecidos por el asombro; la chica fue la única que le comprendió.

—Quiere decir… —susurró con voz temblorosa, con la risa y una luz como jamás he visto sobre el mar o sobre la tierra apoderándose de sus ojos—. Quiere decir que puedo tenerle hasta que…

De Grandin la obsequió con una sonrisa de placer.

—Exactamente, precisamente, así es, *Mademoiselle* —replicó, y en su voz había una inconfundible alegría que casi llegaba a la risa. Le dio la espalda y se dirigió a Rochester—: Usted y *mademoiselle* Alice pueden amarse todo cuanto quieran mientras la vida siga alentando dentro de su cuerpo. Y después… —Alargó el brazo y tomó la mano de la joven—; después haré lo necesario…, por los dos. Ja, *Monsieur Diable*, te he engañado bien. ¡Jules de Grandin ha dejado en ridículo al infierno!

Echó la cabeza hacia atrás y asumió una postura desafiante con los ojos centelleando y los labios temblándole a causa de la excitación y el júbilo que sentía.

La chica se inclinó hacia adelante, le cogió la mano y la cubrió de besos.

—¡Oh, es usted tan bueno! —sollozó con voz a punto de quebrarse—. Sabiendo lo que sabe, ningún otro hombre habría hecho lo que acaba de hacer.

—*Mais non, mais certainement non*, *Mademoiselle* —dijo de Grandin con expresión imperturbable—. Olvida usted que soy Jules de Grandin… Vamos, Trowbridge, amigo mío, nuestra presencia aquí es una intrusión que esta joven no debe soportar —me dijo—. Nosotros apuramos el vino purpúreo de la juventud hace muchos años, ¿qué hacemos aquí junto a los que ríen y pasan la noche entregándose al amor? Marchémonos.

Los enamorados nos siguieron hasta el vestíbulo cogidos de la mano, pero cuando nos detuvimos junto al umbral…

¡Rat-tat-tat! Algo golpeó la ventana empapada por la niebla y cuando giré sobre mis talones sentí cómo el aliento ardía en mi garganta. Más allá del cristal había una silueta humana que parecía flotar entre la niebla. Un examen más atento me reveló que era el hombre de rostro brutal que habíamos visto la noche antes en el café. Pero ahora su rostro feo y malvado era el del diablo, y no el de un mero hombre perverso.

—*Eh bien, Monsieur*, ¿es usted, eh? —le preguntó de Grandin con voz despreocupada—. Pensé que quizá se decidiría a aparecer, por lo que estoy preparado para recibirle. No le invite a entrar —le ordenó secamente a Rochester—. No puede entrar a menos que alguien le invite a hacerlo… Abrace con fuerza a su amada y coloque la mano o los labios sobre su boca para que no pueda darle permiso para entrar a aquél de quien es sierva, aunque sea involuntariamente. ¡Recuerde, no puede cruzar el alféizar sin la invitación de alguno de los presentes en este cuarto!

Alzó la persiana y contempló a la aparición con ojos llenos de sarcasmo.

—*Monsieur le Vampire*, ¿tiene algo que decirnos antes de que le eche de aquí? —le preguntó.

La boca del ser que había al otro lado de la ventana se movió, pero la furia que sentía le había dejado sin palabras.

—¡Es mía! —logró chillar por fin—. La convertí en lo que es, y me pertenece. Volverá a ser mía, y esa cosa agonizante de rostro blanco como la harina que la abraza también lo será. ¡Todos vosotros me pertenecéis! ¡Seré el rey y el emperador de los muertos! Ni tú ni ningún mortal podéis detenerme. Soy omnipotente, supremo, soy…

—Eres el mayor mentiroso de todo el universo, dejando aparte a los que arden en las llamas del infierno —le interrumpió de Grandin con voz gélida—. En cuanto a tu poder y tus afirmaciones, *Monsieur* Cara-de-Mono, mañana no tendrás nada, ni tan siquiera un trocito de tierra al que llamar tumba. Mientras tanto, contempla esto, engendro del diablo; ¡contémplalo y teme su presencia!

Su mano emergió velozmente del bolsillo del abrigo sosteniendo un estuchito parecido a esas carteritas de cuero que se usan para colocar las fotografías. Apretó un resorte oculto y la tapa se abrió. La criatura de la noche contempló el objeto que contenía con una mezcla de estupefacción, horror e incredulidad. Un instante después lanzó un grito salvaje y retrocedió: aquel espantoso movimiento me recordó el de un pez atrapado en el anzuelo.

—Veo que no te gusta —dijo el francés asintiendo con la cabeza—. *Parbleu*, apestoso truhán escapado del osario, ¡veamos qué efecto tiene su contacto!

Alargó el brazo hasta que el objeto contenido en el estuche de cuero casi tocó el rostro fantasmal que había al otro lado de la ventana.

Un alarido salvaje e inhumano despertó ecos en la noche y cuando el rostro demoníaco se apartó vimos que en su frente había un verdugón rojizo, como si el

francés lo hubiese golpeado con un hierro candente.

—Cierren las ventanas, *mes amis* —nos ordenó con voz tan tranquila como si no hubiera ninguna presencia horrenda flotando al otro lado de la ventana—. Ciérrenlas bien, y abrácense el uno al otro hasta que llegue la mañana y haga huir las sombras. *Bonne nuit!*

—Por el amor del cielo —le dije mientras iniciábamos el trayecto de vuelta a casa —, ¿qué significa todo esto? Usted y Rochester la llamaron Alice, y es idéntica a la chica que vimos en el café la noche pasada. Pero Alice Heatherton está muerta. Esta noche su madre nos ha contado cómo murió; vimos su tumba esta mañana. ¿Hay dos Alice Heatherton, esta chica es su doble o…?

—En cierto modo —me respondió—. Amigo mío, la joven a la que acabamos de ver era Alice Heatherton, pero no era la Alice Heatherton de quien su madre nos habló esta noche, ni aquella cuya tumba vimos esta mañana.

—¡Deje de hablar en acertijos, por Dios! —exclamé sin poderme contener—. ¿Era o no era Alice Heatherton?

—Tenga paciencia, viejo amigo —me aconsejó—. Por ahora no puedo decírselo, pero dentro de poco se lo explicaré todo…, espero.

Estaba empezando a amanecer cuando los golpes que de Grandin daba en la puerta de mi dormitorio me sacaron de un sueño tan profundo como el coma.

—¡Arriba, amigo Trowbridge! —gritó, puntuando sus palabras con otro golpe asestado en la madera—. Arriba, y vístase lo más deprisa posible… Tenemos que partir inmediatamente. ¡Les ha ocurrido una tragedia!

Me levanté de la cama tambaleándome y, sin saber muy bien lo que hacía, me puse la ropa a tientas y, con los ojos todavía velados por el sueño, bajé al vestíbulo: de Grandin me esperaba dominado por lo que parecía una frenética excitación.

—¿Qué ha sucedido? —le pregunté mientras nos dirigíamos hacia la casa de Rochester.

—Lo peor —me respondió—. El teléfono me despertó hace diez minutos.

«Será una llamada para el amigo Trowbridge», me dije. «Algún paciente con *le mal de l'estomac* desea un pequeño paregórico y mucha simpatía. No le despertaré, pues el ajetreo de la noche le ha dejado agotado». Pero el timbre seguía sonando, así que acabé respondiendo. Era Alice, amigo mío. *Hélas*, el amor es fuerte pero la servidumbre que pesa sobre ella lo es todavía más. Aun así, después de que el daño estuviera hecho tuvo el valor suficiente para llamarnos. Recuerde eso cuando tenga que juzgarla.

Estuve a punto de disminuir la velocidad para pedirle una explicación pero de

Grandin movió la mano en un gesto impaciente.

—De prisa; ¡oh, apresúrese, apresúrese! —me ordenó con voz apremiante—. Debemos reunimos con él lo más pronto posible. Puede que ahora ya sea demasiado tarde…

No había tráfico en las calles, y realizamos el trayecto hasta el apartamento de Rochester en un tiempo récord. Nos encontramos ante su puerta casi sin tiempo para darnos cuenta de ello, y de Grandin entró sin ninguna clase de ceremonias. Abrió la puerta de un manotazo, corrió por el pasillo y llegó a la sala, deteniéndose en el umbral para tragar aire.

—¡Ah! —jadeó—. Veo que ha sido muy concienzudo…

La habitación estaba destrozada. Los sillones habían sido volcados, los cuadros se hallaban torcidos, fragmentos de adornos y objetos varios yacían esparcidos por el suelo y el tapete que cubría la mesa del centro había sido arrancado salvajemente de su sitio, haciendo caer la lámpara y dispersando los ceniceros y las cajas de cigarrillos.

Donald Rochester yacía sobre la alfombra delante de la chimenea apagada, con una pierna doblada en una postura extraña debajo del cuerpo, el brazo derecho extendido fláccidamente y la muñeca formando un ángulo recto con el resto del miembro.

El francés cruzó la habitación a la carrera abriendo su maletín mientras avanzaba. Se arrodilló junto a Rochester, auscultó con atención el pecho del joven durante unos instantes, le subió la manga, frotó su brazo con un algodón empapado en alcohol e introdujo la aguja de su hipodérmica a través de un pliegue de la piel.

—Hay una posibilidad entre un millón —murmuró mientras hacía bajar el émbolo de la hipodérmica—, pero la situación apremia; *le bon Dieu* sabe hasta qué punto…

El poderoso estimulante empezó a surtir efecto y los párpados de Rochester se movieron levemente. Gimió y ladeó la cabeza con un gran esfuerzo, pero no intentó levantarse. Me arrodillé junto a de Grandin y cuando le ayudé a incorporar al herido comprendí cuál era la causa de su sopor. Le habían roto la espina dorsal a la altura de la cuarta vértebra, dejándole paralizado.

—*Monsieur* —susurró el pequeño francés—, se está muriendo. El círculo del reloj contiene muchos más minutos de los que le quedan de vida. Cuéntenos lo que ha ocurrido, deprisa.

Volvió a inyectar más estimulante en el brazo de Rochester.

El joven se mojó sus labios azulados con la punta de la lengua e intentó tragar una honda bocanada de aire, pero descubrió que el esfuerzo era excesivo.

—Fue él…, aquél al que usted ahuyentó la noche pasada —murmuró con voz enronquecida—. En cuanto se marcharon Alice y yo nos acostamos sobre la alfombra, delante de la chimenea, contando nuestros minutos de estar juntos como un

avaro podría contar su oro. Tenía mucho frío así que puse un poco más de carbón en el fuego, pero eso no pareció servir de nada. Empezó a jadear y a atragantarse, y dejé que tomara un poco de mi aliento. Eso la revivió y cuando hubo sorbido un poco de sangre de mi garganta volvió a parecer la de siempre, aunque cuando se acostó junto a mí no pude detectar ningún latido de su corazón.

»Debió ocurrir justo antes del amanecer…, no sé exactamente cuándo, pues me había quedado dormido en sus brazos. Oí un ruido en la ventana y alguien que gritaba pidiendo que le dejaran entrar. Recordé su advertencia y traté de sujetar a Alice, pero se me escapó. Corrió hacia la ventana y la abrió de par en par mientras gritaba “Entra amo; ahora no hay nadie que pueda detenerte”.

»Se lanzó sobre mí y cuando Alice se dio cuenta de lo que pretendía hacer trató de impedírselo, pero la arrojó a un lado como si fuera una muñeca de trapo: la cogió por el cuello y la lanzó contra la pared. Oí cómo crujían sus huesos al chocar con ella.

»Luché con él, pero la resistencia que pude ofrecer era tan escasa como la que habría presentado un niño de tres años que luchara conmigo. Me tiró al suelo y me rompió los brazos y las piernas con sus pies. El dolor fue terrible. Después me levantó en vilo y volvió a arrojarme al suelo, y ya no sentí más dolor, salvo esta terrible jaqueca. No podía moverme pero estaba consciente, y lo último que recuerdo fue ver cómo Alice y él salían por la ventana cogidos de la mano. Alice ni tan siquiera se volvió a mirar.

Se quedó callado durante unos momentos, luchando desesperadamente para recuperar el aliento y después, en voz todavía más baja que antes, añadió:

—Oh, Alice…, ¿cómo pudiste hacerlo? ¡Y yo que te amaba tanto!

—No se atormente, mi querido amigo —le dijo de Grandin—. No lo hizo por voluntad propia. Ese demonio la domina con un poder al que no puede resistirse. Está sujeta a él de una forma más completa de lo que jamás lo estuvo ningún esclavo negro a su amo. Escúcheme; y abandone este mundo pensando en lo que voy a decirle: ella le amaba y le ama. Estamos aquí porque ella nos llamó, y sus últimas palabras estuvieron llenas de amor hacia usted. ¿Me oye? ¿Me ha comprendido? Morir es muy triste, *mon pauvre*, pero estoy seguro de que morir sabiendo que se ama y se es amado es algo que no se encuentra al alcance de todos. Muchos hombres viven su existencia sin haber tenido tanto, y muchos cambiarían alegremente todos los años de su vida por cinco breves minutos del éxtasis que fue suyo ayer noche.

»Señor Rochester, ¿me oye? —le preguntó con voz seca e imperiosa, pues el rostro del joven estaba cobrando el tono grisáceo que indica la proximidad de la muerte.

—S-sí. Me ama…, me ama. ¡Alice!

El nombre de la joven brotó de sus labios en un último suspiro, los músculos de su rostro se aflojaron y sus ojos adoptaron la fijeza vidriosa de los ojos que ya no ven

nada.

De Grandin le bajó suavemente los párpados cubriendo aquellas pupilas incapaces de ver, le subió la mandíbula y empezó a ordenar la habitación con un metódico apresuramiento.

—Usted se encargará de firmar el certificado de defunción —me anunció como sin darle importancia—. Nuestro joven amigo sufría de *angina pectoris*. Esta mañana tuvo un ataque y después de llamarnos se cayó del sillón en que estaba sentado cuando intentaba coger su medicina: como resultado de la caída se fracturó varios huesos. Cuando llegamos le encontramos agonizando, pero vivió el tiempo suficiente para contarnos lo sucedido. ¿Me ha comprendido?

—Que me cuelguen si entiendo algo de esto —negué—. Sabe tan bien como yo que…

—Que la policía nos hará muchas preguntas incómodas —me recordó—. Somos las últimas personas que le vimos con vida. Suponiendo que les dijéramos la verdad, ¿piensa que nos creerían?

Seguí sus órdenes al pie de la letra por mucho que me disgustaran, y una hora después el cuerpo del joven fue entregado al forense Martin, quien se ocuparía de él.

Rochester era huérfano y carecía de familia, por lo que de Grandin asumió el papel de amigo más cercano: se encargó de hacer todos los arreglos necesarios para el funeral y ordenó que los restos fueran incinerados sin tardanza. Las cenizas le serían entregadas para que dispusiera de ellas en la forma que le pareciese más conveniente.

Estos arreglos y mis visitas profesionales consumieron la mayor parte del día. A las cuatro de la tarde me hallaba totalmente agotado, pero de Grandin, infatigable, parecía tan fresco como al amanecer.

—Todavía no, amigo mío —dijo cuando me disponía a dejarme caer en mi sillón —. Aún tenemos algo que hacer. ¿No oyó la promesa que le hice al nunca suficientemente anatematizado Palenzke la noche anterior?

—¿Su promesa?

—*Précisément*. Le tenemos reservada una gran sorpresa.

La curiosidad venció a mi fatiga y le llevé a la pequeña iglesia ortodoxa griega refunfuñando entre dientes. Estacionado junto a la puerta estaba el severo vehículo negro de un empresario de pompas fúnebres: su conductor bostezaba audiblemente ante el retraso impuesto a su misión.

De Grandin subió corriendo los peldaños con paso ligero, entró en la iglesia y volvió unos minutos después acompañado por un venerable sacerdote ataviado con todas las insignias de su condición.

—*Allons, mon enfant* —le dijo al chófer—. Póngase en marcha; nosotros le seguiremos.

Los imponentes muros de granito del Crematorio North Hudson se alzaron ante

nosotros, pero ni tan siquiera entonces logré comprender los motivos de aquella alegría que de Grandin apenas podía contener.

Al parecer ya se habían hecho todos los preparativos. El padre Apostolakos recitó la plegaria del entierro ortodoxo en la pequeña capilla que había sobre el incinerador, y el ataúd fue esfumándose lentamente por el ascensor disimulado que lo llevaría hasta la cámara de incineración situada más abajo.

El anciano sacerdote nos hizo una cortés reverencia y abandonó el edificio con rumbo hacia mi coche. Me disponía a seguirle cuando de Grandin me hizo una seña imperiosa.

—Todavía no, amigo Trowbridge —dijo—. Acompáñeme abajo y le enseñaré algo.

Fuimos a la cámara subterránea donde se llevaba a cabo la incineración. El ataúd reposaba sobre una carretilla ante la abertura que daba acceso a la caverna del horno, pero de Grandin detuvo a los ayudantes cuando se disponían a introducirlo en ella. Avanzó de puntillas sobre el suelo embaldosado y se inclinó sobre el ataúd, indicándome que me reuniera con él.

Cuando me puse a su lado reconocí los toscos y malignos rasgos del hombre al que habíamos visto con Alice en el café: era aquel mismo rostro bestial y furioso que la noche antes nos había dirigido amenazas y maldiciones desde el otro lado de la ventana de Rochester. Estuve a punto de retroceder, pero el francés me agarró firmemente por el codo haciendo que me acercara todavía más al cuerpo.

—*Tiens*, *Monsieur le Cadavre* —murmuró mientras se inclinaba sobre aquella cosa muerta—, ¿qué piensa de esto, *hein*? Usted que iba a ser rey y emperador de todos los muertos, que alardeó de que ningún poder terrestre podría detenerle…, Jules de Grandin le prometió que no tendría nada, ni tan siquiera un pedazo de tierra al que llamar tumba, ¿verdad? *Pah*, asesino y violador de mujeres, homicida inmundo, ¿dónde está ahora su poder? Váyase…, váyase al horno que le llevará al fuego del infierno, ¡y llévese esto con usted!

Frunció los labios y escupió en el frío rostro del cadáver.

Quizá fuera un engaño producto de mis nervios cansados o una ilusión óptica causada por las luces eléctricas, pero creo que vi cómo aquel cadáver que llevaba mucho tiempo enterrado se retorcía dentro de su ataúd, y una expresión de odio tan terrible como imposible de describir desfiguró aquellos rasgos cerúleos.

De Grandin dio un paso hacia atrás, hizo una seña a los ayudantes y el ataúd se deslizó sin ningún ruido hacia el interior del horno. La bomba de presión empezó a funcionar con un leve chirrido y un instante después oímos el rugir apagado de las llamas producidas por la gasolina que brotaba de los quemadores.

De Grandin encogió sus flacos hombros.

—*Cest une affaire finie*.

Volvimos al cementerio Shadow Lawn poco después de la medianoche. De Grandin me guió hasta el mausoleo de la familia Heatherton avanzando sin ninguna vacilación, como si acudiera a una cita. Abrió las enormes puertas de bronce con una llave que había conseguido no sé dónde y me ordenó que montara guardia en el exterior.

Entró en la tumba alumbrándose con su linterna eléctrica, llevando un paquete cubierto con una tela debajo del brazo. Un instante después oí un ruido de metal contra metal y el sonido de algún objeto pesado que era arrastrado por el suelo; a continuación hubo un largo silencio que acabó poniéndome bastante nervioso y, por fin, un grito medio ahogado, el tipo de grito que emite el paciente sentado en el sillón del dentista cuando se le extrae una muela sin anestesia.

Otro período de silencio, roto por el deslizarse de objetos pesados que eran llevados de un lado para otro, y el francés emergió de la tumba con las lágrimas corriéndole por el rostro.

—Paz —anunció con voz entrecortada—. Le he dado la paz, amigo Trowbridge, pero, ¡oh!, qué terriblemente doloroso ha sido oírla gemir, y todavía lo ha sido más ver cómo su hermoso cuerpo que aún parecía vivo se estremecía bajo el abrazo implacable de la muerte. Ver morir a los vivos es fácil de soportar, mi viejo amigo, ¡pero ver morir a los muertos…! ¡*Mordieu*, cada vez que piense en lo que la clemencia me ha obligado a hacer esta noche mi alma sufrirá tormentos infinitos!

Jules de Grandin escogió un puro del humidificador y lo encendió con la precisión típica de todos sus movimientos.

—Admito que los acontecimientos de los últimos tres días han sido indiscutiblemente extraños —dijo mientras enviaba una nube de humo aromático hacia el techo—. Pero, ¿qué tiene eso de sorprendente? Todo lo que se encuentra fuera del radio de nuestras experiencias cotidianas resulta extraño. Para quien no ha estudiado biología ver una ameba al microscopio es un espectáculo de lo más extraño; estoy seguro de que los esquimales encontraron rarísimo el aeroplano de *Monsieur* Byrd y nosotros opinamos que cuanto hemos visto estas últimas noches es muy extraño. Lo es, por suerte para nosotros y para toda la humanidad.

»Empecemos por el principio: hoy en día existen ciertos protozoos que probablemente son idénticos a las primeras formas vitales que hubo sobre la faz de la tierra y, del mismo modo, todavía existen ciertos restos de un mal muy antiguo, aunque su número disminuye continuamente. Hubo una época en que la tierra estaba infestada por ellos: diablos y su parentela, duendes, sátiros y demonios, elementales, licántropos y vampiros… Todos eran numerosos; todos, quizá, existen actualmente en número considerable, aunque no sabemos de su existencia y la mayoría de nosotros ni

tan siquiera hemos oído hablar de ellos. Esta vez nos vimos obligados a tratar con el vampiro. Sabe de qué le hablo, ¿verdad?

»Siendo precisos, el vampiro es un alma atada a la tierra, un espíritu que ha cometido muchos pecados y actos malvados y que, como resultado, se encuentra sujeto al mundo en el que cometió esas maldades y no puede desplazarse hasta el lugar que le corresponde. En la India hay muchos vampiros, así como en Rusia, Hungría, Rumania y por todos los Balcanes…, el vampiro parece medrar en todos aquellos lugares donde la civilización es vieja y decadente. A veces roba el cuerpo de alguien que ya ha muerto; a veces permanece dentro del cuerpo que tuvo en vida y nunca es más terrible que entonces, pues necesita alimento para ese cuerpo, pero su alimento no es el que usted o yo consumimos. No, el vampiro subsiste gracias a la fuerza vital de los que todavía no han muerto, fuerza que absorbe a través de su sangre, pues la sangre es vida. Debe chupar el aliento de aquellos que viven o no podrá respirar; debe beber su sangre o morirá de hambre. Y aquí es donde surge el peligro: un suicida, alguien que muere bajo una maldición *o alguien a quien se le ha inoculado el virus vampírico* debido a que un vampiro le ha chupado la sangre se convierte en vampiro después de la muerte. Es posible que esa persona no haya cometido mal alguno, y de hecho eso es lo que suele ocurrir, pero aun así estará condenada a vagar de noche alimentándose incesantemente con los vivos, reclutando nuevos miembros con que engrosar las horrendas filas de su tribu. ¿Comprende lo que le digo?

»Piense en el caso que nos ha ocupado: este *sacre* Palenzke, debido a que cometió un asesinato y se suicidó, quizá en parte a causa de sus antepasados eslavos, quizá también por sus otros muchos pecados, se convirtió en un vampiro después de haberse arrebatado la vida. El informante de la señora Heatherton no se equivocó: Palenzke se había destruido a sí mismo, pero su cuerpo maligno y su alma todavía más maligna seguían unidos el uno al otro, con lo que la amenaza que representaban para toda la humanidad era diez mil veces mayor que cuando estaban juntos en la vida natural.

»Palenzke se alzó del pantano con todos los poderes sobrenaturales que le confería su vida-en-la-muerte, le tendió una emboscada a *mademoiselle* Alice, atacó a su chófer y se la llevó a las ciénagas para someterla a sus maldades, satisfaciendo a la vez su lujuria bestial, la sed de sangre del vampiro y el deseo de venganza que sentía porque ella había rechazado sus insinuaciones. Cuando la mató la convirtió en otra criatura como él. Además consiguió adquirir un dominio irresistible sobre ella. Era su juguete, su autómata, algo desprovisto de toda voluntad propia. Debía hacer lo que le ordenara, por mucho que odiara hacerlo. Quizá recuerde que le dijo al joven Rochester que debía seguir a ese villano aunque le odiaba; y quizá recuerde también cómo le permitió entrar en el apartamento cuando ella y su amado yacían el uno en

brazos del otro, aunque el permitirle entrar significaría la perdición de Rochester…

»Si el vampiro pudiera añadir los poderes de los vivos a sus poderes de criatura muerta no tendríamos defensa contra él, pero por fortuna se encuentra sujeto a leyes que le es imposible vulnerar. No puede cruzar por sí solo un curso de agua en movimiento, necesita que alguien le lleve; no puede entrar en ninguna morada de los vivos a menos que reciba la invitación de alguien que se encuentre dentro de ella; puede volar por los aires, entrar por el agujero de una cerradura, la rendija de una ventana o el quicio de una puerta, pero sólo puede moverse de noche…, entre el crepúsculo y el canto del gallo. Desde el amanecer hasta que anochece no es más que un cadáver tan indefenso como cualquier otro despojo mortal y debe yacer en su tumba, sumido en la inmovilidad de los muertos. En esos momentos se le puede matar con facilidad, pero sólo utilizando ciertos métodos. El primero requiere atravesarle el corazón con una estaca de fresno y cercenarle la cabeza: el vampiro habrá muerto y no podrá volver a levantarse de la tumba para molestarnos. El segundo requiere quemar su cuerpo hasta convertirlo en cenizas: el vampiro habrá desaparecido, pues el fuego limpia todas las cosas.

»Ahora que dispone de esta información, haga encajar las piezas del rompecabezas que tan perplejo le tiene: cuando estábamos en el Café Bacchanale el aspecto de aquel hombre no me gustó nada. Tenía el rostro de un muerto y los rasgos de un villano nato, así como los ojos de un pez. En cuanto a su compañera, su belleza era totalmente irreprochable, aunque ella también tenía un aspecto extraño, como si no perteneciera a este mundo. Empecé a sentir curiosidad por ellos, me dediqué a observarles por el rabillo del ojo y cuando vi que no comían ni bebían nada aquello me pareció no sólo extraño sino amenazador. La gente normal no hace tales cosas; la gente anormal suele resultar peligrosa.

»Cuando Palenzke dejó sola a la joven después de indicarle que flirteara con el joven Rochester, la situación me gustó todavía menos que antes. Lo primero que pensé fue que quizá se tratara de un intento de robo… ¿Cómo lo describió usted? Juego sucio… Por lo tanto, pensé que sería mejor seguirles para ver lo que ocurría. *Eh bien*, amigo mío, no cabe duda de que ocurrieron muchas cosas, *n'est ce pas?*

»Recordará la experiencia que tuvo el joven Rochester en el cementerio. Cuando nos la contó comprendí inmediatamente con qué clase de enemigo debíamos enfrentarnos, aunque en aquellos momentos no sabía que *mademoiselle* Alice era una víctima inocente de las circunstancias. La información proporcionada por *madame* Heatherton confirmó mis peores temores. Lo que vimos aquella noche en el apartamento de Rochester sirvió de prueba a cuanto me había imaginado, e incluso a más cosas.

»Pero mientras tanto yo no me había mantenido cruzado de brazos. Oh, no. Visité al buen padre Apostolakos y le conté cuanto había averiguado. Él lo comprendió todo

inmediatamente e hizo los arreglos necesarios para exhumar el cadáver del malvado Palenzke, ordenando que lo llevaran al crematorio para que fuese incinerado. También me prestó un *ikon* sagrado, una imagen bendita de un santo cuya potencia para repeler a los demonios había quedado demostrada en más de una ocasión. ¿Se fijó en que cuando me acerqué a ella llevando la reliquia en mi bolsillo *mademoiselle* Alice se apartó de mí? ¿Vio cómo el alma en pena que era Palenzke huyó ante ella como huye la carne ante el hierro al rojo vivo?

»Muy bien. Rochester amaba a esa mujer que ya había muerto y él mismo era un moribundo. ¿Por qué no permitirle que gozara del amor con el espectro de la mujer que correspondería a su pasión durante los pocos días que pudieran quedarle de vida? Cuando muriera, cosa inevitable, estaba preparado para tratar su pobre barro mortal de tal forma que no pudiera hacer ningún daño, aunque los besos vampíricos recibidos por su garganta ya casi le hubieran convertido en vampiro. Como bien sabe, eso es lo que he hecho. El fuego purificador ha acabado con el poder de Palenzke. Además, me juré que haría lo mismo por la pobre y hermosa Alice, víctima inocente del pecado, en cuanto su breve lapso de felicidad terrestre hubiera llegado a su fin. Oyó cómo se lo prometía, y he sido fiel a mi palabra.

»No podía soportar la idea de hacerle más daño del estrictamente necesario, por lo que cuando fui en su busca esta noche con la estaca y el cuchillo llevé conmigo una jeringuilla en la que había cinco granos de morfina y se la administré antes de cumplir con mi deber. Creo que no sufrió mucho. Su gemido de disolución y el retorcerse de su pobre cuerpo cuando la estaca le atravesó el corazón fueron meros actos reflejos, no señales de un sufrimiento consciente.

—Pero si Alice era una vampira, como dice, y si podía recorrer el mundo de noche —protesté—, ¿por qué estaba en su ataúd cuando fuimos allí esta noche?

—Oh, amigo mío —dijo mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—, estaba esperándome. Teníamos un compromiso; la pobre muchacha yacería en su ataúd aguardando el cuchillo y la estaca que la liberarían de su servidumbre. Ella…, ¡cuando la saqué de la tumba me sonrió y sus dedos me apretaron suavemente la mano!

Se limpió los ojos y echó una considerable ración de coñac en una copa.

—Por usted, joven Rochester, y por su hermosa dama —dijo mientras alzaba la copa en un brindis—. Allí donde están ahora el matrimonio no existe, pero espero que sus pobres almas en pena encuentren la paz y el descanso eterno…, juntas.

Vació la copa y la arrojó a la chimenea, donde el frágil recipiente de cristal se hizo añicos.

AUGUST DERLETH

Entre la nieve

El eco de los pasos de tía Mary se detuvo bruscamente a cierta distancia de la mesa, y Clodetta se volvió para ver qué le ocurría. Tía Mary estaba inmóvil con el cuerpo muy rígido, los ojos clavados en los ventanales que había enfrente de la puerta por la que acababa de entrar, con el bastón extendido ante ella.

Los ojos de Clodetta fueron rápidamente hacia su esposo, sentado al otro lado de la mesa, quien también estaba mirando a su tía; la expresión de su rostro no dejaba traslucir nada de lo que sentía. Cuando se volvió vio que la anciana estaba contemplándola en un pétreo silencio. Clodetta empezó a sentirse incómoda.

—¿Quién ha descorrido las cortinas de las ventanas del lado oeste?

Clodetta se acordó y el rubor invadió su rostro.

—Yo, tía. Lo siento. Olvidé que no querías que se descorrieran.

La anciana emitió una especie de extraño gruñido y sus ojos volvieron a posarse en los ventanales. Hizo un movimiento apenas perceptible, y Lisa llegó corriendo de entre las sombras del pasillo, desde donde había estado contemplando a los dos comensales con una mueca de hosca desaprobación. La sirvienta fue directamente hacia los ventanales del lado oeste y corrió las cortinas.

Tía Mary se acercó lentamente a la mesa y ocupó su sitio en la cabecera. Colocó el bastón al lado de su silla, tiró de la cadenilla que rodeaba su cuello haciendo que sus impertinentes cayeran sobre su regazo y miró primero a Clodetta y luego a Ernest, su sobrino.

Después clavó los ojos en la silla vacía que había al otro extremo de la mesa, y habló como si no viera a las dos personas sentadas junto a ella.

—Ya os he dicho que las cortinas de esas ventanas no deben descorrerse después de la puesta de sol, y debéis haberos dado cuenta de que durante la noche ninguna de esas ventanas está abierta ni un solo segundo. Os instalé en habitaciones que dan al este, y la sala también da al este.

—Estoy seguro de que Clodetta no quería oponerse a tus deseos, tía Mary —dijo Ernest con voz seca.

—No, tía, claro que no.

La anciana enarcó las cejas y siguió hablando con expresión impasible.

—No me pareció prudente explicaros la razón de que os pidiera tal cosa. No

pienso daros ninguna explicación. Pero lo que sí quiero decir es que descorrer esas cortinas es peligroso. Ernest ya ha oído hablar de ello antes, pero tú no, Clodetta.

Clodetta le lanzó una mirada de perplejidad a su esposo.

La anciana se dio cuenta.

—Podéis pensar que estoy empezando a perder la cabeza o que me estoy volviendo excéntrica —dijo—. No me importa, pero creo mi deber aconsejaros que no os conforméis con eso.

Un joven entró en la habitación y fue hacia la silla colocada al otro extremo de la mesa, dejándose caer en ella con un saludo casi inaudible dirigido a los otros tres comensales.

—Vuelves a llegar tarde, Henry —dijo la anciana.

Henry murmuró algo ininteligible y empezó a comer apresuradamente. La anciana suspiró y también empezó a comer. Clodetta y Ernest la imitaron. La vieja sirvienta, que se había quedado inmóvil detrás de la silla de tía Mary, se retiró lanzándole una mirada despectiva a Henry.

Pasado un rato Clodetta alzó los ojos y se atrevió a hablar.

—No estás tan aislada como creía que lo estarías, tía Mary.

—No, querida mía, los teléfonos y los coches han acabado con el aislamiento. Pero puedo asegurarte que hace veinte años todo era muy distinto. —Sonrió como si recordara el pasado, y miró a Ernest—. Entonces tu abuelo aún vivía, y solíamos quedar bloqueados por la nieve sin que hubiera forma de ponerse en contacto con nadie.

—Cuando estás en Chicago y oyes hablar de «el norte» o «los bosques de Wisconsin» te parece que quedan muy lejos —dijo Clodetta.

—Bueno, no cabe duda de que esto *queda* lejos —dijo Henry de repente—. Tía, espero que tengas algunas provisiones por si se da el caso de que nos quedemos bloqueados aquí durante uno o dos días. Parece que va a nevar y la radio ha dicho que se aproxima una ventisca.

La anciana lanzó un gruñido y le miró.

—Ah, Henry…, me parece que eso te tiene realmente-preocupado. Me temo que empezaste a arrepentirte de haber hecho este viaje nada más poner el pie en mi casa. Si tanto te preocupa esa tormenta de nieve, puedo hacer que Sam te lleve a Wausau, y mañana mismo puedes estar de vuelta en Chicago.

—Claro que no.

El silencio que siguió a estas palabras se prolongó hasta que la anciana llamó a la sirvienta y Lisa entró en la habitación para ayudarla a levantarse de su asiento, aunque tía Mary no necesitaba que la ayudaran, tal y como le había dicho antes Clodetta a su esposo.

Tía Mary les dio las buenas noches desde el umbral —sostenía el bastón en una

mano y los impertinentes en la otra, y tenía un aspecto realmente formidable—, y se desvaneció en la penumbra del pasillo desde la que les llegaron los cada vez más débiles ecos de sus pasos, acompañados por los de la sirvienta, quien rara vez era visible a mucha distancia de su señora. Las dos ancianas se pasaban la mayor parte del tiempo solas en la casa, con algunos períodos muy breves en que la vieja dama estaba acompañada por su sobrino Ernest, «el chico de mi querido John», o por Henry, de cuyo padre jamás hablaba, y que ayudaban a aliviar la plácida somnolencia de sus tranquilas existencias. Sam, que dormía en el garaje, no contaba.

Clodetta le lanzó una mirada llena de nerviosismo a su esposo, pero fue Henry quien dijo aquello en lo que todos estaban pensando.

—Creo que está perdiendo la cabeza —declaró como sin darle importancia.

Se puso en pie, atajando con un gesto de la mano la protesta que ya asomaba a los labios de Clodetta, y fue a la sala: unos instantes después oyeron la música que brotaba de la radio.

Clodetta acarició distraídamente el mango de su cuchara y acabó decidiéndose a hablar.

—Creo que es un poco rara, Ernest.

Ernest sonrió con una expresión de tolerancia.

—No, no lo creo. En cuanto a eso de por qué quiere que las ventanas del lado oeste siempre estén tapadas por las cortinas…, me parece que sé a qué se debe. Mi abuelo murió ahí fuera…, se extravió una noche en que hacía mucho frío y acabó congelado en la ladera de la colina. No sé muy bien cómo ocurrió…, por aquel entonces estaba fuera. Supongo que no le gusta recordarlo.

—Pero entonces, ¿cuál es el peligro del que hablaba?

Ernest se encogió de hombros.

—Quizá radique en ella misma…, podría sentirse afectada y, a su vez, eso nos afectaría a nosotros. —Se quedó callado durante unos instantes y, finalmente, añadió —: Supongo que a ti *puede* parecerte un poco extraña, pero que yo recuerde siempre ha sido así; en tu próxima visita ya te habrás acostumbrado.

Clodetta contempló a su esposo en silencio durante unos segundos antes de replicar.

—Creo que esta casa no me gusta, Ernest —dijo por fin.

—Oh, tonterías, querida.

Se dispuso a levantarse, pero Clodetta le detuvo.

—Escucha, Ernest, me acordaba de que tía Mary no quiere que esas cortinas estén descorridas…, pero sentí que tenía que hacerlo. No quería pero…, *algo me obligó a hacerlo*.

Habló con voz entrecortada y vacilante.

—¿Por qué, Clodetta? —le preguntó su esposo en un tono levemente alarmado—.

¿Por qué no me lo dijiste antes?

Clodetta se encogió de hombros.

—Tía Mary podría haber pensado que estoy chiflada.

—Bueno, no es nada serio, pero has permitido que eso te ponga nerviosa y no te conviene. Olvídalo; piensa en otra cosa. Ven a escuchar la radio.

Se pusieron en pie y fueron a la sala juntos. Henry les recibió en la puerta. Se hizo a un lado y les dijo:

—Tendría que haberme imaginado que acabaríamos atrapados aquí —dijo y, al ver que Clodetta se disponía a protestar, añadió—: Sí, vamos a quedar atrapados, te lo aseguro. El viento cada vez es más fuerte y está empezando a nevar, y sé lo que eso significa.

Pasó junto a ellos y fue hacia el comedor, quedándose inmóvil un instante con los ojos clavados en aquella mesa demasiado grande para el tamaño de la estancia. Después se dio la vuelta y fue hasta los ventanales. Descorrió las cortinas y se dedicó a contemplar la oscuridad. Ernest, que seguía en la sala, le vio de pie ante los ventanales.

—A tía Mary no le gusta que esas cortinas estén descorridas, Henry —protestó.

—Bueno, puede que *ella* crea que es peligroso, pero yo puedo correr el riesgo —replicó Henry medio volviéndose hacia él.

Clodetta había estado contemplando la noche que se extendía al otro lado de los ventanales.

—¡Hay alguien ahí fuera! —exclamó de repente.

Henry se volvió rápidamente hacia el cristal.

—No, es la nieve —dijo—. Está cayendo con fuerza y el viento la impulsa de un lado para otro.

Corrió las cortinas y se apartó de los ventanales.

—Podría haber jurado que vi a alguien ahí fuera pasando ante la ventana —dijo Clodetta con voz vacilante.

—Supongo que desde aquí es fácil confundirse —dijo Henry, que había vuelto al salón—. Pero, personalmente, creo que te has dejado impresionar demasiado por las excentricidades de tía Mary.

Al oírle Ernest hizo un gesto de impaciencia, y Clodetta no respondió. Henry se sentó delante de la radio y fue haciendo girar el dial muy despacio. Ernest había cogido un libro y pronto estuvo totalmente absorto en la lectura, pero Clodetta siguió con los ojos clavados en las cortinas, que aún se movían lentamente ocultando los ventanales que había detrás. Acabó levantándose y salió de la habitación, fue por el largo pasillo que llevaba al ala este y llamó suavemente a la puerta de tía Mary.

—Entre —dijo la anciana.

Clodetta abrió la puerta y entró en la habitación. Tía Mary se había puesto una

bata y su dignidad, representada por el bastón y los impertinentes, reposaba en un rincón del cuarto y sobre la cómoda. Tenía un aspecto sorprendentemente benigno, y Clodetta así lo admitió nada más verla.

—Ja, pensabas que era un ogro disfrazado, ¿verdad? —dijo la anciana sonriendo a pesar de sí misma—. No lo soy, como puedes ver, pero ya has comprobado que sufro una especie de manía relacionada con los ventanales del lado oeste.

—Quería decirte algo sobre esos ventanales, tía Mary… —dijo Clodetta.

No llegó a terminar la frase. La expresión de la anciana se había alterado bruscamente convirtiéndose en una curiosa mezcla de abatimiento y preocupación. No había ira ni disgusto…, sólo tensión. ¡La anciana estaba asustada!

—¿Qué querías decirme? —le preguntó secamente a Clodetta.

—Estaba mirando por ellos…, sólo fue un momento, entiéndeme…, y me pareció ver que había alguien ahí fuera.

—No había nadie, Clodetta. Fue cosa de tu imaginación, o quizá fuera la nieve.

—¿Mi imaginación? Quizá. Pero entonces no hacía viento y la nieve no se arremolinaba, aunque después el viento ha empezado a soplar con bastante fuerza.

—Yo también me he dejado engañar por el viento y la nieve en más de una ocasión, querida. A veces hasta he llegado a salir por la mañana en busca de huellas…, y nunca he encontrado ninguna. Estamos bastante lejos de la civilización, aislados por una tempestad de nieve pese a nuestros teléfonos y nuestras radios. Nuestro vecino más próximo se encuentra al final de la pendiente, a unos seis kilómetros de distancia, y todo el terreno que se interpone entre él y nosotros está cubierto por un bosque muy frondoso. El camino más próximo queda a esa misma distancia.

—Estaba tan segura… Podría haberlo jurado.

—¿Quieres salir por la mañana a echar un vistazo? —le preguntó la anciana.

—Claro que no.

—Entonces no viste nada, ¿verdad?

Era en parte una orden y en parte una pregunta.

—Oh, tía Mary, no hagas que discutamos por eso —dijo Clodetta.

—Clodetta, ¿viste algo o no?

—Supongo que no, tía Mary.

—Muy bien. Y ahora, ¿crees que podríamos hablar de algo más agradable?

—Oh, sí, seguro que… Lo siento, tía Mary. No sabía que el abuelo de Ernest había muerto ahí fuera.

—Vaya, así que te lo ha contado, ¿eh? ¿Y bien?

—Sí, me contó que por eso no te gusta ver la ladera después del ocaso…, que no querías que eso te recordara su muerte.

La anciana contemplo a Clodetta con expresión impasible.

—Quizá nunca llegue a saber lo mucho que se ha acercado a la verdad.

—¿Qué quieres decir, tía Mary?

—No es cosa que te incumba, querida. —Volvió a sonreír y su rostro perdió la severidad que se había apoderado de él—. Y ahora creo que será mejor que te vayas, Clodetta; estoy cansada.

Clodetta se levantó obedientemente y fue hacia la puerta, pero la voz de la anciana la hizo detenerse antes de salir.

—¿Qué tal anda el tiempo?

—Está nevando… Henry dice que con mucha fuerza. Y hace viento.

El rostro de la anciana mostró claramente el disgusto que le inspiraban aquellas noticias.

—No me gusta, no me gusta nada… —Hablaba consigo misma, como si hubiera olvidado que Clodetta estaba de pie en el umbral. Sus ojos volvieron a posarse en ella y añadió—: Pero tú no sabes nada de eso, Clodetta. Buenas noches.

Clodetta se quedó inmóvil con la espalda pegada a la puerta después de cerrarla, preguntándose qué habría querido decir la anciana con esas palabras. *Pero tú no sabes nada de eso, Clodetta*. Qué extraño… Durante unos instantes la anciana se había olvidado completamente de su presencia.

Se apartó de la puerta y vio a Ernest, que acababa de entrar en el ala este.

—Oh, estás aquí —dijo—. Me preguntaba dónde te habías metido.

—He estado hablando con tía Mary.

—Henry ha vuelto a mirar por los ventanales del oeste…, y cree que hay alguien ahí fuera.

Clodetta se detuvo.

—¿De veras lo cree?

Ernest asintió, muy serio.

—Pero hay unos remolinos de nieve realmente terribles, y no me cuesta nada imaginar el efecto que lo que dijiste antes ha tenido sobre su mente.

Clodetta dio la vuelta y fue por el pasillo.

—Voy a decírselo a tía Mary.

Ernest abrió la boca para protestar, pero no llegó a hacerlo, pues Clodetta ya estaba llamando a la puerta de la anciana y, de hecho, la abrió y entró en la habitación antes de que le vinieran a la cabeza las palabras que habrían podido impedírselo.

—Tía Mary, no quiero molestarte, pero Henry ha estado mirando por los ventanales del comedor y dice que hay alguien ahí fuera.

El efecto que aquellas palabras tuvieron sobre la anciana fue mágico.

—¡Les ha visto! —exclamó. Se puso en pie y fue rápidamente hacia Clodetta—. ¿Cuánto hace de eso? —le preguntó, cogiéndola por los brazos de una forma casi brusca—. Dímelo, deprisa. ¿Cuánto hace que les vio?

El asombro que sentía hizo que Clodetta enmudeciera durante unos instantes, pero acabó hablando, sintiendo los vivaces ojos de la anciana clavados en su rostro.

—Hace un rato, tía Mary, después de cenar.

Los dedos de la anciana se relajaron y su tensión desapareció con ese gesto.

—Oh —dijo.

Se dio la vuelta y fue lentamente hacia su sillón, cogiendo el bastón que había dejado en una esquina del cuarto.

—Entonces *hay* alguien ahí fuera, ¿verdad? —preguntó Clodetta con voz desafiante cuando la anciana hubo llegado al sillón.

La respuesta tardó mucho en llegar. La anciana acabó moviendo suavemente la cabeza en un gesto afirmativo, y un «sí» apenas audible escapó de sus labios.

—En tal caso será mejor que les hagamos entrar en la casa, tía Mary.

La anciana contempló en silencio a Clodetta durante unos segundos; cuando replicó lo hizo en un tono de voz tan bajo como firme, con los ojos clavados en la pared que había a su espalda.

—No podemos dejar que entren, Clodetta…, porque no están vivos.

Clodetta recordó las palabras de Henry —«Está perdiendo la cabeza»—, y el respingo involuntario que no pudo contener traicionó sus pensamientos.

—Me temo que no estoy loca, querida…, al principio albergué la esperanza de estarlo, pero no lo estaba. Y ahora tampoco lo estoy. Al principio sólo se veía a la chica; el otro es mi padre. Hace mucho tiempo, cuando yo era joven, mi padre hizo algo que lamentó durante todos los días de su vida. Tenía un genio demasiado vivo, y a veces perdía el control de sus actos. Una noche descubrió que uno de mis hermanos —el padre de Henry—, se había tomado ciertas libertades con una sirvienta, una chica muy guapa, mayor de lo que yo era entonces. Mi padre creyó que ella había sido la culpable de todo, aunque no tenía ninguna culpa, y cuando descubrió su error ya era demasiado tarde. La echó de la casa. El invierno aún no había llegado, pero hacía mucho frío y la joven debía recorrer casi diez kilómetros a pie para llegar a su hogar. Le suplicamos que no la echara —aunque entonces no sabíamos qué había ocurrido—, pero no nos hizo caso. La chica tenía que marcharse.

»Poco después de que se hubiera ido empezó a soplar el viento y la tormenta no tardó en desencadenarse. Papá ya se había arrepentido, y mandó a algunos hombres en su busca. No la encontraron, pero a la mañana siguiente descubrieron su cuerpo: había muerto congelada en la ladera que da al oeste.

La anciana suspiró, se quedó callada durante unos instantes y siguió hablando.

—Años después…, volvió. Volvió durante una tormenta de nieve, como cuando se había marchado; pero se había convertido en una vampira. Todos la vimos. Estábamos cenando y mi padre fue el primero en verla. Los chicos ya habían subido al piso de arriba. Mi padre no la reconoció y mi hermana y yo tampoco la

reconocimos. No era más que una silueta borrosa que flotaba entre la nieve al otro lado de los ventanales. Papá salió corriendo de la casa gritándonos que avisáramos a los chicos. No volvimos a verle con vida. Le encontramos por la mañana, en el mismo sitio donde habían encontrado a la chica años antes. El también había muerto congelado.

»Unos cuantos años después la chica volvió con las primeras nieves, y le trajo consigo; él también se había convertido en un vampiro. Se quedaron ahí fuera hasta la última nevada, intentando atraer a alguien más. A partir de entonces estuve segura e hice tapar los ventanales durante las noches de invierno, desde el ocaso hasta el amanecer. Nunca van más allá de la ladera oeste.

»Ahora ya lo sabes todo, Clodetta.

La réplica de Clodetta, fuera la que fuese, no llegó a nacer: oyeron un veloz ruido de pasos por el corredor, una apresurada llamada a la puerta y la cabeza de Ernest apareció bruscamente por el umbral.

—Venid las dos —dijo casi con alegría—. *Hay* gente en la ladera oeste…, una chica y un viejo. ¡Henry ha salido a buscarles!

Se marchó después de haber hecho su triunfante anuncio. Clodetta se levantó pero la anciana le tomó la delantera: la dejó atrás y casi corrió por el pasillo, llamando en voz alta a Lisa, quien acabó saliendo de su habitación en camisón y gorro de dormir.

—Lisa, ve a buscar a Sam y haz que venga al comedor —le dijo la anciana.

Fue corriendo al comedor, con Clodetta pisándole los talones. Los ventanales estaban abiertos, y Ernest había salido a la terraza cubierta de nieve: oyeron cómo llamaba a su primo. La anciana fue en línea recta hacia él, pisando la nieve hasta llegar a su lado, aunque el viento impulsaba con gran fuerza los remolinos blancos mandándolos contra ella. La boscosa ladera oeste estaba perdida en una neblina de nieve; los árboles más cercanos apenas eran discernibles.

—¿Dónde pueden haber ido? —exclamó Ernest, volviéndose hacia la anciana creyendo que era Clodetta—. Tía Mary —dijo al ver quién era—. ¡Y apenas llevas nada puesto! Cogerás un resfriado.

—No importa, Ernest —dijo la anciana—. Estoy bien. He hecho llamar a Sam para que te ayude a buscar a Henry…, pero me temo que no le encontraréis.

—No puede estar muy lejos, acaba de marcharse.

—Se marchó antes de que vieras adonde iba; con eso ya es suficiente.

Sam llegó corriendo del comedor envuelto en un chaquetón para toparse con los remolinos de nieve. Era bastante más viejo que Ernest, casi tan mayor como la anciana. Le lanzó una mirada interrogativa y pregunto:

—¿Han vuelto?

Tía Mary asintió.

—Tendrás que buscar a Henry. Ernest te ayudará. Y recuerda que no debéis

separaros. No os alejéis mucho de la casa.

Clodetta apareció con el abrigo de Ernest, y las dos mujeres se quedaron inmóviles observándoles hasta que los dos hombres acabaron siendo engullidos por el muro de nieve. Después se dieron la vuelta muy despacio y entraron en la casa.

La anciana se dejó caer en un sillón colocado ante los ventanales. Estaba pálida y parecía cansada. Como diría después Clodetta, «daba la impresión de que el mundo se le hubiera caído encima». Permaneció en silencio durante un rato bastante largo. Acabó lanzando un leve suspiro y se volvió hacia Clodetta.

—Ahora habrá tres —dijo.

Ernest y Sam aparecieron al otro lado del cristal, tan de repente que ninguna de las dos supo cómo habían llegado hasta allí, sosteniendo a Henry entre los dos. La anciana se levantó corriendo para abrir los ventanales y los tres hombres entraron en la habitación envueltos en un torbellino de nieve.

—Le encontramos…, pero me temo que el frío le ha afectado bastante —dijo Ernest.

La anciana le ordenó a Lisa que trajera agua fría y Ernest fue corriendo a cambiarse de ropa. Clodetta le acompañó, y cuando estuvieron en su habitación le contó lo que le había revelado la anciana.

Ernest se rió.

—Me parece que te lo has creído todo, ¿eh, Clodetta? Sé que Sam y Lisa lo creen, porque Sam me contó la historia hace mucho tiempo. Creo que el shock provocado por la muerte del abuelo fue demasiado para ellos.

—Pero la historia de la chica, y luego…

—Me temo que esa parte es cierta. Fue un asunto muy desagradable, pero ocurrió.

—¡Pero Henry y yo vimos a esas personas! —protestó Clodetta sin demasiada convicción.

Ernest se quedó inmóvil donde estaba.

—Cierto —dijo—, y yo también las he visto. Siguen ahí fuera, ¡y tendremos que encontrarlas!

Ernest volvió a coger su abrigo y salió de la habitación. Clodetta le siguió, protestando con un tono de voz extrañamente agudo. La anciana había oído cómo Clodetta le suplicaba a Ernest que no saliera de la casa y les recibió en la puerta del comedor.

—No, Ernest…, no puedes volver a salir —dijo—. Ahí fuera no hay nadie.

Ernest la apartó suavemente para entrar en el comedor y se volvió hacia Sam.

—¿Vienes, Sam? Ahí fuera sigue habiendo dos personas…, casi nos olvidamos de ellas.

Sam le miró de una forma extraña.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó con bastantes malos modos.

Le lanzó una mirada desafiante a la anciana, y ésta negó con la cabeza.

—La chica y el anciano, Sam. Tenemos que encontrarles.

—Oh, *ellos* —dijo Sam—. ¡Están muertos!

—Entonces iré solo —dijo Ernest.

Henry se levantó de repente: parecía aturdido. Dio unos cuantos pasos hacia adelante y sus ojos se posaron en cada uno de los presentes, dando la impresión de no reconocerlos. Cuando habló lo hizo en un tono de voz extrañamente semejante al de un niño.

—*La nieve* —murmuró—, *la nieve, esas manos tan hermosas, tan pequeñas, tan delicadas y hermosas…, sus hermosas manos…, y la nieve, la hermosa nieve, cayendo y revoloteando a su alrededor*…

Se dio la vuelta muy despacio y miró hacia los ventanales. Los demás siguieron la dirección de su mirada. Al otro lado del cristal había una muralla de nieve blanca que se estrellaba incesantemente contra la casa. Henry la contempló en silencio durante unos instantes; de repente una silueta blanca emergió de entre la nieve…, una muchacha vestida con ropajes nevados cuyos ojos ardían con un resplandor extrañamente fascinante.

La anciana se lanzó hacia adelante y extendió los brazos para sujetar a Henry, pero ya era demasiado tarde. Henry corrió hacia los ventanales, los abrió y se esfumó en el muro de nieve que había al otro lado: el grito de Clodetta rompió el silencio en ese mismo instante.

Ernest corrió hacia los ventanales, pero la anciana le puso los brazos alrededor del cuerpo estrechándole con todas sus fuerzas.

—¡No irás! —murmuró—. ¡Ya no podemos hacer nada por Henry!

Clodetta fue a ayudarla y Sam se colocó ante los ventanales con una expresión amenazadora en el rostro, cerrándolos para no dejar entrar el viento y la amenaza de la nieve. Las dos mujeres le mantuvieron sujeto y no le dejaron marchar.

—Mañana iremos a sus tumbas y les clavaremos una estaca —dijo la anciana en un ronco susurro—. Tendríamos que haberlo hecho hace mucho tiempo.

Por la mañana encontraron el cuerpo de Henry acurrucado junto al tronco de un roble muy viejo, allí donde años antes habían encontrado otros dos cuerpos. Las huellas de lo que le había arrastrado hasta allí casi habían desaparecido, pero el surco irregular abierto en la nieve todavía era visible: aun así, no había pisadas, sólo unos extraños huecos esparcidos a lo largo de ese surco, como si el viento y nada más que el viento se hubiera llevado la nieve de aquellos puntos.

Pero sobre su piel estaban las señales de la vampira de las nieves…, las pequeñas y delicadas huellas dejadas por las manos de una muchacha.

MANLY WADE WELLMAN

Cuando había luz de luna

Que mi corazón se calme un instante
y explore este misterio.
El Cuervo

Su mano, tan delgada como una garra blanca, mojó la pluma en la tinta y escribió la fecha en una esquina de la página: 3 de marzo de 1842.

EL ENTIERRO PREMATURO

por Edgar A. Poe

Odiaba su segundo nombre, el nombre de su mezquino y despreciable padre adoptivo. Durante un segundo hasta llegó a pensar en tachar la inicial; después se dijo que lo único que hacía era perder el tiempo, posponer la pesada tarea de escribir. Y tenía que escribir o se moriría de hambre…, el *Dollar Newspaper* de Filadelfia exigía el relato que les había prometido. Bueno, hoy había oído montañas de cotilleos —su suegra se había enterado de todo a través de un vecino—, y lo que oyó había hecho revivir en su mente un tema que siempre le había parecido fascinante.

Empezó a escribir rápidamente con una caligrafía de rasgos finos y elegantes:

Hay ciertos temas a cuyo interés nadie puede sustraerse, pero que son demasiado horribles para los propósitos de toda ficción legítima…

Iba a escribir un ensayo, no un cuento, y podía hacerle justicia al tema.

A menudo pensaba en el mundo como si fuera un inmenso y apretado cementerio repleto de tumbas, y no todos sus ocupantes reposaban en paz…, un número excesivo de ellos luchaban vanamente para no ser asfixiados por sus mortajas, golpeando las tapas emplomadas de sus ataúdes. ¿Qué eran sus propias labores literarias sino una lucha para impedir que una sociedad tan pesada, hosca e insensible como las pellas de tierra arrojadas por la pala de un sepulturero acabara asfixiándole y robándole la

respiración?

Dejó de escribir y fue al dintel de la chimenea para coger una vela. Su lámpara de queroseno había sido empeñada hacía mucho tiempo, y estaba muy oscuro para ser sólo media tarde, incluso en el mes de marzo. Su suegra barría diligentemente el suelo de la casa, y en la habitación contigua a la suya resonaba el leve eco de la respiración de su esposa inválida. La pobre Virginia dormía, y por el momento no sufría dolor alguno. Volvió a la mesa con su vela, mojó la pluma en el tintero y siguió escribiendo:

No cabe duda de que ser enterrado vivo es el más terrorífico de todos los destinos que hayan caído sobre un ser mortal. Que ha ocurrido con frecuencia, con mucha frecuencia, tampoco puede ser negado…

Su oscura imaginación volvió a saborear la historia que había oído contar ese día. Había ocurrido en este mismo barrio de Filadelfia hacía menos de un mes. Tras varias semanas de llorar a su esposa un viudo fue a visitar su tumba con un ramo de flores. Se inclinó sobre la losa de mármol para colocarlas en la tumba y oyó unos ruidos que llegaban de abajo. Pidió ayuda, embargado por una mezcla de alegría y pavor. Acudieron hombres con palancas de hierro y sacaron de la tumba el cuerpo de su esposa, que no había sido afectado por la corrupción. La mujer recobró el conocimiento aquella misma noche en su casa.

Eso decían los rumores, quizá exagerados, quizá no. Y la casa se encontraba a sólo seis manzanas de distancia de la calle Spring Garden, donde estaba sentado ahora.

Poe cogió sus cuadernos de notas y empezó a buscar casos con que adornar su composición: una lúgubre historia de resurrección ocurrida en Baltimore, otra de Francia, una cita realmente espeluznante tomada del *Diario Quirúrgico* de Leipzig; un caso londinense en el que un muerto había sido revivido mediante descargas eléctricas, certificado por varios testimonios dignos de toda confianza… Después añadió una experiencia suya embellecida románticamente, una aventura onírica de su juventud en Virginia. Cuando pensaba ponerle punto final a la composición tuvo una nueva idea.

¿Por qué no averiguar algo más sobre el caso de Filadelfia y esa mujer que se afirmaba había vuelto de la muerte? Aquello serviría para redondear su ensayo, dándole un oportuno clímax local, y aseguraría el que fuese aceptado…, no podía correr el riesgo de que se lo rechazaran. Además, también serviría para satisfacer su propia curiosidad. Poe dejó la pluma sobre la mesa y se puso en pie. Cogió su sombrero negro de ala ancha y la vieja capa militar que había llevado desde sus infortunados días de cadete en West Point. Envolvió su delgado y pequeño cuerpo en los pliegues de la capa, abrió la puerta principal y salió de la casa.

Marzo se había presentado como un león y ahora rugía sobre Filadelfia, devastándola como haría esa bestia. Un polvo seco y frío intentó invadir los ojos grises de Poe haciéndole apretar la boca bajo su oscuro bigote. Sintió cómo se le erizaba el vello de las pantorrillas; sus pantalones a rayas eran demasiado delgados para la estación y sus zapatos necesitaban urgentemente ser reparados. ¿Hacia dónde tenía que ir?

Recordaba el nombre de la calle y algo sobre un jardín abandonado. Acabó llegando al lugar o a lo que debía ser el lugar: no cabía duda de que el jardín estaba abandonado, y había sido invadido por una gran cantidad de hierbajos de tallos delgados y resistentes que aún seguían formando grandes macizos pese a haber soportado la dureza del invierno. Poe logró abrir la rechinante puerta y siguió el sendero enlosado que llevaba hasta el umbral. Vio una placa de bronce: «Gauber», decía en ella. Sí, ése era el apellido que había oído. Hizo girar el llamador con fuerza y creyó captar un movimiento casi inaudible dentro de la casa. Pero la puerta no se abrió.

—Ahí no vive nadie, señor Poe —dijo alguien desde la calle.

Era un chico de los recados que llevaba una pesada cesta colgando del brazo. Poe bajó el escalón de la entrada. Conocía al muchacho; de hecho, le debía once dólares al tendero para el que trabajaba.

—¿Estás seguro? —le preguntó.

—Bueno… —El chico se cambió la pesada cesta al otro brazo—. Si ahí dentro viviera alguien compraría en nuestra tienda, ¿verdad? Y yo le traería las compras, ¿no? Pero ya hace seis meses que tengo este trabajo y nunca he puesto los pies al otro lado de esa puerta.

Poe le dio las gracias y se alejó calle abajo, pero no tomó por el camino que le habría llevado a su casa, sino que se dirigió al comercio de un tal Pemberton, impresor y amigo suyo, pensando pasar un rato allí y pedirle un préstamo.

Pemberton no podía prestarle ni tan siquiera un dólar —también estaba pasando por una mala época—, pero le ofreció una copa de whisky Monongahela que Poe se obligó a rechazar y, a continuación, una cena consistente en galletas, queso y salchicha con ajo que Poe compartió con gratitud. En casa sólo habría pan y melaza, a menos que su suegra hubiera mendigado o hubiese pedido prestado algo a los vecinos. El escritor estrechó la mano de Pemberton cuando ya empezaba a anochecer, le agradeció su hospitalidad con cálida cortesía y salió a la oscuridad del ocaso.

No llovía, gracias a Dios. A Poe siempre le habían entristecido las tormentas. El viento se había calmado y el cielo de marzo estaba despejado salvo por una nubecilla algodonosa que se movía a toda velocidad: una luna llena color crema congelada iba subiendo por el firmamento. Poe contempló las sombras del disco lunar entrecerrando los ojos bajo el ala de su sombrero. Quizá pudiera escribir otra historia sobre un viaje

a la Luna…, algo parecido al relato de Hans Pfaal, pero narrado en un tono de máxima seriedad. Caminó por la calle sumida en sombras pensando en ello y acabó encontrándose nuevamente ante el jardín abandonado, la puerta que rechinaba y la casa con la placa de bronce sobre la que se leía «Gauber».

Ah, el chico de los recados debía estar equivocado… Había luz al otro lado de la ventana delantera, una luz de un azul acuoso…, ¿o no la había? De todas formas, no podía dudar de que había movimiento…, sí, había una figura encorvada que parecía mirarle.

Poe entró en el jardín y volvió a llamar a la puerta de la casa.

Cuatro o cinco segundos de silencio; después oyó el crujir de la vieja cerradura. La puerta giró hacia el interior con una ruidosa lentitud. Poe pensó que la luz azulada debía de haber sido algún engaño de sus sentidos, pues lo único que podía ver era oscuridad. Una voz habló:

—¿Y bien, señor?

Las tres palabras fueron pronunciadas en un tono muy bajo y ronco, como si la persona que había abierto la puerta apenas respirase. Poe se quitó el sombrero e hizo una de sus gráciles reverencias.

—Si es usted tan amable… —Hizo una pausa, no sabiendo si se dirigía a un hombre o a una mujer—. ¿Es ésta la residencia Gauber?

—Lo es —replicó aquella voz ronca y suave carente de sexo—. ¿Qué le trae aquí, señor?

Poe habló empleando la sequedad propia de los funcionarios y oficiales; había sido sargento mayor de artillería antes de cumplir los veintiún años y sabía cómo inyectar el matiz imperioso adecuado en su voz.

—Vengo por un asunto que interesa a toda la comunidad —anunció—. Soy periodista, y ando siguiéndole la pista a una historia bastante extraña de la que me han informado.

—¿Periodista? —repitió la persona que le interrogaba—. ¿Una historia extraña? Entre, señor.

Poe entró en la casa y la puerta se cerró bruscamente a su espalda con un chirriar oxidado del pestillo. Recordó su estancia en la cárcel, y que la puerta de su celda había hecho exactamente el mismo ruido al cerrarse. No era un recuerdo agradable. Pero ahora podía ver con más claridad; estar dentro de la casa había hecho que sus ojos se fueran acostumbrando a la débil claridad emitida por la luna.

Se encontraba en un pasillo oscuro con las paredes cubiertas por paneles de madera: no había muebles, cuadros ni tapices. Quien le había abierto la puerta era una mujer vestida con un traje oscuro y una cofia de encaje, una mujer tan alta como él y poseedora de unos ojos rápidos y vivaces que parecían arder con una llama interior. La mujer no se movió y permaneció en silencio, esperando a que le contara algo más

sobre lo que le había traído hasta aquí.

Poe le dijo quién era y exageró un poco afirmando ser segundo editor del *Dollar Newspaper*, explicándole que le habían encargado la misión de entrevistarla.

—Y ahora, señora, respecto a esa historia relacionada con un entierro prematuro…

La mujer se había movido hasta quedar muy cerca de Poe, pero cuando volvió el rostro hacia ella retrocedió un poco. Poe tuvo la impresión de que su aliento la había barrido como si fuese una pluma; después recordó la salchicha con ajo que le había ofrecido Pemberton y se sintió avergonzado. Y ahora, como si quisiera confirmar su sospecha, la mujer estaba ofreciéndole un poco de vino…, ¿para endulzar su aliento?

—¿Una copa de vino canario, señor Poe? —le invitó abriendo una puerta lateral.

Poe la siguió a una habitación cuyas paredes estaban cubiertas por un papel color azul claro. El resplandor de la luna caía sobre el papel y se reflejaba creando lo que parecía una luminosidad artificial. Eso era lo que había visto desde el exterior. Su anfitriona cogió la botella que había sobre una mesa desprovista de tapete o mantel, llenó de vino una copa metálica y se la ofreció.

Poe deseaba beber aquel vino, pero hacía poco le había prometido a su esposa enferma que se abstendría de tomar el más mínimo sorbo de aquella sustancia que tan terribles efectos producía en él, y la promesa había sido tan sincera como solemne.

—Se lo agradezco mucho —dijeron con dificultad sus sedientos labios—, pero soy abstemio.

—Oh. —Sonrió. Poe vio el reflejo blanco de sus dientes—. Soy Elva Gauber…, la señora de John Gauber. En cuanto al asunto por el que me pregunta…, no puedo darle ninguna explicación satisfactoria, pero es cierto. Mi esposo fue enterrado en el cementerio luterano…

—Señora Gauber, según he oído se trataba de una mujer.

—No, no era una mujer. Mi esposo había estado enfermo. Su cuerpo estaba frío y no se le oía respirar. El doctor Mecham dijo que estaba muerto, y fue enterrado bajo una losa de mármol en la cripta de su familia. —Parecía cansada, pero hablaba con voz tranquila y firme—. Esto ocurrió poco después de Año Nuevo. El día de san Valentín le llevé flores. Oí cómo luchaba y se movía bajo su lápida. Hice que le desenterraran. Y sigue vivo…, en cierta forma.

—¿Sigue vivo? —repitió Poe—. ¿En esta casa?

—¿Quiere verle? ¿Desea entrevistarle?

El corazón de Poe empezó a latir rápidamente y sintió cómo un escalofrío le recorría la columna vertebral. Otra de sus muchas peculiaridades era que tales sensaciones le producían un extremado placer.

—Nada me gustaría más —le aseguró, y la mujer fue hacia otra puerta.

La abrió y se detuvo en el umbral, como si estuviera haciendo acopio de valor

para zambullirse en una corriente fría y rápida. Después empezó a bajar un tramo de escalones.

Poe la siguió, cerrando maquinalmente la puerta a su espalda.

Las tinieblas de la medianoche, de la prisión o…, sí, de la tumba, cayeron inmediatamente sobre aquellas escaleras. Oyó cómo Elva Gauber dejaba escapar un jadeo ahogado.

—No…, la luz de la luna…, déjela entrar…

Y un instante después todo su cuerpo se aflojó y se desplomó pesadamente escaleras abajo.

Poe fue rápidamente a tientas hacia ella, perplejo, y la encontró al final de la escalera, con el cuerpo pegado al panel de madera de una puerta. La tocó y descubrió que estaba fría y rígida: no se movía, y parecía haber perdido toda la elasticidad de la vida. La delgada mano de Poe buscó el picaporte de la puerta, acabó hallándolo y la abrió. El tenue reflejo de la claridad lunar entró por el hueco y Poe se dispuso a arrastrar a la mujer en esa dirección.

Un instante después oyó cómo lanzaba un pesado suspiro. Elva Gauber levantó la cabeza y se puso en pie.

—Qué estúpida he sido —se disculpó con voz ronca.

—Yo he tenido la culpa —protestó Poe—. Sus nervios, su salud…, es natural que hayan sufrido a causa de todo esto. La repentina oscuridad y el estar en un lugar pequeño y cerrado la abrumaron. —Hurgó en su bolsillo buscando la cajita donde guardaba la yesca—. Permítame encender una luz.

Pero la mujer alzó la mano, deteniéndole.

—No, no. La luna es suficiente. —Fue hacia una pequeña ventana oblonga incrustada en la pared. Sus manos, tan delgadas como las de Poe y con las uñas largas y sucias, se curvaron sobre el alféizar. Su rostro quedó bañado por la claridad de la luna y sus rasgos no tardaron en recobrar la calma. Tragó una honda bocanada de aire, aspirándola casi con voluptuosidad—. Ya estoy totalmente recuperada —dijo—. No tema por mí. No hace falta que esté tan cerca, señor.

Poe había olvidado el olor a ajo y se apresuró a retroceder, muy contrito. La mujer debía ser tan sensible a ese olor como…, como…, ¿cuál era la criatura que no podía soportar el olor a ajo y huía de él? No pudo recordarlo, y aprovechó aquellos instantes para examinar el sitio donde se encontraban: era un sótano con paredes de piedra y suelo de tierra apisonada. El agua parecía gotear en un rincón, formando un charco de barro en el suelo. Junto a ese rincón había una especie de trampilla formada por unos tablones de madera bastante gruesa colocados en diagonal que se unían a la pared, como para ocultar una ventana. Pero ninguna ventana podía estar tan baja… Todo olía a moho y a cerrado, como si el aire fresco llevara décadas enteras sin entrar allí.

—¿Su esposo está aquí? —preguntó Poe.

—Sí.

La mujer fue hacia la especie de trampilla, descorrió el pestillo y la abrió.

El agujero situado detrás de los tablones estaba tan negro como la tinta, y de él surgió una especie de balbuceo ahogado. Poe siguió a Elva Gauber y forzó los ojos intentando ver algo. Un espacio enlosado contenía una especie de catre. Sobre él yacía un hombre casi desnudo. Su piel estaba tan blanca como el hueso, y sólo sus ojos —que empezaban a abrirse—, poseían algo de vida. El hombre miró a Elva Gauber y después a Poe.

—Váyase —murmuró.

—Señor… —dijo Poe—. He venido para escuchar de sus labios cómo recobró la vida dentro de la tumba…

—Es mentira —le interrumpió el hombre del catre. Se retorció hasta quedar medio sentado, tensando el cuerpo como si tuviera que luchar con un peso terrible que le aplastara. La luz de la luna mostró lo consumido y flaco que estaba. Les contempló enseñando los dientes en una mueca parecida a la de una calavera—. ¡Le he dicho que es mentira! —gritó en una brusca demostración de fuerza que bien podía ser la última—. Se lo ha contado este monstruo que no es… mi esposa…

La trampilla volvió a cerrarse ahogando sus gritos. Elva Gauber se encaró con Poe, dando un paso hacia atrás para evitar su aliento a ajo.

—Ya ha visto a mi esposo —dijo—. Bien, señor, ¿le ha parecido un espectáculo agradable?

Poe no respondió y la mujer se movió sobre el suelo de tierra yendo hacia la escalera de caracol.

—¿Quiere subir primero? —le preguntó—. Cuando llegue arriba mantenga abierta la puerta para que yo pueda tener… —pronunció la palabra «vida» o quizá fuera «luz», Poe no estuvo seguro.[2]

Obviamente, aquella mujer que al principio casi había acogido con placer su intrusión ahora quería que se marchara de la casa. Sus ojos, tan imperiosos como órdenes gritadas en voz alta, estaban clavados en su rostro. Poe sintió su poder y se inclinó ante él.

Subió obedientemente por la escalera y se detuvo ante la puerta, abriéndola de par en par. Elva Gauber le siguió. Cuando llegó al final de la escalera sus ojos volvieron a clavarse en los de él y, de repente, Poe supo más de lo que nunca había imaginado posible acerca de esos impulsos mesméricos sobre los que tanto le gustaba escribir.

—Espero que su visita no haya resultado infructuosa —dijo la mujer con voz mesurada—. Vivo sola…, no veo a nadie, y dedico todo mi tiempo a cuidar de la pobre criatura que en tiempos fue mi marido, John Gauber. Mi mente no se encuentra muy despejada. Puede que mis modales no sean todo lo buenos que deberían.

Discúlpeme, y buenas noches.

Poe se encontró fuera de la casa, de nuevo expuesto al viento, que volvía a aullar con fuerza. La puerta principal se cerró a su espalda y la cerradura rechinó.

El aire fresco, el azote del vendaval en su rostro y el no hallarse sujeto a la imperiosa mirada de Elva Gauber hicieron que su mente saliera del estupor parecido al sueño en que acababa de caer, y Poe comprendió lo que había ocurrido…, o lo que no había ocurrido.

Había salido de su casa esta desapacible tarde de marzo para investigar los informes sobre un entierro prematuro que habían llegado a sus oídos. Había contemplado a una pobre criatura espantosamente enferma y ésta le había dicho que todos los rumores eran mentira. Entonces, sin saber muy bien cómo, se había visto bruscamente expulsado de la casa, y se le había impedido estudiar con detenimiento lo que podía ser una de las más extrañas aventuras que le era concebible conocer a la buena fortuna de un escritor. ¿Por qué estaba permitiendo que las cosas quedaran en ese punto?

Decidió no olvidarse del asunto. Eso sería mucho peor que no haber llegado a tener conocimiento de él.

En cuanto hubo tomado esa decisión su mente formó rápidamente un plan. Recorrió el sendero, dio la vuelta al llegar a la puerta del jardín y se deslizó cautelosamente junto a la casa. Se arrodilló junto a los cimientos de una esquina, justo allí donde una pequeña ventana oblonga parecía confundirse con el suelo.

Inclinó la cabeza y descubrió que la luz de la luna le permitía ver bastante bien lo que había al otro lado: comprendió que aquello era un fenómeno bastante extraño, pues normalmente el contenido de una habitación sólo queda revelado si hay luz dentro de ella. La puerta abierta que daba a las escaleras, el charco de barro del rincón, la trampilla con el pestillo descorrido…, todo era claramente discernible. Y había algo acurrucado en el nicho revelado por esa claridad, algo que se encorvaba sobre el frágil bulto blanco que era John Gauber.

El traje oscuro, la cofia blanca…, Elva Gauber. Siguió inclinándose hasta que su rostro tocó la cara o el hombro de su esposo.

El corazón de Poe, que nunca había sido el más robusto y saludable de sus órganos, empezó a vibrar como un tambor y se le aceleró el pulso. Se acercó un poco más a la ventana queriendo distinguir con una mayor claridad lo que ocurría en el sótano. Su sombra interceptó parte de la luz. Elva Gauber se volvió a mirar.

Su rostro estaba tan pálido como la luna y, como la luna, estaba cubierto por manchones oscuros. Se incorporó y fue rápidamente hacia la ventana detrás de la que estaba acuclillado Poe, moviéndose tan deprisa que casi parecía correr. Poe la vio claramente, a muy poca distancia de él.

En su boca y sus mejillas había manchas oscuras de un líquido pegajoso. Su

lengua emergió de entre los labios, lamiendo las manchas…

¡Sangre!

Poe se levantó de un salto y fue corriendo hacia la parte delantera de la casa. Hizo que sus delgados y temblorosos dedos cogieran el llamador y lo movieran una y otra vez. Al ver que no obtenía respuesta lanzó su cuerpo contra la puerta, pero ésta ni siquiera se movió. Fue hacia una ventana, la golpeó con los nudillos, intentó separarla del alféizar y acabó alzando el puño para romper el cristal.

Algo se movió al otro lado del cristal y abrió la ventana. Una silueta pálida salió disparada hacia él moviéndose con la velocidad de una serpiente al atacar…, antes de que pudiera moverse unos dedos le habían agarrado por la pechera de la chaqueta. Los ojos de Elva Gauber se clavaron en los suyos.

Ya no llevaba la cofia y su oscura cabellera caía desordenadamente alrededor de su rostro. Su boca y sus mejillas seguían estando manchadas de sangre.

—Ha ido demasiado lejos —le dijo con una voz tan fría y mesurada como las gotitas que se desprenden de los carámbanos—. Iba a perdonarle la vida porque ese olor a ajo que desprende me repugna… Le mostré un poco, lo suficiente para advertir a cualquier persona prudente, y le dejé marchar. Ahora…

Poe intentó soltarse. Los dedos de la mujer le sujetaban con una presa tan imposible de romper como si estuviera atrapado por un cepo de acero. La mujer torció los labios en una mueca de triunfo, pero aún no podía encararse plenamente con él…, el aliento de Poe seguía oliendo a ajo.

—Míreme a los ojos —le ordenó—. Míreme…, no puede negarse, no puede escapar. Morirá, igual que John… y cuando mueran los dos volverán a alzarse de la tumba, como yo. Mientras vivan tendré dos manantiales de vida…, y dos compañeros después de que mueran.

—Está loca —dijo Poe, intentando resistirse al influjo de su mirada.

La mujer dejó escapar una risita burlona.

—Estoy cuerda, y usted también lo está. Los dos sabemos que digo la verdad. Los dos sabemos cuán fútiles son sus esfuerzos. —Alzó un poco la voz—. Cuando yacía muerta en mi tumba un rayo de luz lunar atravesó una rendija y cayó sobre mis ojos. Desperté. Luché. Me liberaron. Ahora, de noche, cuando brilla la luna… ¡Ugh! ¡No me eche el olor de esa hierba a la cara!

Ladeó la cabeza. En ese instante Poe tuvo la impresión de que un telón de la más absoluta negrura caía del ciclo, y el cuerpo de Elva Gauber se desplomó con él.

Intentó ver algo en la repentina oscuridad. Elva Gauber había caído sobre el alféizar de la ventana como un títere abandonado por las manos del que lo manipulaba. Su mano seguía agarrotada sobre la chaqueta de Poe, y para librarse de ella tuvo que apartar uno a uno aquellos dedos fríos y rígidos como el acero. Después se dio la vuelta para huir de aquel lugar repleto de sombríos peligros que amenazaban

tanto el cuerpo como el alma.

Al darse la vuelta vio cuál era la causa de aquella oscuridad. Una nube había ido avanzando desde el horizonte —era el lejano manchón color hollín que había visto hacia el ocaso—, y ocultaba la luna. En vez de huir Poe se quedó quieto, observándola.

Sus ojos calcularon la velocidad y el tamaño de la nube. Ocultaba la luna y seguiría ocultándola durante…, bueno, unos diez minutos. Y durante esos diez minutos Elva Gauber yacería inmóvil y sin vida. Lo que le había dicho era cierto: la luna le daba vida. ¿Acaso no se había derrumbado como una muerta en las escaleras cuando quedaron sumidas en la oscuridad? Poe empezó a examinar las pruebas y fue uniéndolas en su mente.

La muerta era Elva Gauber, no su esposo, y fue su cuerpo el que enterraron en la cripta familiar. Había vuelto a la vida, o a una espantosa imitación de ésta, en cuanto los rayos de la luna cayeron sobre ella. Aquella luz poseía una fuerza impredecible: hacía aullar a los perros, enfurecía a los locos haciéndoles cometer actos de violencia, provocaba el miedo, la pena más negra o el éxtasis. Las viejas leyendas decían que engendraba a las hadas, causaba la transformación de los licántropos y era el poder que hacía moverse las escobas en que cabalgaban las brujas. Sí, aquella luz debía de ser la fuente de la fuerza maligna que animaba lo que había sido el cadáver de Elva Gauber…, y Poe no debía seguir perdiendo el tiempo ante aquel alféizar sumido en tales ensueños.

Hizo acopio de todo su coraje y entró por el hueco de la ventana que contenía el cuerpo inmóvil de la mujer. Cruzó a tientas la habitación hasta encontrar la puerta del sótano, la abrió y bajó por la escalera, atravesó el umbral que había al final de ésta y entró en el sótano con las paredes de piedra.

Todo estaba a oscuras: la luna seguía oculta detrás de la nube. Poe se detuvo el tiempo imprescindible para sacar su cajita de yesca del bolsillo, encender una luz y prenderle fuego al extremo de un trapo que enrolló lo mas apretadamente posible. La luz que le proporcionaba era débil pero ardería sin apagarse, y le permitió ir hasta la trampilla, abrirla y poner la mano sobre el flaco hombro desnudo de John Gauber.

—Levántese —le dijo—. He venido a salvarle.

El rostro parecido a una calavera cambió levemente de posición para devolverle la mirada. John Gauber logró hablar, aunque su voz era casi un gemido inaudible.

—Es inútil. No puedo moverme…, a menos que ella me lo permita. Sus ojos me mantienen aquí…, medio vivo. Habría muerto hace mucho tiempo pero ella…

Poe pensó en una infortunada araña paralizada por el aguijón de una avispa, obligada a yacer indefensa en la madriguera del insecto que la había capturado hasta que llegara la hora de alimentarse. Se inclinó sobre el catre acercando a éste su trapo encendido. Pudo ver el cuello de Gauber: era una masa de pequeñas heridas parecidas

a perforaciones de aguja, y en algunas aún había gotitas de sangre fresca o a punto de secarse. Torció el gesto, pero se obligó a mantenerse firme en su decisión.

—Deje que adivine la verdad —dijo rápidamente—. Sacaron a su esposa de la tumba, la trajeron a casa y una vez aquí pareció recobrar la vida. Le hechizó, o le engañó…, y le convirtió en un prisionero indefenso. Eso último no es nada contrario a la naturaleza. He estudiado el mesmerismo.

—Es cierto —balbuceó John Gauber.

—Y cada noche viene a beber su sangre, ¿no es así?

Gruber asintió débilmente con la cabeza.

—Sí. Acababa de empezar, pero se marchó corriendo por la escalera. No tardará en volver.

—Bien —dijo Poe con expresión hosca—. Puede que cuando vuelva se encuentre con algo que no esperaba. ¿Ha oído hablar alguna vez de los vampiros? Probablemente no, pero yo he estudiado ese tema, así como muchos otros. Creo que empecé a sentir sospechas cuando mostró tanta repugnancia ante el olor a ajo. Los vampiros yacen inmóviles durante el día y caminan y se alimentan por la noche. Son criaturas de la luna…, la sangre es su sustento. Vamos.

Poe se calló, apagó la luz y cogió al hombre en sus brazos. Gauber pesaba tan poco como un niño. El escritor le llevó hasta el refugio ofrecido por la escalera de caracol y le dejó apoyado en la pared, tapándole con su vieja capa de cadete. La penumbra de aquel lugar hacía que el gris de la capa se fundiera con el gris de las piedras del muro. El pobre desgraciado estaría bien escondido.

Después se quitó la chaqueta, el chaleco y la camisa. Amontonó su ropa allí donde las sombras proyectadas por la escalera eran más profundas y se puso en pie, desnudo hasta la cintura. Su piel era casi tan blanca y exangüe como la de Gauber, su pecho y sus brazos casi igual de flacos. Poe se atrevió a creer que podría pasar por aquel infortunado, aunque sólo fuera durante unos momentos.

El sótano volvió a llenarse de luz. La nube debía estar alejándose de la luna.

Poe aguzo el oído. Oyó el sonido de algo que se arrastraba por el suelo del cuarto de arriba y después el eco de unos pasos.

Elva Gauber, la criatura nocturna que bebía sangre, acababa de revivir.

No había ni un segundo que perder. Poe corrió hacia el nicho, entró en él y cerró la trampilla a su espalda.

Sonrió, compartiendo una horrenda paradoja con la oscuridad que le rodeaba. Conocía todas las formas de acabar con los vampiros registradas en las viejas leyendas: atravesarles con una estaca, agua bendita, las oraciones, el fuego… Pero él, Edgar Allan Poe, había dado con un nuevo sistema. Miríadas de historias hablaban en murmullos aterrados de los demonios que tendían emboscadas a los hombres normales, pero, ¿quién había oído hablar jamás de un hombre normal que tendiese

una emboscada a un demonio? Bueno, Poe nunca se había considerado demasiado normal, ya fuese en cerebro, en espíritu o en gustos.

Estiró el cuerpo, juntando los pies y cruzando las manos sobre su desnudo estómago. Estar en la tumba sería algo muy parecido a esto, pensó de pronto. A su mente acudió una poesía escrita por alguien llamado Bryant, publicada hacía mucho tiempo en una revista de Nueva Inglaterra: «La oscuridad que no alienta y la angosta morada». Bien sabía el cielo que esta oscuridad no alentaba y este agujero se hallaba lo suficientemente oscuro… Rechazó con una violencia casi histérica la idea de estar enterrado. Se puso de cara al muro con el brazo desnudo sobre la mejilla y la sien, queriendo romper aquel horrendo hechizo que pesaba sobre él con una fuerza mucho mayor que cualquier pensamiento referente a Elva Gauber.

Su oreja entró en contacto con la mohosa superficie del catre y ésta le transmitió el eco de unos pasos que bajaban por las escaleras. Unos pasos rítmicos y confiados…, los pasos de alguien que tenía prisa por llegar a su destino.

Elva Gauber deseaba reanudar la cena tan bruscamente interrumpida.

Estaba cruzando la habitación. No se detuvo ni se dio la vuelta: no se había fijado en su esposo, que yacía bajo la capa de cadete a la sombra de los peldaños. Los sonidos fueron en línea recta hacia la trampilla y oyó cómo sus manos descorrían el pestillo.

Una luz azulada como la leche después de que se le ha quitado la nata entró en su agujero. Una sombra se abrió paso por entre la luz, cayendo sobre el cuerpo de Poe. Su imaginación, que siempre se adelantaba a la realidad, le murmuró que aquella sombra pesaba tanto como el plomo…, era un peso fatídico y opresivo.

—John —dijo la voz de Elva Gauber en su oreja—, he vuelto. Ya sabes por qué…, ya sabes para qué. —En su voz había un matiz codicioso, como si brotara de unos labios fláccidos y temblorosos—. Ahora eres mi única fuente de sustento y energía. Esta noche pensé que un desconocido…, pero ha escapado. No importa. De todas formas, estaba envuelto en un olor repugnante…

Su mano le tocó la piel del cuello. Estaba acariciándole y examinándole, como hace un carnicero con la bestia condenada al sacrificio.

—No te apartes de mí, John —le ordenó con voz roncamente burlona—. Ya sabes que eso no te servirá de nada. Es noche de luna llena y tengo el poder suficiente para hacer cualquier cosa…, ¡cualquier cosa! —Estaba intentando levantar el brazo con que se tapaba la cara—. No conseguirás… —Se calló, perpleja, y un instante después un ronco alarido salvaje brotó de su garganta—. ¡Tú no eres John!

Poe se irguió en el catre, y sus manos parecidas a garras de pájaro salieron disparadas hacia adelante y la agarraron: una mano se enredó en el desorden serpentino de su oscura cabellera, la otra hundió las yemas de sus dedos en la gélida carne de su brazo.

El grito tembló y acabó convirtiéndose en un horrible jadeo agónico. Poe tiró de su cautiva, invirtiendo en aquel esfuerzo todas las energías que había ido acumulando. Los pies de la mujer dejaron de estar en contacto con el suelo y su cuerpo voló hacia el hueco, pasando por encima de Poe y perdiéndose más allá. Se estrelló contra las piedras de la pared en un ruidoso impacto lo bastante fuerte para romperle los huesos, y se habría derrumbado sobre Poe; pero sus manos la habían soltado en ese mismo instante y ya estaba deslizándose a toda prisa por el suelo del sótano.

Buscó la trampilla con una premura frenética. Elva Gauber intentaba incorporarse sobre las manos y las rodillas, debatiéndose entre el desorden del catre esparcido por el nicho; Poe cerró la trampilla con un golpe seco.

Elva Gauber se lanzó contra los tablones, gimiendo y gritando como un animal caído en la trampa. Era casi tan fuerte como él, y durante unos segundos Poe pensó que lograría salir del nicho, pero pegó el hombro a los tablones, sudando y jadeando, y clavó los pies en el suelo. Sus dedos encontraron el pestillo, lo levantaron y lo colocaron en su sitio.

—Está oscuro —gimió Elva Gauber desde el interior del nicho—. Oscuro…, no hay luna…

Su voz se fue extinguiendo.

Poe se dirigió al charco fangoso que había en el rincón del sótano y metió las manos en él. El fango no era muy espeso, pero serviría. Empezó a esparcirlo por la trampilla, usándolo para sellar las grietas y los contornos de los tablones. Usó las palmas de sus manos como si fueran llanas de albañil, cubriendo la trampilla con una capa de fango cada vez más espesa.

—Gauber —dijo con voz jadeante—, ¿cómo se encuentra?

—Bien…, creo. —La voz sonaba extrañamente fuerte y límpida. Poe miro por encima del hombro y vio que Gauber había logrado erguirse por sus propios medios. Seguía estando pálido, pero parecía capaz de sostenerse en pie—. ¿Qué está haciendo? —le preguntó.

—La estoy emparedando —respondió Poe, cogiendo un poco más de fango—. La emparedo para siempre con su maldad…

Sintió un fugaz relámpago de inspiración, el germen simbólico de un relato; un hombre emparedaba a su mujer en un agujero semejante, encerrando junto a ella una encarnación del mal activo…, quizá bajo la forma de un gato negro.

Hizo una pausa en su trabajo para tragar una honda bocanada de aire y se sonrió a sí mismo. Incluso en el peor de los peligros, en el instante de labor y miedo más terribles…, siempre tenía que estar inventando nuevos argumentos para sus relatos.

—Nunca podré agradecérselo lo suficiente —estaba diciéndole Gauber—. Creo que ahora todo irá bien…, siempre que siga allí dentro.

Poe pegó la oreja a la pared.

—Ni el más mínimo movimiento, señor. La luz de la luna no puede llegar hasta ella…, ha perdido la vida y el poder que le daban. ¿Puede ayudarme a ponerme la ropa? Tengo un frío terrible.

Cuando volvió a la casa de la calle Spring Garden su suegra le recibió en el umbral. Los fuertes rasgos de su rostro coronado por un bonete blanco de viuda estaban tensados a causa de la preocupación.

—Eddie, ¿estás enfermo? —En realidad lo que le preguntaba era si había estado bebiendo. Una mirada bastó para tranquilizarla—. No —se respondió a sí misma—, pero has estado tanto tiempo fuera de casa… Y estás muy sucio, Eddie. Tienes que lavarte.

Dejó que le condujera por la casa y que llenara un barreño con agua caliente. Mientras se frotaba para limpiarse su mente fue formando excusas, una mentira banal sobre un largo paseo en busca de la inspiración, un breve mareo causado por el cansancio, un tropezón que le había hecho caer en un charco de barro…

—Voy a prepararte un poco de café caliente, Eddie —dijo su suegra.

—Sí, por favor —respondió Poe, y volvió a su habitación.

Encendió la vela, se sentó y cogió la pluma.

Su mente estaba embelleciendo la inspiración para el relato que había acudido a él en un momento tan terrible, cuando estaba en el sótano de la casa Gauber. Mañana trabajaría en eso. Esperaba que el *United States Saturday Post* querría aceptarlo. ¿Título? «El gato negro», simplemente eso.

¡Pero antes debía acabar la tarea que había emprendido! Mojó la pluma en el tintero. ¿Cómo empezar? ¿Cómo terminar? Y, después de haber escrito y publicado semejante composición, ¿cómo defenderse contra los crecientes rumores de que estaba loco?

Decidió olvidarse de aquello, si es que podía: al menos intentaría buscar algunas compañías más saludables, la comodidad y la paz…, quizá incluso pudiera escribir algunos versos de tono más ligero, unos cuantos relatos y artículos humorísticos. Por primera vez en su vida, había tenido una dosis más que suficiente de lo macabro.

Escribió rápidamente el último párrafo:

Hay momentos en que el mundo de nuestra triste Humanidad puede cobrar el aspecto de un Infierno incluso para el sereno ojo de la Razón…, pero la imaginación de un hombre no es ninguna Carathis capaz de explorar con impunidad todas y cada una de sus cavernas. ¡Ay! La terrible legión de los horrores sepulcrales no puede ser considerada como algo totalmente fantasioso…, pero, como los Demonios en cuya compañía hizo Afrasiab su viaje por el Oxus, deben dormir o nos devorarán. Debemos consentir que se suman en el sopor, o pereceremos.

Edgar Allan Poe decidió que eso bastaría para el público. En cualquier caso,

bastaría para el *Dollar Newspaper* de Filadelfia.

Su suegra le trajo el café.

Luella Miller

La casa de un solo piso en que había vivido Luella Miller, quien había tenido una pésima reputación en el pueblo, se encontraba cerca de la calle. Luella llevaba años muerta, pero en el pueblo aún había quienes seguían creyendo en las historias que habían oído contar durante su niñez, pese a la luz más clara que nace de observar un peligro perdido en el pasado desde una posición ventajosa. En sus corazones, pese a que les habría costado muchísimo admitirlo, aún sobrevivía el salvaje horror y el miedo frenético a aquellos antepasados suyos que habían poblado la misma era que Luella Miller. Los jóvenes incluso se estremecían al echarle una mirada a la vieja casa cuando pasaban ante ella, y los niños nunca jugaban en sus cercanías, como hacían en cualquier otro edificio abandonado. En la vieja casa Miller no había ni una sola ventana rota: los cristales reflejaban el sol de la mañana formando retazos de azul y verde esmeralda, y el pestillo de la algo combada puerta principal nunca era levantado, aunque no había ninguna cerradura que la asegurase. Desde que el cuerpo de Luella Miller fue sacado de allí la casa no había tenido ningún ocupante, dejando aparte una vieja alma carente de amigos que sólo había podido escoger entre esas cuatro paredes y el distante refugio del cielo abierto. Esta anciana, que había sobrevivido a sus parientes y amistades, vivió en la casa durante una semana. Una mañana la chimenea no echó humo, y una decena de vecinos entraron en la casa y encontraron muerta a la anciana en su lecho. Hubo oscuras murmuraciones sobre la causa de su muerte, y también hubo quienes dijeron que en su rostro había una expresión de miedo tan terrible que el rostro muerto mostraba el penoso estado del alma que lo había abandonado. Cuando entró en la casa la anciana tenía un color excelente y parecía gozar de una robusta buena salud, y en siete días estaba muerta; era como si hubiese sido víctima de algún poder fantasmagórico. El sacerdote subió al púlpito y habló con no muy disimulada severidad contra el pecado de la superstición; pero sus palabras no bastaron para acabar con las creencias de la gente. Todos los habitantes del pueblo habrían preferido el hospicio a esa casa. En cuanto un vagabundo oía la historia ya no buscaba refugio bajo aquel viejo tejado sobre el que se cernía la desagradable aura acumulada durante medio siglo de miedo supersticioso.

En todo el pueblo sólo había una persona que hubiera conocido a Luella Miller. Esa persona era una mujer que ya había dejado bien atrás los ochenta años, pero que

seguía siendo un prodigio de vitalidad y juventud inextinguible. Recta como el asta de una flecha, con el paso vivaz de quien ha salido disparado hace muy poco del arco de la vida, iba y venía por las calles y siempre acudía a la iglesia, tanto si llovía como si hacía sol. Nunca se había casado, y llevaba años viviendo sola en una casa situada enfrente de la que había pertenecido a Luella Miller.

Esta mujer no padecía la garrulería propia de la vejez, pero en toda su vida jamás había contenido la lengua obedeciendo a ninguna voluntad que no fuese la suya, y cuando quería ser sincera presentaba la verdad sin adornos ni disfraces. Ella era quien había prestado testimonio sobre la vida, maldad —aunque en este punto quizá se dejara llevar un poco por las emociones—, y apariencia personal de Luella Miller. Cuando esta anciana hablaba —y poseía el don de la descripción, aunque sus pensamientos iban ataviados con el lenguaje no muy refinado propio de su pueblo natal—, casi se podía ver a Luella Miller tal y como realmente fue. Según esta mujer, que se llamaba Lydia Anderson, Luella Miller había sido una belleza de un tipo bastante poco común en Nueva Inglaterra. Era una criatura delgada y flexible, fuertemente inclinada a rendirse ante el destino y, al mismo tiempo, tan difícil de quebrar como una rama de sauce. Poseía una larga y resplandeciente cabellera rubia que llevaba recogida con gracia alrededor de un rostro muy hermoso. En sus ojos azules había una continua súplica suave, tenía las manos esbeltas y dispuestas a aferrarse a las cosas, y una maravillosa gracia tanto en el movimiento como en las actitudes.

—Luella Miller sabía sentarse de una forma que nadie habría sido capaz de imitar ni aunque se hubieran pasado una semana llena de domingos estudiándola —decía Lydia Anderson—, y verla caminar era todo un espectáculo. Si uno de esos sauces que hay junto al arroyo pudiera arrancar sus raíces del suelo y moverse libremente andaría igual que lo hacía Luella Miller. Tenía un traje de seda verde tornasolada que le gustaba mucho llevar, y un sombrero con cintas verdes, y un velo de encaje que le caía sobre el rostro flotando al viento, y una cinta verde que ondulaba alrededor de su cintura. Ése fue el atuendo de novia que llevó al casarse con Erastus Miller. Antes de casarse se apellidaba Hill. Siempre hubo una «I» en su apellido, tanto de casada como de soltera. Erastus Miller también era guapo, todavía más que Luella. A veces pensaba que después de todo Luella no era tan guapa. Erastus la adoraba. Yo le conocía bastante bien. Vivía al lado de mi casa, y fuimos a la escuela juntos. La gente solía decir que me cortejaba, pero no era así. Nunca pensé que lo hiciera salvo en una o dos ocasiones, cuando dijo cosas que algunas chicas podrían haber sospechado que significaban algo. Eso ocurrió antes de que Luella viniera aquí para dar clases en la escuela del distrito. La forma en que consiguió ese empleo debió de ser bastante rara, pues la gente decía que no tenía ninguna educación, y una de las chicas mayores, Lottie Henderson, solía encargarse de dar la lección por ella mientras Luella se

quedaba sentada en su silla bordando pañuelos. Lottie Henderson era una chica realmente muy lista y una gran estudiante, y tomó a Luella por modelo, tal y como hicieron todas las chicas. Lottie podría haber llegado a ser una mujer magnífica, pero murió cuando Luella llevaba poco más de un año en el pueblo…, se fue marchitando y murió: nadie supo cuál era su mal. Fue a esa escuela casi a rastras y ayudó a Luella a dar la clase hasta el último minuto de su vida. Todo el comité sabía que Luella apenas hacía nada, pero lo pasaban por alto. Erastus se casó con ella poco después de la muerte de Lottie. Siempre pensé que apresuró las cosas porque sabía que Luella no servía para enseñar. Después de que Lottie muriera uno de los chicos mayores empezó a ayudarla, pero no tenía mucha autoridad y la escuela no tardó en ir bastante mal, y puede que Luella hubiese acabado teniendo que renunciar al puesto, porque el comité no podría haber seguido cerrando los ojos a lo que ocurría durante mucho tiempo. El chico que la ayudaba era un muchacho honrado y algo inocentón, y también era buen estudiante. La gente decía que estudiaba demasiado, y que por eso se volvió loco un año después de que Luella se casara, pero no sé si realmente fue por eso. Y no sé cuál fue la causa de que Erastus Miller empezara a sufrir consunción de la sangre un año después de haberse casado, porque en su familia nunca habían tenido casos de consunción. Se fue debilitando cada vez más y cuando intentaba atender a Luella casi se le doblaba la cintura, y hablaba con un hilo de voz, como un viejo. Trabajó todo lo que pudo hasta el final, intentando ahorrar algo de dinero que dejarle a Luella. Yo le he visto en el bosque durante las peores tormentas con un trineo para la leña —talaba árboles y vendía la leña—, y andaba todo encorvado con más aspecto de estar muerto que vivo. En una ocasión no pude soportarlo. Fui hasta él y le ayudé a echar un poco de leña en el trineo: siempre he tenido los brazos fuertes. Él me dijo que lo dejara, pero yo no quise, y supongo que le alegró tener alguien que le ayudara. Eso ocurrió sólo una semana antes de que muriera. Cayó redondo sobre el suelo de la cocina cuando estaba preparando el desayuno. Siempre se encargaba de preparar el desayuno mientras Luella se quedaba en la cama. Barría, lavaba, planchaba y hacía casi todas las comidas. No podía soportar que Luella tuviera que mover ni un dedo, y ella dejaba que él se encargara de todo. Vivía como una reina, y casi nunca hacía nada. Ni tan siquiera cosía… Decía que coser hacía que le doliera el hombro, y Lily, la hermana del pobre Erastus, solía encargarse de toda su costura. No es que le conviniera demasiado, claro, porque siempre tuvo la espalda débil, pero cosía muy bien… Tenía que hacerlo para complacer a Luella, que era terriblemente especial. Nunca he visto nada parecido a los bordados y encajes que Lily Miller hizo para Luella. Hizo todo lo que Luella llevó en la boda, y también se encargó de coserle el vestido de seda verde después de que María Babbit hiciera el patrón. María lo cortó gratis, y también le hizo muchos más patrones y se los cortó sin cobrar nada a cambio. Después de que Erastus muriera Lily Miller se fue a vivir con Luella.

Abandonó su casa, aunque estaba realmente muy unida a ella y no le daba ni pizca de miedo vivir sola. Justo después del funeral la alquiló y se fue a vivir con Luella.

Y después esta anciana llamada Lydia Anderson, que recordaba a Luella Miller, seguía contando la historia de Lily Miller. Al parecer, el que Lily Miller se trasladara a la casa de su difunto hermano para vivir con su viuda hizo que la gente del pueblo empezara con sus murmuraciones. Lily Miller apenas había dejado atrás su primera juventud, y era una mujer robusta en plena flor de la vida, de mejillas rosadas y rizada cabellera negra que caía sobre la franca redondez de sus mejillas y sus sienes, y poseía unos brillantes ojos oscuros. Cuando apenas llevaba seis meses viviendo con su cuñada el color rosado se desvaneció, y sus bonitas curvas se convirtieron en pálidas concavidades. Unas sombras blancas empezaron a aparecer en los mechones de su cabellera y la luz de sus ojos se extinguió. Se le afilaron los rasgos y su boca quedó circundada por unas arrugas patéticas que, aun así, siempre asumían una expresión de la más absoluta dulzura e, incluso, de felicidad. Sólo vivía para su cuñada; no cabía duda de que la amaba con todo su corazón y se sentía más que satisfecha de servirla. Lo único que la preocupaba era la posibilidad de que muriera, dejándola sola.

—Lily Miller solía hablar de Luella de una forma que bastaba para hacerte enfadar y conseguir que te entraran ganas de llorar —decía Lydia Anderson—. Visité esa casa algunas veces bastante cerca del final, cuando estaba demasiado débil para cocinar y les llevaba un poco de puré o de crema…, algo que me parecía que podía gustarle, y ella me daba las gracias. Cuando le preguntaba por su salud me decía que se encontraba mejor que ayer, y me preguntaba si no me parecía que tenía mejor aspecto, pobrecita, y decía que la pobre Luella lo estaba pasando muy mal porque cuidaba de ella y tenía que hacer todo el trabajo —no tenía fuerzas para hacer nada —, cuando Luella no levantaba ni un dedo y la pobre Lily no obtenía cuidado alguno salvo los que le proporcionaban los vecinos, y Luella se comía todo lo que la gente traía para Lily. Sé que lo hacía. Luella se limitaba a quedarse sentada llorando sin hacer nada. Actuaba como si le tuviera mucho cariño a Lily y parecía estar muy triste. Algunos llegaron a pensar que no tardaría en ponerse mala. Pero después de que Lily muriera su tía Abby Mixter fue a la casa, y Luella no tardo en recuperarse y volvió a estar tan rosada y opulenta como siempre. Pero la pobre tía Abby empezó a declinar igual que le había ocurrido a Lily, y supongo que alguien debió de escribirle a su hija casada, la señora de Sam Abbot, que vivía en Barre, pues ésta le escribió a su madre diciéndole que debía marcharse de allí enseguida y que viniera a visitarla, pero la tía Abby se negó a ir. Aún puedo verla. Era una mujer realmente guapa, alta y bien plantada, con el rostro grande y los rasgos cuadrados, y tenía una frente muy despejada que por sí sola ya resultaba amable y buena. Cuidó de Luella como si fuera un bebé, y cuando su hija casada envió a buscarla se negó a moverse de allí. Siempre

había querido mucho a su hija, pero dijo que Luella la necesitaba y su hija casada no. Su hija siguió mandándole una carta detrás de otra, pero no sirvió de nada. Acabó presentándose en el pueblo, y cuando vio el mal aspecto de su madre se echó a llorar y poco faltó para que se pusiera de rodillas suplicándole que se marchara con ella. También habló con Luella y le dijo lo que pensaba de ella. Le dijo que había matado a su esposo y a todo el mundo que había tenido algo que ver con ella, y que le agradecería mucho que dejara en paz a su madre. Luella tuvo un ataque de histeria, y después de que su hija se hubiera marchado la tía Abby se asustó tanto que me llamó. La señora de Sam Abbot se fue en el carruaje en el que la había traído, sollozando tan fuerte que todos los vecinos la oyeron, y claro que tenía razones para llorar, porque no volvió a ver a su madre con vida. Tía Abby salió a la puerta de la casa con su chal a cuadritos verdes tapándole la cabeza. Aún puedo verla. «Señorita Anderson, venga, por favor», dijo con una voz muy débil, como si le faltara el aliento, y cuando llegué allí Luella estaba llorando y riendo a la vez, y tía Abby intentaba calmarla, aunque tenía el rostro tan blanco como una sábana y temblaba tan fuerte que apenas podía tenerse en pie. «Por el amor del cielo, señora Mixter —dije yo—, usted parece estar mucho peor que ella. Tendría que guardar cama».

»—Oh, no me pasa nada —dijo ella. Después siguió hablándole a Luella—. Vamos, vamos, no, pobrecita mía —le dijo—. Tía Abby está aquí. No va a marcharse y a dejarte sola. No llores, pobrecita mía.

»—Deje que yo cuide de ella y vuelva a la cama, señora Mixter —le dije, pues en los últimos tiempos tía Abby se pasaba bastante tiempo en la cama, aunque se las arreglaba para hacer todo el trabajo de la casa.

»—Estoy bien —me dijo—. Señorita Anderson, ¿no cree que sería mejor llamar al doctor?

»—¿El doctor? —dije yo—. Creo que es *usted* quien debería ver al doctor. Creo que le necesita mucho más que ciertas personas cuyo nombre podría mencionar. —Y miré a Luella Miller, que seguía riendo y llorando y portándose como si fuera el mismísimo centro de toda la creación. Mientras hacía todo eso, y daba la impresión de estar tan enferma que no se enteraba de nada, nos observaba por el rabillo del ojo para ver qué tal nos lo tomábamos. Me di cuenta enseguida. Luella Miller nunca fue capaz de engañarme. Acabé perdiendo los estribos, volví corriendo a casa y cogí una botella de valeriana que tenía. Eché un poco de agua hirviendo sobre unas hojas de manzanilla y mezclé ese té de manzanilla con más de medio vaso de valeriana, y volví con él a casa de Luella. Fui hacia ella sosteniendo en mi mano aquel vaso humeante—. Y ahora —le dije a Luella—, *¡trágate esto!*

»—¿Qué es…, qué es, oh, qué es? —me preguntó con una voz que casi parecía un graznido, y luego se echó a reír de una forma que te ponía los pelos de punta.

»—Pobrecita, pobrecita mía —dijo tía Abby, más preocupada que nunca mientras

intentaba darle unas friegas de alcanfor en la cabeza.

»—*Bébete esto ahora mismo* —le dije, y no perdí más tiempo en ceremonias. Agarré a Luella Miller por el mentón y le eché la cabeza hacia atrás, aprovechando el momento en que se reía para pillarla con la boca abierta. Llevé el vaso a sus labios y casi aullé—. ¡Trágatelo, trágatelo, trágatelo! —Y se lo bebió todo. No tuvo más remedio que hacerlo, y supongo que le sentó bien. Al menos dejó de gritar y llorar, y permitió que la acostara. En menos de media hora dormía como un bebé. La pobre tía Abby no tuvo tanta suerte. Se pasó toda la noche despierta y yo me quedé a hacerle compañía, aunque intentó convencerme para que me marchara; dijo que ya estaba más que harta de que la gente siempre estuviera observándola. Pero me quedé, y le preparé unas buenas gachas de avena y se las di poco a poco con una cucharita de té. Me pareció que no le pasaba nada grave, sólo que estaba tan agotada que no podía ni tenerse en pie. Por la mañana fui corriendo a casa de los Bisbee apenas hubo algo de luz, y mandé a Johnny Bisbee en busca del doctor. Le dije que se diera prisa, y el doctor vino enseguida. Cuando llegamos allí la pobre tía Abby no parecía enterarse de mucho. Estaba tan consumida que casi ni respiraba. Cuando el doctor se hubo marchado Luella entró en la habitación tan fresca como una niñita recién levantada de la cuna en su camisón de puntillas. Todavía puedo verla. Tenía los ojos muy azules y su cara estaba tan blanca y rosada como una flor, y cuando vio que tía Abby estaba acostada puso una cara de inocencia sorprendida—. Oh —dijo—, ¿cómo es que tía Abby todavía no se ha levantado?

»—Hoy no va a levantarse —le respondí yo en un tono bastante seco.

»—Ya me había parecido que no olía el café —dijo Luella.

»—¿El café? —exclamé yo—. Creo que si quieres tomar café esta mañana tendrás que preparártelo tú misma.

»—Pero yo no he preparado ni una taza de café en toda mi vida —dijo muy asombrada—. Mientras vivía Erastus siempre se encargó de hacer el café, y después lo hacía Lily, y luego lo hacía tía Abby. Señorita Anderson, creo que no *sabría* preparar el café.

»—Pues lo preparas, o tendrás que pasarte sin él. Allá tú —dije.

»—¿Tía Abby no va a levantarse? —me preguntó.

»—No creo que pueda, teniendo en cuenta lo enferma que está —le respondí, sintiéndome más enfadada a cada momento que pasaba. Que aquella cosita blanca y rosa estuviera allí de pie hablando del café cuando había acabado con tantas personas mucho mejores que ella, y prácticamente acababa de matar a otra…, lo que más deseaba en aquellos momentos era que alguien la matara antes de que tuviera ocasión de hacer más daño.

»—¿Qué le pasa a tía Abby? ¿Está enferma? —me preguntó Luella como si tuviera todo el derecho del mundo a sentirse enfadada y ofendida por eso.

»—Sí —dije yo—, está enferma y se va a morir, y cuando se muera te quedarás sola y tendrás que arreglártelas por ti misma y cuidar de la casa, y si no eres capaz, tendrás que aprender a prescindir de muchas cosas. —Supongo que estuve bastante dura con ella, pero lo que le dije era verdad y no creo haber estado más dura de lo que había sido Luella Miller hasta entonces. Nunca me he arrepentido de haberle hablado así. Bueno, Luella volvió a tener un ataque de histeria y yo dejé que hiciera lo que le diese la gana. Me limité a llevarla a la habitación del otro lado de la entrada, allí donde tía Abby no podría oírla, suponiendo que estuviera en condiciones de enterarse de algo —no lo sabía, pero ya no podía enterarse de nada—, la hice sentarse en un sillón y le dije que no volviera a entrar en la otra habitación, y se lo tomó muy mal. Siguió con sus histerias hasta que se cansó. Cuando se dio cuenta de que nadie iba a consolarla y a cuidar de ella se fue calmando. Al menos, supongo que eso es lo que hizo. Yo tenía más que suficiente con ocuparme de la pobre tía Abby, intentando conseguir que no dejara de respirar. El doctor me había dicho que se encontraba muy mal, y me dio una medicina muy fuerte para que le hiciera tomar unas cuantas gotas de ella con mucha frecuencia, y me dijo algunas cosas realmente muy extrañas sobre lo que debía darle de comer. Bueno, seguí todas sus instrucciones al pie de la letra hasta que la pobre ya no pudo tragar ni una pizca más. Después mandé avisar a su hija. Empezaba a pensar que la pobre tía Abby no duraría mucho tiempo más. Antes no lo había comprendido, aunque le hubiese hablado a Luella de esa forma. El doctor vino poco después y la señora de Sam Abbot no tardó en presentarse, pero cuando llegó ya era demasiado tarde; su madre había muerto. La hija de la tía Abby le echó una mirada a su madre muerta en la cama, se volvió y me miró.

»—¿Dónde está? —me preguntó, y enseguida supe que se refería a Luella.

»—En la cocina —le dije—. Es tan nerviosa que no soporta ver morir a la gente. Tenía miedo de ponerse enferma.

»Entonces el doctor abrió la boca para hablar. Era un hombre joven. El viejo doctor Park había muerto el año anterior, y este doctor acababa de salir de la facultad.

»—La señora Miller tiene una constitución débil —dijo en un tono de voz algo severo—, y hace muy bien evitando las situaciones que podrían trastornarla.

»—A usted le ocurre lo mismo que a los demás, joven; ella le ha clavado la zarpa —pensé yo, pero no le dije nada. Me limité a decirle a la señora de Sam Abbot que Luella estaba en la cocina y la señora de Sam Abbot fue para allí y yo también fui, y en todos los años que llevo de vida nunca he oído nada semejante a lo que le dijo a Luella Miller. Yo estaba muy enfadada con Luella, pero esto era más de lo que jamás me habría atrevido a decirle. Luella estaba tan asustada que no se atrevió a tener otro ataque de histeria. Lo único que hizo fue quedarse callada y encogerse en la silla. Se fue encogiendo poco a poco en esa silla de cocina, haciéndose tan pequeña que daba la impresión de que iba a desaparecer, con la señora de Sam Abbot inclinada sobre

ella diciéndole la verdad. Supongo que la verdad era demasiado para ella y esta vez no fingía, porque Luella acabó desmayándose de verdad, y aquí no había ningún truco, como yo siempre había sospechado que había en sus ataques de histeria. Perdió el conocimiento y tuvimos que acostarla en el suelo de la cocina, y el doctor vino corriendo y dijo algo sobre que tenía el corazón débil, y miró a la señora de Sam Abbot con una expresión realmente terrible, pero ella no se asustó ni pizca por eso. Se le encaró con la cara tan blanca como la de Luella, y eso que Luella parecía una muerta y el doctor estaba buscándole el pulso y le costaba mucho encontrárselo.

»—¿El corazón débil? —dijo—. ¿Que tiene el corazón débil? ¡Paparruchas! En esa mujer no hay nada débil. Tiene la fuerza suficiente para colgarse del cuello de los demás hasta matarles. ¿Débil? Mi pobre madre sí que era débil; esta mujer la ha matado, la ha matado igual que si hubiera cogido un cuchillo y se lo hubiera clavado en el pecho.

»Pero el doctor no le prestó mucha atención. Estaba inclinado sobre Luella, que yacía en el suelo con su cabellera rubia toda desordenada y su bonita cara blanca y rosa muy pálida, y sus ojos azules parecían estrellas que hubiesen dejado de brillar, y le tenía cogida la mano y le acariciaba la frente mientras me decía que fuese a buscar la botella de coñac que había en el cuarto de la tía Abby, y en cuanto vi ese espectáculo estuve segura de que ahora que tía Abby estaba muerta Luella ya tenía otro cuello del que colgarse, y pensé en el pobre Erastus Miller, y creo que sentí cierta pena por aquel pobre joven doctor que se había dejado seducir por una cara bonita, y decidí que intentaría hacer algo al respecto.

»Esperé hasta que la tía Abby llevara un mes enterrada. El doctor visitaba regularmente a Luella y la gente del pueblo empezaba a hablar; una noche, cuando sabía que el doctor había salido del pueblo para atender a un enfermo y no estaría allí, fui a casa de Luella. La encontré muy elegante, con un traje de muselina azul a topos blancos, con el cabello bien recogido alrededor de la cabeza, y en todo el lugar no había ni una sola chica que pudiera compararse con ella. En Luella Miller había algo que parecía llamar a tu corazón y hacer que sintiera ganas de salir de tu pecho para ir hacia ella, pero al verla el mío no sintió nada de eso. Estaba sentada en su mecedora junto a la ventana de la sala, y María Brown había ido a visitarla. María Brown había estado encargándose de ayudarla o, mejor dicho, de hacer todo el trabajo, pues Luella no hacía nada y no creo que a hacer todo el trabajo se le pueda llamar ayudar. María Brown era una mujer muy trabajadora y no tenía familia; no estaba casada y vivía sola, por lo que se ofreció a ir a casa de Luella. Yo no veía razón alguna por la que tuviera que hacer el trabajo que correspondía a Luella; no era demasiado fuerte, pero parecía pensar que podía hacerlo y Luella parecía pensar lo mismo que ella, así que iba a su casa y hacía todo el trabajo: lavaba, planchaba y horneaba el pan mientras Luella se mecía. María no vivió mucho tiempo más. Empezó a consumirse igual que

les había ocurrido a los otros. Bueno, ya estaba advertida, pero cuando la gente le decía algo se ponía realmente furiosa: decía que Luella era una pobre mujer a la que todos habían tratado mal, que estaba muy delicada y no podía cuidar de sí misma, y que deberían avergonzarse por contar esas cosas de ella, y que si moría ayudando a aquéllos que no podían ayudarse a sí mismos no le importaba…, y así ocurrió.

»—Supongo que María se ha ido a casa —le dije a Luella en cuanto entré en la habitación, y me senté delante de ella.

»—Sí, María se fue hace media hora, después de haber preparado la cena y lavado los platos —dijo Luella con esa voz tan bonita y amable que tenía.

»—Supongo que también tendrá muchas cosas que hacer en su casa, ¿no? —dije yo con una cierta amargura; pero emplear ese tono de voz con Luella Miller nunca sirvió de nada. Le parecía normal y lógico que personas que se encontraban tan delicadas como ella le hicieran el trabajo y la atendieran, y no podía meterse en la cabeza que alguien pensara que eso *no* era normal.

»—Sí —replicó Luella con su voz más dulce y suave—, sí, dijo que esta noche tenía que hacer la colada. Lleva dos semanas teniendo que hacerla, pero no ha podido porque venía aquí a cuidarme.

»—¿Por qué no se queda en su casa a hacer la colada en vez de venir aquí y hacer *tu* trabajo, teniendo en cuenta que tú puedes encargarte de él y tu salud es mucho mejor que la de ella? —le pregunté.

»Luella me miró igual que si fuese un bebé y alguien acabara de agitar un sonajero ante sus narices. Se rió con la risa más inocente que se pueda imaginar.

»—Oh, señorita Anderson, yo no puedo hacer el trabajo —dijo—. Nunca lo he hecho. María *tiene* que encargarse de hacerlo.

»—¡Tiene que encargarse de hacerlo! —dije yo entonces—. ¡Tiene que encargarse de hacerlo! No tiene por qué hacerlo. María Brown tiene su propia casa y los medios suficientes para vivir. ¡Nada la obliga a venir aquí y matarse trabajando como una esclava por ti!

»Luella se limitó a quedarse inmóvil en su mecedora y me miró como si fuera una muñeca de porcelana tan ofendida que estuviera cobrando vida.

»—Sí —dije—, se está matando a trabajar. Morirá igual que murió Erastus, y Lily, y tu tía Abby. Estás matándola igual que les mataste a ellos. No sé cuál es tu secreto pero parece como si estuvieras maldita —dije—. Matas a cualquiera que sea lo bastante idiota para preocuparse por ti y hacerte el trabajo.

»Me miró fijamente y vi que estaba bastante pálida.

»—Y María no es la única a la que matarás —añadí—. Exprimirás al doctor Malcolm hasta matarle.

»En cuanto dije eso su rostro se puso tan rojo como las llamas.

»—No voy a matarle —dijo, y se echó a llorar.

»—¡Sí, le *matarás*! —dije yo, y después hablé como nunca he hablado antes.

»Verán, me parecía que estaba en deuda con Erastus. Le dije que después de haber estado casada con un hombre que murió por ella no tendría que pensar jamás en ningún otro: le dije que era una mujer horrible; y lo era, eso es cierto, pero últimamente he empezado a preguntarme si lo sabía…, si no sería como una criatura que ha echado mano a unas tijeras y anda por ahí cortando a todas las personas con las que se encuentra.

»Luella siguió poniéndose más y más pálida, y no apartó los ojos de mi rostro ni un segundo. Su forma de mirarme y no decir ni una sola palabra…, era algo horrible. Hablé durante un rato, acabé callando y me volví a casa. Después me dediqué a observar su ventana, pero apagó la lámpara antes de las nueve, y cuando el coche del doctor Malcolm pasó ante la casa y redujo un poco la velocidad vio que no había ninguna luz encendida y se alejó. Al domingo siguiente Luella estuvo un poco huraña, y el doctor no la acompañó a casa, y empecé a pensar que después de todo quizá tuviera algo de conciencia. María Brown murió una semana después…, fue más bien repentino, aunque todo el mundo se había dado cuenta de cómo iba a terminar. Bueno, aquello hizo que todos se enfadaran bastante y hubo unos rumores y unos comentarios realmente feos. La gente decía que los días de la brujería habían vuelto, y casi todos evitaban a Luella. Ella seguía portándose de una forma un tanto huraña con el doctor, y éste dejó de ir a su casa: ahora no había nadie que le hiciera las tareas domésticas. No sé cómo se las arreglaba. No quería ir allí y ofrecerme a ayudarla…, no porque tuviera miedo de morir como los demás, sino porque pensaba que Luella era tan capaz de hacer su trabajo como yo lo era de hacerlo por ella, y me parecía que ya iba siendo hora de que lo hiciese y dejara de matar a los demás. Pero antes de que pasara mucho tiempo la gente empezó a decir que Luella se encontraba mal, y que parecía estarse consumiendo de la misma enfermedad que había consumido a su esposo, a Lily, a tía Abby y a los demás, y en cuanto la vi me di cuenta de que tenía muy mal aspecto. Solía verla pasando delante del almacén con algún bulto, caminando tan despacio como si apenas pudiera arrastrarse, pero me acordé de Erastus, y de cómo la cuidaba y hacía el trabajo cuando ya casi no era capaz de poner un pie delante del otro, y no fui a su casa para ayudarla.

»Pero una tarde vi aparecer al doctor con su maletín de las medicinas, y la señora Babbit vino a visitarme después de la cena y me dijo que Luella estaba realmente enferma.

»—Me gustaría ofrecerme a cuidarla —dijo— pero tengo que pensar en mis niños y puede que lo que cuentan no sea cierto, pero todas las personas que han cuidado de ella han muerto y eso es muy extraño, ¿no?

»No dije nada, pero pensé en que había sido la esposa de Erastus, y en lo mucho que él la había querido, y decidí que a la mañana siguiente iría a su casa, a menos que

estuviera mejor, y vería si podía hacer algo por ella; pero a la mañana siguiente la vi en la ventana y no tardó en salir de su casa tan fresca y lozana como una rosa, y poco después la señora Babbit vino a verme y me dijo que el doctor había hecho venir a una chica de fuera del pueblo, una tal Sarah Jones, y también me dijo que estaba casi segura de que el doctor iba a casarse con Luella.

»Esa noche yo misma vi cómo la besaba en la puerta de su casa, y supe que todo lo que me había dicho era cierto. La chica se presentó esa tarde, y el entusiasmo con que empezó a trabajar y lo mucho que tenía que hacer ya eran todo un aviso. Creo que Luella no había barrido ni una sola vez desde que María murió. La chica barrió y quitó el polvo, lavó y planchó; los trapos mojados, los sacudidores y las alfombras estuvieron en danza todo el rato, y cada vez que Luella ponía los pies fuera de la casa cuando el doctor no estaba allí, Sarah Jones la ayudaba a subir y bajar los escalones como si nunca le hubieran enseñado a caminar.

»Bueno, todo el mundo sabía que Luella y el doctor se iban a casar, pero no pasó mucho tiempo antes de que se empezara a comentar que el doctor tenía muy mal aspecto, igual que les había ocurrido a los demás; y la gente también hacía comentarios sobre Sarah Jones.

»El doctor murió y quiso casarse antes para legarle lo poco que tenía a Luella, pero dejó de respirar antes de que el sacerdote pudiera llegar allí, y Sarah Jones murió una semana después.

»Eso acabó de decidir el destino de Luella Miller. En todo el pueblo no había ni una sola persona dispuesta a levantar un dedo por ella. Fue como una especie de pánico general. Luella empezó a consumirse muy deprisa. Tenía que ir personalmente a la tienda porque la señora Babbit no se atrevía a dejar que Tommy le llevara los pedidos, y yo la veía pasar y detenerse cada dos o tres pasos para descansar. Aguanté todo el tiempo que pude, pero un día la vi aparecer con los brazos llenos y vi cómo se paraba para apoyarse en la valla de los Babbit, y salí corriendo, le cogí las cosas y se las llevé a su casa. Después volví a mi casa y no le dije ni una palabra, aunque me llamó con una especie de gemido que te partía el corazón. Esa noche me puse enferma: pasé dos semanas en cama con un resfriado bastante malo. La señora Babbit me había visto salir corriendo de casa para ayudar a Luella, y cuando vino a visitarme me dijo que moriría porque la había ayudado. Yo no sabía si iba a morir o no, pero Luella había estado casada con Erastus y pensé que había hecho lo que debía hacer.

»Supongo que durante esas dos últimas semanas Luella lo debió de pasar terriblemente mal. Estaba muy enferma y, que yo supiera, nadie se atrevía a acercarse a ella. Supongo que realmente no necesitaba gran cosa, porque después de todo tenía comida suficiente y hacía bastante calor, y sé que cada día se las arreglaba para prepararse unas cuantas gachas, pero aun así supongo que lo debió de pasar muy mal, teniendo en cuenta que toda su vida había estado mimada y no le había hecho falta

mover ni un dedo.

»Cuando estuve lo bastante recuperada para poder salir de casa fui allí una mañana. La señora Babbit acababa de visitarme diciendo que no había visto salir humo de la chimenea y que aquello no era asunto suyo, pero que quizá alguien debiera entrar en la casa a echar una mirada, aunque ella tenía que pensar en sus niños; así que me levanté de la cama, pese a que llevaba dos semanas enteras sin salir de casa, fui allí y me encontré a Luella tumbada en la cama y vi que se estaba muriendo.

»Aguantó todo aquel día y hasta bien entrada la noche. Pero yo me quedé sentada junto a su cabecera después de que el nuevo doctor hubiera venido a visitarla. Nadie más se atrevió a entrar en esa casa. Cuando ya era más de medianoche la dejé sola un momento para ir corriendo a mi casa a buscar una medicina que había estado tomando, porque llevaba un rato sintiéndome bastante mal.

»Aquella noche había luna llena y cuando salía de mi puerta para cruzar la calle y volver a casa de Luella vi algo que me hizo detenerme.

Cuando llegaba a esa parte de su relato Lydia Anderson siempre alzaba la voz como en un desafío diciendo que no esperaba ser creída, y luego seguía hablando en tono más bajo.

—Vi lo que vi y sé lo que vi, y cuando esté en mi lecho de muerte juraré que lo vi. Vi a Luella Miller y a Erastus Miller, y a Lily, y a la tía Abby, y a María y al doctor, y a Sarah…, les vi a todos saliendo de su puerta, y todos brillaban con una luz blanca bajo la luna, todos salvo Luella, y la estaban ayudando a caminar, sosteniéndola hasta que me pareció que Luella casi volaba entre ellos, y un instante después ya habían desaparecido. Me quedé un rato en mi puerta con el corazón latiéndome muy deprisa, y acabé yendo a su casa. Pensé en ir a buscar a la señora Babbit, pero me imaginé que tendría miedo y no se atrevería a acompañarme así que fui sola, aunque sabía lo que había ocurrido. Luella estaba muerta en su cama, con una expresión de paz en el rostro.

Ésta era la historia que contaba la anciana llamada Lydia Anderson, pero lo que ocurrió después lo contaron las personas que la sobrevivieron, y ésta es la historia que ha acabado formando parte de la tradición del pueblo.

Lydia Anderson murió a los ochenta y siete años. Siguió tan maravillosamente animada y con tan buen color como siempre hasta unas dos semanas antes de su muerte.

Una noche de luna estaba sentada junto a la ventana de su sala cuando de sus labios brotó una exclamación ahogada, y salió de la casa y cruzó la calle antes de que la vecina que la estaba cuidando pudiera hacer nada por impedírselo. La vecina la siguió tan deprisa como pudo y encontró a Lydia Anderson caída en el suelo ante la puerta de aquella casa vacía donde había vivido Luella Miller, y la anciana estaba

muerta.

A la noche siguiente un fuego rojizo ardió bajo la luz de la luna, y la vieja casa de Luella Miller se quemó hasta los cimientos. Ahora lo único que queda de ella es algunas piedras del sótano y un parterre de lilas y, en verano, un breve sendero de dondiegos de día esparcidos por entre las malas hierbas, que muy bien podría ser considerado un emblema de la misma Luella.

El vestido de seda blanca

Aquí no hay ruidos y dentro de mí tampoco.

La abuela me ha encerrado en mi habitación y no me deja salir. Ella dice que es porque ha pasado. Supongo que he sido mala. Sólo era el vestido. El vestido de mamá, quiero decir. Se ha ido para siempre. Abuela dice tu mamá está en el cielo. No lo entiendo. ¿Puede ir al cielo si está muerta?

Ahora oigo a la abuela. Está en la habitación de mamá. Está poniendo el vestido de mamá dentro de la caja. ¿Por qué hace siempre eso? Además la cierra con llave. Me gustaría que no lo hiciera. Es un vestido muy bonito y huele muy bien. Y es cálido. Me encanta tocarlo con mi mejilla. Pero ahora ya nunca podré volver a hacerlo. Supongo que por eso la abuela está enfadada conmigo.

Pero no lo sé seguro. El día fue igual a todos los días. Mary Jane vino a mi casa. Mary Jane vive al otro lado de la calle. Viene cada día a mi casa y jugamos. Hoy vino a mi casa.

Tengo siete muñecas y un camión de bomberos. Hoy la abuela ha dicho jugad con vuestras muñecas. Y eso hicimos. Ha dicho no entres en la habitación de tu mamá. Siempre dice lo mismo. Yo creo que lo único que quiere decir es que no debo enredar en sus cosas. Porque lo dice todo el tiempo. No entres en la habitación de tu mamá. Asimismo.

Pero la habitación de mamá es muy bonita. Cuando llueve voy allí. O cuando la abuela está echando la siesta. No hago ningún ruido. Lo único que hago es sentarme en la cama y tocar la colcha blanca. Como cuando aún no había crecido. La habitación tiene un olor dulce.

Juego a que mamá se está vistiendo y me deja entrar en su habitación. Huelo su vestido de seda blanca. Es su vestido para salir de noche. Eso dijo una vez, no recuerdo cuándo.

Si escucho con atención puedo oír cómo se mueve. Juego a verla sentada delante de su tocador. Como si se estuviera poniendo perfume o algo parecido, quiero decir. Y veo sus ojos oscuros. Puedo recordar.

Si llueve y veo ojos en la ventana resulta muy bonito. La lluvia suena igual que si un gran gigante estuviera andando alrededor de la casa. El gigante dice callad, callad porque quiere que todo el mundo se quede en silencio. Me gusta jugar a eso en la

habitación de mamá.

Y lo que más me gusta, bueno, lo que casi me gusta más de todo es sentarme delante del tocador de mamá. Es rosa y muy grande y también huele bien. La silla que hay delante tiene cosido un almohadón. Hay botellas y más botellas con curvas y bultos raros y dentro tienen perfumes de muchos colores. Y casi te puedes ver de cuerpo entero en el espejo.

Cuando me siento allí juego a que soy mamá. Digo no hagas ruido mamá voy a salir y no puedes impedírmelo. No sé por qué lo digo, y es como si lo oyera dentro de mí. Y también digo oh madre deja de llorar no me cogerán porque tengo mi vestido mágico.

Cuando juego a eso me cepillo el pelo pero sólo utilizo mi cepillo, el de mi habitación. Nunca he usado el cepillo de mamá. No creo que la abuela se haya enfadado conmigo por eso, porque yo nunca uso el cepillo de mi mamá. Jamás haría eso.

A veces he abierto la caja. Porque sé dónde pone la llave. Una vez vi a mi abuela cuando ella no sabía que yo la estaba mirando. Pone la llave en el gancho que hay dentro del armario de mamá. Detrás de la puerta, quiero decir.

He podido abrir la caja montones de veces. Lo hago porque me gusta mirar el vestido de mamá. Lo que más me gusta es mirarlo. Es tan bonito y tan suave al tacto, como sedoso. Sería capaz de pasarme un millón de años entero tocándolo.

Me arrodillo en la alfombra que tiene rosas. Sostengo el vestido en mis brazos y es como si lo respirara. Lo pongo contra mi mejilla. Ojalá pudiera llevármelo a la cama y dormir con él abrazado. Me gusta hacer eso. Pero ahora no puedo. Por lo que dice la abuela. La abuela dice debería quemarlo pero la quería tanto y luego llora por el vestido.

Nunca hice travesuras con él. Lo vuelvo a guardar y lo dejo igual que si nunca lo hubiera tocado. La abuela nunca se ha enterado. Me he reído mucho porque ella nunca se ha enterado. Pero supongo que ahora lo sabe. Y me castigara. ¿Por qué se ha enfadado tanto? ¿Acaso no era el vestido de mamá?

Lo que realmente me gusta más en la habitación de mamá es mirar la foto de mamá. Tiene una cosa de oro alrededor. Marco, eso dice la abuela. Está en la pared, encima de la cómoda.

Mamá es bonita. Tu mamá era bonita dice la abuela. ¿Por qué dice eso? Veo a mamá sonriéndome allí en la foto y es muy bonita. Para siempre.

Su cabello es negro. Como el mío. Sus ojos son bonitos, y también son negros. Su boca es roja tan roja. Me gusta el vestido, el vestido blanco. Le deja los hombros descubiertos. Su piel es blanca, casi tan blanca como el vestido. Y sus manos también son muy blancas. Es tan bonita. La quiero aunque se haya ido para siempre, la quiero tanto.

Supongo que por eso me he portado mal. Con Mary Jane, quiero decir.

Mary Jane vino después de almorzar como hace siempre. La abuela se fue a echar la siesta. Acuérdate de que no has de entrar en la habitación de tu mamá dijo. Sí abuela dije yo, y estaba diciéndole la verdad porque no pensaba entrar allí, pero después Mary Jane y yo estábamos jugando con el camión de bomberos y Mary Jane dijo apuesto a que no tienes madre apuesto a que te lo has inventado todo, eso es lo que dijo.

Yo me enfadé mucho con ella. Tengo una mamá le dije. Me hizo enfadar porque dijo que me lo había inventado todo. Dijo que mentía. Me refiero a la cama, y al tocador, y la foto, y hasta al vestido.

Bueno pues yo te voy a enseñar lista dije.

Miré en la habitación de la abuela. Seguía durmiendo. Bajé y le dije a Mary Jane que viniera, porque la abuela no se iba a enterar de nada.

Después de eso ya no se hizo la lista como antes. Se rió con esa risa suya, como hace siempre. Incluso hizo un ruidito de susto cuando se dio con la mesa en el vestíbulo de arriba. Le dije que era tan asustadiza como una gata. Bueno mi casa no es tan oscura como ésta dijo ella. Como si aquí estuviera demasiado oscuro.

Entramos en la habitación de mamá. Todo estaba tan oscuro que no se podía ver. Por eso descorrí las cortinas. Sólo un poco para que Mary Jane pudiera ver. Esta es la habitación de mi mamá supongo que no me la he inventado dije.

Mary Jane estaba junto a la puerta y entonces tampoco se hizo la lista ni nada. No dijo ni palabra. Estaba mirando la habitación. Cuando la cogí del brazo dio un salto. Bueno sigamos le dije.

Me senté en la cama. Ésta es la cama de mi mamá mira que blanda es dije. Mary Jane no dijo nada. Miedica dije yo. Y ella dijo no lo soy con una voz como si lo fuera.

Siéntate dije cómo puedes saber que es blanda si no te sientas en ella. Se sentó junto a mí. Toca mira qué blanda es le dije. Huele a que huele muy bien.

Cerré los ojos pero era raro, no era como siempre. Porque Mary Jane estaba allí. Le dije que no tocara más la colcha. Dijiste que lo hiciera me dijo ella. Bueno pues no la toques más dije yo.

Mira ése es el tocado dije, y la hice levantar de la cama. La cogí por el brazo y la llevé hasta allí. Suéltame dijo ella. Todo estaba muy silencioso y era como siempre. Empecé a sentirme mal. Porque Mary Jane estaba allí. Porque estaba en la habitación de mi mamá y a mi mamá no le habría gustado que Mary Jane estuviese allí.

Pero tenía que enseñarle las cosas. Le enseñé el espejo. Las dos nos miramos en él. Mary Jane estaba muy blanca. Mary Jane es una miedica dije. No lo soy no lo soy dijo ella y de todas formas nadie vive en una casa tan oscura y silenciosa por dentro. Y además huele dijo.

Me enfadé mucho con ella. No, no huele le dije. Sí que huele dijo ella, tú dijiste

que olía. Eso también hizo que me enfadara, y cada vez estaba más enfadada. Huele igual que el azúcar dijo. En la habitación de tu mamá huele igual que si hubiera gente enferma.

No digas que la habitación de mi mamá es como la de la gente enferma le dije.

Bueno no me has enseñado ningún vestido y estás mintiendo dijo ella. No hay ningún vestido dijo. Me sentí muy rara y acalorada por dentro, así que le tiré del pelo. Ya te enseñaré dije y nunca vuelvas a decir que soy una mentirosa.

Me voy a casa y se lo contaré todo a mi mamá dijo. No lo harás dije yo, vas a ver el vestido de mi mamá y será mejor que no me llames mentirosa.

La obligué a que se estuviera muy quieta y cogí la llave del gancho. Me arrodillé. Abrí la caja con la llave.

¡Puaj! eso huele a basura dijo Mary Jane.

Le clavé las uñas y ella se apartó y se enfadó mucho. No me pellizques dijo y estaba toda colorada. Se lo contaré todo a mi madre dijo, y de todas formas eso no es un vestido blanco es feo y está muy sucio.

No está sucio le dije. Lo dije tan alto que me extraña que no me oyera la abuela. Saqué el vestido de la caja. Lo sostuve para enseñarle lo blanco que era. El vestido se desplegó con un susurro como el que hace la lluvia y rozó la alfombra.

Está blanco dije, todo blanco limpio y sedoso.

No dijo ella, muy enfadada y estaba toda colorada, y tiene un agujero. Me enfadé todavía más. Si mi mamá estuviera aquí ya te enseñaría lo que es bueno le dije. Tú no tienes mamá dijo ella y tenía toda la cara fea. La odio.

Sí tengo mamá. Lo dije muy muy alto. Señalé con el dedo la foto de mi mamá. Bueno quién puede ver nada en esta ridícula habitación oscura dijo ella. La empujé con fuerza y Mary Jane se dio con la cómoda. Mira dije entonces y quería decir que mirase la foto. Esa es mi mamá y es la señora más hermosa del mundo entero.

Es fea y tiene las manos raras dijo Mary Jane. No dije yo. ¡Es la señora más hermosa del mundo entero!

No no dijo ella, tiene dientes de conejo.

Después ya no me acuerdo. Creo que fue como si el vestido se moviera en mis brazos. Mary Jane gritó. No recuerdo qué gritó. Todo se puso muy oscuro y creo que las cortinas estaban corridas. Al menos yo no podía ver nada. No podía oír nada sólo dientes de conejo manos raras dientes de conejo manos raras, incluso cuando no había nadie diciendo eso.

Había algo más porque creo que oí que alguien decía ¡no la dejes hablar así! No podía sostener el vestido. Y lo tenía puesto pero no recuerdo cómo. Porque era como una persona mayor, fuerte. Pero creo que también seguía siendo una niña pequeña. Por fuera, quiero decir.

Y creo que entonces fui terriblemente mala.

Supongo que la abuela me sacó de la habitación. No lo sé. Estaba gritando. Dios nos ayude ha ocurrido ha ocurrido gritaba. Una y otra vez. No sé por qué. Tiró de mí todo el rato hasta llegar aquí, a mi habitación, y me encerró. Ahora no quiere dejarme salir. Bueno, no estoy asustada. ¿Qué me importa si me encierra un millón de millones de años? Ni tan siquiera hace falta que me dé la cena. No tengo hambre.

Estoy llena.

Roja como la sangre

La hermosa Reina Bruja abrió el estuche de marfil donde guardaba su espejo mágico. El espejo estaba hecho de oro oscuro, oro tan oscuro como la cabellera que se derramaba sobre la espalda de la Reina Bruja. De oro oscuro era el espejo, y tan antiguo como los siete árboles de troncos negros y achaparrados que había al otro lado del cristal azul claro de la ventana.

—*Speculum, speculum* —le dijo la Reina Bruja al espejo mágico—. *Dei gratia*.

—*Volente Deo. Audio*.

—Espejo —dijo la Reina Bruja—, ¿a quién ves?

—A ti, mi señora —replicó el espejo—. Y todo lo que hay en esta tierra. Salvo a una persona.

—Espejo, espejo, ¿a quién no ves?

—No veo a Bianca.

La Reina Bruja se persignó. Cerró el estuche que contenía el espejo, fue lentamente hasta la ventana y contempló los árboles a través de los paneles de cristal azul claro.

Catorce años antes otra mujer se había detenido ante esta ventana, pero no era como la Reina Bruja. Aquella mujer tenía una cabellera negra que le caía hasta los tobillos; vestía un traje carmesí y llevaba el cinturón a la altura de los pechos, pues su embarazo estaba muy avanzado. Y esta mujer abrió la ventana que daba al jardín invernal, donde los viejos árboles se agazapaban entre la nieve. Cogió una afilada aguja de hueso, se la clavó en un dedo y dejó caer tres gotas de sangre sobre el suelo del jardín.

—Que mi hija tenga el cabello tan negro como el mío —dijo—, tan negro como la madera de estos viejos árboles retorcidos. Que tenga la piel como la mía, blanca como esta nieve. Y que tenga mi boca, roja como la sangre.

Y la mujer sonrió y se lamió el dedo. Llevaba una corona en la cabeza, y la corona brillaba en el crepúsculo como una estrella. Nunca se acercaba a la ventana antes del crepúsculo; no le gustaba el día. Era la primera Reina, y no poseía un espejo.

La segunda Reina, la Reina Bruja, sabía todo esto. Sabía que la primera Reina murió al dar a luz. Su ataúd fue llevado a la catedral y se dijeron misas por ella.

Corrió un feo rumor: se decía que unas gotas de sangre bendita habían caído sobre el cadáver y que la carne muerta había empezado a humear. Pero todo el mundo pensaba que la primera Reina había traído mala suerte al reino. Desde su llegada el país se había visto afligido por una extraña plaga, una enfermedad consuntiva para la que no había cura alguna.

Pasaron siete años. El Rey se casó con la segunda Reina, quien era tan distinta de la primera como el incienso lo es de la mirra.

—Y ésta es mi hija —le dijo el Rey a su segunda Reina.

La niña ya casi tenía siete años. Su negra cabellera le llegaba hasta los tobillos, su piel era tan blanca como la nieve. Su boca era roja como la sangre, y sonrió con ella.

—Bianca —dijo el Rey—, debes amar a tu nueva madre.

Bianca le dedicó una sonrisa radiante. Sus dientes relucían con el brillo afilado de las agujas de hueso.

—Ven —le dijo la Reina Bruja—, ven, Bianca. Te enseñaré mi espejo mágico.

—Por favor, mamá —dijo Bianca en voz baja—. No me gustan los espejos.

—Es muy modesta —dijo el Rey—. Y delicada. Nunca sale de día. El sol le molesta.

Aquella noche la Reina Bruja abrió el estuche que contenía su espejo.

—Espejo, ¿a quién ves?

—A ti, mi señora. Y a todo lo que hay en esta tierra. Salvo a una persona.

—Espejo, espejo, ¿a quién no ves?

—No veo a Bianca.

La segunda Reina le regaló a Bianca un pequeño crucifijo hecho con filigrana de oro. Bianca no quiso aceptarlo. Fue corriendo a ver a su padre.

—Tengo miedo —murmuró en su oído—. No me gusta pensar en Nuestro Señor muriendo en la agonía clavado en Su cruz. Quiere asustarme. Dile que se lo lleve.

La segunda Reina cultivaba rosas blancas en su jardín e invitó a Bianca a pasear por él después del ocaso. Pero Bianca rechazó la invitación.

—Los espinos me herirán —le murmuró a su padre—. Quiere hacerme daño.

Cuando Bianca tenía doce años la Reina Bruja habló con el Rey.

—Bianca debería ser confirmada para que pudiera recibir la Comunión con nosotros.

—No puede ser —dijo el Rey—. Bianca ni tan siquiera ha sido bautizada, porque mi primera esposa me lo prohibió con sus últimas palabras antes de morir. Me suplicó que no la bautizara, pues su religión era distinta a la nuestra. Los deseos de los agonizantes deben ser respetados.

—¿No te gustaría estar bendecida por la Iglesia? —le preguntó la Reina Bruja a Bianca—. Arrodillarte ante la barandilla dorada que hay delante del altar de mármol, cantarle a Dios, probar el pan del ritual y beber el vino del ritual…

—Quiere que traicione a mi auténtica madre —le dijo Bianca al Rey—. ¿Cuándo dejará de atormentarme?

El día en que cumplió los trece años Bianca se levantó de la cama y en la sábana había una mancha roja que parecía una flor muy, muy roja.

—Ahora eres una mujer —le dijo su nodriza.

—Sí —dijo Bianca.

Y fue al joyero de su auténtica madre, y sacó de él la corona de su madre y se la puso en la cabeza.

Cuando caminaba bajo los negros árboles durante el crepúsculo su corona brillaba como una estrella.

La enfermedad consuntiva que había dejado de atormentar al reino durante trece años volvió a caer sobre él, y no había cura alguna contra la plaga.

La Reina Bruja estaba sentada ante una ventana de cristal verde claro y blanco ahumado, y sostenía en sus manos una Biblia encuadernada en seda color rosa.

—Majestad —dijo el cazador, inclinándose ante ella hasta casi rozar el suelo.

El cazador tenía cuarenta años. Era fuerte y apuesto, y estaba versado en la sabiduría oculta de los bosques y la ciencia secreta de la tierra. También era capaz de matar sin vacilación, pues ése era su oficio. Podía matar al esbelto y frágil venado, y a los pájaros con alas de luna, y a las liebres de piel aterciopelada cuyos ojos están llenos de tristeza porque conocen el destino que les aguarda. Se compadecía de esas bestias, pero las mataba pese a su compasión. La compasión no podía detenerle. Era su oficio.

—Mira en el jardín —dijo la Reina Bruja.

El cazador contempló el jardín a través de un cristal blanco ahumado. El sol se había puesto y una doncella pasaba por debajo de un árbol.

—La Princesa Bianca —dijo el cazador.

—¿Que más? —le preguntó la Reina Bruja.

El cazador se persignó.

—Por Nuestro Señor que no lo diré, mi Reina.

—Pero lo sabes.

—¿Y quién no?

—El Rey no lo sabe.

—Quizá sí lo sepa.

—¿Eres un hombre valiente? —le pregunto la Reina Bruja.

—En verano he perseguido al jabalí y lo he matado. He matado lobos en invierno.

—Pero, ¿eres lo bastante valiente?

—Si vos lo ordenáis, mi Señora, haré cuanto esté en mi mano —dijo el cazador.

La Reina Bruja abrió la Biblia en cierto pasaje y sacó del libro un crucifijo de plata muy delgado que había estado tapando las palabras: *No temerás a los terrores*

de la noche ni a la pestilencia que camina en la oscuridad.

El cazador besó el crucifijo y se lo colgó del cuello, colocándolo debajo de su camisa.

—Acércate y te explicaré lo que debes decir —le ordenó la Reina Bruja.

El cazador entró en el jardín y las estrellas ardían en el cielo. Fue hasta Bianca, que estaba inmóvil bajo un árbol enano de tronco negro y deforme, y se arrodilló ante ella.

—Princesa —le dijo—, perdonadme pero debo daros malas noticias.

—Dámelas entonces —dijo la muchacha, jugueteando con el largo tallo de una pálida flor de la noche que acababa de arrancar.

—Vuestra madrastra, esa maldita bruja celosa, quiere hacer que os asesinen. No hay forma de impedirlo. Debéis huir de aquí esta misma noche. Si lo permitís, yo os guiaré por el bosque. Hay quienes cuidarán de vos hasta que podáis volver sin que vuestra vida corra peligro.

Bianca le miró, confiando en él.

—Entonces iré contigo —dijo.

Salieron del jardín por un camino secreto, fueron por un pasaje subterráneo, cruzaron un huerto de frutales que nadie cuidaba y siguieron un sendero de suelo abrupto y desigual flanqueado por grandes setos que llevaban mucho tiempo sin ser podados.

Cuando llegaron al bosque la noche era un parpadeo azul que latía en el cielo. Las ramas del bosque se unían entre sí como las varillas de plomo en un ventanal, y el cielo brillaba tenuemente por entre ellas como cristales multicolores.

—Estoy cansada —suspiró Bianca—. ¿Puedo descansar un momento?

—Descansad, os lo ruego —dijo el cazador—. De noche los zorros van a ese claro para jugar. Mirad en esa dirección y los veréis.

—Sabes muchas cosas —dijo Bianca—. Y eres muy guapo.

Se sentó sobre la hierba y contempló el claro.

El cazador desenvainó su cuchillo sin hacer ningún ruido y lo ocultó entre los pliegues de su capa. Fue hacia la joven y se detuvo a un paso de ella.

—¿Qué estáis murmurando? —preguntó el cazador, poniendo la mano sobre su cabello negro como el bosque.

—No es más que una cancioncilla que me enseñó mi madre.

El cazador la agarró por el cabello y la hizo girar de tal forma que su blanca garganta quedó ante él, lista para recibir el cuchillo. Pero no llegó a asestar el golpe, pues en su mano tenía los rizos color oro oscuro de la Reina Bruja, y su rostro sonriente se alzó hacia él, y la Reina Bruja le rodeó con sus brazos, riendo.

—Ah, hombre dulce y bondadoso, no era más que una prueba a la que te he sometido. ¿Acaso no soy una bruja? ¿Y acaso no me amas?

El cazador tembló, pues la amaba, y su cuerpo estaba tan cerca del suyo que el corazón de la Reina parecía latir dentro de sus mismas entrañas.

—Envaina ese cuchillo. Arroja ese ridículo crucifijo. No necesitamos tales cosas. El Rey no es ni la mitad de hombre que tú.

Y el cazador la obedeció, arrojando el cuchillo y el crucifijo bien lejos, entre las raíces de los árboles. La abrazó con todas sus fuerzas y ella enterró el rostro en su cuello, y el dolor de su beso fue lo último que sintió en este mundo.

Ahora el cielo era negro. El bosque era aún más negro. Ningún zorro jugaba en el claro. La luna asomó por el cielo y creó encajes blancos por entre los arbustos, y detrás de los ojos vacíos del cazador. Bianca se limpió la boca con una flor muerta.

—Siete dormidos, siete despiertos —dijo Bianca—. Madera a la madera. Sangre a la sangre. Vosotros a mí.

Entonces se oyó el sonido de la tierra hendiéndose siete veces, y el sonido venía de más allá de los árboles, del sendero entre los setos, del huerto abandonado y del pasadizo subterráneo. Y después hubo un sonido terrible que parecía el eco de siete pisadas, y el sonido se acercó. Y siguió acercándose.

Saltando y saltando, saltando y saltando, saltando y saltando.

En el bosquecillo, siete estremecimientos negros.

En el sendero, entre los setos, siete cosas negras deslizándose.

La espesura crujió y las ramas se partieron.

Siete criaturas enanas y deformes de cuerpos encogidos sobre sí mismos se abrieron paso por el bosque hasta llegar al claro. Vello mohoso negro como el bosque, máscaras calvas negras como el bosque. Ojos como grietas relucientes, bocas como cavernas húmedas. Barbas de liquen. Dedos hechos de guijarros y ramas. Sonriendo. Arrodillándose. Pegando los rostros a la tierra.

—Bienvenidos —dijo Bianca.

La Reina Bruja estaba ante una ventana de cristal color vino aguado. Contemplaba el espejo mágico.

—Espejo, ¿a quién ves?

—A ti, mi señora. Veo a un hombre en el bosque. Fue de caza, pero no a cazar venados. Tiene los ojos abiertos, pero está muerto. Veo todo lo que hay en esta tierra. Salvo a una persona.

La Reina Bruja se tapó los oídos con las manos.

El jardín que había al otro lado de la ventana estaba vacío, y los siete árboles enanos de troncos negros y retorcidos habían desaparecido.

—Bianca —dijo la Reina.

Las ventanas estaban cubiertas con cortinajes y no dejaban pasar la luz La luz brotaba de una vasija y se esparcía en un haz de rayos que tenían el color del sol cuando cae sobre una gavilla de trigo. El resplandor iluminaba cuatro espadas que

apuntaban hacia el este y el oeste, hacia el norte y hacia el sur.

Cuatro vientos soplaban en la estancia, y tres archivientos con ellos. Fuegos fríos habían nacido en ella, y océanos apergaminados, y los polvos gris y plata del Tiempo.

Las manos de la Reina Bruja flotaban como hojas dobladas en el aire, y los labios resecos de la Reina Bruja cantaban.

—*Pater omnipotens, mittere digneris sanctum Angelum tuum de Inferáis*.

La luz se desvaneció y luego se hizo más brillante.

El Ángel Lucefiel estaba de pie entre las empuñaduras de las cuatro espadas, ataviado con sombríos ropajes, el rostro envuelto en las sombras y las alas color oro desplegadas llameando a su espalda.

—Me has llamado, por lo que sé cuál es tu deseo. Es un deseo que no te traerá consuelo alguno. Me pides el dolor.

—¿Y tú me hablas de dolor, Señor Lucefiel, tú que sufres el dolor más implacable de todos? Un dolor peor que el de los clavos en los pies y las muñecas, peor que los espinos y la copa amarga y la lanza en el costado… Eres invocado para hacer el mal, pero yo no te he llamado para eso, pues comprendo tu auténtica naturaleza, hijo de Dios, hermano de El Hijo.

—Veo que me reconoces. Te concederé lo que pides.

Y Lucefiel (al que algunos llaman Satanás, Rex Mundi, pero que aun así sigue siendo la mano izquierda, la mano siniestra de los designios de Dios), arrancó el rayo del éter y lo hizo caer sobre la Reina Bruja.

El rayo la golpeó en el pecho. Cayó al suelo.

El haz luminoso creció hasta hacerse tan inmenso como una torre y su claridad bañó los ojos dorados del Ángel, que eran terribles aunque en ellos ardía la compasión, y las espadas se hicieron añicos y el Ángel se desvaneció.

La Reina Bruja se levantó lentamente del suelo de la estancia. Ahora ya no era hermosa. Se había convertido en una vieja marchita y babeante.

En el corazón del bosque el sol no brillaba ni tan siquiera al mediodía. Las flores cubrían la hierba pero no tenían color alguno. De la techumbre negra y verde colgaban telarañas de un espeso crepúsculo verdoso, entre el cual bailaban febrilmente mariposas y polillas albinas. Los troncos de los árboles eran tan lisos y suaves como los tallos de las algas que crecen bajo el mar. Los murciélagos volaban durante el día, y había pájaros que se creían murciélagos.

Y allí había un sepulcro del que goteaban barbas de musgo. Los huesos ya no estaban dentro del sepulcro, sino esparcidos a los pies de siete árboles enanos de troncos deformes. Parecían árboles. A veces se movían. A veces algo parecido a un ojo o a un diente brillaba por entre la humedad de las sombras.

Bianca estaba sentada a la sombra del sepulcro, peinando su cabellera.

Algo se movió en la espesura del crepúsculo.

Los siete árboles volvieron la cabeza.

Una vieja emergió del bosque. Tenía la espalda torcida y su arrugada y casi calva cabeza se inclinaba hacia adelante como la de un buitre que se dispone a caer sobre su presa.

—Aquí estamos por fin —rechinó la vieja con la voz de un buitre.

Se acercó al sepulcro y se dejó caer lentamente de rodillas, e inclinó su rostro hasta pegarlo a la tierra y las flores que no tenían color.

Bianca se irguió y la miró. La vieja se levantó. Sus dientes eran como verjas amarillas.

—Te traigo el homenaje de las brujas, y tres regalos —dijo la vieja.

—¿Por qué?

—Ah, qué niña tan inteligente, y sólo tiene catorce años… ¿Por qué? Porque te tememos. Te traigo regalos para ganarnos tu amistad.

Bianca se rió.

—Enséñamelos.

La vieja movió su mano a través del aire verde. Un instante después sus dedos sostenían un cordoncillo de seda en el que había trenzados cabellos humanos.

—Este cordoncillo te protegerá de las armas de los sacerdotes, del crucifijo, del cáliz y de la maldita agua bendita. Contiene las trenzas de una virgen, y de una mujer que no era mejor de lo que debía ser, y de una muerta. Y aquí… —un segundo pase y sus dedos sostenían un peine esmaltado de azul y verde—, un peine de las profundidades del mar, el abalorio de una sirena, para encantar y dominar. Separa tus rizos con esto y el olor del océano llenará las fosas nasales de los hombres y el ritmo de las mareas colmará sus oídos, esas mareas que atan a los hombres como si fueran cadenas. Y por último —añadió la vieja—, ese viejo símbolo de la maldad, el fruto escarlata de Eva, la manzana roja como la sangre. Muérdela y el entendimiento del pecado de que alardeaba la serpiente no tendrá secretos para ti.

Y la vieja hizo su último pase con la mano en el aire y le ofreció la manzana, el cordoncillo y el peine.

Bianca se volvió hacia los siete árboles de troncos deformes.

—Me gustan sus regalos, pero no confío del todo en ella.

Las máscaras calvas la contemplaron por entre sus barbas de liquen. Los ojos brillaban. Las garras de madera y guijarros se abrieron y cerraron con un seco chasquido.

—No importa —dijo Bianca—. Dejaré que me ponga el cordoncillo en la cintura y haré que peine mi cabellera.

La vieja obedeció gimoteando con expresión temerosa. Fue hacia Bianca, moviéndose con la torpeza de un sapo. Le ató el cordoncillo a la cintura. Separó su cabellera de ébano con el peine. El aire se llenó de chispas, blancas las que salían del

cordoncillo, color ojo de pavo real las que salían del peine.

—Y ahora, vieja, dale un mordisquito a la manzana.

—Me enorgullecerá contar a mis hermanas que compartí esta fruta contigo —dijo la vieja.

Y mordió la manzana, y masticó ruidosamente el bocado, y se lo tragó chasqueando los labios.

Bianca cogió la manzana y la mordió.

Bianca gritó… y sintió que se asfixiaba.

Se levantó de un salto. Su cabellera giró a su alrededor como una nube de tormenta. Su rostro se volvió azul, amarillo pizarra y nuevamente blanco. Cayó sobre las flores que no tenían color, inmóvil, sin respirar.

Los siete árboles enanos agitaron sus miembros y sus cabezas de barbas musgosas, pero no les sirvió de nada. Sin el arte de Bianca no podían moverse a saltos. Tensaron sus garras y arañaron la rala cabellera de la vieja y su chal, pero la vieja pasó corriendo entre ellos. Corrió hasta llegar a la parte del bosque iluminada por el sol, corrió por el sendero de los setos, corrió por el bosque y por un pasadizo oculto.

La vieja entró en el palacio por el camino secreto y llegó a la estancia de la Reina por una escalera secreta. Iba tan encorvada que casi tocaba el suelo con la cabeza. Se apretaba las costillas con los brazos. Su flaca mano abrió el estuche de marfil que contenía el espejo mágico.

—*Speculum, speculum. Dei gratia*. ¿A quién ves?

—A ti, mi señora. Y a todo lo que hay en esta tierra. Y veo un ataúd.

—¿Quién yace en el ataúd?

—No puedo verlo. Debe de ser Bianca.

La vieja que había sido la hermosa Reina Bruja se sentó ante la ventana de cristal verde claro y blanco ahumado. Sus drogas y sus pociones la aguardaban, listas para invertir el temible conjuro de los años que el Ángel Lucefiel había hecho caer sobre ella, pero la Reina Bruja no las tocó.

La manzana contenía un fragmento de la carne de Cristo, la hostia sagrada, la Eucaristía.

La Reina Bruja cogió su Biblia y la abrió al azar.

Y leyó con temor esta palabra: *Resurcat*.

El ataúd parecía estar hecho de un cristal lechoso. Ésta es la manera en que se formó: una tenue humareda blanca brotó de la piel de Bianca. Su cuerpo humeó como el fuego cuando se le arroja agua encima para apagarlo. El fragmento de hostia se había quedado atascado en su garganta. La Eucaristía, el agua que apagaba su fuego, hizo que Bianca humeara.

Después los frescos rocíos de la noche se fueron condensando, y con ellos

llegaron las todavía más frías atmósferas de la noche. El humo emitido por Bianca al apagarse se fue congelando a su alrededor. Una delicada filigrana de escarcha plateada se fue formando sobre el bloque de hielo nebuloso que contenía a Bianca.

El gélido corazón de Bianca no podía calentar el hielo, y el verde crepúsculo sin sol del día no podía derretirlo.

Se la podía ver a través del cristal, acostada en el ataúd. Qué hermosa estaba Bianca… Negra como el ébano, blanca como la nieve, roja como la sangre.

Los árboles se cernían sobre el ataúd. Fueron pasando los años. Los árboles se esparcieron alrededor del ataúd, acunándolo en sus brazos. Sus ojos lloraron hongos y resina verdosa. Verdes gotas de ámbar se endurecieron como joyas sobre el ataúd de cristal.

—¿Quién yace bajo los árboles? —se preguntó el Príncipe al entrar en el claro.

Parecía haber traído consigo una luna dorada que brillaba alrededor de su cabeza de oro, sobre la armadura dorada y la capa de satén blanco adornada de oro, sangre, tinta y zafiro. Los cascos del caballo blanco avanzaron sobre las flores que no tenían color, pero cuando los cascos habían pasado sobre ellos las flores volvían a erguirse. Un extraño escudo colgaba de la silla de montar. A un lado se veía el rostro de un león, y a otro el de un cordero.

Los árboles gimieron y sus cabezas se hendieron formando bocas enormes.

—¿Es éste el ataúd de Bianca? —preguntó el Príncipe.

—Déjala con nosotros —dijeron los siete árboles.

Tiraron de sus raíces. El suelo se estremeció. El ataúd de cristal y hielo tembló y una gran grieta se abrió en su superficie.

Bianca tosió.

La vibración había hecho que el fragmento de la hostia saliera de su garganta.

El ataúd se rompió en un millar de fragmentos y Bianca se irguió. Miró al Príncipe y le sonrió.

—Bienvenido, amor mío —dijo Bianca.

Se puso en pie, movió la cabeza haciendo ondular su cabellera y fue hacia el Príncipe montado en el caballo blanco.

Pero le pareció que estaba caminando por entre las sombras de una habitación purpúrea, y luego en una habitación carmesí cuyas emanaciones la atravesaban como si fuesen cuchillos. Después caminó por una habitación amarilla donde oyó el sonido del llanto, y el llanto le perforó los oídos. Le pareció que iba siendo despojada de su cuerpo hasta no ser más que un corazón palpitante. Los latidos de su corazón se convirtieron en dos alas. Voló. Era un cuervo, después una lechuza. Voló hacia un panel de cristal reluciente. El panel la manchó de blanco. Blanca como la nieve… Era una paloma.

Se posó en el hombro del Príncipe y ocultó la cabeza debajo del ala. En ella ya no

había nada negro ni nada que fuese rojo.

—Vuelve a empezar, Bianca —dijo el Príncipe.

La alzó de su hombro. Sobre su muñeca había una señal. Era como una estrella. Era la señal dejada por el clavo que atravesó su carne.

Bianca emprendió el vuelo y atravesó la techumbre del bosque. Voló hacia una ventana color vino. Estaba en el palacio. Tenía siete años.

La Reina Bruja, su nueva madre, le colgó del cuello un crucifijo hecho con filigrana de plata.

—Espejo —dijo la Reina Bruja—, ¿a quién ves?

—A ti, mi señora —replicó el espejo—. Y a todo lo que hay en esta tierra. Y a Bianca.

JOSEPH SHERIDAN LE FANU

Carmilla

Prólogo

En observaciones agregadas al relato que se transcribe de inmediato, el doctor Hesselius ofreció una nota bastante detallada que incluye referencias a su ensayo sobre el insólito asunto expuesto en el manuscrito.

En dicho ensayo examina este misterioso tema con su habitual lucidez y erudición, a la vez que con una exactitud y brevedad memorables. Dicho trabajo constituirá casi un tomo íntegro en la compilación de los escritos que dejó este notable hombre de ciencia.

Como en el presente volumen doy a conocer el caso con el único propósito de que resulte interesante para los «legos», no añadiré nada a lo que refiere su perspicaz autora. Por lo tanto, después de una minuciosa consideración, decidí abstenerme de ofrecer un resumen de los argumentos que elaboró el ilustrado doctor Hesselius o de incluir fragmentos de su exposición sobre un problema que, según declara, «entraña, muy probablemente, uno de los más profundos arcanos de nuestra existencia dual y sus intermediarios».

Al descubrir este documento me sentí ansioso por restablecer la correspondencia, iniciada por el doctor Hesselius hace muchos años, con una persona tan aguda y cuidadosa como parece haber sido su informante. Sin embargo, con gran pesar, comprobé que había muerto en el lapso transcurrido.

Es probable que la autora hubiera podido agregar muy poco al texto que se ofrece a continuación, en el cual, en la medida en que puedo juzgarlo, se pone de manifiesto tan escrupuloso rigor.

Capítulo I — *Un horror precoz*

Vivíamos en Estiria, en un castillo. No es que nuestra fortuna fuera principesca, pero en aquel rincón del mundo era suficiente una pequeña renta anual para poder llevar una vida de gran señor. En cambio, en nuestro país y con nuestros recursos sólo

habríamos podido llevar una existencia acomodada. Mi padre es inglés y yo, naturalmente, tengo un apellido inglés, pero no he visto nunca Inglaterra.

Mi padre servía en el ejército austríaco. Cuando alcanzó la edad del retiro, con su reducido patrimonio pudo adquirir aquella pequeña residencia feudal, rodeada de varias hectáreas de tierra.

No creo que exista nada más pintoresco y solitario. El castillo está situado sobre una suave colina y domina un extenso bosque. Una carretera angosta y abandonada pasa por delante de nuestro puente levadizo, que nunca he visto levantar: en su foso nadan los cisnes entre las blancas corolas de los nenúfares.

Dominando este conjunto se levanta la amplia fachada del castillo con sus numerosas ventanas, sus torres y su capilla gótica. Delante del castillo se extiende el pintoresco bosque; a la derecha, la carretera discurre a lo largo de un puente gótico tendido sobre un torrente que serpentea a través del bosque.

He dicho que es un lugar muy solitario. Juzgad vosotros mismos si digo la verdad. Mirando desde la puerta de entrada hacia la carretera, el bosque que rodea nuestro castillo se extiende quince millas a la derecha y doce a la izquierda. El pueblo habitado más próximo está en esa última dirección, a una distancia aproximada de siete millas.

El castillo más cercano y de cierta notoriedad histórica es el del general Spieldorf, a unas veinte millas a la derecha.

He dicho «el pueblo *habitado* más próximo», porque al oeste, sólo a tres millas, en dirección al castillo del general Spieldorf, hay un pueblecito en ruinas con su iglesia gótica también en ruinas; allí están las tumbas, casi ocultas entre piedras y follaje, de la orgullosa familia Karnstein, extinguida hace tiempo. La familia Karnstein poseía antaño el desolado castillo que, desde la espesura del bosque, domina las silenciosas ruinas del pueblo.

Hay una leyenda que explica por qué fue abandonado por sus habitantes este extraño y melancólico paraje. Pero ya hablaré de ella más adelante.

El número de habitantes de nuestro castillo era muy exiguo. Excluyendo a los criados y a los habitantes de los edificios anexos, estábamos solamente mi padre, el hombre más simpático del mundo pero de edad bastante avanzada, y yo, que en la época en que ocurrieron los hechos que voy a narrar tenía solamente diecinueve años.

Mi padre y yo constituíamos toda la familia. Mi madre, de una familia noble de Estiria, murió cuando yo era aún una niña. Sin embargo, tuve una inmejorable ama, la señora Perrodon, de Berna. Era la tercera persona en nuestra modesta mesa. La cuarta era la señorita Lafontaine, una dama en toda la extensión de la palabra, que ejercía las funciones de institutriz, para completar mi educación.

Algunas muchachas amigas mías venían de vez en cuando al castillo y, algunas veces, yo les devolvía la visita. Estas eran nuestras habituales relaciones sociales.

Naturalmente, también recibíamos visitas imprevistas de «vecinos». Por vecinos se entienden las personas que habitaban dentro de un radio de cuatro o cinco leguas.

Puedo aseguraros que, en general, era una vida muy aislada.

El primer acontecimiento que me produjo una terrible impresión y que aún ahora sigue grabado en mi mente, es al propio tiempo uno de los primeros sucesos de mi vida que puedo recordar.

La *nursery*, como la llamábamos, aunque era sólo para mí, estaba en una habitación grandiosa del último piso del castillo, y tenía el techo inclinado, con molduras de madera de castaño. Tendría yo unos seis años cuando una noche, despertándome de improviso, miré a mi alrededor y no vi a la camarera de servicio. Creí que estaba sola. No es que tuviera miedo… pues era una de aquellas afortunadas niñas a quienes han evitado expresamente las historias de fantasmas y los cuentos de hadas, que vuelven a los niños temerosos ante una puerta que chirría o ante la sombra danzante que produce sobre la pared cercana la luz incierta de una vela que se extingue. Si me eché a llorar fue seguramente porque me sentí abandonada; pero, con gran sorpresa, vi al lado de mi cama un rostro bellísimo que me contemplaba con aire grave. Era una joven que estaba arrodillada y tenía sus manos bajo mi manta. La observé con una especie de placentero estupor, y cesé en mi lloriqueo. La joven me acarició, se echó en la cama a mi lado y me abrazó, sonriendo. De repente, me sentí calmada y contenta, y me dormí de nuevo.

De súbito, me desperté con la escalofriante sensación de que dos agujas me atravesaban el pecho profunda y simultáneamente. Proferí un grito. La joven dio un salto hacia atrás, cayendo al suelo, y me pareció que se escondía debajo de la cama.

Por primera vez sentí miedo y me puse a gritar con todas mis fuerzas. La niñera, la camarera y el ama acudieron precipitadamente, pero cuando les conté lo que me había ocurrido estallaron en risas, a la vez que trataban de tranquilizarme. Aunque yo era solamente una niña, recuerdo sus rostros pálidos y su angustia mal disimulada. Las vi buscar debajo de la cama, por todos los rincones de la habitación, en el armario, y oí a mi ama susurrar a la niñera:

—¡Mira! Alguien se ha echado en la cama, junto a la niña. Aún está caliente.

Recuerdo que la camarera me acarició y que las tres mujeres examinaron mi pecho, en el punto donde yo les dije que había sentido la punzada. Me aseguraron que no se veía ninguna señal.

El día siguiente lo pasé en un continuo estado de terror: no podía quedarme sola un instante, ni siquiera a plena luz del día.

Recuerdo a mi padre junto a mi cama, hablándome en tono festivo, así como preguntando a la niñera y riéndose de sus respuestas. Luego hacía muecas, me abrazaba y me aseguraba que todo había sido un sueño sin importancia.

Pero yo no estaba tranquila, porque sabía que la visita de aquella extraña criatura

no había sido un sueño.

He olvidado todos mis recuerdos anteriores a este acontecimiento, y muchos de los posteriores, pero la escena que acabo de describir aparece vivida en mi mente como los cuadros de una fantasmagoría que surge de la oscuridad.

Capítulo II — *Una invitada*

Una tarde de verano particularmente apacible mi padre me pidió que le acompañara a dar un paseo por el maravilloso bosque que se extiende ante el castillo.

—El general Spieldorf no vendrá a visitarnos, como esperábamos —me dijo durante el paseo.

Nuestro vecino debía pasar varias semanas en el castillo. Con él debía venir también su joven sobrina y pupila, la señorita Reinfelt. Yo no conocía a la señorita Reinfelt, pero me la habían descrito como una joven encantadora. Quedé muy desilusionada ante la noticia que acababa de darme mi padre; mucho más de lo que pueda imaginar alguien que viva habitualmente en la ciudad. Aquella visita, y la nueva amistad que seguramente había de surgir de ella, había sido objeto diario de mis pensamientos durante muchas semanas.

—¿Cuándo vendrán? —pregunté.

—El próximo otoño. Dentro de un par de meses —respondió mi padre, y añadió —: Me alegro, querida, de que no hayas conocido a la señorita Reinfelt.

—¿Por qué? —inquirí, molesta y curiosa al mismo tiempo.

—Porque la pobre muchacha ha muerto.

Quedé sumamente impresionada. El general Spieldorf decía en su última carta, seis o siete semanas antes, que su sobrina no se encontraba muy bien, pero nada hacía pensar en la posibilidad, ni siquiera remota, de un grave peligro.

—Aquí tienes la carta del general —continuó mi padre, entregándomela—. Me parece que está muy trastornado. Indudablemente, cuando escribió la carta se hallaba muy excitado.

Nos sentamos en un banco de piedra, junto al sendero de los tilos. El sol desaparecía con todo su melancólico esplendor detrás del horizonte selvático, y el torrente que discurría junto a nuestra mansión reflejaba el colorido escarlata del cielo, cada vez más pálido.

La carta del general Spieldorf era tan insólita y apasionada, que la releí detenidamente para comprender su sentido. Quizá el dolor había trastornado su mente.

Decía así:

«He perdido a mi querida sobrina: la quería como a una hija. La he perdido, y

solamente ahora lo sé todo. Ha muerto en la paz de la inocencia y en la fe de un futuro bendito. El monstruo que ha traicionado nuestra ciega hospitalidad ha sido el culpable de todo. Creí recibir en mi casa a la inocencia, a la alegría, a una compañía querida para mi Berta. ¡Dios mío! ¡Qué loco he sido! Consagraré los días que me quedan de vida a la caza y destrucción del monstruo. Sólo me guía una débil luz. Maldigo mi ceguera y mi obstinación… todo… Es demasiado tarde. En estos momentos no puedo escribir ni hablar con serenidad; estoy demasiado trastornado. En cuanto esté mejor me dedicaré a la búsqueda e iré posiblemente hasta Viena. Dentro de un par de meses, hacia el otoño, iré a visitaros, si es que aún estoy vivo. Al propio tiempo os contaré lo que ahora no tengo fuerzas para escribir. Adiós. Rogad por mí, queridos amigos».

Aquí terminaba la carta. Si bien yo no había conocido a Berta Reinfelt, mis ojos se llenaron de lágrimas. La noticia de su muerte me impresionó muchísimo.

Devolví a mi padre la carta del general. El sol se hundía cada vez más en el ocaso y la tarde era dulce y clara. Paseando bajo la tibia luz del atardecer, nos entretuvimos haciendo cabalas sobre el posible sentido de las incoherentes y violentas afirmaciones de aquella carta. En el puente levadizo encontramos a la señorita Lafontaine y a la señora Perrodon, que habían salido a admirar el magnífico claro de luna.

Frente a nosotros se extendía el prado por el cual nos habíamos paseado. A la izquierda, el camino discurría bajo unos venerables árboles y desaparecía en la espesura del bosque. A la derecha, la carretera pasaba sobre un puente severo y pintoresco a la vez, junto al cual se erguía una torre en ruinas. En el fondo del prado, una ligera neblina delimitaba el horizonte con un velo transparente, y de cuando en cuando se veían brillar las aguas del torrente a la luz de la luna.

A mi padre y a mí nos seducía lo pintoresco y nos quedamos contemplando en silencio la espléndida llanura que se extendía ante nosotros. Las dos buenas señoras, a pocos pasos, discutían acerca del paisaje y hablaban de la luna.

La señora Perrodon era más bien gruesa y veía todas las cosas desde un punto de vista romántico. La señorita Lafontaine pretendía ser psicóloga y algo mística. Aquella tarde afirmó que la intensa luminosidad de la luna estaba en relación directa con una especial actividad espiritual. Los efectos de una luna llena como aquélla podían ser múltiples. Influía en los sueños, en la locura, en la gente nerviosa y hasta en los hechos materiales.

—Esta noche —dijo—, la luna está llena de influjos magnéticos. Mirad cómo brillan las ventanas con un resplandor plateado, como si unas manos invisibles hubieran iluminado las estancias para recibir huéspedes espectrales.

En aquel momento, el insólito rumor de las ruedas de un carruaje y del galope de muchos caballos sobre la carretera atrajo nuestra atención. Parecía aproximarse descendiendo de la colina que dominaba el viejo puente; muy pronto, un pequeño

tropel desembocó por aquel punto. Primero cruzaron el puente dos caballeros, luego apareció un carruaje tirado por cuatro corceles, y finalmente otros dos caballeros que cerraban el cortejo.

Parecía el coche de una persona de rango. Nuestra atención quedó prendida en aquel espectáculo inusitado, que no tardó en hacerse aún más interesante, porque, cuando apenas habían pasado la curva del puente, uno de los caballos del tiro se desbocó y, contagiando su pánico a los otros, arrancó a todo el tiro con un galope desenfrenado, irrumpiendo entre los caballeros que precedían al carruaje y avanzando hacia nosotros con la violencia y la furia de un huracán.

En aquel momento culminante, la escena adquirió caracteres de tragedia, debido a unos gritos femeninos procedentes del interior del vehículo.

Mi padre permaneció en silencio, mientras nosotras lanzábamos exclamaciones de terror. El final no se hizo esperar. El punto de enlace de la carretera con el puente levadizo estaba delimitado a un lado por un soberbio tilo, y al otro por una cruz de piedra. Los caballos, que marchaban a una velocidad vertiginosa, se desviaron asustados al ver la cruz, arrastrando las ruedas contras las raíces salientes del árbol. Asustada por lo que podía ocurrir, me tapé el rostro con las manos, no resistiendo la idea de ver cómo la carroza se salía del camino. En aquel mismo instante oí el grito de mis compañeras, que estaban un poco más adelantadas que yo. Abrí los ojos, impulsada por la curiosidad, y contemplé una escena sumamente confusa. Dos caballos yacían en el suelo. El carruaje estaba volcado, apoyado sobre uno de sus lados, con dos ruedas al aire. Los hombres se afanaban arreglando el vehículo, de cuyo interior había salido una señora de aspecto autoritario, que retorcía nerviosamente entre sus manos un pañuelo. Ayudamos a salir del carruaje a una joven, al parecer desmayada. Mi padre se había acercado a la señora de más edad, sombrero en mano, ofreciéndole ayuda y cobijo en el castillo. La señora no parecía oír nada, y sólo tenía ojos para la frágil muchachita que había sido reclinada en el respaldo de un banco.

Me acerqué. La joven había perdido el conocimiento, pero sin duda estaba con vida. Mi padre, que se preciaba de tener algunos conocimientos médicos, le tomo el pulso y aseguró a la señora, que se había presentado a sí misma como madre de la joven, que la pulsación, si bien débil e irregular, era perceptible. La señora junto sus manos y alzó los ojos al cielo, al parecer en un momentáneo transporte de gratitud; luego, repentinamente, se desahogó haciendo gestos teatrales, que, sin embargo, son espontáneos en cierto tipo de personas. Era una mujer de buen ver, que en su juventud debió haber sido seductora. Delgada, aunque no flaca, iba vestida de terciopelo negro. Su pálida fisonomía conservaba una expresión orgullosa y autoritaria, a pesar de la agitación del momento.

—¡Qué desgracia la mía! —exclamó, retorciéndose las manos—. Estoy

efectuando un viaje que es cuestión de vida o muerte. Una hora de retraso puede tener consecuencias irreparables. No es posible que mi hija pueda restablecerse del golpe recibido y continuar un viaje cuya duración no es posible prever. Deberé dejarla forzosamente en el trayecto. No quiero correr el riesgo de llegar con retraso. ¿A qué distancia se encuentra el pueblo más próximo? Es necesario que la lleve hasta allí, para recogerla a mi regreso. ¡Y pensar que tendré que pasar por lo menos tres meses sin ver a mi querida hija, sin tener noticias suyas!

Tiré a mi padre de la chaqueta y le susurré al oído:

—Padre, dile que la deje con nosotros… Me gustaría mucho. Hazlo por mí.

—Si la señora quiere confiar a su hija a los cuidados de la mía y de nuestra ama, la señora Perrodon, si permite que su hija se quede con nosotros, bajo mi responsabilidad, hasta su regreso, lo consideraremos como un gran honor y tendremos para ella los cuidados y la devoción que el deber de la hospitalidad imponen —dijo mi padre solemnemente.

—No puedo aceptarlo —respondió la desconocida con mucha circunspección—; sería abusar demasiado de su amabilidad.

—Al contrario, nos haría un gran favor. Precisamente vendría a llenar un inesperado vacío. Hoy mismo, mi hija ha sufrido una gran desilusión, debido a la noticia de que se ha frustrado una visita que esperábamos. Si confía su hija a nuestros cuidados, será su mejor consuelo.

En el aspecto y actitudes de aquella señora había algo tan especial e imponente, y en cierto sentido fascinante, que, aun prescindiendo del séquito que la acompañaba, daba la impresión de ser una persona de rango.

Entretanto, el carruaje había sido levantado y los caballos, ya calmados, estaban de nuevo enganchados.

La señora dirigió a su hija una mirada que a mí no me pareció afectuosa, como era de esperar después de la terrible escena, y seguidamente llamó a mi padre con un gesto y se apartaron unos pasos de nosotros. Mientras hablaba, la señora mantuvo una expresión fría y grave, muy poco acorde con su anterior conducta.

Conversaron unos minutos; luego, la señora regresó y dio unos pasos hacia su hija, que yacía entre los brazos de la señora Perrodon. Se arrodilló a su lado y le susurró algo al oído. La besó apresuradamente y luego entró precipitadamente en el carruaje, cerrando la portezuela, mientras los postillones trepaban al pescante y los batidores espoleaban sus caballos. Los postillones hicieron restallar sus látigos y los caballos se lanzaron al galope; el carruaje desapareció entre una nube de polvo, seguido de los dos caballeros que cerraban el cortejo.

Capítulo III — *Comparando observaciones*

Seguimos con la mirada su carrera hasta que desapareció definitivamente entre la niebla y dejó de oírse el chirrido de sus ruedas y el fragor de los cascos de los caballos lanzados al galope.

Para demostrar que no habíamos sido víctimas de una alucinación quedaba entre nosotros la muchacha, que precisamente en aquel momento estaba recobrando el sentido. No pude verla, porque tenía el rostro vuelto hacia la parte opuesta al lugar donde yo me encontraba, pero oí su voz, muy dulce, que preguntaba en tono suplicante:

—¿Dónde está mi madre? ¿Dónde estoy? No veo el carruaje…

La señora Perrodon contestó a sus preguntas lo mejor que pudo, y, paulatinamente, la joven fue recordando lo que había sucedido. Al enterarse de que nadie había sufrido el menor daño, quedó muy aliviada. Pero cuando le dijimos que su madre la había dejado a nuestro cuidado y que tardaría unos tres meses en regresar a buscarla, se echó a llorar. Iba a acercarme a ella para ayudar a la señora Perrodon en sus esfuerzos por consolarla, pero la señorita Lafontaine me detuvo, diciendo:

—No se acerque a ella, señorita. En el estado en que se encuentra, no podría soportar más de una persona a la vez.

Pensé que podría visitarla en cuanto la hubieran acomodado en su habitación. Entretanto, mi padre había enviado en busca del médico, que vivía a unas dos leguas de distancia, y ordenó preparar una habitación para alojar a la muchacha.

La desconocida se puso en pie y, apoyándose en el brazo de la señora Perrodon, cruzó lentamente el puente levadizo y entró en nuestro jardín. La camarera la acompañó inmediatamente a la habitación que le había sido destinada.

—¿Le agrada nuestra invitada? —pregunté a la señora Perrodon—. Dígame qué impresión le ha causado.

—Me agrada mucho —contestó—. Creo que es la muchacha más bonita que he visto en toda mi vida. Tiene aproximadamente la edad de usted y es verdaderamente encantadora.

—¿No se han dado cuenta de que en el carruaje había otra persona? —intervino la señorita Lafontaine—. Una mujer que ni siquiera ha asomado la cabeza.

No, no la habíamos visto. La señorita Lafontaine nos describió a un extraño personaje, vestido de negro, con un turbante rojo en la cabeza, que miraba continuamente por la ventanilla, haciendo gestos y muecas de desprecio en dirección a las dos mujeres. Tenía unos ojos saltones y sus dientes salientes parecían los de una arpía.

—¿Han notado ustedes el desagradable aspecto que tenían los sirvientes? —preguntó a su vez la señora Perrodon.

—Sí —convino mi padre—, parecían mastines. Nunca había visto tipos como ésos. Espero que cuando crucen el bosque no desvalijen a la señora.

Pero, deben ser unos bribones muy hábiles. Lo han arreglado todo en un momento.

—… Quizá estaban cansados del largo viaje —dijo la señora Perrodon—. Además de su aspecto poco recomendable, tenían la cara demacrada y parecían estar furiosos. Debo confesar que han despertado mi curiosidad, pero confío en que la muchacha nos lo explicará todo mañana, cuando se encuentre mejor.

—No creo que lo haga —dijo mi padre con una sonrisa ambigua, como si supiera más de lo que decía.

Esto excitó mi curiosidad por saber lo que la señora vestida de negro le había dicho a mi padre en el curso de la breve conversación que sostuvieron. Apenas me quedé a solas con él intenté sonsacarle. Mi padre no se hizo rogar.

—No hay ningún motivo para que te lo oculte. La señora me dijo que temía dejarnos a su hija, porque se trata de una muchacha de salud delicada y tiene los nervios alterados, aunque no padece ataques ni alucinaciones.

—¿No te parece algo raro que te dijera eso? No tenía ninguna necesidad de aclarar ese extremo…

—De todos modos, eso es lo que me dijo —me interrumpió mi padre—. Me explicó que está efectuando un largo viaje, de vital importancia para ella. Está obligada a viajar con la mayor rapidez y discreción posibles. Dentro de tres meses vendrá a recoger a su hija. Entretanto, no debe decir nada acerca de su personalidad y del lugar adonde se dirige. Al pronunciar la palabra «discreción», la ha subrayado con una pausa, mirándome a los ojos con cierta dureza. Creo que es importante, ¿has visto lo deprisa que se ha marchado? Espero no haber cometido una tontería al hacerme cargo de esa muchacha.

Aunque el médico no llegó hasta la una de la madrugada, no pude irme a la cama. Cuando el doctor regresó al salón, su informe fue muy optimista.

La paciente se había levantado y su pulsación era regular. No tenía ninguna herida y el trauma nervioso no había dejado huella. Nada se oponía a que yo la visitara, si ella lo consentía. En consecuencia, le envié recado por medio de la camarera, preguntándole si podía hacerle una breve visita.

La camarera regresó inmediatamente, diciendo que la joven se alegraría mucho con mi visita. No perdí un solo instante.

Habíamos alojado a nuestra invitada en una de las habitaciones más hermosas del castillo. La joven estaba recostada, a la luz de los candelabros, en la cabecera de la cama. Su graciosa figura aparecía envuelta en una bata de seda recamada de flores y orlada con una cinta de raso que su madre le había echado a los pies, cuando aún estaba en el suelo.

Pero, apenas me acerqué a la cama para saludarla, algo me hizo enmudecer y retroceder unos pasos.

Trataré de explicarme. El rostro que tenía ante mí era el mismo que se me había aparecido durante aquella terrible noche de mi infancia, el rostro que tanto me había impresionado y sobre cuya aparición había reflexionado durante años, horrorizándome en secreto.

Era un rostro encantador, y su expresión conservaba la melancólica dulzura que tenía cuando lo vi por primera vez. De repente, se iluminó con una sonrisa, como si también la joven acabara de reconocer a una vieja amiga.

Se produjo un silencio que duró unos instantes. Finalmente, la joven habló: yo no podía hacerlo.

—¡Qué raro! —exclamó—. Hace unos años vi tu rostro en sueños, y desde entonces me ha obsesionado de tal modo, que no he podido olvidarlo.

—Sí que es curioso —dije, tratando de sobreponerme al horror que me había impedido pronunciar una palabra hasta aquel momento—. También yo te vi hace unos años, doce, exactamente, no sé si en un sueño o en la realidad. Y tampoco he podido olvidar tu rostro desde entonces.

Su sonrisa se hizo más dulce y desapareció el aire de curiosidad que había notado en los primeros momentos en la joven. Me sentí más confiada, y cumplí con mis deberes de anfitriona, dándole la bienvenida a nuestro hogar y expresándole la satisfacción que a todos los de la casa, y especialmente a mí, nos había producido su imprevista llegada. Mientras hablaba, le cogí la mano. Yo era algo tímida, hecho muy comprensible si se tiene en cuenta la soledad en que vivía, pero aquella situación especial me hizo elocuente, casi audaz. La joven apretó súbitamente mi mano y la estrechó entre las suyas, mirándome con sus ojos brillantes. Sonrojándose, sonrió de nuevo y contestó a mi saludo. Aunque yo no me había recobrado del todo de mi primera impresión, me senté a su lado y la joven me dijo:

—Ante todo, es necesario que te cuente cómo y dónde te vi por primera vez. Es realmente extraordinario que nos hayamos soñado mutuamente tal como somos ahora, a pesar de que el sueño tuvo lugar cuando éramos unas niñas. Yo no tenía más de seis años. Desperté de repente de un sueño agitado y me pareció encontrarme en una habitación muy distinta a mi *nursery*, una estancia cuyas paredes estaban revestidas de madera de color oscuro y que aparecía llena de camas, sillas y otros muebles. Recuerdo que las camas estaban vacías y que en la habitación no había nadie más que yo. Contemplé la habitación con gran curiosidad, admirando, entre otras cosas, un gran candelabro de hierro de dos brazos que reconocería entre mil si volviera a verlo. Luego me subía a una de las camas para llegar hasta la ventana, pero en aquel mismo instante oí un llanto procedente de una de las camas. Entonces fue cuando te vi. Eras tal como ahora te veo, una muchacha bellísima, de cabellos dorados y enormes ojos azules. También tus labios eran los mismos. Tu modo de mirar me conquistó inmediatamente. Salté a la cama y te abracé; creo que nos

quedamos dormidas durante un rato. Me despertó un grito: te habías despertado y estabas chillando. Me asusté y caí al suelo, donde perdí el conocimiento. Cuando recobré el sentido me hallaba de nuevo en mi casa, en mi habitación. Nunca he podido olvidar tu rostro. No es posible que todo aquello fuese un simple sueño. Realmente, la muchacha que vi eres tú.

Le conté entonces mi visión, que suscitó en mi nueva amiga una admiración que no me pareció simulada.

—No sé cuál de las dos se asustó más —dijo, sonriendo—. Si no hubieras sido tan encantadora, creo que me habría asustado más… ¿No te parece que lo mejor será pensar que nos conocimos hace doce años y que, por tanto, somos viejas amigas? Yo, por lo menos, creo que desde nuestra infancia estábamos predestinadas a serlo. Y por mi parte nunca he tenido una verdadera amiga. ¿La encontraré ahora?

Suspiró y me miró apasionadamente con sus hermosos ojos negros. En realidad, aquella joven me atraía de un modo inexplicable, pero al propio tiempo me inspiraba una indefinible repulsión. Sin embargo, pese a lo contradictorio de mis sentimientos, lo que predominaba era la atracción. Aquella joven desconocida —hasta cierto punto — me interesaba y me conquistaba. ¡Era tan hermosa y fascinante! Recuerdo que noté en ella cierto cansancio y me apresuré a desearle las buenas noches. Añadí:

—Será mejor que esta noche duerma una camarera contigo. Fuera, en el pasillo, me aguarda una sirvienta. Es muy seria y no te molestará.

—Eres muy amable —respondió la joven—, pero si hay otra persona en mi habitación no puedo dormir. No necesito ayuda, y quiero confesarte una pequeña debilidad mía: tengo horror a los ladrones. En cierta ocasión, mi casa fue desvalijada y asesinaron a dos camareras. Desde entonces tengo la costumbre de cerrar la puerta con llave. Tendrás que disculparme, pero no puedo evitarlo.

Durante un rato me retuvo entre sus brazos; luego me susurró al oído:

—Buenas noches, querida. Me desagrada separarme de ti, pero es hora de descansar. Hasta mañana. No pasaremos mucho rato separadas.

Se dejó caer sobre la almohada, suspirando, mientras sus hermosos ojos me contemplaban con expresión amorosa y melancólica. Suspiró de nuevo.

—Buenas noches, amiga mía.

Los jóvenes se enamoran y encariñan al primer impulso. Me agradaba el evidente afecto que me demostraba aquella joven, aunque me parecía que yo no había hecho nada para merecerlo. Me encantó la confianza que me había demostrado desde el primer momento. Parecía indudable que estábamos predestinadas a ser amigas íntimas.

Llegó el día siguiente, y volvimos a vernos. Su compañía me hacía feliz por muchas razones. A la luz del día no había perdido su encanto. Era, sin duda, la más hermosa criatura que jamás había visto, y el desagradable recuerdo que conservaba de

su aparición en el curso de mi sueño infantil se había trocado en una placentera sensación.

La joven me confesó que también ella había experimentado un sobresalto al reconocerme, y el mismo sentimiento de repulsión que se mezclaba a mi simpatía. Las dos nos reímos de nuestro asombro.

Capítulo IV — *Sus costumbres. Una caminata*

He dicho que había en ella muchas cosas que me fascinaban, pero también otras que me desagradaban.

Empezaré por describirla físicamente: era de estatura mediana, delgada y de formas muy armoniosas. Aparte de que sus movimientos eran lánguidos —verdaderamente muy lánguidos—, nada en su aspecto denotaba que estuviera enferma. Tenía una tez sonrosada y luminosa, y sus facciones eran pequeñas y correctas. Sus ojos eran negros y brillantes, sus cabellos realmente espléndidos: no he visto nunca una cabellera tan larga y sedosa como la suya cuando la soltaba sobre sus hombros. A menudo sumergía mi mano entre sus cabellos y reía tontamente ante lo insólito de su peso. Eran unos cabellos mórbidos y vivos, de color castaño oscuro con reflejos dorados. Me gustaba sentirlos en mi mano y luego soltarlos mientras mi amiga, sentada en un sillón, hablaba sin cesar. Me gustaba retorcerlos, entrelazarlos, jugar con ellos. ¡Cielo santo! ¡Si lo hubiera sabido todo!

He señalado que algunas de sus particularidades no me convencían. He dicho que la confianza que me había otorgado desde el primer momento me había conquistado. No obstante, todo cuanto hacía referencia a ella misma, a su madre o a cualquier aspecto de su vida particular o familiar, despertaba en la joven una extraña reticencia. Desde luego, no era razonable por mi parte insistir en esos aspectos, y tal vez no me portaba bien. Mi obligación era la de respetar la solemne orden dada a mi padre por la señora vestida de negro. Pero la curiosidad es un sentimiento que carece de escrúpulos, y ninguna muchacha soporta de buen grado verse desilusionada por lo que le interesa. ¿Qué podía haber de malo en el hecho de que mi amiga me contara lo que tan ardientemente deseaba saber? ¿Acaso no tenía confianza en mi sentido del honor? ¿Por qué no me creía cuando le aseguraba que jamás divulgaría una sola palabra de lo que me dijera?

Su persistente negativa, acompañada siempre de una sonrisa, me parecía una actitud totalmente en desacuerdo con su edad. No puedo decir que el hecho fuera motivo de discusiones entre nosotras, porque resultaba imposible enfadarse con la joven. Tal vez lo inconveniente, e incluso descortés, fuera mi insistencia, pero me sentía realmente acuciada por la curiosidad.

Sus explicaciones no me aclaraban nada, o por lo menos eso creía yo. Pueden resumirse en tres vagas revelaciones.

La primera era su nombre: Carmilla.

La segunda, que los miembros de su familia eran nobles o intelectuales.

Y la tercera, que su casa estaba situada al oeste de la nuestra.

No me dijo su apellido, ni sus títulos nobiliarios, ni el nombre de sus propiedades, ni siquiera la región donde vivía. Y no es que yo la atosigara continuamente con mis preguntas: me limitaba, simplemente, a intercalarlas siempre que la ocasión era propicia. Prefería las fórmulas indirectas. Una o dos veces, en realidad, la ataqué frontalmente. Pero, cualquiera que fuese la táctica que empleaba, el resultado era siempre el mismo: un rotundo fracaso. Los reproches y las caricias no servían de nada, aunque debo confesar que sabía eludir las preguntas con una evidente destreza, y que parecía francamente disgustada por no poder satisfacer mi curiosidad. Siempre que se planteaba una de estas situaciones, me echaba los brazos al cuello, me estrechaba contra su pecho y apoyaba su mejilla en la mía, murmurándome al oído:

—Querida, sé que tu corazón se siente herido. No me juzgues cruel: me limito a obedecer una ley ineludible que constituye mi fuerza y mi debilidad. Si tu corazón está herido, el mío sangra con el tuyo. En medio de mi gran tristeza, vivo de tu exuberante vida, y tú morirás, morirás dulcemente por la mía. Es algo inevitable. Y así como yo me acerco a ti, tú, a tu vez, te acercarás a otros y aprenderás el éxtasis de la crueldad, que es una forma del amor. No intentes saber nada más de mí ni de mi vida, pero ten confianza con todo tu amor.

Y después de haber hablado con una voz suave, queda, me estrechaba entre sus brazos, y sus labios, besándome tiernamente, me inflamaban las mejillas.

Aquella excitación y aquel lenguaje me resultaban incomprensibles. Intentaba eludir sus abrazos, no demasiado frecuentes, pero me faltaban energías. Sus palabras resonaban en mis oídos como una canción de cuna y domeñaban mi resistencia sumergiéndome en una especie de sopor, del cual sólo despertaba cuando me libraba de sus brazos. Aquellas incomprensibles expansiones no me gustaban. Experimentaba una extraña y tumultuosa sensación que, si bien en cierto sentido me resultaba agradable, me inundaba al mismo tiempo de temor y de repulsión. Siempre que tenía lugar una de esas escenas me sentía sumamente turbada, y, al tiempo que aumentaba el placer que me producía, aumentaba también mi repugnancia.

Sé que lo que acabo de explicar podrá parecer paradójico, pero no puedo expresar de otra forma lo que sentía.

Han transcurrido diez años desde que tuvieron lugar aquellos hechos, y la mano me tiembla aún al escribir acerca de la situación en que inconscientemente me vi envuelta.

A veces, después de un largo período de indiferencia, mi extraña y bellísima

amiga me cogía súbitamente la mano, estrechándomela con pasión. Se sonrojaba y me miraba con ojos ora lánguidos, ora de fuego. Su conducta era tan semejante a la de un enamorado, que me producía un intenso desasosiego. Deseaba evitarla, y al propio tiempo me dejaba dominar. Carmilla me cogía entre sus brazos, me miraba intensamente a los ojos, sus labios ardientes recorrían mis mejillas con mil besos y, con un susurro apenas audible, me decía:

—Serás mía… debes ser mía… Tú y yo debemos ser una sola cosa, y para siempre.

Después se echaba hacia atrás, apoyándose en el respaldo del sillón, cubriéndose los ojos con las manos; y yo me sentía trastornada en lo más profundo de mi ser.

—¿Qué quieres decir con tus palabras? —intentaba saber—. ¿Te recuerdo acaso a alguna persona a la que amaste mucho? No me gusta que me hables así. Cuando lo haces no pareces la misma. Y tampoco yo me reconozco a mí misma cuando me miras y me hablas de este modo.

No hallaba una explicación satisfactoria a aquellas efusiones. Sin embargo, no parecían afectadas, ni falsas. Indudablemente, se trataba de una explosión espontánea de un instinto o sentimiento reprimido.

¿Acaso Carmilla sufría alucinaciones? ¿Estaría loca, a pesar de lo que afirmó su madre antes de marcharse? ¿O se trataba, simplemente, de una argucia romántica? En más de una ocasión había leído la historia de un joven que se introducía en casa de su amada vestido de mujer y con la ayuda de una aventurera… ¿Sería éste el caso? La hipótesis halagaba mi vanidad, pero no tenía la menor consistencia. Durante largos períodos de tiempo, yo no representaba absolutamente nada para Carmilla, la cual se limitaba a dirigirme alguna mirada ardiente, eso sí. Y aparte de aquellos fugaces momentos de excitación, sus modales eran absolutamente femeninos. Sus costumbres, por otra parte, eran bastante raras. Generalmente, se levantaba muy tarde, nunca antes del mediodía. Entonces tomaba únicamente una taza de chocolate, muy caliente.

A continuación paseábamos juntas un rato, muy corto, ya que no tardaba en sentirse fatigada; regresábamos al castillo o nos sentábamos en un banco, debajo de los árboles. Lo más curioso era que su languidez física no iba nunca acompañada de postración mental. Su conversación era siempre chispeante y vivaz.

De cuando en cuando hacía alguna vaga alusión a su hogar, a su infancia o a algún recuerdo de su existencia, y a través de sus palabras se adivinaba que sus hábitos y costumbres eran muy diferentes a los nuestros. De esas ocasionales alusiones llegué a colegir que su país natal estaba mucho más lejos de lo que había creído al principio.

Una tarde en que nos hallábamos sentadas bajo los árboles, desfiló ante nosotros un cortejo fúnebre. Se trataba del entierro de una muchacha muy bonita y a la cual yo

conocía porque era hija del guarda forestal. El pobre hombre marchaba detrás del féretro que contenía los restos de su querida y única hija y parecía tener el corazón destrozado. Le seguían algunos aldeanos, cantando un himno funerario.

Cuando el cortejo pasó delante de nosotros me puse en pie en señal de respeto, y uní mi voz a las suyas. Mi amiga me tiró rudamente del vestido y yo me volví, sorprendida. En tono irritado, me dijo:

—¿Es que no te das cuenta de lo desafinado de sus voces?

—Pues a mí me parece un canto muy dulce —respondí, molesta por aquella intempestiva intromisión, y porque temía que los acompañantes del entierro observaran nuestra discusión.

—¡Me destrozan los tímpanos! —exclamó Carmilla en tono rabioso, tapándose los oídos con las manos—. Detesto los entierros y los funerales. ¡Cuántas cosas inútiles! Porque tú has de morir, todos han de morir, y todos, después de la muerte, son mucho más felices. ¡Regresemos a casa!

—Mi padre ha ido también al cementerio. ¿Lo sabías?

—No, no me importa. Ni siquiera sé quién es el muerto —replicó mientras sus ojos centelleaban.

—Se trata de aquella muchacha que hace unos quince días creyó haber visto un fantasma. Desde entonces ha ido empeorando, y ayer por la mañana falleció.

—No me hables de fantasmas: esta noche no podría dormir.

—Espero que no haya una epidemia por estos alrededores. Existen algunos síntomas —continué—. La mujer del pastor murió hace una semana, y también dijo que había notado una extraña opresión en el cuello, como si alguien tratara de ahogarla. Mi padre dice que esas alucinaciones son frecuentes en los casos de fiebres epidémicas. La mujer se hallaba perfectamente el día anterior, pero después de aquella noche se debilitó inesperadamente y al cabo de una semana falleció.

—Bien, supongo que ya habrán terminado con los cantos fúnebres. Nuestros oídos ya no se verán torturados de nuevo. Todas estas cosas me ponen nerviosa. Siéntate a mi lado, más cerca. Cógeme la mano. Apriétala fuerte, más fuerte…

Nos habíamos retirado unos pasos y Carmilla se sentó en un banco. Su semblante se había transformado de tal modo que me asusté. Se había puesto pálida. Sus dientes rechinaban y apretaba los labios, sacudida por un continuo escalofrío. Todas sus energías parecían empeñadas en luchar contra aquel ataque. Finalmente, profirió un ahogado grito y se tranquilizó paulatinamente, superada la crisis de histerismo.

—Esto sucede cuando se agobia a la gente con himnos funerarios —dijo—. No me sueltes, me siento ya mucho mejor.

Tal vez para desvanecer la profunda impresión que me había producido verla sumida en aquella crisis, mientras regresábamos a casa se mostró muy animada y parlanchina.

Aquello pasó como una nube de verano. Pero aún tuve ocasión de asistir a una nueva explosión de cólera de Carmilla.

Cierto día estábamos contemplando el paisaje desde uno de los grandes ventanales del salón, cuando vimos a un vagabundo que cruzaba el puente levadizo, encaminándose hacia el patio del castillo. Le conocía perfectamente. Cada seis meses venía al castillo.

Era un jorobado, y su rostro tenía la expresión mordaz que suele verse en los hombres que son víctimas de una deformidad física. Llevaba una barbita oscura y puntiaguda, y al sonreír abría la boca de oreja a oreja, mostrando unos dientes blanquísimos. Vestía con una zamarra de piel de búfalo, adornada con numerosas cintas y campanillas. De su espalda colgaban una linterna y dos cajas cuyo contenido me era ya conocido: en una de ellas guardaba una salamandra, y en la otra una mandragora. Llevaba también un violín, una caja de amuletos contra el mal de ojo y varios estuches de contenido diverso. Se apoyaba en un bastón de madera negra, con una contera de cobre. Iba acompañado de un perro esquelético que le seguía fielmente a todas partes. Pero el animal se detuvo en medio del puente levadizo, erizó el pelo y prorrumpió en lúgubres aullidos, negándose a avanzar.

Entretanto, el vagabundo había llegado al centro del patio y, quitándose el grotesco sombrero, se inclinó en una cómica reverencia. Luego empuñó el violín y empezó a tocar una alegre melodía, acompañándola con un canto tan desafinado y unos pasos de danza tan cómicos, que me eché a reír a pesar de lo mucho que me habían impresionado los siniestros aullidos del perro.

—¿Desean las señoritas comprar un amuleto contra el vampiro, que según he oído decir merodea por estos alrededores como un lobo? —dijo el vagabundo, dejando caer el sombrero al suelo—. La gente muere por doquier, pero yo tengo un talismán que no falla; sólo hay que coserlo a la almohada, y cuando el vampiro se presenta puede uno reírse de él en sus propias barbas.

Los amuletos consistían en unas cintas de papel transparente, con cifras y dibujos cabalísticos.

Inopinadamente, Carmilla compró un talismán y yo la imité. El vagabundo nos observaba y nosotras sonreíamos divertidas; al menos yo. Pero, de repente, mientras nos miraba, los ojos del vagabundo —unos avispados ojos azules— parecieron descubrir algo que por un instante atrajo su atención. Inmediatamente sacó un estuche de cuero repleto de toda clase de pequeños instrumentos de acero.

—Mire, señorita —me dijo, mostrándome el estuche—, además de algunas actividades menos útiles, practico la de dentista. ¿Quieres callarte de una vez animalucho? Si no paras de aullar, la señorita no oirá lo que le digo. Como le iba diciendo, soy dentista, y su amiga tiene los dientes más afilados que he visto en mi vida; largos, afilados, puntiagudos como una lanza, como un alfiler. Sí, los he visto

perfectamente: son unos dientes peligrosos. Yo entiendo de estas cosas, y aquí estoy con mi lima, mi punzón y mis pinzas. Se los dejaré redondeados y bonitos. Si la señorita consiente, en vez de dientes de pez tendrá una dentadura digna de su belleza. ¿Se ha enfadado la señorita? ¿He sido demasiado atrevido? ¿La he ofendido?

Carmilla, en efecto, le miraba con una expresión de odio. Se apartó de la ventana, acusándome:

—¿Y permites que ese charlatán me insulte de ese modo? ¿Dónde está tu padre? Quiero pedirle que lo eche del castillo. Mi padre hubiera ordenado que le apalearan, para quemarlo luego vivo.

Sin embargo, en cuanto no tuvo ante sus ojos al hombre que la había insultado su cólera desapareció tan rápidamente como había surgido; al cabo de unos instantes había olvidado ya al jorobado y sus extravagantes palabras.

Aquella misma tarde, mi padre llegó muy excitado. Nos contó que se había presentado otro caso parecido a los anteriores y de los cuales ya he hablado. La hermana de un colono de nuestra finca, que vivía a una milla de distancia de nuestro castillo, había enfermado repentinamente. Decía que había sido atacada por un ser monstruoso, y su estado se agravaba, lenta pero inexorablemente.

—En rigor —dijo mi padre—, todo esto puede ser atribuido a causas naturales. Esos infelices se sugestionan con narraciones inverosímiles, y de este modo provocan sus alucinaciones.

—No deja de ser una cosa terrible —observó Carmilla.

—Desde luego —asintió mi padre.

—Me asusta pensar que puedo ser víctima de una alucinación semejante.

Aunque sólo fuera una alucinación, ha de ser tan horrible como si se tratara de un hecho real.

—Estamos en las manos de Dios —afirmó mi padre—. Nada puede ocurrir sin su consentimiento, y todo terminará bien para aquellos que le aman. Es nuestro Creador. Él nos ha hecho y cuidará de nosotros.

—Yo creo —replicó Carmilla— que todas las cosas suceden por imperativo de la naturaleza. Y que la enfermedad que se propaga por la comarca es también cosa de la naturaleza. ¿No le parece?

—Hoy vendrá el médico —dijo mi padre, eludiendo contestar a la pregunta de la muchacha—. Me gustará saber qué opina el doctor de este fenómeno, y qué nos aconseja.

—Los médicos nunca me han servido para nada —replicó Carmilla.

—¿Has estado enferma? —le pregunté.

—Más enferma de lo que tú hayas estado jamás.

—¿Hace mucho tiempo?

—Sí, mucho: lo he olvidado todo, excepto el dolor y la debilidad.

—Entonces, serías muy joven…

—Creo que sí. Pero no hablemos más de esto. No quieras hacer sufrir a tu amiga.

Me miró lánguidamente a los ojos y, cogiéndome del talle, me sacó de la habitación.

—¿Por qué se divierte tanto tu padre asustándome? —me preguntó, una vez estuvimos fuera, temblando ligeramente.

—No lo creas, querida, no es ésa su intención.

—Y tú, ¿estás asustada?

—Lo estaría si pensara que también nosotras corremos el mismo peligro que esa pobre gente.

—¿Te asusta la idea de la muerte?

—Desde luego, a todo el mundo le asusta esa idea.

—¿Crees, por ejemplo, que es espantoso morir mientras se ama? Dos amantes que mueren juntos… y de este modo pueden vivir juntos para siempre… Los jóvenes no son más que orugas y sólo se transforman en mariposas cuando llega el verano. Entretanto, son crisálidas y larvas, cada uno con sus formas e inclinaciones particulares. Hay un cierto señor Buffon que así lo cuenta.

Por la noche vino el médico y se encerró con mi padre en su despacho, donde permanecieron durante largo rato. Era un médico con mucha experiencia, de unos sesenta años. Su rasurado rostro aparecía tan liso como la superficie de una calabaza. Cuando salían del despacho, oí que mi padre decía, riendo:

—Me admira oír esas palabras en boca de un hombre tan sensato como usted. ¿Qué opina, entonces, de los hipogrifos y de los dragones?

También el médico se reía, sacudiendo la cabeza.

—En todo caso, la vida y la muerte han sido siempre un misterio y sabemos muy poco acerca de lo que puede suceder.

Se alejaron charlando y ya no pude oír nada más. En aquel momento ignoraba cuáles habían sido las hipótesis aventuradas por el doctor, pero ahora creo adivinarlas.

Capítulo V — *Un parecido asombroso*

Una tarde llegó de Gratz el hijo del restaurador de cuadros, transportando en su carro dos grandes cajas llenas de cuadros. Su llegada constituyó un verdadero acontecimiento. Las cajas quedaron en el atrio; los criados se encargaron del joven y lo acompañaron a la cocina para que le dieran de cenar. Luego se unió a nosotros en el atrio grande, donde nos habíamos reunido previamente para abrir las cajas.

Carmilla estaba sentada y miraba distraídamente los viejos cuadros, casi todos

retratos, que habían sido enviados a restaurar. Mi madre pertenecía a una antigua familia húngara, y la mayor parte de los cuadros procedían de mi familia materna. Mi padre iba leyendo en una lista los títulos de los cuadros, y el artesano los iba sacando de las cajas. Ignoro el valor que podían tener, aunque eran antiguos y algunos muy curiosos. Yo los veía por primera vez en mi vida, ya que la humedad y el polvo habían ocultado las telas durante mucho tiempo.

—No había visto nunca este cuadro —comentó mi padre, señalando la tela que el restaurador tenía en la mano—. Aquí, en un ángulo, figura el nombre, que pude descifrar antes de enviarlo al restaurador: Marcia Karnstein. Lleva fecha de 1768. Será interesante ver lo que ha surgido ahora…

Me acordé de aquel cuadro. Se trataba de una pequeña tela, sin marco, de forma cuadrangular y tan ennegrecida por el paso del tiempo que jamás pudimos contemplar a aquella Marcia Karnstein, si es que en realidad se trataba de su retrato.

El restaurador exhibió la tela con evidente orgullo. Era una joven de rostro hermosísimo, y quedé asombrada por la viveza de su expresión. Pero lo que más me asombró fue su extraordinario parecido con Carmilla.

—¿Te das cuenta, querida? —le pregunté—. Esto es un verdadero milagro. Eres tú misma, viva y sonriendo. Sólo le falta hablar. ¿No te parece extraordinario? ¡Mira, papá! Tiene también un pequeño lunar en la garganta…

Mi padre esbozó una sonrisa y dijo:

—Realmente, es de un parecido extraordinario.

Pero, ante mi sorpresa, no prestó mayor atención al hecho y continuó su tarea con el restaurador. Por mi parte, sentía aumentar mi admiración a medida que contemplaba el retrato.

—¿Me permites que lo cuelgue en mi habitación, papá? —le pedí a mi padre.

—Desde luego, querida —dijo—. Me alegra que te guste. Debe ser más, hermoso de lo que yo creía, si es que se parece tanto a tu amiga.

Carmilla no pareció haber oído el cumplido. Estaba retrepada en un sillón y me contemplaba fijamente con sus hermosos ojos, con la boca ligeramente entreabierta y sonriendo como en éxtasis.

—Ahora sí que puede leerse bien el nombre —dije—. No es Marcia. Parece escrito con letras de oro. El nombre es Mircalla, condesa de Karnstem. Encima del nombre hay una pequeña corona, y debajo una inscripción: «Anno Domini 1698». Yo desciendo de los Karnstein.

—¡Ah! —exclamó lánguidamente Carmilla—. También yo creo que soy una descendiente lejana de esa familia. ¿Viven aún algunos de sus miembros?

—No creo que exista nadie que lleve el apellido. La familia quedó extinguida a raíz de la guerra civil, hace muchísimo tiempo. Las ruinas del castillo se encuentran a sólo unas leguas de aquí.

—Muy interesante —murmuró distraídamente Carmilla—. Pero, mira qué hermoso claro de luna tenemos hoy. —Miró a través de la entornada puerta—. ¿Y si fuésemos a dar un paseo?

—Esta noche me recuerda la de tu llegada —dije.

Carmilla suspiró, esbozando una sonrisa.

Se puso en pie y salimos al patio cogidas por la cintura. Anduvimos lentamente y en silencio hasta el puente levadizo. Ante nuestros ojos se extendía una hermosa llanura, bañada por la luz de la luna.

—¿De modo que recuerdas aún el día de mi llegada? —me susurró Carmilla al oído—. ¿Te alegra tenerme aquí?

—Soy muy feliz, querida Carmilla —respondí.

—Y has pedido que te dejaran colgar aquel cuadro en tu habitación —murmuró mi amiga con un suspiro. Luego me apretó más estrechamente con el brazo que ceñía mi talle y apoyó su cabeza en mi hombro.

—¡Qué romántica eres, Carmilla! —exclamé—. Cuando me cuentes la historia de tu vida, estoy segura de que será como si me leyeras una novela de amor.

Me besó silenciosamente.

—Estoy convencida, Carmilla, de que has estado enamorada —proseguí—. Y me atrevería a afirmar que sigues preocupada por algún asunto amoroso.

—Nunca me he enamorado, y nunca me enamoraré —afirmó Carmilla—. A no ser que me enamore de ti…

A la luz de la luna, aparecía más hermosa que nunca. Tras dirigirme una extraña y tímida mirada, ocultó la cara en mi cuello, entre mis cabellos, respirando agitadamente; parecía a punto de estallar en sollozos y me apretaba la mano, temblando. Su mórbida mejilla quemaba contra la mía. Murmuró:

—¡Querida! Yo vivo en ti, y tú morirás en mí. ¡Te quiero tanto!

Me separé de ella. Carmilla me miraba ahora con unos ojos de los que habían desaparecido el fuego y la vida. Y como si saliera de un sueño, añadió:

—Regresemos. Vámonos a casa.

—Me parece que estás enferma, Carmilla; deberías tomar un vasito de vino —le dije.

—Sí, creo que sí. Ahora me encuentro mucho mejor. Dentro de unos minutos estaré completamente bien. Sí, tomaré un vaso de vino. —Y, acercándose a la puerta, añadió—: Déjame mirar un instante; quizá sea la última vez que veo la luna contigo.

—¿De veras te sientes mejor, Carmilla? —pregunté.

Por un instante, temí que se hubiera contagiado de aquella extraña epidemia que azotaba la comarca.

—Papá se apenaría mucho si supiera que te encuentras mal y no lo dices. Nuestro médico es un hombre muy inteligente.

—Todos sois excesivamente buenos conmigo. Pero lo que yo tengo no es cosa de médicos. No estoy enferma, sino solamente un poco débil. El menor esfuerzo me deja agotada. Pero me recobro muy fácilmente. ¿Ves? Ya estoy bien.

Así lo parecía. Seguimos charlando durante un rato, y Carmilla se mostró muy animada. El resto de aquella tarde transcurrió sin que se produjera ninguna recaída en lo que yo llamaba su «exaltación».

Las ardientes miradas de Carmilla, su modo absurdo de expresarse, me asustaban a veces, lo confieso.

Pero aquella noche ocurrió algo que debía provocar un cambio radical en el curso de mis pensamientos.

Capítulo VI — *Una extraña agonía*

Acompañé a Carmilla a su habitación, como de costumbre, y me quedé charlando con ella mientras se preparaba para acostarse.

—Creo que llegará un día —dije— en que tendrás una absoluta confianza en mí.

Se volvió, sonriente, pero no contestó.

—No contestas —le dije—, porque no puedes darme una respuesta satisfactoria, ¿verdad? No debería habértelo sugerido…

—Tienes perfecto derecho a hacerlo —replicó Carmilla—. Te quiero mucho, y te considero merecedora de recibir todas mis confidencias, puedes creerlo. Pero estoy atada a una promesa, más atada que una religiosa a sus votos, y no puedo hablar de mí, ni siquiera contigo. Pero se acerca el momento en que lo sabrás todo. Me juzgarás cruel y egoísta, muy egoísta, pero recuerda que el amor es siempre así. Cuanto más intensa es la pasión, más egoísta resulta. No puedes imaginarte lo celosa que estoy de ti. Tú has de venir conmigo; has de quererme hasta la muerte. O puede que me odies, da lo mismo. Pero ven conmigo y ódiame a través de la muerte y del más allá. En mi vocabulario no existe la palabra «indiferencia».

—Ya estás otra vez diciendo cosas que no tienen sentido —objeté.

—Soy extravagante, tonta y caprichosa. Pero tranquilízate: en adelante hablaré cuerdamente. ¿Has bailado alguna vez?

—No. Debe ser encantador, ¿verdad?

—Casi lo he olvidado. Hace tantos años…

Me eché a reír.

—No eres tan vieja como todo eso… No puedes haber olvidado aún tu primer baile.

—Sólo haciendo un gran esfuerzo puedo recordarlo. Lo veo todo a través de algo que se interpone entre el recuerdo y yo, como una cortina tupida y, al mismo tiempo,

transparente. Aquella noche estaba como muerta en mi cama. Me hirieron aquí —se tocó el pecho— y nunca he vuelto a ser la misma.

—¿Has estado a punto de morir?

—Sí. Un amor cruel, un amor caprichoso había invadido mi vida. El amor exige sacrificios. Y en los sacrificios corre la sangre. Ahora deja que me abandone al sueño. Estoy muy cansada. ¿Cómo podré levantarme a cerrar la puerta con llave?

Le di las buenas noches y salí de la estancia con una sensación de inquietud.

Los delirios de las personas nerviosas son contagiosos, y casi siempre acaban por ser imitados por los que tienen un temperamento afín. También yo había adoptado las costumbres de Carmilla; cerraba con llave la puerta de mi habitación, sugestionada por su fantástico miedo a unos hipotéticos agresores nocturnos, asesinos o ladrones. También, como Carmilla, inspeccionaba minuciosamente mi habitación cada noche, antes de acostarme, para asegurarme de que no había nadie escondido en ella.

Después de tomar todas aquellas prudentes medidas, me acosté y me quedé dormida casi inmediatamente. Tenía una luz encendida en mi habitación. Era una antigua costumbre, de cuya inutilidad nadie había podido convencerme. Sólo así podía descansar tranquila. Pero los sueños atraviesan los muros de piedra, iluminan las habitaciones vacías y oscurecen las iluminadas, y los personajes que intervienen en el sueño entran y salen a placer, burlándose de los cerrojos.

Aquella noche tuve un sueño que fue el comienzo de una extraña angustia. No podría llamarlo una obsesión, porque tenía la certeza de que estaba dormida, de que me hallaba en mi habitación y yacía en mi cama. Vi, o creí ver, la habitación con sus muebles de siempre, pero más a oscuras; a los pies de mi cama se movía algo escurridizo, que no pude distinguir claramente. De repente, me di cuenta de que se trataba de un animal grande y negro, como cubierto de hollín. Parecía un monstruoso gato. Tendría aproximadamente un metro y medio de longitud, y lo deduje porque cuando se paseaba al pie de la cama ocupaba toda su anchura. Se paseaba como una fiera enjaulada. Me sentí tan aterrorizada, que no tenía fuerzas ni para gritar. Los pasos del animal eran cada vez más rápidos, y la habitación se oscurecía por momentos. Noté que algo se encaramaba a mi cama. Unos ojos enormes se acercaron a los míos y de pronto sentí un penetrante dolor en el pecho, como si me hubiesen clavado dos alfileres. Me desperté con un grito. La habitación estaba iluminada por la luz que dejaba encendida cada noche, y a los pies de mi cama había una figura femenina vestida de negro y con la cabellera caída en cascada sobre los hombros. Estaba inmóvil como una estatua. No se oía ningún rumor, ni siquiera el de su respiración. La miré, y la figura pareció moverse; se deslizó hasta la puerta, que estaba abierta, y desapareció. Inmediatamente, me sentí como liberada de un gran peso y pude moverme y respirar. Mi primer pensamiento fue que Carmilla había querido gastarme una broma y que yo me había olvidado de cerrar la puerta. Pero me

levanté y la encontré cerrada por dentro, como siempre. La idea de abrirla me aterrorizaba. Volví a acostarme y escondí la cabeza debajo de las sábanas, más muerta que viva.

Capítulo VII — *Descenso*

Sería inútil cualquier intento de explicar el horror con que, aún en la actualidad, recuerdo el episodio de aquella noche.

Al día siguiente no quise quedarme sola ni un momento. Debí de habérselo contado todo a mi padre, pero no lo hice por dos motivos opuestos. Primero, porque temí que se burlase de mi historia y me dolían sus burlas; y segundo, porque temí que creyese que también yo era víctima de aquella misteriosa enfermedad que se propagaba por la comarca. Mi padre tenía el corazón débil y no quería asustarlo.

Pero se lo conté todo a la señora Perrodon y a la señorita Lafontaine. Las dos se dieron cuenta de que me hallaba en un estado de anormal excitación. La señorita Lafontaine se echó a reír, pero vi que la señora Perrodon me miraba preocupada.

—A propósito —dijo la señorita Lafontaine, riendo—; en el camino de los tilos, detrás de la habitación de la señorita Carmilla, hay fantasmas.

—¡Tonterías! —exclamó la señora Perrodon, la cual debió encontrar inoportuna aquella asociación de ideas—. ¿Quién le ha contado esa historia, querida?

—Martin dice que ha ido dos veces a reparar la vieja balaustrada antes del amanecer, y siempre ha visto la misma figura de mujer andando por el camino de los tilos.

—No le diga nada a Carmilla —supliqué—. Su ventana da al camino, y es una muchacha más impresionable aún que yo.

Aquel día, Carmilla se levantó más tarde que de costumbre.

—Esta noche me he asustado mucho —dijo—. Estoy segura de haber visto algo horrible. Menos mal que tenía el amuleto que le compre al pobre jorobado. ¡Y pensar que lo traté tan mal! He soñado que una cosa negra se acercaba a mi cama, y me he despertado aterrorizada. Durante unos segundos, he visto realmente una figura negra al lado de la chimenea, pero he tocado el amuleto que guardo debajo de la almohada y la figura ha desaparecido.

Estoy convencida de que, si se hubiese acercado más, habría terminado degollada como aquellas pobres mujeres…

—Bien, escucha lo que voy a contarte…

Le conté mi aventura nocturna. Pareció asustarse.

—¿Y tenías el amuleto contigo? —me preguntó.

—No. Lo metí en un jarrón de porcelana del salón, pero esta noche me lo llevaré

a la cama, ya que tú crees tanto en su eficacia.

Después de tanto tiempo, no acierto a comprender cómo pude dominar mi terror y dormir sola en mi habitación aquella noche. Recuerdo perfectamente que puse el amuleto debajo de mi almohada y que me quedé casi inmediatamente dormida, con un sueño mucho más profundo que la noche anterior.

También la noche siguiente fue tranquila. Dormí profundamente y sin sueños, pero me desperté cansada y melancólica; aunque no puedo decir que fuese una sensación desagradable.

—También yo he pasado una noche magnífica —me dijo Carmilla por la mañana —. He cosido el amuleto a mi camisón. La noche anterior lo tenía demasiado lejos. Estoy segura de que todo es pura imaginación. Creía que los sueños eran engendrados en nosotros por el espíritu del mal, pero el médico me dijo que no es cierto. Se trata de una fiebre o una enfermedad que llama a la puerta, y al no poder pasar deja aquella señal de alarma.

—¿Y por qué crees en la eficacia del amuleto?

—Supongo que está empapado en alguna droga que sirve de antídoto contra la malaria.

—Pero, ¿actúa solamente sobre el cuerpo?

—Desde luego. ¿Crees que los espíritus maléficos se asustarían de unas cintas de colores o de un poco de perfume barato? No, seguro que no. Esos males flotan en el aire, atacan primero a los nervios y luego infectan el cerebro, pero antes de que puedan instalarse definitivamente, el antídoto entra en acción y los destruye. Estoy convencida de que ése ha sido el efecto del amuleto. No se trata de magia, sino de un remedio natural.

Durante algunas noches más dormí perfectamente. Pero cada mañana sentía el mismo cansancio, y todo el día estaba dominada por la misma sensación de languidez. Me parecía haber cambiado. Una extraña melancolía se apoderaba de mí. La idea de la muerte se abría camino en mi mente. El estado en que me hallaba sumida era triste, pero también dulce. Y de todos modos, fuera lo que fuese, mi alma lo aceptaba. No quería admitir que estaba enferma, ni decírselo a mi padre; ni llamar al médico.

Durante aquellos días, Carmilla me prodigó sus atenciones mucho más que antes y sus momentos de «exaltación» fueron también más frecuentes.

Sin darme cuenta la enfermedad se había apoderado de mí, la enfermedad más extraña que jamás haya afectado a un ser mortal. Me acostumbraba cada vez más a la sensación de impotencia que invadía todo mi ser. La primera transformación que descubrí en mí era casi placentera; algo parecido a la curva que inicia el descenso al infierno. Mientras dormía experimentaba una vaga y curiosa sensación. Generalmente era un súbito temblor, agradable, helado, como el que se experimenta cuando uno se

baña en un río y nada contra la corriente. Una serie de sueños que parecían interminables seguían al temblor, pero eran sueños tan confusos que nunca conseguía recordar, después, ni el escenario, ni los personajes, ni sus actos. Me dejaban una sensación de terror y de cansancio, como si acabara de realizar un gran esfuerzo mental o de correr un grave peligro. Los únicos recuerdos que me quedaban de todos esos sueños eran la sensación de haber permanecido en un lugar tenebroso, la de haber conversado con gente a la que no podía ver y el eco de una voz femenina tan profunda que parecía hablarme desde muy lejos: una voz que me intimidaba y me sojuzgaba siempre. A veces sentía el roce de una mano que me acariciaba las mejillas; otras, la presión de unos labios ardientes que me besaban, más apasionadamente a medida que los besos descendían hacia mi garganta. Allí sentía el último beso. Mi corazón latía más de prisa, mi respiración se hacía más entrecortada. Luego experimentaba una sensación de ahogo y, en medio de una terrible convulsión, perdía la consciencia.

Estos terribles hechos me sucedían ahora tres veces a la semana y dejaban en mí una profunda huella. Estaba pálida, el círculo morado que rodeaba mis ojos era cada vez más visible y mi languidez aumentaba día a día.

Mi padre me preguntaba frecuentemente si me encontraba mal, pero con una obstinación que ahora me parece inexplicable, le aseguraba una y otra vez que estaba perfectamente bien. En cierto sentido, era verdad. No sentía dolor alguno ni podía quejarme de ningún malestar físico. Mi dolencia me parecía imaginaria y, por penosos que fueran mis sufrimientos, los cultivaba amorosamente y en secreto.

Carmilla se quejaba de sueños y de sensaciones febriles parecidas a las mías, aunque menos alarmantes. Si hubiera sido capaz de comprender mi situación habría pedido ayuda y consejo de rodillas. Pero el narcótico de una influencia insospechada obraba en mí y mis sentidos estaban embotados.

Hablaré ahora de un sueño que me condujo a un extraño descubrimiento.

Una noche, en vez de la solitaria voz que oía en el vacío, oí otra voz más dulce y más tierna, y al mismo tiempo más terrible, que decía: «Tu madre te advierte que tengas cuidado con el asesino». En el mismo instante apareció inesperadamente una luz y vi a Carmilla de pie cerca de mi cama, embutida en su blanco camisón completamente manchado de sangre.

Me desperté sobresaltada, convencida de que Carmilla había sido asesinada. Salté de la cama pidiendo socorro. La señora Perrodon y la señorita Lafontaine salieron de sus habitaciones, alarmadísimas, y encendieron una lámpara del rellano de la escalera. Les conté lo que me había sucedido e insistí en ver a Carmilla. Acudimos a su dormitorio y la llamamos a través de la puerta. No respondió a pesar de nuestros gritos y el hecho nos alarmó a todas, ya que la puerta estaba cerrada por dentro. Regresamos a mi habitación y agitamos furiosamente la campanilla que había a la

cabecera de mi cama. Si mi padre hubiese dormido en nuestro mismo piso le hubiésemos llamado inmediatamente, pero dormía en el piso bajo, fuera del alcance de nuestras voces, y para llegar hasta su habitación era necesario organizar una expedición para la cual ninguna de nosotras se sentía con fuerzas. Los criados llegaron corriendo. Entretanto, nos habíamos puesto una bata y calzado unas zapatillas. Volvimos a la habitación de Carmilla, y, después de llamarla de nuevo repetidas veces, ordené a los criados que forzaran la puerta. Una vez abierta, penetramos en el dormitorio: todo estaba en orden, tal como lo había visto al dar las buenas noches a Carmilla. Pero mi amiga había desaparecido.

Capítulo VIII — *Búsqueda*

Al ver que la única señal de desorden en la habitación era la producida por nuestra irrupción nos tranquilizamos un poco y no tardamos en recobrar el buen sentido y en despedir a los criados. La señorita Lafontaine aventuró la opinión de que Carmilla, despertada repentinamente al sentir que forzaban la puerta, se había asustado y se había escondido debajo de la cama o dentro del armario: era natural que no saliera mientras el mayordomo y los criados se hallaran en la habitación. La llamamos de nuevo, pero no respondió. Eso aumentó nuestra perplejidad y nuestra zozobra. Examinamos las ventanas, pero estaban cerradas. Supliqué a Carmilla, si estaba escondida, que no prolongara por más tiempo aquella burla y acabara con nuestra ansiedad, saliendo de su escondite. Pero todo fue en vano. Era evidente que no estaba en el dormitorio ni en el comedor. Yo estaba intrigadísima. Tal vez Carmilla había descubierto un pasadizo secreto… El viejo guarda decía que existía uno en el castillo, pero nadie recordaba dónde exactamente. El misterio se aclararía, indudablemente, pero de momento estábamos perplejas.

Eran las cuatro de la madrugada y preferí pasar el resto de la noche en la habitación de la señora Perrodon. Pero la luz del día no trajo la solución al enigma: Carmilla había desaparecido. Mi padre estaba desesperado, pensando en lo que iba a ocurrir cuando regresara la madre de la muchacha… Yo también estaba desesperada, pero mi desesperación tenía otras causas.

Transcurrió la mañana en medio de la mayor alarma y agitación. Se habló incluso de rastrear el río. Llegó el mediodía y la situación no había cambiado. A eso de la una se me ocurrió echar otro vistazo a la habitación de Carmilla. Llegué y mi asombro no tuvo límites: ¡Carmilla estaba en su habitación, mirándose al espejo! No podía creer en lo que estaban viendo mis ojos. Mi amiga me llamó con un gesto. En su rostro se leía el miedo. Corrí hacia ella, la abracé y besé repetidas veces y luego me precipité hacia la campanilla y la agité desesperadamente para que acudieran todos y se

tranquilizaran.

—¡Querida Carmilla! —exclamé—. ¿Qué te ha sucedido? ¿Dónde has estado?

—Ha sido una noche prodigiosa —me respondió—. Después de cerrar la puerta del dormitorio, como de costumbre, me acosté. He dormido sin interrupción y sin sueños, pero al despertar me he encontrado sobre el diván del tocador, con su puerta abierta y la de la habitación forzada. ¿Cómo es que no me he despertado? Tiene que haberse producido un gran alboroto, y yo tengo el sueño muy ligero… ¿Cómo puede ser que me haya encontrado fuera de mi cama sin haberme enterado de nada?

Entretanto, habían llegado mi padre, la señora Perrodon, la señorita Lafontaine y varios criados. Naturalmente, Carmilla fue asediada a preguntas, pero su respuesta fue siempre la misma. Mi padre daba vueltas por la habitación, sumido, al parecer, en hondas reflexiones. Vi que Carmilla le seguía con la mirada, y en sus ojos había una expresión preocupada. Finalmente, mi padre despidió a los criados, se acercó a mi amiga y, cogiéndola delicadamente por la mano, la condujo hasta el diván, donde se sentaron.

—¿Me permites que te haga una pregunta, querida? —inquirió mi padre.

—Desde luego. Tiene usted perfecto derecho a preguntar lo que quiera, siempre que no traspase los límites impuestos por mi madre.

—Bien, querida, no hablaremos de lo que tu madre me prohibió, sino de lo ocurrido esta noche. Te has levantado de la cama y has salido de la habitación, sin despertarte. Y todo esto estando puertas y ventanas cerradas por dentro. Tengo una teoría, pero antes quiero hacerte una pregunta.

Todos conteníamos la respiración.

—La pregunta es ésta: ¿eres sonámbula?

—No, ahora no. Pero lo fui en mi infancia.

—Ya. Y, en aquella época, ¿te levantabas con frecuencia de la cama en sueños?

—Sí. Por lo menos, así me lo decía mi niñera.

Mi padre sonrió, asintiendo.

—Lo ocurrido tiene una fácil explicación. Carmilla es sonámbula; abre la puerta y no deja, como de costumbre, la llave en la cerradura, sino que, siempre en sueños, cierra por la parte de afuera y se lleva la llave. Luego recorre las veinticinco habitaciones de este piso, y quizá también las de las otras plantas. Esta casa está llena de escondrijos, de desvanes y de trastos viejos. Se tardaría una semana en explorarla a fondo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, pero no del todo —respondió Carmilla.

—¿Y cómo explicas, papá, que se haya despertado en el tocador, que yo había registrado minuciosamente?

—Carmilla regresó cuando vosotras os habíais ya marchado. Regresó dormida, naturalmente, y al despertarse se asombró de encontrarse allí. Ojalá todos los

misterios tuvieran una explicación tan sencilla como éste, Carmilla —añadió mi padre, satisfecho.

En aquel momento, Carmilla estaba más hermosa que nunca. Creo que fue entonces cuando mi padre comparó su aspecto con el mío, porque súbitamente dijo:

—Tienes muy mal aspecto, Laura, me gustaría que recuperases tu buena salud.

De este modo finalizó con felicidad nuestra alarma y Carmilla volvió a estar con sus amigos.

Capítulo IX — *El médico*

Como sea que Carmilla no quería que ninguna sirvienta pasara la noche en su habitación, mi padre ordenó que uno de los criados durmiera delante de la puerta de su dormitorio, a fin de que la muchacha no pudiera salir sin ser vista por nadie. Aquella noche transcurrió tranquila, y a la mañana siguiente el médico, que mi padre había enviado buscar sin yo saberlo, vino a visitarme. La señora Perrodon me acompañó a la biblioteca, donde me aguardaba el doctor. Le expliqué lo que me sucedía de un tiempo a esta parte, y mientras avanzaba en mi relato noté que su aspecto se hacía más pensativo. Nos hallábamos ante una ventana, uno al lado del otro. Cuando terminé de hablar se apoyó en la pared y me miró con un interés que dejaba traslucir cierto horror. Tras meditar unos instantes mandó llamar a mi padre. Este llegó sonriendo, pero su sonrisa desapareció al ver la expresión preocupada del médico. Inmediatamente se enfrascaron en una conversación en voz baja, como temiendo que la señora Perrodon o yo, que nos manteníamos apartadas, pudiéramos oír lo que hablaban. De pronto, mi padre volvió los ojos hacia mí. Estaba pálido y parecía intensamente preocupado.

—Querida Laura, acércate un momento. Señora, el doctor dice que ya no la molestaremos más.

Me aproximé, alarmada por primera vez, pues, aunque me sentía muy débil, no me consideraba enferma y uno siempre supone que el vigor puede recuperarse tan pronto como se desee.

Mi padre extendió la mano hacia mí cuando estuve más cerca, pero miraba al médico. Después dijo:

—No cabe duda de que *esto* es muy extraño y no acierto a explicármelo. Laura, ven aquí, querida; presta atención al doctor Spielsberg y tranquilízate.

—Usted me dijo que la noche del primer sueño horrible experimentó la sensación de que dos agujas le atravesaban la piel en un lugar próximo al cuello. ¿Siente todavía alguna molestia?

—No, en absoluto —respondí.

—¿Puede señalarme con el dedo el lugar aproximado donde creyó sentir las punzadas?

—Un poco por debajo de la garganta… *aquí* —indiqué.

Me había puesto un vestido de mañana que ocultaba el lugar que acababa de indicar.

—¿Quiere pedirle a su padre, por favor, que le desabroche el cuello? Es necesario que conozca todos los síntomas.

Obedecí: el punto señalado estaba unas dos pulgadas más abajo del cuello.

—¡Dios mío! —exclamó mi padre, palideciendo.

—¿Se da usted cuenta? —inquirió el médico, con expresión de triunfo.

—¿Qué pasa? —pregunté, alarmada.

—Nada, señorita; no hay más que una pequeña marca azulada, tan diminuta como una cabeza de alfiler —dijo el médico. Y, volviéndose hacia ni padre, añadió—: Veremos lo que se puede hacer.

—¿Es peligroso? —insistí, angustiada.

—No lo creo —respondió el médico—. Estoy convencido de que mejorará rápidamente. Quisiera hablar con la señora Perrodon —añadió, dirigiéndose a mi padre.

Mi padre llamó a la señora Perrodon.

—La señorita Laura no se encuentra tan bien como sería de desear —le dijo el médico—. No creo que surjan complicaciones, pero será necesario que se adopten ciertas medidas que detallaré en el momento oportuno; de todos modos, mientras tanto, señora, usted tendrá que procurar que la señorita Laura no se quede sola ni un instante. Por el momento, ésta es la única instrucción que le doy, pero es imprescindible que se cumpla.

—Sé positivamente que podemos confiar en usted, señora —añadió mi padre.

La señora Perrodon se apresuró a confirmar sus palabras.

—Y, por tu parte, mi querida Laura, sé que cumplirás las instrucciones del doctor al pie de la letra —observó mi padre, que se dirigió después al médico para decirle—: Tengo que pedirle su opinión acerca de otra paciente cuyos síntomas tienen cierta similitud con los que mi hija le acaba de describir en detalle; aunque mucho más débiles en cuanto a su intensidad, me parece que esos síntomas son exactamente de la misma índole. Se trata de una jovencita que es nuestra huésped; pero, como usted me ha comunicado que hoy al atardecer tendrá que volver a pasar por aquí, considero que lo más adecuado sería que comiera con nosotros y así tendrá ocasión de examinarla. Nuestra invitada no abandona sus habitaciones hasta la tarde.

—Muchas gracias por su invitación —dijo el médico—. En tal caso, regresaré esta tarde a eso de las siete.

Luego reiteraron las instrucciones a la señora y a mí, y mi padre salió en

compañía del médico. Los estuve observando mientras recorrían varias veces, arriba y abajo, el terraplén de césped que se extiende frente al castillo, entre el foso y el camino, absortos evidentemente en una grave conversación.

El doctor no regresó. Le vi montar su caballo, despedirse y ponerse en marcha en dirección al este, a través del bosque. Casi al mismo tiempo llegó de Dranfeld el criado que traía el correo. Desmontó y le entregó las cartas a mi padre.

Entretanto, la señora Perrodon y yo estábamos muy ocupadas haciendo conjeturas sobre cuáles serían los motivos que habían impulsado al médico y a mi padre a formular una orden tan singular y tan seria. La señora Perrodon, tal como me confesó después, temía que el médico sospechara la posibilidad de un ataque súbito en el que, si no me asistía rápidamente, podría perder la vida o quedar gravemente quebrantada.

Esta interpretación no me convenció y supuse, tal vez afortunadamente para mis nervios, que esas medidas se habían adoptado con el único propósito de asegurarme una compañera que me impidiese hacer excesivo ejercicio, comer fruta verde o incurrir en alguno de los innumerables disparates que, según se da por sentado, es propensa a cometer la gente joven.

Media hora después, mi padre se reunió conmigo: tenía una carta en la mano.

—Es del general Spieldorf —dijo—. Llegará mañana, o quizá hoy mismo.

Me entregó la carta abierta, pero no parecía satisfecho como de costumbre, cuando un huésped, especialmente un buen amigo como el general, venía a visitarnos. Parecía estar ocultándome algo.

—Querido papá, ¿quieres explicármelo todo? —le dije, cogiéndole del brazo y mirándole con expresión suplicante—. ¿Qué te ha dicho el médico? ¿Me ha encontrado muy enferma?

—No, querida. Dice que te repondrás pronto —pero su tono era seco—. De todos modos, preferiría que nuestro amigo el general hubiese escogido otro momento para su visita.

—Pero… Dime, papá, ¿qué enfermedad tengo?

—Ninguna. No me atormentes con tus palabras —respondió.

Nunca había dado muestras de tanta irritación al hablar conmigo. Después se dio cuenta de que me había lastimado y añadió:

—Lo sabrás todo dentro de un par de días, es decir, sabrás lo que sé yo. Entretanto, no me hagas preguntas.

Dio media vuelta, dispuesto a marcharse, pero luego, antes de que yo tuviera tiempo de considerar lo extraño que resultaba todo lo que estaba sucediendo, volvió sobre sus pasos para decirme que quería ir a Karnstein y que había hecho preparar el carruaje para las doce. La señora Perrodon y yo le acompañaríamos. Quería visitar al sacerdote que vivía en aquel lugar, y, dado que nunca había estado allí, Carmilla debía reunirse con nosotros una vez que hubiera abandonado sus habitaciones en

compañía de la señorita que se encargaría de llevar elementos para lo que suele denominarse entre ustedes un *pic-nic*, que posiblemente se serviría en las ruinas del castillo.

A las doce en punto nos pusimos en marcha. Pasado el puente levadizo giramos a la derecha y tomamos el camino que conducía al pueblo deshabitado y a las ruinas del castillo de Karnstein. Debido a lo accidentado del terreno, la carretera da muchas vueltas y serpentea ora junto a un precipicio, ora por la ladera de una colina, en una inagotable variedad de paisajes. En una de las innumerables revueltas del camino nos encontramos inesperadamente en presencia de nuestro amigo el general, que avanzaba a caballo hacia nosotros, seguido de su criado, también a caballo. Tras las cordiales efusiones de bienvenida pasó a ocupar el sitio que quedaba libre en nuestro carruaje y envió el caballo al castillo con su criado.

Capítulo X — *Congoja*

Habían transcurrido solamente diez meses desde la última vez que le habíamos visto, pero su aspecto había cambiado como si hubiesen pasado diez años. Una expresión angustiada había sustituido a su habitual aire de tranquila serenidad. No era sólo la transformación que cabe esperar en una persona que ha sufrido un gran dolor: una especie de furor apasionado parecía haber contribuido a llevarle a la actual situación.

Apenas reemprendimos la marcha, el general comenzó a contarnos el engaño —según su propia expresión— que había conducido a la muerte a su joven sobrina. De repente se dejó arrastrar por una ola de furor y de amargura, profiriendo invectivas contra las artes diabólicas de que había sido víctima; asimismo, declaró, con más exasperación que piedad, su extrañeza de que el cielo tolerara tan monstruosa indulgencia con respecto a las pasiones y la perversidad satánicas.

Mi padre, que advirtió de inmediato que había algo realmente insólito en ello, le pidió que, si no era en exceso penoso, detallara las circunstancias que, en su opinión, justificaban los duros términos con que se había expresado.

—Con mucho gusto —replicó el general—. Pero no van a creerlo.

—¿Y por qué no? —inquirió mi padre.

—Porque usted, amigo mío, sólo cree en lo que responde a sus prejuicios y a sus ilusiones. También yo era como usted. Pero ahora he aprendido algo más.

—Póngame a prueba —insistió mi padre—. Soy menos dogmático de lo que usted cree. Además, me consta que usted basa siempre sus opiniones en pruebas fehacientes, y por lo tanto estoy dispuesto a respetar sus conclusiones.

—Tiene usted razón: si he llegado a creer en la existencia de hechos prodigiosos

no ha sido a la ligera. Y puedo asegurarle que he sido víctima de una verdadera conspiración sobrenatural.

Vi que mi padre, a pesar de su promesa, miraba al general con ojos que reflejaban evidentes dudas acerca de la capacidad intelectual de su viejo amigo. Afortunadamente, el general no se dio cuenta. Miró con ojos impregnados de tristeza el paisaje selvático que se extendía ante nosotros.

—¿Van ustedes a las ruinas de Karnstein? —preguntó—. Curiosa coincidencia… Precisamente quería pedirles que me acompañaran allí. Quiero examinarlas detenidamente. ¿Es cierto que hay una capilla en ruinas con numerosas tumbas de aquella extinguida familia?

—Sí, y son muy interesantes —respondió mi padre—. ¿Se propone usted, quizá, reivindicar su propiedad?

Mi padre hizo aquella pregunta en tono de broma, pero el general respondió completamente en serio:

—De ningún modo —exclamó secamente—. Tengo la intención de exhumar algunos ejemplares de aquella hermosa raza. Espero, con la ayuda de Dios, llevar a cabo un piadoso sacrilegio que librará a la tierra de algunos monstruos y permitirá dormir tranquilamente a personas de bien que tienen derecho a acostarse en paz, sin que sobre sus cabezas penda la amenaza de unos malvados asesinos.

Mi padre le miró de nuevo. Pero esta vez no había desconfianza en su mirada, sino que trataba de ser penetrante y perspicaz.

—La casta de los Karnstein —dijo— se extinguió hace mucho tiempo. Cien años, por lo menos. Mi mujer descendía de los Karnstein por línea materna. Pero el apellido y el título desaparecieron hace casi un siglo. El castillo está en ruinas y el pueblo deshabitado. Hace más de cincuenta años que no sale humo por sus chimeneas.

—Eso es lo que me han contado, exactamente. Y otras cosas que le asombrarán. Pero será mejor que lo cuente siguiendo un orden lógico —reflexionó el general—. ¿Recuerda usted a mi sobrina? Era la muchacha más hermosa del mundo, y hace sólo tres meses estaba aún viva.

Mi padre apretó afectuosamente la mano del general. Las lágrimas llenaron los ojos del anciano, que no trató de ocultarlas.

—Mi sobrina era el consuelo de mi vejez. Y ahora todo ha terminado. No me queda mucho tiempo de vida, pero, con la ayuda de Dios, confío en que antes de morir podré prestar un gran servicio al género humano.

Capítulo XI — *El relato*

—La cosa empezó así —prosiguió el general—: mi sobrina se preparaba con impaciencia para visitarles a ustedes. En el curso de aquellos preparativos fuimos invitados a una fiesta ofrecida por mi viejo amigo el conde de Carlofed, cuyo castillo dista unas seis leguas del de Karnstein. La noche en que empezó mi desgracia se celebró un fastuoso baile de máscaras. El parque del castillo estaba iluminado con farolillos de colores, y los fuegos artificiales fueron de una magnificencia nunca vista. ¡Y qué música! Usted ya sabe que la música es mi debilidad. Las mejores orquestas del mundo y los mejores cantantes de ópera europeos. Nunca había asistido a una fiesta tan brillante, ni siquiera en París. Mi querida sobrina estaba hermosísima. No iba disfrazada. La emoción y la alegría ponían en su rostro un encanto indefinible. Me di cuenta de que otra joven, que vestía lujosamente y llevaba un antifaz, miraba a mi sobrina con especial interés. La había visto ya al comienzo de la velada, en la terraza del castillo: estaba cerca de nosotros y su actitud demostraba un vivísimo interés. La acompañaba una dama, vestida con el mismo lujo y también cubierta con un antifaz, que tenía el aire autoritario de una persona de rango.

»En aquel momento estábamos en un salón. Mi sobrina había bailado mucho y descansaba sentada en una silla, cerca de la puerta. Yo estaba sentado junto a ella. Las dos damas se acercaron a nosotros y la más joven ocupó una silla vacía al lado de mi sobrina, en tanto que la de más edad venía a sentarse junto a mí. Empezó hablando consigo misma, como si estuviera refunfuñando. Luego, aprovechándose de la impunidad que le confería el antifaz, se dirigió a mí en el tono de una antigua amiga, llamándome por mi nombre. Sus palabras excitaron mi curiosidad. Se refirió a las numerosas ocasiones en que nos habíamos encontrado en la Corte o en alguna casa elegante. Hizo alusión a incidentes que yo no recordaba, pero que, al serme citados por ella, acudieron de nuevo a mi memoria.

»Sentí que mi curiosidad iba en aumento. Deseaba ardientemente saber quién se escondía detrás de aquel antifaz, mientras la dama parecía divertirse con el juego. Entretanto, la joven, a la cual la dama de más edad llamaba con el extraño nombre de Millarca, había entablado conversación con mi sobrina. Se presentó a sí misma diciendo que su madre era una antigua amiga mía, elogió el vestido que llevaba mi niña y alabó discretamente su belleza. La divirtió con sus agudas observaciones acerca de la gente que se apiñaba en el salón, y al poco rato charlaban como si se conocieran de toda la vida. Luego, la joven desconocida se quitó el antifaz: tenía un rostro bellísimo, de facciones tan agradables y seductoras que resultaba imposible escapar a su atractivo. Mi pobre sobrina quedó seducida al instante. También la desconocida parecía haber sido fascinada por mi sobrina. Por mi parte, valiéndome de la familiaridad que permite un baile de disfraces, dirigí algunas preguntas personales a mi interlocutora:

»—Me ha puesto usted en un brete —confesé, riendo—. ¿Quiere ser clemente conmigo ahora? ¿Por qué no me hace el honor de quitarse el antifaz, como ha hecho su hija?

»—Es una petición descabellada —respondió—. ¡Pedir a una dama que renuncie a un privilegio! Por otra parte, no podría usted reconocerme: han pasado demasiados años desde que me vio por primera vez. Mire a mi hija Millarca y comprenderá que ya no puedo ser joven. Prefiero que no tenga usted ocasión de compararme con la imagen que conserva de mí. Además, usted no lleva antifaz y no puede ofrecerme nada a cambio.

»—Recurro a su clemencia —dije.

»—Y yo a la suya —replicó.

»—Por lo menos, ya que me ha honrado con su conversación, le ruego que me diga su nombre. ¿Debo llamarla señora condesa?

»Se echó a reír de buena gana y sin duda hubiera encontrado el medio de eludir mi pretensión de no haberse producido un hecho fortuito…, aunque ahora estoy convencido de que todo había sido planeado minuciosamente.

»—Mire… —empezó a decir, pero se vio interrumpida por la presencia de un caballero vestido de negro, de extraña apariencia y rostro exangüe como el de un cadáver. Tampoco iba disfrazado. Se inclinó cortésmente ante mi compañera y dijo:

»—¿Me permite la señora condesa unas palabras en privado?

»Mi interlocutora se volvió al instante hacia el recién llegado, llevándose un dedo a los labios para indicarle silencio. Luego, dirigiéndose a mí, se disculpó:

»—Le ruego que me guarde el asiento, general; regresaré en seguida.

»Se alejó en compañía del caballero vestido de negro. Vi cómo hablaban animadamente, antes de desaparecer entre la multitud.

»Mientras me torturaba tratando de identificar a la dama que tan amablemente parecía recordarme, regresó acompañada del mismo caballero de rostro cadavérico. Oí que este último le decía: «Le advierto, condesa, que el carruaje espera en la puerta». Y, tras inclinarse profundamente, desapareció.

Capítulo XII — *Una petición*

»—¿De modo que la perdemos a usted, señora condesa? Espero que será por poco tiempo —aventuré. Y me incliné a mi vez ante ella.

»—Sí, tengo que marcharme —respondió—. Y es posible que mi ausencia se prolongue unas semanas. Acabo de recibir noticias muy desagradables… Y usted, ¿ha recordado ya quién soy?

»—Ya le he dicho que no.

»—Lo sabrá, descuide. Pero no ahora. Somos amigos, más íntimos y más antiguos de lo que usted sospecha. Pero ahora no le puedo revelar mi identidad. Dentro de tres semanas pasaré por su castillo. Entonces tendré mucho gusto en que reanudemos nuestra vieja amistad. De momento, estoy muy preocupada por la noticia que acaban de darme. Tengo que recorrer más de cien millas con la mayor rapidez posible. Y si no fuese por la reserva que me veo obligada a guardar acerca de mi identidad, le pediría un favor… Mi pobre hija cayó del caballo durante una cacería y fue arrastrada por el animal más de una milla. Quedó con los nervios destrozados y nuestro médico le recomendó descanso absoluto. Yo tendré que viajar día y noche sin interrupción. Está en juego una vida…, pero ya le hablaré de ello la próxima vez que nos veamos.

»Ya continuación me pidió el favor a que había aludido. Se trataba de alojar a su hija en mi casa durante su ausencia. Era una petición un poco rara, por no decir atrevida. La condesa me desconcertó adelantándose a todas mis posibles suspicacias, diciéndome que comprendía lo incorrecto de su proceder, pero que, conociéndome como me conocía, sabía que yo me haría cargo de lo insólito de las circunstancias que la obligaban a comportarse de aquel modo. Y en aquel mismo instante, por una fatalidad que debió ser tan premeditada como todo lo que estaba sucediendo, se acercó mi sobrina pidiéndome que invitara a su nueva amiga, Millarca, a pasar unos días en nuestra casa.

»En cualquier otra ocasión hubiera salido del paso diciéndole que aguardara hasta que pudiésemos enterarnos de la identidad de aquellas damas. Pero debo confesar que las facciones delicadas de la joven desconocida, con su extraordinario poder de fascinación, me habían conquistado. De modo que consentí estúpidamente en hacerme cargo de la muchacha mientras durase la ausencia de su madre.

»El caballero vestido de negro regresó en busca de mi interlocutora. Lo último que me pidió la dama fue que no tratara de averiguar la identidad de la joven hasta su regreso.

»Luego susurró algunas palabras al oído de su hija; la abrazó fríamente y se alejó acompañada del fúnebre personaje.

»A la mañana siguiente Millarca se instaló en nuestra casa. En el fondo, me sentía satisfecho de haber encontrado una joven tan agradable para que hiciera compañía a mi sobrina.

Capítulo XIII — *El leñador*

»Pero no tardó en surgir el reverso de la medalla. Al principio, Millarca se quejaba de una gran debilidad; estaba aún convaleciendo del accidente que había

sufrido y no salía de su habitación antes del mediodía. Luego descubrimos de un modo casual que, a pesar de que cerraba siempre la puerta de su habitación con llave, no estaba en ella todas las horas que la creíamos allí. Un día, de madrugada, la vi andar bajo los árboles, en dirección a oriente: miraba como una persona en trance. Pensé que era sonámbula. Pero esta hipótesis no resolvía las dudas que se me habían planteado. ¿Cómo salía de la habitación si estaba cerrada por dentro? ¿Cómo salía de la casa sin abrir puertas ni ventanas? Mientras me debatía en esta situación contradictoria se me presentó una preocupación más grave:

»Mi sobrina languidecía de un modo misterioso. Empezó por tener espantosas pesadillas, luego dijo que recibía la visita de un espectro que a veces se parecía a Millarca y otras tenía el aspecto de una bestia inidentificable que daba vueltas alrededor de su cama. No tardaron en presentarse otros síntomas: una sensación dolorosa debajo de la garganta, como si la pincharan con dos alfileres, la impresión de que se ahogaba y una subsiguiente pérdida del conocimiento…

¡Cual no sería mi emoción al oír describir los síntomas que yo misma había experimentado! Especialmente después de haber oído la descripción de las costumbres y características de nuestra hermosa invitada, Carmilla.

Habíamos llegado al término de nuestro viaje. Ante nosotros se extendían las ruinas de un pueblo, entre gigantescos árboles.

Descendimos en silencio del carruaje; todos estábamos absortos en nuestros pensamientos. Subimos una empinada cuesta y nos encontramos ante el castillo de Karnstein.

—He aquí su palacio —dijo el general—. Era una estirpe malvada. Resulta difícil creer que incluso después de muertos puedan seguir infectando a la humanidad con su horrible concupiscencia. Miren: allí está la capilla.

Señaló un edificio de estilo gótico escondido entre el follaje.

—Oigo el hacha de un leñador muy cerca de aquí —continuó—. Quizá pueda facilitarnos la información que buscamos y señalarnos la tumba de Mircalla, condesa de Karnstein. A veces, estos aldeanos conservan el recuerdo de las tradiciones locales acerca de las grandes familias…

—En casa tengo un retrato de Mircalla, condesa de Karnstein —dijo mi padre—. ¿Le gustaría verlo?

—Desde luego. Pero tenemos tiempo de sobra —respondió el general—. Creo haber visto el original, y espero convencerme después de explorar la capilla.

—¡Cómo! —exclamó mi padre—. ¿Pretende haber visto a la condesa Mircalla? Pero, ¡si hace más de un siglo que murió!

—No está tan muerta como la gente cree —replicó el general.

Cuando pasábamos por debajo del arco que daba acceso a la capilla gótica en ruinas, añadió:

—En los pocos años que me quedan de vida sólo deseo tener ocasión de una cosa: vengarme. Y, afortunadamente, la venganza puede realizarse aún por medio de un brazo mortal.

—¿De qué venganza está hablando? —preguntó mi padre, cada vez más asombrado.

—Quiero cortar la cabeza del monstruo —respondió el general en un acceso de cólera, golpeando el suelo con el pie y alzando sus manos como si empuñara un hacha invisible y la blandiera ferozmente en el aire.

—¡Qué es lo que dice! —gritó mi padre.

—Le cortaré la cabeza con un hacha, con una hoz, con cualquier herramienta que pueda servir para rebanarle el cuello a un criminal. ¡Mirad! —gritó, temblando de rabia—. Esta madera servirá de cepo. Veo que su hija está cansada: déjela reposar.

Me dejé caer sobre un bloque de madera medio oculto entre los hierbajos que salían por entre las losas del pavimento de la capilla. Entretanto, el general llamó al leñador que estaba podando las ramas secas de los árboles, muy cerca de allí. Se nos acercó un viejo fornido, que llevaba un hacha en la mano, pero resultó que no sabía nada acerca de aquellas ruinas. Sin embargo, nos informo que conocía a un guarda forestal que vivía a unas leguas de distancia y que podría hablarnos de todas y cada una de las piedras de la capilla.

—¿Hace mucho tiempo que trabaja usted en este bosque? —le preguntó mi padre.

—Hasta hace poco tiempo he sido leñador a las órdenes del guarda forestal. Mi padre, mi abuelo y toda mi familia, durante generaciones, hemos tenido el mismo oficio. Podría mostrarles las casas en que vivieron mis antepasados.

—¿Por qué quedó deshabitado el pueblo?

—Porque recibía la visita de los espectros. Parece ser que los persiguieron hasta sus tumbas, exhumaron los cadáveres con los medios acostumbrados y fueron destruidos en la forma habitual: decapitados, traspasados con un palo y quemados. Sin embargo, muchos aldeanos habían perdido la vida. A pesar de todos los esfuerzos que se hicieron, a pesar de abrir tantas tumbas y de privar a tantos vampiros de su horrible existencia, el pueblo no quedó totalmente libre de la influencia diabólica. Pero un noble moravo, que vino a estudiar esta parte del país, oyó hablar de estos hechos y, siendo experto en la materia como otros muchos compatriotas suyos, se ofreció para librar al pueblo de aquella obsesión. Y he aquí lo que hizo: una noche de luna llena, trepó a la torre de la capilla poco después de ponerse el sol. Se quedó allí de guardia hasta que vio salir al vampiro de la tumba y despojarse de su blanco sudario para dirigirse al pueblo, a fin de atormentar a sus habitantes. Una vez se hubo alejado el vampiro, el extranjero descendió de la torre, recogió el sudario y volvió a encaramarse a su observatorio. Cuando el vampiro regresó de su expedición y no encontró el sudario en el lugar donde lo había dejado, empezó a aullar, enfurecido por

la pérdida de su atavío fúnebre. El moravo, entonces, llamó al vampiro y le desafió a que subiera a lo alto de la torre para recuperar su sudario. El vampiro aceptó el reto y empezó a trepar por el campanario. Pero cuando estaba a punto de alcanzar la cima, el moravo le golpeó con su sable en la cabeza, partiéndole el cráneo en dos y haciéndole caer al fondo de la capilla. Luego bajó de la torre, decapitó al vampiro y al día siguiente entregó la cabeza y el cuerpo a los aldeanos, que lo atravesaron con un palo y lo quemaron, según las reglas establecidas para estos casos. El noble moravo estaba autorizado por un documento de la familia Karnstein a cambiar el emplazamiento de la tumba de la condesa Mircalla, cosa que hizo, sin que nadie sepa el lugar donde está enterrada actualmente.

—¿Puede usted decirme dónde estaba antes? —pregunto el general.

Pero el leñador debía tener un trabajo urgente porque, olvidándose de recoger su hacha, se marchó sin contestar a la pregunta. Y mi padre y yo nos quedamos a escuchar el final del relato del general.

Capítulo XIV — *El encuentro*

—Mi querida sobrina empeoraba a ojos vista. El médico ignoraba la naturaleza exacta de su enfermedad. Al darse cuenta de mi preocupación, propuso una consulta con uno de los mejores médicos de Gratz. Era un hombre que conocía a fondo su profesión y tenía mucha experiencia. Después de haber examinado a mi sobrina, los dos médicos se encerraron en la biblioteca para conferenciar. Desde la habitación contigua pude oír sus voces, de un tono mucho más violento de lo que cabía esperar en una discusión puramente científica. Llamé a la puerta y entré. El viejo médico de Gratz defendía su teoría. Su colega la impugnaba con evidente ironía, y de cuando en cuando no podía evitar el reírse francamente de las sugerencias de su colega. Mi entrada interrumpió la discusión.

»—General —me dijo nuestro médico—, parece ser que mi ilustre colega opina que tenemos más necesidad de un brujo que de un médico.

»—Perdone, perdone —replicó el viejo médico de Gratz, con evidente disgusto —. Daré mi opinión, y a mi modo, en otra ocasión. De momento, siento decirle que mi intervención no puede ser de ninguna utilidad. De todos modos, antes de marcharme tendré el honor de hacerle una sugerencia.

»Se sentó en una mesa y empezó a escribir.

»Parecía que la consulta no había dado resultado alguno. Me estaba paseando por el jardín, sumamente agitado, cuando se me acercó el viejo médico de Gratz. Se disculpó por molestarme y me dijo que, en conciencia, no podía marcharse sin ofrecerme una explicación. Dijo que tenía la seguridad de no equivocarse: no existía

ninguna enfermedad con aquellos síntomas, y la muerte de mi sobrina era inminente. Le quedaba solamente un día, tal vez dos, de vida. Si lograba detener el proceso fatal, quizá pudiese recobrar las fuerzas. Pero, en su estado actual, bastaría otro ataque para extinguir la última llama de vida.

»—¿Y de qué naturaleza es el ataque a que alude usted? —le pregunté.

»—En esta nota se lo explico todo. Llame a un sacerdote y abra y lea la carta solamente en su presencia. Puede que no la comprenda, pero tenga en cuenta que es una cuestión de vida o muerte. Si no encuentra un sacerdote inmediatamente, puede leerla usted solo.

»En los alrededores no había ningún sacerdote, por lo que me decidí a leer la carta. En cualquier otro momento me hubiese reído de su contenido. Pero, ¡a cuántas charlatanerías se somete uno cuando está en una situación apurada, cuando todos los medios conocidos han fracasado y está en peligro la vida de un ser querido! El médico decía en su carta que la enferma recibía la visita de un vampiro. Las punzadas que había notado en la garganta habían sido producidas por los dientes afilados y largos de uno de aquellos horripilantes seres. No cabía la menor duda, añadía, dado el lugar donde se habían producido los pinchazos, que se trataba de la mordedura típica de un vampiro, cosa que confirmaría cualquier experto.

»Yo era bastante escéptico en lo que respecta a la existencia de fantasmas y vampiros en general. En aquel momento, al pensar en la teoría expuesta por el anciano médico, me dije a mí mismo que una gran erudición y una despejada inteligencia pueden ir aliadas con la locura. Pero estaba tan desesperado que decidí seguir las instrucciones contenidas en la carta.

»Me escondí en el tocador que comunicaba con el cuarto de la pobre enferma, alumbrada toda la noche por una vela, y esperé a que mi sobrina se durmiera. A través de la rejilla situada encima de la puerta del tocador miraba el sable que había colocado sobre una mesa, por prescripción del médico. Al cabo de un rato vi una forma oscura que se arrastraba a los pies de la cama y que se lanzaba súbitamente al cuello de mi sobrina, al tiempo que se transformaba en una gran masa palpitante. Me quedé como petrificado por espacio de unos segundos. Luego abrí la puerta del tocador, empuñé el sable y me acerqué a la cama. El monstruo se dejó caer al suelo y se quedó inmóvil junto al lecho. Me miraba fijamente, con una expresión de ferocidad en sus pupilas. A pesar de lo horrible de su aspecto, puede reconocer a Millarca. Descargué el sable con todas mis fuerzas, pero el monstruo estaba ya junto a la puerta, ileso. Corrí detrás de él, pero desapareció como por ensalmo. Mi sable se rompió contra la puerta. No sé cómo describir lo que sucedió aquella horrible noche. Todos los moradores de la casa se despertaron y se pusieron en movimiento. El espectro de Millarca había desaparecido. Pero su víctima se agravó rápidamente y a primeras horas de la madrugada falleció.

El anciano general estaba descompuesto. Mi padre y yo permanecimos en silencio. Al cabo de un rato, mi padre avanzó por la capilla, leyendo cuidadosamente las inscripciones de las lápidas. El general, por su parte, se había apoyado en el muro y se enjugó los ojos con un pañuelo. Las voces familiares de Carmilla y de la señorita Lafontaine, que en aquel momento se acercaban me reanimaron.

De repente, por debajo de un arco rematado por uno de aquellos monstruos grotescos que brotaban de la imaginación de los antiguos escultores góticos, vi aparecer la seductora figura de Carmilla. Me puse en pie para contestar a su sonrisa, particularmente atractiva, cuando el viejo general lanzó un grito y se interpuso entre nosotras, blandiendo el hacha que el leñador se había dejado olvidada.

El rostro de Carmilla había sufrido una transformación brutal. Retrocedió. Pero antes de que yo pudiera gritar, el general descargó el hacha sobre ella con todas sus fuerzas. Carmilla pareció inclinarse hacia delante a consecuencia del golpe, pero en realidad lo que hizo fue coger la muñeca del general con su delicada mano. El anciano se debatió vigorosamente, luchando por soltarse, pero se vio obligado a abrir la mano y dejar caer el hacha. Carmilla desapareció como si se la hubiera tragado la tierra. El general, tambaleándose, se apoyó en el muro. Sus cabellos estaban erizados y su rostro aparecía empapado en sudor. Estaba pálido como un muerto. Todo lo que acabo de contar sucedió en un par de segundos. No sé si llegué a perder el conocimiento. Lo primero que recuerdo después de la desaparición de Carmilla es la voz de la señora Perrodon, preguntándome:

—¿Dónde está la señorita Carmilla?

Por fin pude contestar que no lo sabía.

—Ha salido de aquí hace un momento —dije, señalando la puerta por la cual había entrado la señora Perrodon.

—Yo estaba allí y no la he visto.

Inmediatamente empezó a llamarla, sin obtener respuesta.

—¿Se hace llamar Carmilla? —inquirió el general, que se había recobrado totalmente.

—Efectivamente —respondí.

—Carmilla… Millarca —murmuró el general—. No cabe ninguna duda; es la misma que en otro tiempo se llamó Mircalla de Karnstein. Querida Laura, márchese inmediatamente de esta tierra maldita. Creo que no verá nunca más a Carmilla.

Capítulo XV —*Verificación y ajusticiamiento*

Mientras el general pronunciaba estas palabras entró en la capilla uno de los hombres más extraños que he visto en mi vida. Era alto, delgado, muy cargado de

hombros y vestía de negro. Tenía la tez morena y surcada de profundas arrugas. Llevaba un sombrero pasado de moda, adornado con una enorme pluma. Sus cabellos, largos y grasientos, caían sobre su espalda. Andaba lentamente, arrastrando los pies. Usaba anteojos con montura de oro y su mirada se fijaba alternativamente en el techo de la capilla y en el pavimento. Sus largos y delgados brazos oscilaban continuamente, como el péndulo de un reloj.

—¡Este es mi hombre! —gritó el general al verlo, precipitándose a su encuentro con manifiesta alegría—. ¡Mi querido barón! ¡Cuánto me alegra verle! No esperaba encontrarle tan pronto.

Llamó con un gesto a mi padre, que, entretanto, había regresado de su exploración, y le presentó a aquel extraño personaje, llamándole simplemente «barón». Inmediatamente, los tres hombres se enfrascaron en una animada conversación. El desconocido sacó de su bolsillo un raído plano y lo extendió sobre el granito rosado de una tumba. Con un lápiz empezó a trazar líneas de un extremo a otro del plano, consultando con la vista determinados lugares de la capilla, lo cual me hizo suponer que se trataba de un plano del edificio en que nos hallábamos. También consultaba a menudo un cuaderno de notas sucio y amarillento, cuyas páginas estaban llenas de una apretada escritura.

Los tres hombres acabaron por dirigirse hacia el lado opuesto a aquel en que yo me encontraba y luego empezaron a medir la distancia en pasos entre las tumbas. Finalmente, se detuvieron ante el muro y lo examinaron atentamente, levantando la hiedra que lo cubría en aquel lugar. No tardaron en descubrir una lápida de mármol, sobre la cual aparecían esculpidas unas letras.

Ayudados por el leñador, que había regresado en busca de su hacha, arrastraron hasta un lugar iluminado la enorme lápida. Se trataba, en efecto, del sepulcro de Millarca, condesa de Karnstein. El general alzó las manos al cielo en silenciosa acción de gracias.

—Mañana —oí que decía— vendrá el Comisario. Actuaremos de acuerdo con los preceptos legales.

Luego, encarándose con el anciano de los lentes con montura de oro, le estrechó calurosamente las manos.

—¿Cómo puedo agradecerle su ayuda, barón? ¿Cómo podríamos expresarle nuestra gratitud? Ha librado usted a esta comarca de una horrible plaga. Gracias a usted hemos podido localizar al más odioso de los monstruos.

Mi padre se acercó a mí y me abrazó y besó repetidas veces.

—Ya es hora de que regresemos a casa —dijo.

Sus palabras sonaron a mis oídos como música celestial, pues nunca me había sentido tan cansada; como en aquel momento.

Una vez en el castillo, mi satisfacción se trocó en espanto al descubrir que no

había noticias de Carmilla. No me dieron ninguna explicación acerca de lo que había ocurrido en las ruinas del castillo, y era evidente que mi padre prefería, por el momento, conservar el secreto.

La ausencia de Carmilla, que en aquellas circunstancias resultaba de lo más siniestro, me tenía en vilo. Y mi inquietud aumentó con los preparativos que se hicieron para pasar aquella noche. Dos sirvientas, además de la señora Perrodon, se quedaron en mi habitación, en tanto que mi padre y uno de los criados montaban guardia ante la puerta.

Al día siguiente tuvieron lugar en la capilla de Karnstein, con las formalidades de rigor, los actos previstos. Se abrió la tumba de la condesa de Karnstein. El general y mi padre reconocieron en ella a la bellísima y pérfida invitada. A pesar de que llevaba enterrada más de ciento cincuenta años, sus facciones estaban llenas de vida. Tenía los ojos completamente abiertos. El cadáver no parecía haber sufrido el proceso de descomposición.

Los dos médicos que asistían a la ceremonia atestiguaron el hecho prodigioso de que el cadáver respiraba, aunque muy débilmente, y que era posible captar los leves latidos de su corazón. Los miembros conservaban su flexibilidad y la carne era elástica. El féretro de plomo estaba lleno de sangre, que empapaba el cadáver. Se trataba de un caso irrefutable de vampirismo. De acuerdo con las antiguas prácticas, alzaron el cadáver y atravesaron su pecho con una estaca. Luego le cortaron la cabeza, y del cuello seccionado brotó un chorro de sangre. A continuación colocaron el cuerpo y la cabeza sobre un montón de leña y le prendieron fuego hasta que no quedó más que un montón de cenizas. Las cenizas fueron dispersadas a los cuatro vientos, y a partir de entonces la región quedó libre de vampiros.

Mi padre conserva una copia del informe de la Comisión Imperial, con la firma de todos los que presenciaron aquella horrible ceremonia. De este documento oficial he copiado la descripción de la macabra escena.

Capítulo XVI — *Conclusión*

No he contado estos hechos serenamente. ¡Oh, no! No puedo pensar en aquellos sucesos sin sentirme profundamente trastornada. Si no me lo hubieran solicitado tantas veces, nunca me hubiese decidido a escribir la historia de unos sucesos que destrozaron —quizá para siempre— mis nervios, proyectando la sombra de aquel horror indecible que, a pesar de los años transcurridos, continúa acosándome día y noche, haciéndome insoportable la soledad.

Añadiré algunas palabras acerca de aquel extraño barón de Vonderburg, gracias a cuya erudición fue posible el descubrimiento de la tumba de la condesa Mircalla.

Vivía en Gratz, de una pequeña renta —todo lo que le quedaba de la fortuna de su familia—, y se dedicaba al estudio del vampirismo, en todas sus formas. Había leído todo lo que se había escrito sobre la materia: la *Magia Posthuma*, el *Phlegon de mirabilibus*, el *Agustinus de cura pro mortius*, el *Philosophicae et christianae cogitationes de vampiriis*, de John Christofer Heremberg, y muchos otros libros de los cuales sólo recuerdo algunos de los que prestó a mi padre.

Tenía un voluminoso archivo de todos los casos judiciales incoados por vampirismo, y de ellos había deducido algunos principios fundamentales acerca de los vampiros.

Por ejemplo, la palidez mortal que se atribuye a esa clase de espectros es pura ficción literaria. En realidad, tanto en la tumba como cuando se muestran públicamente tienen un aspecto saludable. Cuando se abre su féretro aparecen las mismas señales que demostraron que la condesa de Karnstein, fallecida siglo y medio antes, era un vampiro.

Lo más inexplicable era y sigue siendo cómo pueden salir de su tumba y regresar a ella. La doble vida de los vampiros se mantiene gracias al sueño cotidiano en la tumba. Su monstruosa avidez de sangre de seres vivos les proporciona la energía necesaria para subsistir durante las horas de vigilia. El vampiro es propenso a ser víctima de vehementes pasiones, parecidas a las del amor, ante determinadas personas. Para obtener su sangre pone en juego una paciencia infinita y recurre a toda clase de estratagemas a fin de superar los obstáculos que le separan del objeto deseado. No desiste de su empresa hasta que su pasión ha sido colmada y ha podido sorber la vida de la codiciada víctima. Llegan incluso a contraer matrimonio con ella, prorrogando su placer criminal con el refinamiento de un epicúreo. Pero con más frecuencia se encamina directamente a su objetivo, vence por la fuerza y devora a su víctima en un solo festín.

Parece que el vampiro, algunas veces, debe sujetarse a determinadas condiciones. En el ejemplo que acabo de relatar, Mircalla debía limitarse al uso de un nombre que, si no era siempre exactamente el suyo, debía contener todas las letras que lo componían: Mircalla, Carmilla, Millarca…

Mi padre explicó al barón de Vonderburg, que fue nuestro huésped durante un par de semanas, la historia del caballero moravo y del vampiro de la capilla de Karnstein, y le preguntó al barón cómo había podido descubrir el emplazamiento exacto de la tumba, tanto tiempo ignorada, de la condesa Mircalla.

El barón sonrió enigmáticamente. Miró el estuche de sus anteojos, que tenía en la mano, lo sopesó unos instantes y luego, alzando de nuevo la mirada, dijo:

—Poseo muchos escritos y documentos de aquel notable personaje. El más curioso es una especie de narración acerca de su visita a Karnstein, que usted acaba de mencionar. Naturalmente, la leyenda deforma siempre los hechos. Es posible que

le tomaran por un noble moravo, ya que se había cambiado de nombre. En realidad era un noble que había nacido en la Alta Estiria. En su juventud había sido el amante apasionado y predilecto de la bellísima Mircalla, condesa de Karnstein. La muerte prematura de su amada le abismé en un dolor inconsolable. Creo necesario aclarar que los vampiros pueden multiplicarse y crecer, de acuerdo con una ley que rige para esos monstruos. Suponed un lugar completamente libre de esta amenaza. ¿De qué forma se presenta y desarrolla?

»Imaginen ustedes que un individuo, suficientemente perverso, se mata. En determinadas circunstancias, los suicidas pueden transformarse en vampiros. Este vampiro empieza a visitar a los seres vivos mientras duermen. Estos últimos se mueren y, una vez sepultados, se transforman, casi invariablemente en vampiros. Eso fue lo que le sucedió a la bellísima Mircalla, que era visitada por uno de esos monstruos. Mi antepasado Vonderburg, cuyo título llevo, descubrió esta historia, y en el curso de los estudios a los cuales se había dedicado profundizó mucho en esta materia. Entre otras cosas, llegó a la conclusión de que se sospechaba del vampirismo de la condesa que, en vida, fue su ídolo. Se horrorizó ante la idea de que sus restos pudieran ser profanados en una póstuma ejecución. Dejó un curioso documento que demuestra que el vampiro una vez privado de su doble existencia, queda condenado a otra aún más terrible. Y decidió, en consecuencia, preservar de esa posibilidad a su amada Mircalla. Simulando un viaje de estudios, se trasladó a Karnstein y consiguió hacer desaparecer el rastro y el recuerdo de la tumba de Mircalla. Pero, pasados unos años y próximo el final de sus días, pensando en el mundo que pronto iba a abandonar, consideró bajo otro aspecto lo que había hecho y se sintió aterrado.

»Trazó los diseños y notas que me han servido de guía y confesó por escrito lo que había llevado a cabo. Tal vez pensó hacer algo más positivo, pero la muerte se lo impidió. Sólo valiéndose de la mano de uno de sus descendientes ha podido dirigir, demasiado tarde para muchos, la búsqueda del monstruo.

Más tarde, en el curso de otra conversación, añadió:

—Una de las pruebas del vampirismo es la fuerza de las manos. La frágil mano de Mircalla apretó como dogal de acero la mano del general, cuando éste levantó el hacha para matarla. La fuerza de la mano de un vampiro deja una huella indeleble en su presa, produciendo una atrofia que se cura muy lentamente, y no en todos los casos.

La primavera siguiente la pasé en Italia con mi padre. Viajamos durante un año. Necesité mucho tiempo para que el horror de aquellos hechos fuera disolviéndose en mi recuerdo. Incluso ahora, a muchos años de distancia, la imagen de Carmilla se me aparece frecuentemente en sus diversos y cambiantes aspectos: unas veces es la hermosísima y lánguida joven; otras, el monstruo que vi en las ruinas del castillo… Y a menudo, en medio de una pesadilla, tiemblo de miedo porque me parece oír los

leves pasos de Carmilla que acercan a la puerta de mi habitación.

AUTORIZACIONES

King — *Uno para, el camino* («One for the Road»), de Stephen King, apareció en MAINE Magazine en marzo/abril de 1977. Copyright by MAINE Magazine, Company, Inc., del libro *Night Shift*. Reimpreso con permiso de Doubleday & Company, Inc.

Tenn — Copyright © 1956 by King-Size Publications, reimpreso con permiso del autor y de su agente, Virginia Kidd.

Keller — Copyright © 1947 by David H. Keller. Copyright renovado. Reimpreso por acuerdo con los herederos de David H. Keller y John Trevaskis jr.

Bloch — Copyright © 1939 by Street & Smith Publications; renovado en 1967 by Robert Bloch. Reimpreso con permiso de Kirby McCauley, Ltd.

Wellman — Copyright © 1951 by *Weird Tales* para *Weird Tales*, mayo de 1951. Reimpreso con permiso de Karl Edward Wagner, ejecutor literario de Manly Wade Wellman.

Leiber — Copyright © 1949, renovado en 1977 by Fritz Leiber. Reimpreso con permiso de Richard Curtis Associates, Inc.

Quinn — Reimpreso con permiso de los agentes de los herederos del autor, Scott Meredith Literary Agency, Inc., 845 Tercera Avenida, Nueva York, NY 1022.

Derleth — Copyright © 1939 by *Weird Tales*. Copyright renovado. Reimpreso con permiso de Scott Meredith Literary Agency, Inc., 845 Tercera Avenida, Nueva York, NY 1022.

Wellman — *Cuando había luz de luna* («When It Was Moonlight»), Copyright © 1940 by Street & Smith Publications, Inc. para UNKNOWN, febrero de 1940. Copyright renovado en 1968 por The Conde Nast Publications, Inc. Reimpreso con permiso de Karl Edward Wagner, ejecutor literario de Manly Wade Wellman.

Matheson — Copyright © 1951; renovado en 1979 by Richard Matheson. Reimpreso con permiso de Don Congdon Associates, Inc.

Lee — Copyright © 1979 by Mercury Press, Inc. Copyright 1983 by Tanith Lee. De THE MAGAZINE OF FANTASY AND SCIENCE FICTION. Reimpreso con permiso de la autora y de DAW Books, Inc.

Notas

[1] «Lily», en inglés, aparte de ser un nombre propio significa «lirio». (*N. del t.*) <<

[2] El equívoco es más comprensible en inglés, ya que «light» (luz) y «life» (vida) suenan de forma muy similar. <<